

«Los monstruos no desaparecen
por cerrar los ojos».

RACHEL RIPLEY



EN
MITAD
DEL
INVIERNO

EN MITAD
DEL INVIERNO

RACHEL RIPLEY

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Copyright © 2021 Rachel Ripley

Título: En mitad del invierno

Edición publicada en julio de 2021

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Maquetación: Alexia Jorques

RACHEL RIPLEY

EN
MITAD
DEL
INVIERNO

DIEZ CAJAS

Tawny miró el papel que acababa de aparecer por debajo de la puerta; al ver el membrete de correos y leer la palabra juzgado, estranguló un sollozo.

No podía más. Se dejó caer sobre una silla, el único mueble que había en la pequeña habitación, además del catre. Luchó contra el nudo que se le había formado en la garganta. Había llorado demasiado y no estaba dispuesta a derramar ni una lágrima más. Tenía que encontrar el modo de seguir adelante, pero se sentía demasiado perdida, sin la más mínima idea de cómo encontrarlo.

Agachó la cabeza y suspiró de nuevo, preguntándose dónde se había estropeado todo, en qué momento su vida se había ido a la mierda. Seis meses atrás, tenía un trabajo, un marido, una hermosa casa, un coche caro.

Ahora solo tenía diez cajas semivacías y un montón de papeles como el que acababa de aparecer bajo la puerta.

A quién quería engañar. Sabía cuando empezó todo a desmoronarse: el veinte de julio, día de su quinto aniversario de matrimonio.

Alex y ella habían decidido tomárselo libre tras meses de interminables jornadas de trabajo en las que apenas habían podido verse. De ese modo, podrían relajarse y descansar un poco, antes de ir a cenar y al teatro. No sabía ni a qué restaurante irían ni que obra verían; él lo había mantenido en secreto, a pesar de sus intentos por averiguarlo. Tampoco hizo muchos. Él perdía rápidamente la paciencia, y ella había aprendido a detectar en su tono de voz cuando había llegado el momento de dejar de preguntar. No quería que aquel día se estropeará por nada.

Pero el teléfono sonó temprano; reclamaban a Alex para una reunión de última hora. Estuvo a punto de pedirle que, ya que era el CEO, intentara cambiarla a otro día, pero se abstuvo. En el fondo, se sintió aliviada ante la idea de tener un día para ella sola, descansar y estar tranquila. Protestó un poco, por obligación, y le pidió que no volviera muy tarde, para que pudieran llegar con tiempo. Él le aseguró que haría lo que pudiera, y se marchó.

Cuando le vio meterse en el coche, decidió que era el momento perfecto para prepararse un baño y probar una de aquellas bombas de espuma que había comprado a escondidas. Entró en el dormitorio contiguo al baño y encendió la radio; otro de sus pequeños placeres cuando estaba sola. Tarareando la canción que sonaba en aquel momento, abrió los grifos, y se hizo un moño con la larga melena. Cuando la bañera estuvo llena, metió la bomba en el agua, mirando, fascinada cómo giraba sobre sí misma, siseando y disolviéndose mientras ella aspiraba con deleite el suave olor a lavanda y fresa que desprendía.

Se quitó el albornoz, dispuesta a meterse en el agua, cuando en la radio cesó la música y comenzó el informativo, que se abrió con la noticia de un hombre que acababa de ser puesto en libertad tras pasar veinte años en prisión por intento de asesinato. Fue al dormitorio y apagó el transistor. No quería que nada estropeará aquella calma, aquel momento sin tensión, el primero del que disfrutaba en mucho tiempo. Cuando iba a meter un pie en el agua, sonó el timbre. Suspiró, poniendo los ojos en blanco, dudando si abrir la puerta o ignorarlo, pero volvió a sonar.

Chasqueó la lengua con fastidio, se puso el albornoz, y bajó las escaleras del dúplex hacia la puerta.

Al otro lado apareció una mujer delgada, alta y morena que, nerviosa, le preguntó si estaba Alex. Supuso que era una colaboradora freelance de la empresa con algún problema, por lo que le preguntó si quería que le diera algún mensaje.

Ella asintió.

—¿Puede decirle a Alex que su mujer lo está buscando? Es urgente que hable con él.

Se quedó helada. ¿Su mujer? No, no. No podía ser. Le preguntó si era algún tipo de broma, porque ella era la esposa de Alex. De hecho, era su quinto aniversario de boda, recalcó. Ella palideció y Tawny temió por un momento que fuera a desmayarse. Balbució algo ininteligible, se dio media vuelta y salió corriendo calle abajo.

A partir de ese momento, todo fue muy rápido, mucho más de lo que pudo procesar. Cuando su marido llegó a casa, le preguntó por la mujer que decía ser su esposa. Él, sorprendido, le aseguró que sería alguna antigua empleada que intentaba vengarse de él.

No era del todo descabellado. Desde su pedestal, su marido solía humillar ante el resto de la plantilla a los empleados que consideraba poco productivos o válidos, para después despedirlos sin contemplaciones, lo cual le había granjeado bastantes enemigos. Eso era: la venganza de una mujer despechada; una treta para crear tensión en la pareja. Decidió creerle y olvidarse del asunto, más que nada porque Alex se negó en redondo a volver a hablar de ello y dio el tema por zanjado.

Así quedó hasta que, dos días después, encontró en su correo electrónico un mensaje con el asunto «Certificado de matrimonio». El corazón le dio un vuelco al descargar y leer el documento adjunto; «una falsificación», se dijo, aunque decidió comprobarlo en el Registro Civil. Quería, necesitaba terminar de una vez con todo aquello. Se le cayó el alma a los pies cuando le informaron de que era válido. Alex y aquella mujer, Tania Davidson, estaban casados. Hacía ocho años.

No daba crédito. ¡Ocho años! ¡Alex estaba ya casado cuando se casó con ella! ¿Cómo era posible que ni siquiera lo hubiera mencionado? ¿Y las consecuencias legales? Uno no se olvida de la noche a la mañana de un matrimonio anterior; él, además, sabía que ella lo habría comprendido y habría esperado el tiempo necesario para poder casarse tras el divorcio. Claro, qué tonta. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Seguro que su marido tenía los papeles del divorcio en algún lado.

Pero cuando le enseñó el certificado, él, deshecho en lágrimas, confesó. Estaba casado con Tania, pero no era feliz en su matrimonio, nunca lo fue. Era una mujer mezquina y vengativa que le maltrataba, le anulaba y le hacía sufrir; por ello no tuvo el valor para enfrentarse a ella y pedirle el divorcio. Años después, cuando conoció a Tawny, y se enamoró perdidamente de ella, tuvo miedo de que le abandonase al enterarse de que no se había divorciado. No le quedaba más remedio que actuar como si Tania no existiera.

Ella le miró, incrédula y herida. Él le aseguró que pediría el divorcio, que lo arreglaría todo. Había cometido un error, era cierto, pero ella era la única mujer a la que amaba, la única que le había hecho plenamente feliz. Hacía años que no la veía, que no tenía contacto con ella. Para él, ella era lo más importante, su gran amor, le repitió mil veces, al tiempo que le rogaba que no le dejara, que no podía vivir sin ella, que no sabía lo que haría si ella le abandonaba. Había sido un error, grave, sí, pero provocado por el amor que sentía por ella; sólo pareció calmarse cuando ella le aseguró que le daría una nueva oportunidad si pedía el divorcio.

Intentó ser fiel a su palabra, dejar aquello atrás y actuar como si nada hubiera ocurrido, pero

no podía dejar de darle vueltas. ¿Por qué no se lo había contado?, ¿por qué no había confiado en ella? Cuando se lo preguntó, él se enfadó, gritándole que no dejaba de hurtar en la herida, que no le importaba hacerle sufrir. Volvieron los gritos y las peleas, las lágrimas, las noches en vela.

Fue en una de aquellas noches cuando recordó que, en el correo electrónico que Tania le había enviado, la firma automática incluía el link a su cuenta de Facebook. Se removió en la cama. No, no era una buena idea. Si Alex se enteraba...; pero tenía que hacerlo. Cogió el portátil, bajó al salón de la planta baja, se sentó de rodillas en el sofá, buscó el mail y pinchó el enlace.

Al leer su estado civil, casada, algo se retorció en su interior. Tragó saliva y pinchó en los álbumes de fotos. Se le llenaron los ojos de lágrimas. El más antiguo era de hace ocho años, de su boda con Alex. Pero el más reciente, de hacía tres meses y medio, contenía las fotos de un viaje a los fiordos noruegos. En todas ellas, aparecían Alex y ella besándose, abrazándose, sonriendo, riendo, haciendo el ganso... Una maldita pareja feliz.

Tres meses y medio. Contuvo una arcada. La misma semana en que Alex le contó que tenía que acudir a un seminario de *team-building* que se impartía fuera de la ciudad. La misma semana que ella no pudo acompañarle porque estaba hasta el cuello de trabajo.

Como sonámbula, se levantó a coger su agenda, y cotejó las fechas con las de las demás fotos en las que ambos aparecían juntos. Cerró los ojos, negando con la cabeza, lágrimas de dolor y rabia corriendo por sus mejillas. Todos los viajes de negocios que Alex había hecho coincidían con las fechas de los álbumes de fotos, viajes paradisíacos a lugares donde Tawny muchas veces le pidió que fueran juntos y él se limitó a gruñir que el sitio estaba muy lejos o era demasiado caro.

Tras varios días de lágrimas, discusiones y tristeza, él le gritó que estaba harto, que no la soportaba más, que no quería volver a verla y la obligó a marcharse. Ella se fue a un hotel, para pensar, para intentar recomponer su corazón roto.

Pero no pudo. Su vida se convirtió en una pesadilla.

Llevaba seis años trabajando en la empresa de Alex. Había entrado en septiembre a formar parte de la plantilla como analista de datos y, en diciembre, le conoció en la cena de Navidad de la empresa. Al día siguiente de marchar al hotel, recibió un burofax, en el que él le comunicaba su despido y le informaba de que no tenía derecho a ninguna indemnización, porque la despedía por repetidas faltas graves y la baja calidad de su trabajo.

Tawny arrugó el papel con rabia, sin poder creer lo que leía. Había sido una trabajadora competente, responsable, cumplidora. Raro era el día que no se quedaba en la oficina más de su jornada para entregar los proyectos a tiempo. Lo había dado todo, todo. Le demandaría por despido improcedente. Se sintió entonces contenta por haber abierto una cuenta sin decírselo, en la que cada mes ingresaba pequeñas cantidades, de modo que pasaran desapercibidas al férreo control que él ejercía de las finanzas de ambos. De otro modo, no tendría dinero.

Pero entonces la demandó por abandono del domicilio conyugal, aunque fue él quien la obligó a marcharse. La primera de una interminable lista de demandas y denuncias civiles y penales que la obligaron a gastar casi todos sus ahorros en procuradores, abogados y provisiones de fondos. Pronto, no pudo hacer frente al pago de la mitad de la hipoteca de la lujosa vivienda unifamiliar que habían comprado juntos al año de casarse. Con ello, llegaron las cartas del banco, los embargos, los mails llenos de reproches y amenazas de él, las citaciones que se acumulaban en la recepción...; seis meses después, allí estaba, sentada en el suelo, mirando su nuevo..., ni siquiera se atrevía a llamarlo hogar.

El estudio, situado en una de las zonas más deprimidas de la ciudad, era minúsculo y viejo. Con poco más de veinte metros cuadrados, la habitación era sala de estar, dormitorio y cocina; en

fin, cocina siendo optimistas, porque constaba de un pequeño frigorífico casi tamaño minibar, un microondas y una pequeña pila encastrada en la pared. No podía permitirse nada más con el dinero que le quedaba. Su único lujo: el diminuto cuarto de baño que tuvo que limpiar al llegar mientras intentaba controlar las arcadas.

Se tumbó en el catre, la mano derecha bajo la nuca y la izquierda enjugando con rabia las lágrimas que no podía controlar. A veces, todo le parecía irreal, una pesadilla de la que despertaría para encontrarse de nuevo junto a Alex. Pero, cuando abría los ojos, seguía allí, en aquel cuartucho de paredes amarillentas y descascarilladas, manchas de moho, cicatrices de antiguas goteras y otras manchas que prefería no identificar; tenía que convencerse entonces de que todo aquello había ocurrido, intentar aceptar que ahora aquella era su vida y seguir adelante, pero desde que llegó, hacía casi dos meses, no había tenido fuerzas para colocar nada. Incapaz de abrir las cajas, se pasaba los días tumbada, con las persianas bajadas y la luz apagada, rodeada de silencio y soledad, dándole vueltas a todo lo sucedido, preguntándose cómo no se había dado cuenta, cómo había podido ser tan idiota, mientras devoraba cajas de galletas de chocolate, bollos y patatas fritas, viendo programas de televisión en los que ni siquiera se fijaba pero que, de algún modo, la reconfortaban y, junto con la comida, lograban anestesiar el dolor, la pena, la vergüenza y la soledad en las que temía ahogarse en cualquier momento.

No había salido del estudio excepto por la noche a comprar comida en un supermercado enfrente del edificio. No tenía fuerzas para ello. Tenía la sensación de que todo el mundo podía ver que era una fracasada, una tonta a la que su marido había estado engañando durante cinco años y ella no se había percatado. En el estudio se sentía segura; la luz mortecina de la polvorienta bombilla del techo mitigaba todos sus errores, tan visibles a la luz del día.

Pero aquella tarde se sentía claustrofóbica. Las paredes del estudio parecían estrecharse, y, en algún momento, la aplastarían. No podía respirar y la ansiedad la obligaba a dar vueltas sin cesar por la habitación, sentía sus músculos tan tensos que temía que se le podrían romper. Además, se le había acabado la comida y necesitaba comprar algo para cenar aquella noche; no tenía valor para pedir comida a domicilio; temía que el repartidor se riera de ella, de lo patética que era su vida; se lo contaría a sus compañeros y todos se reírían de ella o, peor aún, la compadecerían y...

—Ya basta —masculló entre dientes, pasándose la mano por los ojos con furia.

Se volvería loca si no detenía el torbellino de visiones de rechazo, burla, fracaso que danzaba por su cerebro, que cada minuto la empujaban a odiarse un poco más a sí misma.

Se levantó despacio de la silla, se calzó las botas de goma y se puso el abrigo sobre el pijama. Salió del estudio sin hacer ruido, la cabeza gacha, rezando para no encontrarse con nadie. Sabía, por los golpes, gritos y lloros, que había gente en otros apartamentos, pero nunca se había atrevido a sacar la cabeza para mirar.

No tuvo suerte. Cuando el ascensor llegó a su piso, tres hombres y tres mujeres salieron de él, enfundados en monos de trabajo blancos, cargados con varios utensilios de limpieza. Se hizo a un lado para dejarles paso, ciñéndose la capucha sobre la cara y cerrándose el abrigo para ocultar el pijama; respondió a su saludo con un escueto «hola». Los observó mientras se adentraban en el pasillo, rezando para que fueran los encargados de desinsectar el edificio y acabar con la multitud de cucarachas y otros bichejos que pululaban a sus anchas por allí. Temerosa de que le preguntaran algo, desapareció dentro del ascensor.

Agradeció la ola de frío que atravesaba Londres en aquel enero más gélido de lo habitual. Los transeúntes caminaban presurosos, deseosos de llegar a casa y librarse del aguacero, sin prestar atención a la mujer que, empapada y sin paraguas, deambulaba por las calles sin saber dónde ir.

Se topó con un pequeño parque, prácticamente desierto excepto por varios perros que corrían

y jugaban en el barro, alborozados, ladrando y persiguiéndose, mientras sus amos, resguardados de la intensa lluvia bajo una cornisa, compartían anécdotas de sus mascotas, pies fríos y algún cigarrillo.

Se sentó lejos de ellos, en un banco junto a un pequeño estanque lleno de enormes y aterradores peces negros, sin sentir las gotas de lluvia que golpeaban con fuerza su cuerpo y su cara. Se sentía sola, hundida, devastada. Cuando, a los doce años perdió a sus padres en aquel accidente, estaba segura de que jamás volvería a sentirse así. Miró al cielo, esperando encontrar consuelo, como entonces; se sentía mejor mirando las estrellas, porque su tía le había dicho que sus padres estaban allí, con ella, acompañándola. Pero solo pudo ver grandes y negros nubarrones que se cernían sobre ella.

NO LE DES LA ESPALDA

De camino a su destino, Jasper Zachary sacó un paquete de chicles de fresa ácida del bolsillo del pantalón de su traje azul índigo, desenvolvió uno con parsimonia, se lo metió en la boca y lo masticó con fruición, disfrutando de aquel sabor que detestaba y adoraba al mismo tiempo. Movi6 el cuello de lado a lado e hizo girar el hombro izquierdo, en un intento de recolocarse la molesta la cartuchera. No estaba acostumbrado a llevar un arma. En sus diez años de carrera delictiva, solo había disparado una vez; a partir de entonces, mancharse las manos de sangre lo dejó para sus sicarios, quienes, por una buena cantidad, le volaban la cabeza a cualquiera. No le importaba ver retorcerse a hombres o mujeres mientras se desangraban tras recibir un disparo certero; deleitarse con el miedo y la desesperación que reflejaban sus miradas al darse cuenta de que la vida se les escapaba, a menudo por algún error estúpido. Pero él no volvería a apretar un gatillo.

Pero no llevar un arma no le convertía en un blanco fácil. Todo el que trataba con él sabía que siempre le protegía un francotirador, imposible de detectar, o varios, dependiendo del riesgo de la operación. En aquella ocasión, no era diferente. Sabía perfectamente donde se posicionarían sus hombres, pero, aun así, decidió llevar su Smith & Wesson MP 9 con él.

No le gustaba su nuevo cliente, M. Korke. Si aceptó trabajar para él fue porque sus contactos le aseguraron que pagaba bien y no regateaba el precio. Así fue. No se inmutó por la astronómica cifra que le pidió por llevar a cabo el encargo; se limitó a preguntarle a qué cuenta debía hacer la transferencia, que llegó puntual al día siguiente. Una hora después, tal como habían acordado, le envió la información que le había pedido. Quienes le contrataban solían enviarle un batiburrillo de documentos y fotos que él después clasificaba a su antojo; Korke, no. Su documentación estaba cuidadosamente organizada por archivos clasificados por fechas y, dentro de cada uno, fotos y documentos por separado, claramente identificados y ordenados por orden alfabético. Fue aquella pulcritud lo que le puso en guardia. Si no hubiera necesitado el dinero, habría rechazado el encargo en aquel mismo momento.

Como tenía por costumbre, lo vigiló durante los días previos a su primer encuentro con él. No sería la primera vez que un policía o miembro de la Interpol se hacía pasar por un cliente para infiltrarse en su organización y detenerlo. Llevaban años intentándolo, y las pocas veces que lo habían llevado a comisaría para ser interrogado, su abogado lo había liberado a las pocas horas sin que pudieran presentar cargos contra él. Ser listo, minucioso, precavido, fiarse de su instinto y seguir las enseñanzas de O'Connor, le permitían continuar con su actividad, incluso estando en el punto de mira de New Scotland Yard, especialmente de la tenaz Julia Clark, la inspectora que más había conseguido acercarse a él, pero a la que lograba burlar en un interminable y excitante juego del gato y el ratón del que siempre salía victorioso.

Sus recelos hacia Korke aumentaron al observarle mientras este entrenaba golpeando un saco de boxeo; no parecía haber perdido un ápice de su forma física en la prisión. Su informante ya le había hablado de las largas horas que había pasado boxeando, tanto en el gimnasio como en las numerosas peleas de patio en las que se había visto involucrado. Alto y fuerte, era perfectamente

consciente de la ventaja que su físico le daba sobre otros en el cuerpo a cuerpo.

A diferencia de los demás, él nunca utilizaba cámaras para vigilar a sus potenciales clientes. La imagen, por muy nítida que fuera, no transmitía aquella información realmente valiosa; para saber con quién te estás jugando los cuartos, debes acercarte a él y percibirlo en las tripas; esa sensación que va directa al estómago, despierta el instinto y desvela qué hay bajo la máscara, como le contaba O'Connor. Por ello, una vez que sus hombres localizaban a su objetivo, él lo vigilaba hasta estar seguro de que no eran policías, infiltrados o que no supondrían un riesgo para él. No se fiaba de nadie más para hacerlo; el resto solía perderse en detalles llamativos, pero sin importancia real.

A primera vista, no había nada peligroso en Korke. Un hombre adinerado, culto y de modales refinados, inteligente y con don de gentes, con sed de venganza y dispuesto a saciarla. Había conocido a muchos así en prisión; dedicados día a día a rumiar su rabia, que los cegaba una vez que salían libres, y no tardaba en devolverlos dentro.

A Korke, no; y justo eso era lo que le resultaba más inquietante de él; un hombre calmado, sociable, tranquilo, incluso frío; pero bajo toda aquella cortesía y frialdad, percibía el borboteo de una ira, sorda e intensa, desapercibida para el resto, pero que Zachary sabía que le convertía en mucho más impredecible y peligroso que los que se dejaban cegar por ella.

Nunca hacía preguntas sobre sus encargos a quienes le contrataban. Sabía que siempre había un porqué, pero no le interesaba. De ese modo, se distanciaba y las potenciales víctimas se convertían en objetivos; encargos que llevar a buen término. Nunca había tenido la más mínima curiosidad por las razones que le llevaban a otros a contratarle, hasta el encargo de Korke. Aun así, no preguntó. Su instinto le advertía que debía mantener la mayor distancia posible con él.

Llegó a donde le había citado, un pequeño y abandonado apeadero de tren a las afueras de Londres, reconvertido en un sucio e insalubre refugio de drogadictos y camellos. Sonrió con desdén y cierta satisfacción al notar el evidente disgusto de Korke mientras caminaba arriba y abajo por el estrecho andén; embutido en su impecable y caro traje negro italiano hecho a medida, impaciente e incómodo por el desorden y la suciedad reinante, moviéndose con precaución para evitar que sus brillantes zapatos de piel entraran en contacto con cualquier residuo. Cuando le vio llegar, paró su deambular y se irguió en su impresionante y robusto metro noventa y cinco.

Tragó saliva y se detuvo, dejando un par de metros de distancia entre ellos. Nunca, hasta entonces, le había importado su corta estatura. No pasar del metro sesenta y cinco y su complexión flacucha no habían sido un obstáculo para enfrentarse a enemigos mucho más altos y fuertes que él. Su intelecto, muy por encima de la media y su agilidad le habían permitido salir bien librado. Quizá, pensó, era eso también lo que le inquietaba de Korke; era la primera vez que trataba con alguien con su mismo nivel de inteligencia.

—Llegas tarde —gruñó, echando un vistazo a su reloj.

Zachary le ignoró. Llegaba cuando le daba la gana, porque los demás no tenían más opción que esperarle, y ahora aquel capullo estirado se permitía el lujo de reconvenirle. Esbozó media sonrisa, entre la burla y el desprecio, y permaneció en silencio.

Korke le miró con fijeza durante unos instantes, pero su desconcierto apenas duró unos segundos.

—¿Tienes algo ya?

Asintió.

Sus ojos brillaron con interés y ansia. Cuando le contrató, no le pareció digno de la reputación que se había labrado, uno de los mejores asesinos a sueldo que poblaban la *deep web*, sino más

bien un pelele con más envoltorio que esencia. Para su sorpresa, sin embargo, demostró ser listo, eficiente, metódico y discreto. Cuando le propuso el encargo, no hizo preguntas absurdas ni pidió explicaciones innecesarias. Se limitó a aceptarlo y a esperar a que la mitad del dinero estuviera en su cuenta para ponerse manos a la obra. Ahora, cinco días después, ya estaba tras su pista.

Apretó los puños, furioso consigo mismo. Debió haberlo contratado nada más salir de la cárcel, como le recomendaron. Había perdido meses y mucho dinero en inútiles que le prometieron resultados que nunca llegaron. Pero allí estaba aquel enclenque de pelo engominado y ojos saltones que, sin alaracas, lo había conseguido.

Dudó si decirle que escupiera el chicle. Odiaba a la gente que mascaba chicle; le resultaba un vicio repugnante y ruidoso que no lograba entender. Se tensó aún más cuando el otro, como si le hubiera leído el pensamiento, hizo una pompa y la explotó con la lengua, mirándole burlón.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto.

—Quiero que te des prisa.

Un relámpago de rabia recorrió los ojos de Zachary.

—Ya se lo dije. Las cosas se hacen a mi manera o no se hacen. He puesto a mis mejores hombres en ello, pero será cómo, cuándo y dónde yo decida. No daré ningún paso en falso porque a usted le entren las prisas.

Korke inspiró con fuerza y apretó los puños, indignado, conteniendo a duras penas el impulso de saltar sobre aquel hombrecillo insolente y enseñarle a mostrar educación. No estaba acostumbrado a que le desafiaran. Cuando entró en la cárcel, fueron sus puños los que pronto le granjearon la obediencia y sumisión de todos, incluso de los más fornidos. Pero allí estaba aquel pelele bajito, negándose a obedecer, inquieto, pero sin mostrar un ápice de miedo. Y a él le gustaba ser temido.

Miró a su alrededor, intentando averiguar dónde estaban los francotiradores. Sabía que estaban allí, en alguna parte; se lo advirtió su contacto antes de recomendárselo: «Ándate con ojo y no te acerques a él, o tendrás una mirilla láser apuntando directamente a tu cabeza». Apretó los puños hasta que le crujieron los nudillos, pero reconoció su derrota: Zachary era una sabandija, pero una sabandija muy astuta.

—De acuerdo, pero que sea pronto. Aún no me has demostrado que tu pretendida competencia sea algo más que fachada.

Sonrió para sus adentros al notar cómo el otro acusaba el golpe. Que cuestionaran su valía e intentaran darle órdenes le ponía furioso y le descolocaba.

—Le repito que tengo a mis mejores hombres en ello. Usted solo tiene que preparar la transferencia.

—Cuando el trabajo esté terminado.

Zachary asintió, tratando de no dejar traslucir la rabia que le causó el menosprecio de Korke. Aquel capullo tenía una habilidad especial para detectar los puntos débiles y hundir el dedo en ellos hasta hacerlos sangrar. Pero no le daría la satisfacción de saber que había encontrado el suyo.

Se dio media vuelta y, con las manos en los bolsillos del pantalón y obligándose a mantener un paso calmado y firme, se alejó de él, seguro de que sus tiradores le cubrirían. De lo contrario, nunca se habría girado. Korke no era la clase de tipo a quien convenía darle la espalda. Cuando se hubo alejado unos cien metros de él, dos figuras se hicieron visibles en el tejado de metal del apeadero, saltaron al suelo con agilidad y corrieron a situarse tras su jefe.

AQUÍ NO HAY NADIE

—Los de la limpieza se marcharon hace un rato —informó el encargado, tirando y empujando la puerta, nervioso, intentando hacer girar la llave en la cerradura—. Se atasca un poco, pero una vez le cojan el tranquillo, no tendrán problema.

Entró y se detuvo, sorprendido. En los diez años que llevaba trabajando en aquel edificio jamás había visto uno de aquellos apartamentos tan limpio. Tampoco era extraño, teniendo en cuenta el equipo de seis personas que habían acudido a limpiarlo y que se había pasado la mayor parte del día trabajando en él. Una exageración, pensó, para un lugar que apenas superaba los cincuenta metros cuadrados. Pero el hombre que había alquilado el apartamento el día anterior y que ahora lo observaba desde el dintel de la puerta, olfateando el aire con disgusto y sin la menor intención de entrar, le había pagado en metálico el alquiler y una generosa propina, para que se guardara sus pensamientos para sí mismo.

Uno de los dos hombres que le acompañaba, entró y giró sobre sí mismo. El encargado frunció el ceño, mirándole de reojo, tratando de recordar dónde le había visto. Porque le había visto antes, estaba seguro de ello, pero no sabía dónde. El hombre, haciendo un esfuerzo por no demostrar que la idea de quedarse allí no le hacía ninguna gracia, se volvió hacia los otros dos.

—No está mal.

El tercero, tras pasar al lado del que continuaba bajo el dintel, entró e imitó el movimiento del primero.

—Venga, Jack —gruñó. A diferencia de los otros dos, claramente incómodos, a este se le notaba molesto—. Esto es una puta mierda.

—Hemos estado en sitios peores —repuso el primero, encogiéndose de hombros y dejando una mochila negra en la única estantería que había en la habitación—. Además, no estaremos aquí mucho tiempo.

El otro abrió la boca para replicar, pero pareció pensárselo mejor y la cerró. Ambos se volvieron a mirar al hombre que esperaba en la entrada, que no dejaba de frotarse nerviosamente las puntas de los dedos, con cuidado de no rozar ninguna de las superficies cercanas. Se recolocó entonces el nudo de la corbata, ya antes perfectamente anudado y centró su atención en el encargado. Este, que le estaba observando con curiosidad, bajó la mirada. Se volvió entonces a los otros dos hombres.

—Me voy ya. Cualquier cosa que necesitéis, decídmelo.

Ambos asintieron; el primero observando la fachada de enfrente desde la ventana, mientras el otro movía la mesa desde el centro de la estancia a una esquina, deshaciendo el equilibrio visual de la misma. Ninguno de los dos prestó atención al tercero, que, sin decir más, hizo un gesto al encargado. Ambos salieron, cerrando la puerta tras de sí.

—Aquí no vive nadie —aseguró el hombre, tendiéndole un billete de doscientos euros, que el encargado hizo desaparecer con rapidez en el bolsillo derecho de sus raídos vaqueros, asintiendo.

El hombre contempló con disgusto su aspecto desaliñado. Hubiera preferido no tener que tratar con él para alquilar el apartamento, pero no quería dejar ningún cabo suelto. Mientras le

pagara bien, tendría asegurado su silencio.

—Descuide, este apartamento sigue vacío —aseguró, presionando el botón del ascensor. Subió a él cuando se abrieron las puertas, sorprendido al ver al hombre empujar la puerta de acceso a las escaleras, dispuesto a bajar los quince pisos andando.

Se encogió de hombros. Le importaba una mierda si no quería compartir el ascensor con él; mientras siguiera soltando billetes con aquella facilidad, le daba igual. Nada habitual en aquel lugar, donde los inquilinos solían llegar con lo puesto y poco más y al cabo de un par de meses o desaparecían o había que echarlos a la calle por impago del alquiler. Desde luego, ninguno de los habituales vestía aquella ropa cara, ya fuera el traje del hombre que acababa de desaparecer por las escaleras o la más cómoda de los otros que se habían quedado en el apartamento.

Además, en caso de que la policía apareciera por el edificio pidiendo ver el apartamento, él no había hecho nada malo. No sería la primera vez que se presentaban allí, a menudo por pequeños delitos cometidos por los inquilinos para sobrevivir. Ya conocía la rutina: le llevarían a comisaría, le interrogarían y le soltarían. Al fin y al cabo, se había limitado a hacer su trabajo; alquilar los apartamentos. Si después los inquilinos no resultaban ser quienes decían, no era su problema.

Salió del ascensor y, a través de la puerta de cristal que daba a la calle, observó al hombre caminar con rapidez y subirse en la parte de atrás de un coche negro, que desapareció rápidamente. Se palpó el bolsillo, satisfecho. Por fin la suerte parecía sonreírle.

Entró en la vivienda que ocupaba en la planta semisótano del edificio y se dirigió al baño. Levantó la tapa de la cisterna, metió la mano y sacó un goteante recipiente negro estanco. Lo llevó al lavabo, lo abrió y sacó el pequeño fajo de billetes envuelto en una bolsa de plástico que había dentro de él. Cogió el que tenía en el bolsillo, lo alisó cuidadosamente y lo metió dentro de la bolsa. Enroscó con fuerza el recipiente y lo devolvió a su escondite. Tras colocar de nuevo la tapa de la cisterna, se volvió hacia el lavabo y se atusó el pelo ralo con la mano, sonriendo con alivio. Pronto podría saldar su deuda y dejar para siempre aquel agujero.

SUSURROS EN LA OSCURIDAD

Tawny abrió los ojos y miró a su alrededor, desorientada y sorprendida por la oscuridad que la rodeaba. Debía ser tarde, porque el parque se había quedado completamente desierto. Tiritó, notando el peso y el frío de su abrigo empapado. ¿Cuándo se había quedado dormida bajo la lluvia? No tenía ni idea, pero no era la primera vez que perdía la noción del tiempo o que, agotada, se dormía en cualquier lugar.

Sintió ganas de llorar de nuevo y se apretó los ojos con las manos. No derramaría más lágrimas por Alex, no lo merecía. De hecho, podía sentirse afortunada por haber descubierto quién era realmente. Sacudió la cabeza. ¿A quién quería engañar? Se dio por vencida, dejando que se entremezclaran con la lluvia.

Comprobó su teléfono por enésima vez, esperando encontrar alguna llamada perdida. En el fondo, y se odiaba por ello, en algún lugar apartado de su corazón, conservaba la esperanza de que Alex la llamara, arrepentido, asegurándole que se había dado cuenta de su error, que ella era el amor de su vida, pidiéndole perdón por todo lo que la había hecho sufrir, y terminando con aquella pesadilla.

Pero, al mismo tiempo, no quería que lo hiciera; temía no ser capaz de negarse si él le pedía que volvieran a estar juntos. Las pocas llamadas y mensajes de WhatsApp que había recibido desde que se marchó solo fueron para comunicarle una nueva denuncia o para exigirle que firmara los papeles de los abogados. Pero, por alguna razón, no podía soportar la idea de que Alex no la echara de menos, que tantos años juntos no significaran nada para él. Resultaba demasiado doloroso, incluso aterrador.

Se sintió morir al pensar en él con la otra mujer. Los imaginó juntos, felices, riéndose de ella; de la pobre e inocente Tawny, tan segura de que su marido la adoraba. En su cabeza, ambos descorchaban una botella de champán y brindaban por lo bien que había salido su plan para sacarla de la vida de Alex y poder estar juntos de nuevo.

Apretó los puños con tanta fuerza que se clavó en las palmas los picos de sus uñas mordisqueadas. El dolor la sacó de su ensoñación y le trajo un montón de recuerdos amargos. Sacudió la cabeza. Tenía que dejar de pensar en ellos.

Eso es lo que le hubiera aconsejado cualquiera de sus amigos, pero ya no le quedaba ninguno. Todos trabajaban para Alex, y el miedo a perder su puesto en la empresa los llevó a ponerse del lado de él. Los suyos, aquellos que tenía antes de conocer a su marido, los había perdido hacía mucho tiempo atrás, al poco de empezar a salir con él. Ahora, tras la ruptura, no le quedaba nadie a quien acudir.

Estaba sola.

Empezó a tiritar. Para entrar en calor y librarse del aguacero, echó a correr de vuelta al estudio. Solo paró en la pequeña tienda de enfrente, donde compró un par de envases de arroz tres delicias para calentar al microondas, varias latas de refrescos y bolsas de aperitivos. Solo quería regresar a su habitación y comer viendo la tele, con la esperanza de que aquello la ayudara a olvidarse de todo.

Con la comida firmemente apretada entre sus brazos, hizo malabares para conseguir abrir la maldita puerta, hasta que lo logró y entró en el estudio. Metió uno de los envases de arroz en el microondas, y dejó lo demás sobre la cama.

Mientras la comida se calentaba, se secó el pelo y se puso el último pijama limpio que le quedaba y una gruesa chaqueta de lana. Rebuscó entre los cacharros sucios de la pila un tenedor decente, lo enjuagó y sacó el envase del microondas, aún medio congelado. Abrió una bolsa de patatas fritas, un paquete de galletas y se sentó en el suelo a comer, con la espalda apoyada en el catre, mientras veía un documental sobre aves. Se le encogió el corazón cuando el narrador contó que los cisnes se emparejaban de por vida; incluso las aves eran más afortunadas en el amor que ella. Se forzó a terminarse el plato, la bolsa de patatas y el paquete de galletas, ignorando el dolor que le provocaba llenarse tanto el estómago. Suspiró, apagó el televisor y dejó caer la cabeza sobre el catre, preguntándose qué iba a ser de ella.

Tenía por delante otra larga noche de insomnio, como tantas desde hacía mucho tiempo. Cuando conseguía dormirse, nunca era por más de un par de horas. Se despertaba asustada, preguntándose dónde estaba. Cuando se daba cuenta, invariablemente lloraba, rota, perdida y aterrorizada.

Decidió dormir en el suelo. Aunque el catre era bastante estrecho, no podía evitar que la soledad la envolviera cuando se acostaba en él y quizá el suelo la ayudara a mitigar aquella sensación. Debía intentar dormir, porque empezaba a temer que las noches en vela le pasaran factura. Tiró un par de mantas en el suelo, se acomodó sobre ellas, puso la cabeza en la almohada y encendió el pequeño calefactor eléctrico para evitar quedarse helada. Sí, por alguna razón el suelo resultaba más reconfortante que el catre. Quizá por estar tendida junto a la pared; sentirla tras a su espalda le daba cierta sensación de seguridad. Cerró los ojos y se removió sobre las mantas intentando encontrar una postura cómoda.

Al cabo de unos minutos, encendió de nuevo la tele y le quitó el sonido, para que le hiciera compañía. Viendo a una mujer caminar sobre una cinta andadora en la teletienda, sintió que el cansancio le vencía.

Estaba a punto de dormirse cuando le pareció oír algo. Abrió los ojos y escrutó las sombras azuladas que la televisión proyectaba a su alrededor, mientras el corazón le latía con fuerza en el pecho. Aguzó el oído, asustada. ¿Y si era un ladrón? No tenía nada con lo defenderse. Apagó el televisor con el mando y se quedó inmóvil; conteniendo la respiración, sus ojos trataron de percibir algún movimiento en la oscuridad.

Volvió a escuchar el ruido. Se relajó al darse cuenta de que provenía del apartamento de al lado. Se acercó a la pared y pegó la oreja. Le llegó entonces el rumor de dos voces que hablaban en voz baja, que se fueron acercando hasta que pudo escucharlas con claridad.

—Tienes que matarla —ordenó con firmeza una voz de hombre.

—No quiero hacerlo —respondió otra voz masculina, más grave y profunda.

Alzó las cejas, alarmada, incapaz de creer lo que acababa de escuchar. ¿Estarían viendo una serie?, ¿una película? No, no había duda. Eran sus vecinos hablando en voz baja.

—Si no la matas, lo arruinará todo —insistió el primero.

—Me cae bien.

—¿Debería estar celoso?

Oyó al otro reír entre dientes y se hizo el silencio unos instantes.

—Quizá.

—No puedes encariñarte con un objetivo.

—Ella no tiene por qué morir —replicó el otro, obstinado.

—Quieras o no, tenemos que eliminarla.

Tawny, cada vez más alarmada, se preguntó qué hacer. Por un momento, pensó en llamar a la policía, pero ¿qué pruebas tenía? Una conversación que había escuchado a escondidas, que sus vecinos podrían refutar fácilmente e incluso, denunciarla por acoso o espionaje o lo que fuera que estaba haciendo. Lo último que necesitaba ahora era meterse en más líos con abogados. ¿Cómo iba a pagarles si apenas podía hacer frente al alquiler de aquel patético tugurio?

Ahogó un sollozo y notó que se le encogía el estómago, asustada. Tenía que haber encontrado un trabajo y haberse marchado de allí hacía tiempo, como se prometió el día que llegó, pero no tuvo fuerzas. Dejó pasar los días deseando con toda su alma que se abriera un agujero en el suelo y desaparecer en su interior para siempre. Ahora, por su holgazanería, tenía como vecinos a dos asesinos a sueldo.

—No tenemos por qué matarla —insistió el de la voz profunda.

—Si la dejas vivir, lo arruinará todo. El único modo de evitarlo es quitándola de en medio.

—Puedo avisarla de que está en peligro, darle tiempo para que huya a otro país. Nunca volverá sabiendo que su vida depende de ello.

—No. Ella iría inmediatamente a la policía.

El hombre chasqueó la lengua, frustrado. Estaba claro que sabía que el otro tenía razón, aunque no quería dar su brazo a torcer.

Tawny no podía creer la frialdad con la que hablaban de acabar con una vida humana. Se preguntó quién sería la pobre víctima. Una mujer que, por ahora, vivía feliz y tranquila, sin saber que su destino estaba en manos de dos desalmados que planeaban matarla; cómodamente tendidos en la cama, al parecer.

—Podríamos matar al viejo en su lugar —sugirió el que se negaba a asesinar a la mujer.

Tawny lanzó una exclamación de miedo y se cubrió la boca con la mano, temerosa de que le hubieran oído. Si se enteraban de que conocía sus planes, acabarían con ella también. Nadie iría a socorrerla si la oían gritar; las conversaciones telefónicas con exparejas solían acabar con demasiada frecuencia en acaloradas discusiones a gritos a las que ya nadie prestaba atención.

—Vamos a dormir. Mañana lo pensamos de nuevo —propuso el otro en tono conciliador.

—No hay nada que pensar. No voy a matarla.

—Valerie está de acuerdo conmigo y Mark, también.

Tratando de no hacer ruido, buscó a tientas un papel y anotó los nombres, sintiendo que un escalofrío que le recorría la espalda. Sin duda serían otros miembros de la banda, cuya misión era matar a alguien, pero el hombre de la voz profunda, el ejecutor, se estaba echando atrás.

Le resultó curioso que el otro no hiciera ninguna referencia al dinero que habían cobrado o que no se enfadara o intentara presionarle más. Pero, por su tono, parecía convencido de que el otro, por mucho que protestara, acabaría por cumplir con la misión.

—Además, y con esto termino y nos vamos a dormir, no puedes cambiarla por el viejo. Al final hay que matarlo a él también. —Terminó con un amplio bostezo.

—Demasiados cadáveres, ¿no crees? —repuso el otro, bostezando a su vez.

—Fuiste tú quien decidió que fuera así. Mucha sed de sangre tienes tú últimamente... —replicó el primero, burlón.

—¿Y eso no te asusta?

—¿A mí? Es lo que más me gusta de ti —repuso, seductor.

Ambos rieron, y pronto la habitación se llenó del rumor de besos y susurros, suspiros que se transformaron en gemidos. Tawny se tapó los oídos, impresionada por su frialdad. «Demasiados cadáveres, demasiada sangre», decían, y les resultaba tan divertido y excitante que terminaban

follando.

Tragó saliva en la oscuridad, sin saber muy bien qué hacer, tensa y asustada. Se preguntó cómo matarían a sus víctimas. ¿Con una pistola?, ¿con un cuchillo?, ¿tal vez una muerte lenta y dolorosa? Se cubrió la cabeza con la manta, tratando de borrar las sangrientas imágenes que le venían a la cabeza.

«Calma —se dijo a sí misma, intentando respirar con normalidad— cálmate». En cuanto amaneciera, se dijo, buscaría otro sitio donde vivir. Era habitual que los inquilinos de esos apartamentos desaparecieran de la noche a la mañana, por lo que su marcha no levantaría las sospechas de sus vecinos. Eso esperaba.

Se sintió mareada, su mente llena de crímenes y muertes; aterrada por estar viviendo junto a dos asesinos en serie. Inmóvil, para que no sospecharan que les había estado escuchando, pasó la mayor parte de la noche despierta, los músculos agarrotados por la tensión, el miedo y la forzada inmovilidad hasta que, en un momento dado, el sueño le venció.

UNA IDEA DESCABELLADA

Se despertó sobresaltada. Intentó incorporarse, pero no pudo. Aterrada, descubrió que alguien le había atado los brazos y las piernas a las patas del catre y la habían amordazado.

—¿Qué opinas? Podrías matarla a ella en lugar de la otra mujer.

El pánico la invadió aún más al reconocer la voz de su vecino. Forcejeó con las cuerdas, respirando agitadamente por la nariz, mirando la oscuridad con los ojos muy abiertos, temblando, pero no pudo liberarse. Al cabo de unos minutos, se dio por vencida y dejó de luchar.

—Oyó todo lo que dijimos. Tenemos que matarla —afirmó el de la voz más profunda.

—¿Con esta no te has encariñado? —replicó el otro, burlón.

—Por favor —suplicó Tawny entre lágrimas, a través de la mordaza—, por favor, no me hagan daño.

En la penumbra de la habitación vislumbró dos figuras acercarse a ella, sus sonrisas siniestras y sádicas anticipaban el placer que sentirían al matarla.

—Lo siento, Tawny —se disculpó en un tono que evidenciaba que no le producía ningún pesar—. Sabes demasiado. Incluso anotaste los nombres de nuestros compañeros en tu libreta. Chica mala, espionando conversaciones privadas... Esto es lo que ocurre al meter las narices en los asuntos ajenos.

—No diré nada —aseguró a través de la mordaza—. Lo juro, no diré nada nadie. Soltadme por favor.

—Eso ya nos lo han dicho antes —replicó el otro— y, en cuanto pudieron, se fueron con el cuento a la policía. Al final, tuvimos que matarlos de todos modos. Dejarte ir solo retrasaría lo inevitable, cometer el mismo error de nuevo. Y no dejaremos que eso ocurra, ¿verdad?

—No, claro que no.

—Por favor —sollozó Tawny, divisando un reflejo metálico en la oscuridad—, por favor, suéltense. No diré nada. Lo juro —repitió, desesperada.

—En tu caso, además incluso te haremos un favor. Te libraremos de esta vida fracasada, solitaria y sin sentido que tienes por delante. Mírate. Cuarenta años y ¿qué tienes? Nada. Diez cajas. Tu vida de mierda cabe en diez cajas. Y, si miras en ellas, no tienes nada de valor. Igual que tú. No vales nada.

—Toda tu vida has ido de fracaso en fracaso. Por eso has acabado aquí, en este cementerio de perdedores.

—¿Y aún te sorprende que tu marido te haya engañado?

—¿Engañado? —Oyó una risa cruel—. Tenía otra mujer y, seguramente, algún hijo por ahí escondido. ¿O crees que es casualidad que no quisiera tenerlos contigo? Yo también me buscaría otra familia, si tuviera que vivir con una perdedora fracasada como tú.

Tawny sollozaba con fuerza, humillada, sin replicar a sus crueles comentarios y burlas. ¿Por qué iba a hacerlo? Tenían razón. Era una fracasada. Esas fueron las últimas palabras que Alex le dirigió cuando la echó de casa. Fracasada. Inútil. Sin él, ella no era nada. No valía nada. «Nada», subrayó, antes de cerrar de un portazo.

Lágrimas amargas de vergüenza e impotencia rodaron por sus mejillas, mientras los oía a ambos reírse a carcajadas de ella, de lo patética que era y siempre sería. Tenían razón. Si la mataban, le harían un favor.

Sintió el frío cañón de una pistola en su frente. En la oscuridad, vislumbró un dedo apretando el gatillo y el estruendo del disparo resonó por toda la habitación.

Se despertó gritando, aterrada y empapada en sudor. Jadeando, buscó a tientas el interruptor de la luz y la encendió. No estaba atada. No había nadie en su piso. Todo había sido una pesadilla, pero parecía tan real...

Escondió la cara entre las manos, con el estómago aún encogido, intentando ahogar el sonido de sus sollozos de alivio y miedo. Temblaba violentamente mientras, en su cabeza, seguía escuchando a sus vecinos llamarla fracasada. Tenían razón, al igual que Alex: era una inútil. ¿Cómo pudo pensar que saldría adelante sola? Su ex tenía razón. Ella no tendría nada si no hubiera sido por él. No era nada sin él.

Cerró los ojos y se los presionó con fuerza, tratando de bloquear recuerdos que acudían en tromba a su mente, que la hundían cada vez más en el negro abismo en el que se sumió tras descubrir el engaño de Alex. Se asfixiaba. No podía respirar. Se levantó de un salto y corrió a por una bolsa de patatas fritas, que abrió con mano temblorosa, desperdigando varias por el catre. Cogió un puñado y se lo metió en la boca, masticando con avidez y fuerza. Antes de habérselo tragado, se metió otro y después otro. Lo deglutió como pudo, cerrando los ojos cuando los fragmentos mal masticados se clavaron como miles de pequeños puñales en su garganta; golpeándose la espalda trató de aliviar el dolor intenso que le produjo la bola de comida al bajar por su esófago. Cogió la botella de agua y bebió con ansia, para después meterse otro puñado, y otro y otro y otro, hasta hacer desaparecer el miedo, la angustia y la realidad.

Se sintió más tranquila cuando se terminó la bolsa. Se pasó las manos por la chaqueta para limpiarse la grasa, saltó de la cama y, procurando no hacer ruido, se dirigió a la puerta para comprobar que estaba bien cerrada. El pestillo era muy endeble y cualquiera podría hacerlo saltar de una patada. Empujó el pequeño mueble sobre el que se apoyaba el microondas hasta la puerta, esperando que aquello fuera suficiente para evitar que la abrieran. En el piso quince, escapar por la ventana no era una opción viable. Cogió su mochila y metió con rapidez las pocas pertenencias que tenía desperdigadas por la habitación y la comida, con la idea de huir cuanto antes. Había sido una suerte no desembalar las cajas.

El recuerdo del hombre y la mujer que estaban a punto de morir, futuras víctimas de los sicarios, detuvo su frenética actividad. No podía ignorar que sabía lo que les iba a ocurrir; si no hacía nada por salvarlos, llevaría sus muertes sobre su conciencia el resto de su vida. Abrumada, se dejó caer en el suelo y se frotó el corto cabello pelirrojo, tratando de decidir qué hacer.

Maldijo el día en que Tania apareció en su casa. Maldijo no haber ignorado el timbre y haberse metido en la bañera, como pensó en un principio. Si no hubiera abierto, si aquella mujer no hubiera aparecido, ella no estaría allí y no sería el objetivo de dos asesinos a sueldo.

Negó con la cabeza. No. No era a Tania a quien tenía que culpar, ni a ella misma por abrir la puerta; el culpable era Alex. Él era el cabrón que la había engañado. Peor aún, quien las había engañado a las dos, porque Tania parecía devastada cuando echó a correr hacia su coche. Aunque, por alguna razón, no podía dejar de imaginársela riéndose de ella, de la estúpida que pasó cinco años con un bigamo sin enterarse.

Ni siquiera pudo denunciarle o utilizar su bigamia en el juicio del divorcio. Alex tenía un batallón de abogados mientras que ella solo contaba con un primerizo del turno de oficio, que, aunque voluntarioso y trabajador, no tenía ni los medios ni la experiencia necesarios para

enfrentarse a uno de los bufetes más caros de todo Londres, que su ex pudo costearse sin problema.

No vacilaron en poner otras propiedades de Alex a nombre de sus padres, quienes, al parecer, las habían hipotecado para financiar el sueño de su hijo de crear su empresa. También aparecieron de la nada socios de los que antes jamás tuvo noticia, de modo que su marido solo disponía de una pequeña parte de su astronómico sueldo, que prácticamente cubría su parte de la hipoteca y poco más. El resto, según sus abogados, se lo devolvía sus padres y a los socios como parte de sus beneficios.

Con todo ello, fue presentado ante el juez como un hombre abnegado, que se mataba a trabajar para su familia y pagar sus deudas; y a ella, como una arpía que solo estaba con él por su dinero, sin preguntar de dónde salía ni reparar en gastos.

Tawny sabía perfectamente que no era así, pero no podía demostrarlo. Alex cobraba una gran parte de su sueldo en negro, que luego iba blanqueando en material para la empresa, reformas de la casa o la oficina; todo ello pagado en metálico. Al final, su abogado se quedó sin argumentos, y ella, hundida, perdida y sola, no tuvo modo de rebatirle. Su angustia crecía con cada carta del banco en la que se le exigía el pago de la cuota de la hipoteca, tan alta que no hubiera podido hacerle frente incluso conservando su trabajo. Por ello, cuando los abogados de Alex le propusieron cederle a él la casa a cambio de liberarse de la hipoteca, no lo pensó dos veces y aceptó. Esto y todo lo demás, como ser despedida sin indemnización y no recibir ninguna pensión. Hubiera firmado lo que fuera con tal de librarse de aquella pesadilla de denuncias, demandas y cartas de su ex, los abogados y el banco. No tenía fuerzas, ni dinero ni podía pensar con claridad. Su única obsesión era dejarlo todo atrás.

Se abrazó a la almohada, hundida y desesperada. Se volvería loca si continuaba dando vueltas y más vueltas a todo lo sucedido. Tenía que parar su alocada mente. Se arrodilló al lado de una de las cajas, la abrió despacio, sacó un libro que apoyó contra la esquina de la caja y acarició la cubierta.

Se titulaba *No mires atrás*. Quería releerlo en la bañera el día que Tania llamó a su puerta. En él, la protagonista, el día de la lectura del testamento de su marido, descubría que éste tenía otra familia.

No había sido capaz de retomarlos. La protagonista, como ella, se sentía perdida, destrozada, traicionada y... estúpida, absolutamente estúpida. Pero al contrario que ella, en lugar de esconderse, decidió contratar los servicios de la detective privado Lena Dierre. Estaba convencida de que el accidente de tráfico en el que había muerto su marido no había sido tal, y tenía el pálpito de que la otra viuda estaba involucrada en él de algún modo, pero la policía no le hacía caso.

Lo abrió, pasando la página en blanco, hasta llegar a la siguiente, donde leyó por enésima vez aquella frase que tanto le gustaba, que tantas veces la animó, pero a la que ahora no encontraba ningún sentido. Tragó saliva y lo abrió por la página señalada por la entrada de cine, la misma desde que su vida saltó por los aires, y continuó leyendo:

—Será mejor que se vaya y vuelva cuando se haya calmado —sugirió Lena, incapaz de soportar un minuto más el llanto de la mujer.

—Usted no lo entiende —repuso Madison entre hipidos—. Si me voy, no tendré valor para volver.

—Entonces, no podré ayudarla.

Ella le lanzó una mirada dolida y furiosa a través de las lágrimas, pero continuó sollozando en

silencio. Lena se levantó y salió del despacho. Madison esperó, pero la detective no volvió a entrar; al cabo de unos minutos, cuando ya dudaba si marcharse, la puerta se abrió de nuevo y entró Renata con una bandeja y dos tazas humeantes.

—Tenga, tómesele, le sentará bien.

Dudó unos instantes, pero al final aceptó. La infusión tenía un suave gusto a moras que la reconfortó y la ayudó a calmarse.

—Lo siento, deben pensar que soy estúpida, la boba viuda traicionada.

—En absoluto. Usted está pasando por un momento muy duro. No solo tiene que afrontar la pérdida de su marido, sino que toda la vida que conocía ha resultado ser una mentira. Todo su mundo se tambalea bajo sus pies. Es normal sentirse perdida y asustada.

Madison la miró, agradecida. Era la primera persona que parecía comprenderla desde la lectura del testamento. A partir de aquel momento, por parte de su familia y sus amigos todo fueron reproches y acusaciones. Nadie se había preocupado por ella, preocuparse de verdad, sin que la pregunta: «¿Cómo estás?» fuera más que un mero compromiso. Si intentaba responder con sinceridad torcían el gesto o la interrumpían, aconsejándole que se fuera de viaje, que se animara, o que apechugara con las consecuencias de haber estado tan ciega.

Asintió, la mirada fija en un punto de la habitación, sin realmente ver nada.

—No sé qué hacer —musitó, estrujando el pañuelo de papel empapado en la mano—. Me siento como cuando, de niña, jugaba a dar vueltas y vueltas sobre mí misma, hasta que me detenía, desorientada y mareada, y todo giraba a mi alrededor, borroso.

Renata asintió.

—La entiendo. Nosotras nos hemos sentido así también alguna vez.

—Sí, pero ustedes..., son fuertes; y valientes. Yo, en cambio...

Bebió un sorbo de té y permaneció en silencio unos instantes.

—Nosotras no supimos lo fuertes que éramos hasta que tuvimos que serlo. Nos ocurre a todos; a menudo, lo somos sin ser conscientes de ello. La vida pone a prueba nuestro coraje y valentía, pero los olvidamos. Olvidamos el miedo que sentimos de niños el primer día de colegio, de instituto, de universidad, pero nos enfrentamos a él y lo superamos. El primer día de trabajo, la primera vez que dijimos un «te quiero»... Es un desafío constante; nos derrota, nos pone a prueba, pero también nos ayuda a levantarnos.

—Pues, no veo yo que me esté ofreciendo mucha ayuda ahora.

—Claro que sí, pero no del modo que usted espera.

Dejó el libro, las palabras de Renata resonando en su cabeza: «Pero no del modo que usted espera».

Se levantó de un salto, el miedo olvidado, sustituido por una gran excitación. Claro, Renata tenía razón; escuchar la conversación de sus vecinos no había sido casual; era la oportunidad que la vida le ponía por delante para dejar de sentirse inútil y encontrar de nuevo sentido a todo. Corría peligro, era cierto, pero todo era mejor que pasarse su vida en aquel agujero, compadeciéndose, lamentándose y lamiéndose las heridas.

Además, como fan absoluta de los libros de Lena Dierre, la protagonista de una de las sagas de thriller más vendida del momento, sabía cómo hacerlo. Se hizo seguidora suya desde que se leyó el primer libro, que releyó mil veces, al igual que los otros siete que su autor había escrito hasta entonces; aunque en su biblioteca había cientos de títulos más, siempre envidió el carácter duro y resolutivo de la detective y, en más de una ocasión, hubiera dado todo por ser como ella.

Volvió a abrir la caja y sacó los otros seis libros de la colección, los pocos que había logrado

salvar. Con cuidado, los puso en el suelo uno al lado del otro hasta que encontró el que buscaba, *El bosque negro*, la segunda novela de la serie. En ella, Dierre se mudaba a vivir al apartamento contiguo al de un sospechoso de cometer crímenes rituales, cuyas víctimas aparecían medio enterradas junto a raíces de robles centenarios, que el asesino había pintado de negro antes de depositar los cadáveres. Aunque todo parecía apuntar a él, no habían encontrado ninguna prueba que inculpara directamente al sospechoso, que acababa de secuestrar a una cuarta mujer. La vigilancia de la policía había resultado infructuosa hasta el momento, por lo que la detective decidió mudarse al apartamento contiguo y entablar amistad con el sospechoso, esperando a que cometiera algún pequeño error que les permitiera dar con la chica secuestrada.

Se mordisqueó el labio, pensativa. La detective era extremadamente inteligente, capaz de resolver los puzzles más complicados y de meterse en la mente del asesino hasta extremos que a la policía le resultaba espeluznante y, más de una vez, sospechoso; Lena Dierre era en apariencia una mujer fría, insolente y calculadora, pero, en el fondo, mucho más humana de lo que le gustaba admitir.

Contaba, además, con la ayuda de su esposa, Renata, experta en perfiles criminales. Juntas investigaban y resolvían todo tipo de delitos, a menudo, arriesgando sus vidas para atrapar a los asesinos, a veces ayudando a la policía en su investigación, otras, la mayoría, por su cuenta.

Cerró el libro, dubitativa. Aquello era una locura, una idea descabellada. ¿Y si la descubrían? La matarían, sin duda; no debía olvidar la frialdad con la que los había oído hablar ni su pesadilla, que esperaba que no fuera premonitoria. Pero, podría..., podría al menos intentarlo, comenzar con el plan. Si se complicaba demasiado, abandonaría el apartamento, pero quizá ya entonces tendría alguna prueba más que le permitiera acudir a la policía.

Miró su reloj: las seis y media de la mañana. Caminó en círculos por la habitación, nerviosa pero también excitada con el plan que quería llevar a cabo. Había tenido una idea, que recordaba haber visto en alguna película. Entró en el baño, se desnudó y se las vio y deseó para atravesar la estrecha mampara de la ducha, que no había utilizado desde el día que llegó, con cuidado de no mirarse las cicatrices. Evitó cuidadosamente rozarse la piel de los muslos y agradeció que el habitáculo fuera demasiado estrecho como para agacharse. Sentirse limpia le subió un poco el ánimo, y el agua fría, no podía pagar el extra que cobraba el encargado por el agua caliente, la ayudó a despejarse. Cerró el grifo y salió con la misma dificultad que había entrado, ladeándose y encogiéndose la tripa. No recordaba dónde estaba su toalla grande; se secó con el pijama. Tras probarse dos vaqueros y comprobar que no le entraban, se vistió tan solo con una camiseta azul.

Tratando de no hacer ruido, rebuscó entre las cajas hasta encontrar el minitaladro que sabía que había en una de ellas; lo guardó con la idea de montar los muebles del nuevo lugar donde iría a vivir. Qué ilusa había sido. Cuando dejó a Alex, estaba segura de que podría comenzar una nueva vida, en un nuevo hogar, lleno de posibilidades y futuro. Pero no hubo nuevo lugar ni nuevos muebles, tan solo suciedad y miseria.

Fregó con rapidez un vaso de cristal, lo secó, y se acercó a la pared que daba al otro apartamento. Realmente no lo necesitaba para escuchar; como había comprobado la noche anterior, las paredes eran tan finas que parecía increíble que pudieran mantenerse en pie; pero le dio la sensación de que era un método de escucha más apropiado para un detective. Apoyó el vaso y pegó la oreja, esperando pacientemente.

Poco después oyó despertarse a la pareja; el rumor de la ducha, el inconfundible gorgoteo del café hirviendo en la cafetera, así como el teclear en un portátil.

—Puedo traer luego el maniquí para que practiques, si quieres. —Oyó decir al que por la noche insistía en que debían matar a la chica.

—Sé perfectamente cómo matar asestando una puñalada en la vena porta —gruñó el otro.

Sacudió la cabeza, atónita; aquellos tipos se tomaban su profesión tan en serio que incluso practicaban. No tenía ni remota idea de lo que era una vena porta, pero debía ser importante si una puñalada en ella podía ser mortal.

—A veces no entiendo cómo duermo tranquilo a tu lado.

—Porque tú podrás apuñalarme a mí también.

—Y causarte heridas mucho peores y más dolorosas.

—Equilicuá.

El otro rio, burlón.

—Mira que eres pedante. ¿A qué hora has quedado con Mark?

—Ahora, a las ocho y media. ¿Podrás vigilarla hasta que yo llegue?

—No te preocupes, no le quitaré la vista de encima.

—Genial, yo tardaré como mucho un par de horas.

Al poco, oyó la puerta de la calle y el apartamento quedó en silencio. Esperó un poco más, por si solo se había marchado uno de ellos o si volvían a buscar algo que se les hubiera olvidado. Cuando estuvo segura de que no volverían, inspiró con fuerza y se echó para atrás, observando la pared y buscando cuál sería el mejor lugar para hacer el agujero. Decidió hacerlo en la parte izquierda, cerca de la esquina, donde quedaría más disimulado. No tenía un instrumental demasiado sofisticado, como tenía Dierre, y solo podía rezar por que la pared del otro lado estuviera tan destrozada como la suya y el agujero pasara desapercibido entre otros tantos de clavos, chinchetas y golpes que nadie se había molestado en tapar.

Por fortuna, la broca del taladro era bastante pequeña, por lo que no había peligro de que hiciera un agujero demasiado grande, aunque esperaba que fuese lo suficiente para mirar sin ser vista. Además, se repitió, solo echaría un vistazo, después lo tataría. Y si por un casual los vecinos se fijaban en él, les contaría que, al ir a poner una alcayata para colgar un cuadro, había atravesado la pared por accidente. No era un plan muy elaborado, pero no se le ocurría otro modo para descubrir quiénes eran la mujer y el anciano y salvarlos.

Cargó la broca en el taladro y apretó el gatillo; el corazón le latía a mil por hora cuando atravesó la pared sin apenas resistencia. Sopló un poco para eliminar el polvo que quedaba en el agujero, lo limpió con la mano, se agachó y miró a través de él.

Vio una mesa redonda arrinconada en una esquina, dejando el centro de la habitación libre. «Quizá para poner los cuerpos», pensó. Sobre ella, medio oculto bajo un montón de papeles, cuadernos y carpetas desordenadas, un portátil color metálico. Junto a la mesa, un par de cómodos sillones, delante de una pequeña estantería de cuatro baldas. Tres estaban atestadas de libros, colocados sin ningún orden concreto; unos en vertical, otros en horizontal, o en diagonal, lo que le daba un aspecto tan caótico como a la mesa. En la última balda, por el contrario, reposaban varias revistas y cuadernos perfectamente colocados y alineados, una isla de orden en aquel universo de caos.

El apartamento era más grande que el suyo, porque tenía una cocina americana y pudo ver dos puertas; una el baño y la otra, supuso que daba a un dormitorio; sería ahí donde guardaban las armas y demás material incriminatorio, quizá bajo la cama, porque el salón, aparte de ser un caos, no tenía nada de... criminal.

Se separó de la pared, confundida. No sabía cómo sería el apartamento de unos asesinos a sueldo, pero no esperaba algo así. Había esperado encontrar bolsas y maletines para esconder y transportar armas, cuerdas y mordazas para secuestros y cosas así. Se rio entre dientes, divertida, por la bobada que se le acababa de ocurrir. Si fuera así, la policía identificaría y detendría a los

delincuentes en el acto. Tendrían un escondrijo para sus armas y el resto de material que utilizaban en sus encargos.

Miró de nuevo a través del agujero con detenimiento; el lugar no tenía mucho más interés, pero haciéndolo se sentía menos sola. De algún modo, era el primer contacto cercano que establecía en meses con alguien que no fuera abogado o dependiente. No era *una voyeur*, de hecho nunca metía la nariz en las vidas ajenas, pero había algo reconfortante y excitante en observar así a otros.

Se preguntó para qué necesitarían todos aquellos libros, papeles y cuadernos. Entonces recordó que habían hablado de vigilar a alguien. ¡Claro!, el trabajo de los asesinos, como el de los detectives, se basaba en la espera y la vigilancia. Debían conocer las costumbres de sus objetivos, para poder elegir el mejor momento para acabar con ellos.

Chasqueó los dedos. Por eso estaban allí. La mujer, el anciano o ambos debían vivir cerca y el apartamento era el puesto de guardia. Tendría que comprobar después lo que se veía desde la ventana del otro apartamento, con distinta orientación al suyo, para hacerse una idea de quién podría ser su objetivo o dónde viviría. Se entusiasmó aún más con su labor de detective. «Bien hecho, Tawny —pensó— lo estás haciendo muy bien».

Oyó el ruido de una llave en la cerradura del otro lado y se echó para atrás con rapidez, por temor a ser descubierta; se dijo entonces que debía ver a los sospechosos para poder identificarlos en una rueda de reconocimiento o hacer un retrato robot de ellos.

DIEZ POR CIENTO

Samuel Young cerró los ojos cuando sintió la brocha del maquillador recorrer su rostro. Aquel solía ser el mejor momento de la mañana, llegar a los estudios y verse rodeado de un nutrido grupo de personas cuyo único trabajo era obedecer sus órdenes, satisfacer sus caprichos y lograr que estuviera perfecto ante las cámaras. Lejos quedaban ya aquellos años de patearse las calles como reportero buscando la noticia o trabajar todo el día para hacer una mierda de conexión que apenas duraba un par de minutos. Eso sí había suerte. Ahora todo lo que tenía que hacer era llegar con tiempo suficiente para maquillarse y que le informaran del contenido del programa y de los invitados que tenía que entrevistar; ni siquiera tenía que leerse el guion, gracias al teleprompter y al pinganillo por el que Elena, la directora, le indicaba qué venía a continuación.

Su ego se hinchaba aún más cuando, ya maquillado, Sonia, su asistente, le entregaba el dato de audiencia del programa de la semana anterior que mostraba, una vez más, que había machacado a la competencia. Era entonces cuando se levantaba del sillón y caminaba por el pasillo hacia el estudio, entre felicitaciones, parabienes, halagos, palmadas en la espalda del resto de trabajadores y la envidia de otros presentadores de la cadena de televisión donde trabajaba desde hacía seis años. Los mismos que llevaba dirigiendo su programa *Yo te lo cuento*, que le había catapultado al estrellato. Le importaba poco que muchos compañeros de profesión, incluso de su misma cadena, le echaran en cara su falta de ética; los espectadores le adoraban, porque él sí sabía darles lo que querían, en un idilio que parecía no tener fin.

Pero el público que tanto le idolatraba, pronto se convirtió en una bestia hambrienta de carnaza cada vez más difícil de saciar; demandaba más y más, a un ritmo mucho más rápido del que Samuel podía proporcionársela. Aquella agobiante presión le empujó a traspasar algunas líneas rojas que nunca antes había cruzado y, con ello, a cometer errores.

Desesperado por aquella tensión y con la esperanza de quitarse de encima a Toren, mes y medio atrás, sin pensárselo mucho y seguro de tener las cartas a su favor, lanzó la bomba, y funcionó. Ese día pulverizó todos los récords de audiencia y, a partir de entonces, semana tras semana, millones de espectadores, muchos de los cuales jamás habían visto su programa, se arremolinaban frente al televisor, deseosos de ver la primicia que el presentador había anunciado a bombo y platillo.

Pero no fue así, y comenzó a perderlos. Al principio, no muchos, tan solo unos miles, que recuperaría en cuanto diera la noticia, lo cual habría logrado si aquella niñata no hubiera dado al traste con sus expectativas; en aquel momento empezó a temer que aquellos pocos miles fueran tan solo las primeras vías de agua en un barco que, si no se andaba cuidado, terminaría por hundirse y arrastrar su carrera hacia el fondo.

Por un instante, pensó en lo que Ann, su hermana, le había dicho aquella mañana cuando hablaron por teléfono, poco antes de que él saliera hacia estudio: «No puedes engañar a todos durante todo el tiempo». Puso los ojos en blanco y suspiró, hastiado, apartando la idea; odiaba cuando ella tenía razón, más aún cuando, como en aquel caso, la culpa de la situación en la que se encontraba era suya, por no haber querido ayudarlo. No le pedía mucho. Tan solo que le

contara lo que aquella niña sabelotodo y maleducada le contaba a ella. Pero su hermana se negó, asegurando que no traicionaría la confianza de su hija.

Incluso pensó en hackear su ordenador y grabarlas mientras hablaban por videoconferencia. Aquello hubiera sido lo mejor, un bombazo que hubiera devuelto su nivel de popularidad a la estratosfera, pero temía la reacción de su padre si escuchaba la voz de su hija en su programa. Aún no había olvidado el día que se presentó en su casa y, sin mediar palabra, le asestó tal puñetazo que le rompió dos dientes, advirtiéndole que no volviera a acercarse a ella.

A partir de entonces, todo se torció.

Parpadeó cuando la brocha se separó abruptamente de su cara. Al ver que era Murray, el director de la cadena, y no Sonia quien le traía los informes, supo que el batacazo del programa pasado había sido mayor de lo esperado.

—¡Un seis por ciento! —bramó, tirándole sobre el pecho el portapapeles con los datos de audiencia—. Trescientos mil espectadores en una semana. Y, por supuesto, seguimos sin tener nada de tu maldita primicia. He llamado a todos mis contactos y no hay ni el más mínimo rumor de que se vaya a llevar a cabo.

—Sabías que necesitaría tiempo para averiguar dónde se celebraría y estuviste de acuerdo en que fuéramos dando la información poco a poco.

—Sí, pero también me aseguraste que tenías una fuente de primera mano.

—Y así era, pero...

—Te advertí que no podíamos dar otro paso en falso.

Samuel buscó con la mirada a Sonia, que había entrado tras el director y, junto a los maquilladores, se había apartado a un rincón de la sala; le lanzó una mirada elocuente y enfadada. ¿A qué demonios estaba esperando? Su trabajo era lidiar con Murray, pero la muy zorra no abría la boca.

Ella, miró al suelo, en silencio, disfrutando para sus adentros de la situación en la que se encontraba su jefe. Le repelía trabajar para aquel tipo que había construido su fulgurante carrera a base de meter las narices en la vida de los demás, aireando sus miserias y trapos sucios. Si su objetivo hubiera sido tan solo famosos de medio pelo, cuyo único modo de vida era salir en la televisión y en las revistas, cobrando a cambio de ser humillados, habría podido aceptarlo.

Pero su jefe decidió que aquello estaba muy trillado y que las burdas exclusivas que estos daban ya no suscitaban interés. Puso el foco entonces en quienes, aunque famosos o conocidos porque su trabajo tenía proyección pública, se habían mantenido alejados de los tabloides y programas del corazón: médicos, escritores, directores, intelectuales, investigadores, científicos...; hombres y mujeres fueron pasando por la trituradora de aquel tipejo, que, ayudado por detectives, sobornos a amigos, conocidos, compañeros del pasado o antiguas parejas, husmeó en sus vidas buscando una carnaza que, por supuesto, encontró. ¿Quién no se había equivocado, había hecho una tontería o cometido un error a lo largo de su vida? Daba igual cuando hubiera sido. Samuel se las ingeniaba para presentar hechos sucedidos años atrás como si fueran actuales y aireaba infidelidades y problemas que las parejas habían conseguido superar en privado pero que, al salir a la luz pública, hicieron saltar por los aires la relación. El programa rompió matrimonios, hundió carreras y destrozó vidas; todo ello sin el menor escrúpulo ni del presentador ni de los directivos de la cadena, que solo tenían la mirada puesta en los índices de audiencia que, como los ingresos por publicidad, crecían sin parar.

—Yo te he hecho ganar mucho dinero, mucho más del que hubieras soñado nunca —replicó el presentador, haciendo énfasis en el «Yo», lanzando una mirada furibunda a su asistente. Otra rata que abandonaba el barco ahora que se hundía—. Gracias a mí, tu cadena ha sido líder del

prime time durante años. ¿Y ahora me vas a echar a la calle sin más?

—¿Sin más? —rugió el director, furioso—. ¿Sin más? ¿Sabes cuánto dinero hemos pagado en indemnizaciones por vulneración del honor, la intimidad y la propia imagen? ¿Sabes cuántas denuncias tenemos pendientes?

—Cuando comenzó el programa sabías a lo que nos exponíamos.

—Cuando comenzó el programa nunca pensé que fueras tan idiota como para meterte con la persona equivocada.

Se levantó de la silla, arrancándose con furia el papel que el maquillador le había puesto al cuello para evitar mancharle la camisa.

—¿La persona equivocada?, ¿la persona equivocada? Yo te di una exclusiva que te hizo ganar más en publicidad en un mes que en todos los años que llevas al frente de esta mierda de cadena. No creo que eso me convierta en un idiota.

El director apretó los puños.

—No, eso no. Lo que demostró que eres estúpido fue no saber que contaba con el apoyo de Toren, quien, desde entonces, no para de vapulearnos en los tribunales. ¿Quieres que te enseñe a cuánto asciende la minuta?

Él hizo un gesto desdeñoso con la mano y se volvió a subir al asiento.

—Cuando te consiga el premio gordo, esa minuta será calderilla.

—Estoy hasta los cojones de ti y de tu premio gordo. Hasta ahora no me has traído más que migajas que nunca se transforman en nada sustancioso. Por eso el público te abandona, porque les estás vendiendo humo.

—No es humo. Te estoy ofreciendo volver a ser los dueños del horario de máxima audiencia, *trending topic* durante semanas y...

—Si lo consigues —le interrumpió—. Pero pasa el tiempo y no tienes nada.

—¡No es culpa mía, joder! —aulló el presentador, descargando un fuerte puñetazo sobre el reposabrazos de cuero, sobresaltando al resto con excepción del director—. Ha sido esa niñata, ella lo ha echado todo a perder.

—Me da igual de quién haya sido la culpa. Gánatela. Sobórnala. Dale el puto suero de la verdad. Me la suda cómo lo consigas. Pero cuando llegues al diez por ciento de pérdida, estás fuera.

Sin esperar la réplica de Samuel, dio media vuelta y salió a grandes zancadas de la sala de maquillaje.

—¿Y vosotros qué miráis? ¡joder! —gritó a Sonia y a los maquilladores—. ¡Que alguien me traiga un café, joder! ¡Son las nueve de la mañana! ¡¿por qué nadie me ha traído todavía mi puto café?!

Salieron en silencio, mientras él maldecía entre dientes a Murray, a la niña, y a Toren; tan concentrado estaba en echar pestes de ellos que no oyó el timbre de su teléfono hasta que este subió de volumen. Lo sacó el bolsillo y miró el número: «Desconocido». Bufó de nuevo y descolgó, deseando que fuese alguno de sus redactores con buenas noticias.

—Estás errando el tiro; ella nunca te dará lo que buscas. Pero hay alguien que sí lo hará.

Miró el aparato, desconcertado. La voz no le resultaba familiar y no sabía de qué demonios estaba hablando aquel tipo.

—¿Quién eres? ¿Qué coño quieres?

—Alguien que busca lo mismo que tú.

—¿Y tú cómo sabes qué es lo que busco?

—Eso no es importante. —Oyó cómo explotaba una pompa de chicle al otro lado y se

preguntó si no sería un chiquillo gastándole una broma—. Te estoy ofreciendo recuperar tu audiencia y librarte de las demandas de un solo golpe.

Se mordisqueó el interior de la mejilla, pensativo. No era la primera vez que un desconocido le llamaba con información para su programa, pero no solían ser tan misteriosos. Soltaban un poco de lo que sabían y al minuto la cifra que querían cobrar; este, sin embargo, no había mencionado el dinero, haciéndose el interesante, supuso, con la esperanza de lograr un pago más cuantioso.

Permaneció en silencio unos instantes, sopesando sus opciones. Dudaba que supiera donde encontrarle, pero, aunque actuara pomposamente con Murray, sabía que si le despedían, no conseguiría trabajo ni en el periódico de un colegio. Había humillado en su programa a demasiados presentadores, directores de periódico y directivos de otros medios de comunicación. Decidió ver hasta dónde podría llevaría aquello; si la suma que le pedía el tipo fuera exorbitada, hablaría con la cadena.

—¿Cuándo y dónde?

—Mañana, a las diez, en el New York Café.

—¿No podría ser hoy?

—No.

INOFENSIVO

Tawny tomó aire, tratando de mantener la calma. Despacio, procurando no hacer ruido, se acercó de nuevo al agujero. Se echó para atrás, tan desconcertada al ver al hombre que acababa de entrar como cuando echó un primer vistazo al apartamento; al cabo de unos segundos, se inclinó hacia delante de nuevo.

Esperaba encontrarse con un tipo bajo, musculoso, rudo y malencarado, con la cara llena de cicatrices, recuerdos de antiguas peleas con otros matones. Pero el hombre que tenía delante era alto, bastante delgado pero fuerte, de rostro anguloso y atractivo y gesto serio. Tenía la tez bastante pálida, que contrastaba con su cabello, negro y rizado, largo hasta los hombros, que le daba un aire rebelde y juvenil, al igual que la camiseta de Queen dada de sí, los vaqueros negros y las deportivas del mismo color.

Dejó las bolsas del supermercado sobre la mesa y, con rapidez, guardó en la primera balda de la nevera lo que había comprado, lanzándolo dentro sin miramientos: varias manzanas, un par de lechugas, tomates, cebolla, varios envases que no consiguió ver lo que eran, otros de comida preparada, un par de cervezas y cuatro botellas de agua. Tawny sonrió para sí. Incluso los asesinos comían sano hoy en día.

Una vez que terminó de meter todo en la nevera, se dirigió a la mesa. Comenzó a rebuscar entre los papeles y libros, levantándolos y revolviéndolos con rapidez, refunfuñando entre dientes sin dejar de levantar las cosas de la mesa, desordenándola aún más. Suspiró exasperado y contempló la mesa durante unos instantes, las manos en la cintura, hasta que pareció recordar algo. Se acercó entonces a la estantería y se agachó en cuclillas y, de la balda inferior, cogió una mochila negra; abrió la cremallera, rebuscó en su interior y sacó un fajo de billetes de cincuenta libras doblados por la mitad y sujetos con un clip pinza negro. Tawny estaba acostumbrada a ver a Alex contar dinero, tanto que pudo calcular que aquel fajo contendría unas quinientas libras, seguramente parte del anticipo por el trabajo. Al menos así era como en las películas trabajaban los asesinos: una parte cuando los contrataban y el resto cuando el trabajo estaba hecho.

Alzó el puño en señal de victoria, eufórica. Además de estar viviendo una de las historias que tanto le gustaba leer, al ver el dinero y recordar a su ex contándolo, se dio cuenta de que no había vuelto a pensar en él desde que comenzó a espiar a sus vecinos. Ni pensar en él ni sentirse desgraciada ni hundida, torpe o estúpida: su investigación estaba dando frutos desde el principio. La tranquilizó que el hombre, tras coger un par de billetes del fajo, lo volviera a meter en la mochila y la dejase de nuevo en la parte baja de la estantería, sin hacer el menor intento de ocultarla; no se había dado cuenta de que le estaban vigilando.

Se felicitó a sí misma. El lugar que había elegido para hacer el pequeño agujero, aunque incómodo, era perfecto. La obligaba a estar sentada en el suelo con las piernas cruzadas, ligeramente inclinada hacia adelante. Se le estaban durmiendo las piernas y le dolía el ojo izquierdo de tenerlo guiñado, pero todos sus esfuerzos se verían recompensados cuando metieran entre rejas a aquel par de desalmados, salvando así la vida no solo de la mujer y el anciano, sino

del resto de las personas que aquellos dos habrían matado durante el resto de su carrera.

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan viva, tan animada. Muchas noches, dándole vueltas a todo lo ocurrido, había pensado en quitarse de en medio, en acabar con todo; ahora, de pronto, aquella idea resultaba ridícula. Tenía un objetivo, una misión. Ya no era una inútil.

A regañadientes, abandonó su puesto de vigilancia. Quería continuar mirando a través del agujero, pero el ver lo que el hombre guardaba en la nevera le hizo recordar que tenía que comprar comida. Se puso las zapatillas y se atusó el cabello con un par de gestos rápidos, sin mirarse al espejo. A punto de salir, echó otro vistazo por el agujero. Su vecino, envuelto en un albornoz azul marino, el cabello húmedo goteando sobre él, estaba sentado en la mesa, tecleando en su portátil. De fondo, se escuchaba una suave música de violín, que le resultó familiar, pero no logró identificar. De cuando en cuando, daba pequeños sorbos a una taza de café para volver a concentrarse en su tarea.

Se preguntó qué estaría escribiendo. ¿Quizá un informe de situación que le había pedido su jefe, el tal Mark, con el que había quedado? O quizá este le había dado nuevas instrucciones que le estaba escribiendo al otro, al que ahora estaba vigilando a la mujer, tal como habían quedado.

Resultaba casi irónico lo inofensivo que parecía ahora el hombre, escribiendo mientras bebía café y escuchaba música, tan distinto de lo que transmitían sus conversaciones. De mala gana, se apartó del agujero para irse a la calle.

Volvió un par de horas después, dejó las bolsas en el suelo y se acercó a mirar de nuevo. Su vecino, de pie, cerca de una de las paredes, contemplaba una serie de notas pinchadas en ella. El agujero no le daba suficiente ángulo para verlas todas o con claridad. Le pareció que tenían algo escrito, pero por mucho que cambió de ojo, los entrecerró, guiñó y se retorció para cambiar de posición y ver mejor, no logró descifrar lo que ponía en ellas. Chasqueó la lengua, contrariada y se cubrió la boca, temerosa de que la hubiera oído. No. Por fortuna, la música de jazz que él escuchaba había amortiguado el ruido que había hecho, pero debía tener más cuidado.

Se preguntó dónde estaría el otro. ¿Seguiría vigilando a la mujer? Aunque parecía que tenía otras tareas que hacer; al menos, fue lo que dedujo de la conversación que ambos habían mantenido por la mañana.

Se rascó la cabeza, pensativa. Volvió a las cajas y buscó en ellas hasta encontrar un viejo cuaderno. Lo abrió y arrancó de una vez varias hojas, girando la cabeza para no ver lo que había escrito en ellas, el estómago revuelto al reconocer la picuda letra de su ex. Furiosa, las rompió en los pedazos más pequeños que pudo y los tiró a la basura. Siguió arrancando una hoja tras otra hasta que no quedó ningún vestigio de él en el cuaderno. Solo entonces se sentó a anotar lo que había observado.

Le hubiera gustado hacer como en las películas: llenar la pared de pruebas, pero sus vecinos la descubrirían si, por cualquier motivo, entraban en su estudio. Se dio un golpe en la frente, enfadada consigo misma por su torpeza; tenía que haber encontrado el modo de fotografiar al hombre sacando el dinero, quizá apoyando el móvil contra la pared. Era una prueba y ella, estúpida como siempre, la había dejado pasar. De todos modos, su móvil era un cascajo anticuado que raramente hacía una foto enfocada.

No tataría aún el agujero. Le estaba proporcionando una información vital para el caso, Lena Dierre lo llamaba así, por lo que esperaría un poco más antes de cegar lo. Pero debía esconder el cuaderno donde había anotado todo lo que había averiguado y la descripción del hombre; rebuscó de nuevo en las cajas de la mudanza y sacó una metálica, redonda, de galletas de mantequilla, y escondió el cuaderno en su interior.

OBJETIVOS

La contempló con nostalgia al dejarla sobre la mesa. Alex y ella la compraron unos meses después de empezar a salir, en su primer viaje juntos, una semana de vacaciones en Copenhague. Paseando, la vieron en un escaparate de una pastelería; ella comentó que era preciosa y él entró en la tienda y, a los pocos segundos, salió con ella en la mano y se la dio. Entre risas, besos y batidos, se comieron todas las galletas aquella misma tarde, sentados frente al mar, contemplando la estatua de La Sirenita, ajenos a la multitud de turistas que les rodeaban; flotando en su burbuja de amor y su felicidad, ni los veían.

Una lágrima rodó por su mejilla. Nunca entendió sus cambios. Todo fue tan maravilloso al principio... Alex la hacía tan feliz, la complementaba en todo, era perfecto, la...

El recuerdo se transformó en amargo, al recordar el enfado de él cuando a ella se le resbaló la caja y se cayó al suelo. Se puso a gritar como un energúmeno en medio de la calle, llamándola torpe y descuidada. Ella le pidió que no le gritara y él le espetó que la caja era un símbolo de su amor, y que ella la había dejado caer, como si no le importara, como si no le quisiera. Se sintió tan culpable y asustada ante la idea de que él pudiera creer aquello, que, llorando amargamente, le pidió perdón mil veces, temiendo haberle decepcionado. Recogió la caja; al constatar que no había sufrido el más mínimo rasguño, Alex se calmó instantáneamente; la besó, diciéndole que no se preocupara, que debía tener más cuidado; la abrazó, llamándola patosilla, y volvió a ser el hombre comprensivo y cariñoso del que ella se había enamorado.

Se enjugó las lágrimas. El recuerdo se había enroscado en su estómago con tanta fuerza que le dolía, acompañado de aquel malestar que no sabía definir, pero que le constreñía los pulmones, sin dejarla respirar, mientras cada nervio de su cuerpo se tensaba de nuevo. Los latidos del corazón retumbaban en sus oídos, mientras el miedo y la pena se desbordaban dentro de ella. Incapaz de soportarlo más, gateó hasta las bolsas y desperdigó por el suelo todo lo que había comprado: diez envases de pasta de cuatro raciones cada uno, cinco pizzas familiares y multitud de paquetes de galletas de chocolate y patatas fritas.

Abrió de un tirón un envase de macarrones a la boloñesa, cogió un puñado y se lo metió en la boca, seguido de un par más, tratando de olvidar la vergüenza que había pasado en el súper mientras la cajera pasaba los artículos por el escáner y ella los guardaba con rapidez en la bolsa, escondiéndolos mientras, nerviosa y con las mejillas encendidas, le contaba atropelladamente que sus sobrinos iban a pasar una semana con ella, a lo que la dependienta se limitaba a asentir y seguir con su trabajo. Avergonzada y segura de que todos los clientes y trabajadores del súper sabían que era una glotona incorregible, pagó y salió casi corriendo del establecimiento. Nunca repetía en el mismo, excepto en la pequeña tienda que había en la acera de enfrente del apartamento. La segunda vez que entró el mismo día, contó al dependiente que compartía piso con varias amigas, para justificar sus numerosas visitas. No dejaba de luchar contra aquella necesidad de comer y comer y comer sin parar, pero no podía evitarlo. Rodeada de comida, teniéndola a mano, se sentía segura y protegida. Comer hacía desaparecer el dolor.

Cuando se terminó el envase, lo apartó y se preparó un sándwich doble de queso con

mayonesa y ketchup, que devoró a grandes bocados, acompañado de un par de bolsas de aperitivos y dos latas de refrescos. Poco a poco fue tranquilizándose y, mientras se terminaba el paquete de patatas fritas, decidió que el único modo de detener toda aquella vorágine era centrarse en su investigación y no volver a pensar en Alex. Sí, eso era lo que tenía que hacer.

Cerró los ojos y e intentó concentrarse en el siguiente paso. Debía averiguar qué había escrito en las notas pegadas en la pared; si pudiera sacar fotos y grabar el número de serie de los billetes, quizá serviría como prueba. En la tele había visto a la policía atrapar a muchos delincuentes por pequeños detalles como aquel.

Dejó el plato sucio sobre la mininevera, la abrió, levantó el soporte de los huevos y sacó la bolsa de plástico donde guardaba el poco dinero que le quedaba. Con la cuenta embargada por no haber podido hacer frente a los pagos que le demandaba su ex, no podía ingresarlo en el banco, porque automáticamente pasaba al depósito del juzgado; tampoco podía utilizar la tarjeta de crédito, bloqueada hace tiempo. Por ello pensó que, siendo aquel estudio un lugar donde no sería difícil entrar a robar, la nevera sería el lugar más seguro para esconderlo. A menos que a los ladrones les diera por hacerse una tortilla, claro. Lo contó y en el móvil hizo una rápida búsqueda en internet, tras la cual, se puso el abrigo, guardó el sobre en el bolsillo interior y corrió de nuevo escaleras abajo; contenta, se dio cuenta de que era la segunda vez que abandonaba el estudio en un día; antes solo salía para comprar comida.

Se detuvo unos instantes antes de entrar, jadeante, para recobrar el aliento, calmarse un poco y preparar bien lo que iba a decir; debía resultar convincente y no levantar sospechas. Cuando lo tuvo claro, se obligó a sonreír y, cuidando de no transformar la sonrisa en una mueca psicótica, entró en la tienda.

Al dependiente le explicó que hacía seis meses que había tenido a su bebé, pero debía volver al trabajo y quería contratar una niñera. Los casi doce kilos que había engordado desde su separación y su creciente barriga eran la coartada perfecta. El problema, continuó, era que no se fiaba de dejar a su bebé con una desconocida, por lo que querría vigilarla los primeros días, tan solo para asegurarse de que le cuidaba correctamente. Habían pensado hacer un agujero en la pared de la habitación del bebé, dijo, tendiéndole las medidas que, en el último minuto, recordó tomar antes de marcharse.

Si al hombre le pareció raro, no lo demostró. Le recomendó una cámara diminuta que encajaría perfectamente en el agujero; a pesar de su pequeño tamaño, aseguró, contaba con ciento cuarenta grados de gran angular, visión nocturna, detector de movimiento y grabación de alta calidad, por lo que podría ver prácticamente toda la habitación tal y como si estuviera allí con la niñera.

Le explicó pacientemente cómo instalarla y conectarla a su portátil y a su teléfono, para que pudieran ver a su bebé desde cualquier lugar. Se obligó a contener su entusiasmo: aquello era justo lo que necesitaba.

—Odio las tarjetas de crédito —explicó, nerviosa, ante la mirada curiosa del dependiente cuando sacó el sobre con el dinero del interior del abrigo.

Tragó saliva al pagarle. La cámara era bastante cara, y ya solo le quedarían ochenta euros del efectivo que había podido salvar tras el divorcio; «una inversión», se dijo, intentando mitigar el vértigo que aquella idea le produjo; «un gasto que merece la pena», se repitió de camino a casa.

Entró en el estudio, se deshizo con rapidez del abrigo e, impaciente, se acercó a mirar por el agujero. El salón estaba vacío y el portátil cerrado. Pegó el oído a la pared, por si el hombre estuviera en alguna de las otras habitaciones, pero no escuchó nada. Había salido de nuevo, esperaba que no para matar a la mujer. Necesitaba un poco más de tiempo para salvarla.

Sacó la cámara de la caja y, con manos temblorosas por la excitación, la introdujo despacio en el hueco, en el que encajó perfectamente. Tomó aire un par de veces para calmarse y dio un par de pasos hacia atrás, para examinar su trabajo con ojo crítico; la cámara pasaría tan desapercibida como le había asegurado el hombre de la tienda. Palmeó entusiasmada. Hacía mucho que no intentaba hacer nada por sí misma y conseguirlo la hizo sentirse feliz.

La encendió, sacó su portátil de una de las cajas y la conectó. Podía hacerse a través de wifi, pero no había pagado el extra que le pidió el encargado por la contraseña. Cuando lo tuvo todo listo, bajó la tapa, indecisa. Si la pillaban espíandoles, podría tener muchos problemas o, lo más probable, terminar muerta. Aunque su objetivo era evitar un asesinato, tal vez aquella invasión a la intimidad de los vecinos fuera un delito por el que podría acabar en la cárcel.

«No», se dijo, no era el momento de ser cobarde. Estaba haciendo lo correcto. A veces, era necesario un poco de espionaje para atrapar a los malos; si la denunciaban, el juez lo entendería, siempre y cuando fuera capaz de encontrar pruebas, claro. Pasara lo que pasara, cualquier cosa sería mejor que continuar dándole vueltas a su pasado, como había estado haciendo desde que llegó. Cada día, cada hora, cada minuto, su cerebro desmenuzaba los años pasados junto a él, girando en una espiral sin fin, agotadora, deprimente y alienante. Su investigación era la rama endeble a la que, desesperada, se había agarrado para no hundirse por completo. Por supuesto, no tenía la menor intención de tener ningún contacto real con ellos. Pero tener un objetivo en su vida le hacía sentirse más..., humana. No, aquella no era la palabra. Válida. Sí, eso era, comenzaba a sentirse un poco más válida.

Cerró los ojos durante un instante, inspiró de nuevo y abrió el portátil con decisión. La diminuta cámara era tan potente como prometió el dependiente, y ofrecía una visión completa y clara del salón de sus vecinos. En el otro extremo pudo ver un par de mancuernas, junto a una mesita baja mesa con una tablet y varios CD de música; al lado, un pequeño ficus de hojas verdes y blancas que, en contraste con el resto del lugar, parecía bien cuidado.

Buscó la pared que había estado mirando antes su vecino y usó el zoom para ver los Post-its y papeles clavados en ella. En la primera fila de notas verdes, alineadas unas junto a otras, había un nombre escrito en cada una de ellas. Frunció el ceño, perpleja, hasta que se fijó en una hoja de papel azul clavada en la pared, encima de la fila de notas, en la que pudo ver una lista en la que figuraban los mismos nombres. A mano, en mayúsculas, una sola palabra encabezaba la hoja: OBJETIVOS.

Los contó, la garganta completamente seca. Nueve; su mirada volvió a las notas. Debajo de cada nombre, una hoja con información sobre su edad, descripción física, profesión y hábitos, acompañada de una fotografía para identificarlos mejor.

Se llevó la mano a la boca, horrorizada. ¡Estaban planeando matar a nueve personas! A duras penas acertó a pulsar la tecla para fotografiar lo que estaba viendo y así guardarlo como prueba. Nerviosa y asustada, se levantó y comenzó a dar vueltas por la habitación, sin saber bien qué hacer. No, no podía dejarse llevar por el pánico. Ahora más que nunca tenía que mantener la mente clara y no asustarse. Nueve personas iban a morir a manos de esos desalmados, y ella era la única que podía evitarlo.

Se acercó a la pequeña pila encastrada en la pared, llenó un vaso con agua y se lo bebió de un trago. Miró la nevera, deseando abrirla y comer para para tranquilizarse, pero desechó la idea. «La mente clara», se repitió. Con este pensamiento, siguió caminando en círculo por la habitación, sacudiendo manos y brazos para eliminar tensión. Cuando se notó más calmada, se sentó de nuevo frente a la pantalla y observó con más detenimiento las notas y hojas. Algunas de ellas estaban unidas con flechas dibujadas con rotulador negro en la pared. También había fotos

de distintos lugares, quizá donde planeaban matarlos: una casa de campo, una empresa, un cruce de caminos en un bosque... No había duda de que eran bastante metódicos a la hora de preparar sus encargos. Ninguno de los lugares le resultaba conocido, lo cual era lógico; no iban a perpetrar los asesinatos en el centro de la ciudad.

La cámara era potente, pero no lo suficiente para leer los datos que aparecían debajo de cada objetivo, garabateados con letra rápida y nerviosa, pero sí los nombres, escritos en mayúsculas. Sacó el cuaderno y los anotó:

1. Phoebe King
2. Anne Adam
3. Emily Evans
4. Chrissy George
5. Rose Curtis
6. Chris Adil
7. Eddie Mark
8. Hamish Layton
9. Alex Craig

Se mordió la uña del pulgar, pensativa. Ninguno de los nombres le resultaba familiar, y eran bastante comunes, por lo que sería estúpido intentar buscarlos en la guía telefónica, en caso de que estuvieran allí.

No había otro modo. Tenía que ingeniárselas para entrar en el apartamento, porque en aquellas hojas estarían los datos que le permitirían localizarlos y ponerlos sobre aviso o llamar a la policía. Pero ¿cómo lograría entrar? Uno no llama a la puerta de un asesino para pedirle sal.

Por ahora, lo único que podía hacer era observar meticulosamente el apartamento para encontrar más información. Pero, aparte de lo que había visto antes, no encontró nada relevante o que le permitiera saber un poco más sobre sus ocupantes. Lo único que estaba claro es que esperaban vivir allí poco tiempo porque, salvo la planta y el par de tazas negras en la pequeña encimera, no habían traído nada personal que pudiera identificarlos.

Una hora después, decidió que no tenía sentido seguir mirando un piso vacío. Era viernes por la noche, y sus vecinos habrían salido, como casi toda la ciudad. ¿Qué estarían haciendo?, ¿matando gente?, ¿cenando con amigos?, ¿los asesinos tenían amigos? Tal vez otros asesinos o, quizá, gente que no sabía que lo eran y que alucinarían al enterarse por la televisión; lo había visto cientos de veces en los informativos donde, tras la noticia de la detención del autor de un homicidio, sus vecinos, asombrados, comentaban que era un hombre encantador, que los ayudaba a sacar la basura, a cruzar la calle o a pasear al perro.

Lo más seguro era que hubieran salido con sus amigos. Se los imaginó en una mesa con otras tres o cuatro parejas, hablando, riendo y pasándolo bien. Al pensarlo, se sintió sola y claustrofóbica; tenía que salir de allí; se pondría la ropa deportiva y saldría a dar un paseo. De ese modo, en lugar de la persona más sola del mundo, sería alguien que aprovechaba el viernes por la noche para hacer ejercicio.

La ansiedad le encogió el estómago. Mientras estuvo casada con Alex, salía a correr todas las mañanas antes de ir a trabajar; lo detestaba con toda su alma, pero él observaba con ojo crítico su cuerpo cada mañana al despertar. Si engordaba medio kilo o la ropa le quedaba un poco más ceñida de lo habitual, incluso cuando se hinchaba a causa de la regla, él torcía el gesto y hacía comentarios despectivos sobre sus «muslazos» o su «tripón», y le señalaba a todas las mujeres

delgadas que se cruzaban por la calle o trabajaban con ellos, o decía que no entendía por qué el resto de las mujeres se mantenían delgadas y la suya no...; no paraba de hacer comentarios similares hasta que ella se ponía a una dieta draconiana o se mataba a correr y a hacer ejercicio para que él dejara de criticarla.

Él lo hacía por su propio bien; al menos, eso era lo que le decía en las contadas ocasiones en las que ella, superando lo avergonzada y dolida que se sentía, le respondía que oírle hablar así le hacía daño, aunque no era lo habitual. En la mayoría de las ocasiones, se encerraba a llorar en la habitación, deseando que él le hablara de forma más cariñosa, que fuera más comprensivo, que le dijera que, a pesar de haber ganado algunos kilos, seguía encontrándola atractiva, pero que no era bueno para su salud que ganara peso, o algo similar. De ese modo, se hubiera sentido apoyada y querida. Pero la forma en que Alex la miraba y le hablaba, le hacía sentirse avergonzada de su cuerpo, rechazada y culpable. Se obligó a convencerse de que no era su intención hacerle sentirse así; simplemente, no sabía hacerlo de otro modo.

Rebuscó en las cajas, tratando de encontrar sus pantalones de deporte, maldiciendo porque, siempre que buscaba algo, encontraba todo menos aquello que necesitaba. Se detuvo cuando, en la tercera caja, apareció el único regalo de Alex que no había sido capaz de tirar. Un ridículo osito de peluche de color crema con un corazón en el pecho y una pequeña cartera rosa con un «Te quiero» escrito en cursis letras blancas, que él le regaló en su primer San Valentín juntos. Sonrió, triste, recordando la vela sobre la mesa, los dos cogidos del mano bajo ella, nerviosos, sonriéndose estúpidamente el uno al otro, aún un poco cohibidos, porque habían empezado a salir hacía menos de dos meses; el sonrojo de él cuando se lo dio, asegurando que era una tontería, pero que, al verlo, se había acordado de ella y lo compró.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Olvidado el chándal, se sentó en el suelo, la espalda apoyada en la pared y, buscando consuelo como tantas veces durante su matrimonio, estrechó el osito contra su pecho. Era pequeño, no más grande que su mano, pero al abrazarlo se sintió menos sola, menos traicionada, abandonada, y un poco querida cuando le pareció que el juguete le devolvía el abrazo. Se sentía patética y ridícula, pero no podía dejar de apretarlo contra sí. Llorando sobre él, le venció el sueño.

Se despertó cuando se le cayó el osito de las manos. ¿Cuánto tiempo había dormido? No más de una hora. Era noche cerrada y todo estaba en silencio. Hambrienta, dejó con cuidado el oso de peluche encima de una de las cajas cerradas, le acarició la cabeza con un dedo y se acercó a la nevera, de la que sacó varias lonchas de pan de molde, queso y jamón en lonchas, mayonesa y ketchup y abrió otra bolsa de patatas fritas.

Se estremeció al pensar que podría haberse encontrado con el vecino en los pasillos del mercado, ya que parecía que era él quien hacía la compra. Tal vez sería una buena forma de entablar conversación con él, iniciando alguna charla insustancial sobre las mejores manzanas, o verduras que él estaba comprando, o algo así.

—Estúpida —se reprendió a sí misma.

Alguien tan metódico como él se daría cuenta, al segundo, de que ella estaba intentando tenderle una trampa. Tenía que ser precavida y no dejarse llevar por ideas repentinas y estúpidas; por supuesto, hacerse amiga de ellos e infiltrarse sería la mejor manera de... Pero no. Tardaría mucho tiempo en conseguir que confiaran en ella lo suficiente como para que le contaran sus planes, si llegaban a hacerlo, de lo cual dudaba. Lo más probable es que acabara muerta antes de salvar a los objetivos. Posibilidad abortada.

Estaba extendiendo una gruesa capa de mayonesa sobre el pan cuando la pantalla del portátil se iluminó. El sensor de movimiento había puesto la cámara en marcha y pudo ver que la puerta

del otro apartamento estaba abierta; el hombre moreno de pelo largo entraba, gruñendo por el esfuerzo, sujetando a otro de pelo trigueño y corto que, agarrado a él, caminaba inseguro, arrastrando los pies, tratando de no perder el equilibrio.

Se mordió el labio inferior, sonriendo ante la borrachera que lucía el rubio, mientras el moreno, con dificultad, consiguió llevarlo al sillón. Con el pie accionó una palanca que inclinó el respaldo e hizo aparecer un reposapiés y ayudó al otro a tenderse en él. Si el moreno, aunque serio y adusto, no tenía pinta de asesino, el rubio menos aún. Tenía un aire amistoso y amable, incluso bondadoso, quizá debido a la relajación provocada por el alcohol. Mucho más fuerte de complexión, aunque un poco más bajo que el moreno, sus rasgos faciales redondeados contrastaban con los angulosos del otro. Le pareció también que era mayor que el moreno, aunque no mucho.

Se mordisqueó la uña del pulgar. El hombre tendido le resultó familiar, aunque no lograba recordar dónde le había visto. Calculó que andaría por los cuarenta, y sonrió al verle luchar con el jersey de cuello alto, que se le quedó atascado en la cabeza, lo que le permitió observar su torso fuerte y musculado; además de fuerza física, tenía carácter, porque no dejaba que el otro lo ayudara, hasta que, por fin, tras varios tirones, palabrotas y movimientos descoordinados, consiguió liberarse del jersey.

Por un momento, estuvo tentada de desconectar la cámara, al imaginarle echando su puerta abajo de una patada y estrangulándola con una sola mano nada más abrirla...; si no estuviera tan pedo, claro.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó el moreno, preocupado.

El otro negó con la cabeza y se puso la mano delante de la boca, conteniendo una arcada. El primero le quitó los zapatos y los calcetines y le masajeó los pies; lo que pareció relajarle, porque se tendió en el sillón, cubriéndose los ojos con un brazo.

—Jack, vamos a la cama —aconsejó el moreno.

El otro negó con la cabeza e hizo una mueca.

—Te advertí que no te tomaras la última ronda.

—Habríamos perdido el juego —replicó, arrastrando ligeramente las palabras.

—Y ahora no estarías a punto de vomitar.

—De acuerdo, mamá, la próxima vez seré bueno —murmuró.

El otro rio entre dientes y se sentó en el otro sillón.

—No, vete a dormir, has tenido un día muy largo.

—Pero ...

—Estoy bien. Lo único que necesito es que la habitación deje de dar vueltas.

Le observó, dubitativo.

—Vete a dormir, Scott; sé cuidar de mí mismo.

—Oh, sí, a la vista está —ironizó, burlón—. ¿Quieres que te quite los pantalones?

El otro levantó el brazo que le cubría los ojos y le observó con gesto pícaro, enarcando una ceja.

—Para que estés más cómodo —aclaró, dándole un golpecito en la pierna.

—No, si me muevo, será peor.

Scott se levantó, cogió una manta y la extendió sobre Jack, arrojándole con mimo, mientras el otro se dejaba hacer, encantado con los cuidados del primero.

—Llámame si necesitas algo.

—Sí, que dejes de preocuparte por mí. Sé lo que hacer si me entran ganas de vomitar —afirmó con los ojos cerrados.

Scott se agachó y le besó en los labios con suavidad. El otro sonrió y se acurrucó bajo las mantas

—Descansa. Hasta mañana.

—Tú también —respondió adormilado.

Le puso un cojín bajo la cabeza y le colocó otra gruesa manta encima, porque la temperatura había bajado bastante y aquel apartamento debía estar tan gélido como el suyo. Tawny notó el cariño y el cuidado en cada gesto, para asegurarse de que su pareja estaba bien. Desapareció en el dormitorio, dejando la puerta abierta, seguramente con la intención de echarle un vistazo de cuando en cuando y oírle si le llamaba.

Se quedó mirando la puerta del dormitorio, confusa. ¿Realmente un asesino podía ser tan atento y cuidadoso con otro ser humano? Porque la preocupación de Scott por Jack era genuina y sus gestos y palabras dejaban claro que estaba enamorado de él.

Se los imaginó en el bar, sentados a una mesa con amigos, jugando a algún juego estúpido de beber, como *Yo nunca* o similar; Jack y alguien más enzarzados en una escalada de chupitos para determinar quién ganaba el juego, al final del cual ambos habían terminado como cubas.

A su ex también le gustaban aquellos juegos con sus amigos, que, además, eran sus empleados, por lo que solían dejarle ganar, temerosos de contarle al jefe algún secreto que pudiera poner en peligro sus puestos. Le parecieron bastante aburridos desde que los conoció, con sus interminables conversaciones sobre inversiones, velas, tendencias, si el precio del oro se mantendría y bla, bla, bla. Cuando bebían, se volvían un poco más divertidos, aunque continuaban siendo un grupo de presuntuosos pagados de sí mismos; pero ella no tenía a nadie más.

A Alex tampoco le gustaron sus amigos, los que ella tenía antes de empezar a salir con él. Ninguno, ni siquiera Nora, su amiga del alma, a quien conocía desde el instituto. Aunque había comenzado a tener éxito con sus cuadros y había organizado alguna exposición, a Alex le parecía aburrida, una petulante que solo hablaba de sus pinturas y no tenía un trabajo decente. Rose y Steve, compañeros suyos en la Facultad de Bellas Artes y profesores de dibujo en academias, no tenían ningún talento y eran chismosos y pesados; Mitch estaba gordo y loco; cierto que era un poco excéntrico y hacía unas esculturas de metal bastante extrañas, pero era un tipo encantador con el que había compartido muchos momentos difíciles. Sin embargo, a Alex le dio igual. Siempre que salían con ellos, su ex volvía despotricando y criticándolos, quejándose porque solo hablaban de arte, acusándola de no preocuparse de si él se aburría, hasta que Tawny dejó de pedirle que le acompañara cuando salía con ellos. No obstante, eso fue aún peor, porque, al volver a casa tras quedar con ellos, se encontraba con un Alex enfadado y gruñón, que le echaba en cara todo el tiempo que le había dejado solo, acusándola de preferir estar con sus amigos antes que con él, asegurando que, si le quisiera de verdad, no le dejaría solo tanto tiempo...; poco a poco, para evitar reproches y discusiones, dejó de verlos hasta que perdió totalmente el contacto con ellos.

Al recordarlo, una mezcla de enfado, tristeza y culpabilidad la embargó. Miró de nuevo a Jack, que, profundamente dormido, respiraba tranquilo y pausado. Sin darse cuenta, imitó el ritmo de su respiración. Parecía ridículo, pero verle dormir le hizo sentirse más segura en un sentido que no pudo descifrar; cogió el portátil y se metió en el catre. Buscó una postura confortable, se arropó, y, deseó buenas noches al vecino mientras se preguntaba cómo podía sentir aquella conexión tan profunda con dos extraños, asesinos a sueldo además. Quizá por haber padecido tanta soledad al lado de la persona con la que había compartido su vida durante años, por echar de menos detalles cariñosos como los que había visto en Scott, por...; no tenía ni

idea y, en el fondo, le daba igual. Se acomodó aún más, cerró los ojos, suspiró y, por primera vez en meses, se durmió casi al instante.

EL PUNTO DÉBIL

Zachary, sentado en una de las mesas del interior del New York Café, bajó el libro que estaba leyendo y observó a través de la cristallera la pequeña terraza del establecimiento, una decena de mesas dispuestas en dos filas y cubiertas por grandes sombrillas, las cuales quedaban ocultas del resto del público por grandes arbustos, e hizo una mueca de desagrado. Cuando citó allí a Samuel, supuso que entendería que debería elegir una mesa dentro del establecimiento, a ser posible un poco apartada, como en la que él estaba sentado. Pero no, el muy cretino se había situado en el centro mismo de la pequeña terraza, a la vista de todos los que acudían a desayunar o a tomar el primer café de la mañana, asegurándose de no pasar desapercibido, para que la gente pudiera verle, hacerse fotos con él, decirle lo mucho que le gustaba su programa o insultarle. Masticó el chicle con fuerza. Le exasperaban los tipos como aquel, necesitados de atención continua, aunque fuera negativa; alabanzas o insultos, le daba igual, lo que quería era que se fijaran en él. Allí estaba, posando para los *selfies*, firmando autógrafos y ligando descaradamente con las clientas...; el ego de aquel tipo no conocía límites.

En el fondo, le molestaba reconocer que ambos habían construido su negocio sobre la misma certeza: no importaba cuán recto, insobornable, ético e inquebrantable fuera una persona, siempre tendría un punto débil: alguien de su entorno, codicioso, envidioso, rencoroso o más flexible que él desde el punto de vista moral; y era precisamente ese punto débil quien abría camino y permitía cobrar la pieza.

El hombre que Korke le había pedido encontrar no fue una excepción. Había sido complicado dar con su punto débil, porque no estaba en su círculo más cercano y porque no se relacionaba con demasiada gente. Pero él, paciente y meticoloso, utilizó el mismo método de siempre: organizar a los conocidos del objetivo en círculos concéntricos, en el centro los más allegados, hacia fuera los menos hasta llegar a los meros conocidos, antiguos compañeros de estudios o trabajo, compañeros de colegio, amigos de la infancia... Siempre, siempre, siempre, acababa encontrándolo. Después, solo había que contactar con él y lograr que trabajara a tu favor. En aquel caso, Young era el modo más rápido y fiable de lograr ambas cosas. De no ser así, nunca habría tenido trato con él.

Le revolvió el estómago su falta de ética, que incluso él mismo tenía. Siempre había que respetar ciertos límites. Pero Young olvidó que, por muy alto que llegues, necesitas a tu lado a quien te recuerde que sigues siendo un tipo como los demás, que cuando te tiras un pedo apesta y cagas como todo el mundo. De lo contrario, pierdes la perspectiva y es ahí cuando empiezan tus problemas.

Fue lo primero que le enseñó O'Connor, cuando, a los doce años, comenzó a trabajar para él haciendo pequeños recados. Poco tiempo después, su jefe le dijo que era listo, que llegaría lejos, pero que no debía perder la perspectiva. Le contó que el emperador romano Marco Aurelio, apodado el Sabio, cuando paseaba por las calles de Roma o participaba en desfiles militares era vitoreado y aplaudido por la multitud, y los ciudadanos le veneraban como a un dios. Para evitar creérselo, se hacía acompañar por un esclavo que, cuando los aplausos y vítores arreciaban, se

acercaba a él y le susurraba al oído: «Recuerda que solo eres un hombre. Recuerda que eres mortal».

En su caso era Jimmy, su mejor amigo, al que conoció trabajando para O'Connor, quien le ponía los pies en la tierra cuando empezaba a endiosarse demasiado y creerse invencible. No siempre le gustaba escucharle; en más de una ocasión, le habría partido la cara, pero Jimmy no tendría problema en devolverle el puñetazo y darle un par más de propina. Su amistad, forjada entre penurias, soledad y miseria, los había convertido en hermanos.

Eso fue lo que a Young le faltó, pensó, a la par que sacaba de la mochila negra que tenía al lado en el asiento la carpeta con el informe que sus hombres le habían hecho del presentador. Convencido de ser inalcanzable, se dedicó a levantar piedras cada vez más grandes, sin cerciorarse primero de que no había escorpiones debajo, y se encontró con el más gordo de todos. Gracias a ello, le tenía dispuesto a entregarle al punto débil en una bandeja.

Escupió el chicle en el suelo e hizo un gesto con la cabeza a Jimmy, que estaba tomando una cerveza en la barra, aparentemente absorto en un sudoku, pero con un ojo puesto en su jefe; se levantó y salió a decirle a al presentador que Zachary estaba esperándole. Le vio levantarse de la silla y, molesto, despedirse de su cohorte de palmeros; se recolocó la cazadora de cuero y caminó con aplomo hacia el interior del establecimiento. Se sentó frente a él y pidió un agua con gas.

—Dijo que podría ayudarme —afirmó después de tomar un par de grandes sorbos, esperando a que el otro iniciara la conversación.

—No. Le dije que podríamos ayudarnos mutuamente.

Asintió, moviendo la pierna sin parar, nervioso. Eran sus redactores quienes se entrevistaban con los confidentes, denominarlos así quedaba mucho más elegante que chivatos o traidores, de quienes aparecían en su programa, y la mirada fría y analítica de los ojos saltones y negros de aquel tipo le estaban desquiciando los nervios. Para calmarse, se fijó en su cabello negro, peinado hacia atrás y alisado con grandes cantidades de gomina. Le observó mientras el otro, con parsimonia, sacaba un paquete de chicles del bolsillo, desenvolvía uno y se lo metía en la boca, masticándolo con fruición. Si no estuviera tan desesperado, se hubiera largado de allí inmediatamente.

—¿Qué es lo que quiere?

Zachary abrió su mochila, sacó una foto que puso sobre la mesa; con el dedo índice, la empujó hasta Young.

—Quiero que le ofrezcas una entrevista en tu programa.

El presentador le miró desconcertado.

—¿Mi programa? No tiene ningún interés para el público.

—Pero sí para mí.

—¿Por qué?

—Lo sabrás en su momento.

—¿Y qué gano yo con todo esto?

Zachary puso los ojos en blanco; aquel tipo era obtuso. Cogió el libro que había estado leyendo y lo puso encima de la mesa.

—Sé que hace tiempo que andas detrás de él. Si haces lo que te pido, lo tendrás. Sabes lo que eso significa.

Tragó saliva y asintió, incapaz de creer cómo había cambiado su suerte de un plumazo y lo estúpido que había sido por no pensar antes en aquella conexión. Claro que sabía lo que significaba: el fin de todos sus problemas y su vuelta al firmamento de los intocables. Matar no dos, sino tres pájaros de un tiro. Demasiado bonito para ser verdad.

—¿Cómo sé que lo encontrará? Mi equipo y yo llevamos tiempo detrás de él y no hemos podido.

—Eso déjame a mí. Tú solo ofrécele una entrevista, o varias. —Dio unos golpecitos con el dedo índice en la foto—. Lo que haga falta hasta que confíe en ti.

—¿Y ya está?

—Y ya está.

Entrecerró los ojos, pensativo. Algo en aquel asunto le daba mala espina; aún conservaba aquel instinto periodístico que lo llevó a la cumbre a los pocos años de comenzar su carrera, instinto que le decía que había gato encerrado y que aliarse con el engominado le traería más problemas que beneficios.

—No tienes muchas más opciones. Toren acabará contigo antes o después.

Se removió en la silla, incómodo porque el otro conociera la precariedad de su situación. No le gustaba estar al otro lado, saber que había diseccionado su vida, como él hacía con quienes aparecían en su programa; algo de lo que el otro era plenamente consciente, a juzgar por su sonrisa despectiva.

—Está bien. ¿Cómo me pongo en contacto con usted?

—Cuando acepte, vienes aquí con él y os sentáis en esta mesa. Entonces te diré cuál será el siguiente paso.

—¿Cómo sé que cumplirá su parte del trato?

—No lo sabes, pero, como he dicho, no tienes muchas más opciones. —Zachary cogió el libro y se levantó de la silla. El presentador le imitó, pero el otro le hizo un gesto para que continuara sentado—. Quédate aquí diez minutos, ni uno menos. Si intentas seguirme, lo sabré, y los problemas que tienes ahora serán una mierda comparados con los que yo puedo crearte.

Se sentó con rapidez, mientras un escalofrío le recorría la espalda; el tono del tipo no había dejado de ser neutro en ningún momento, ni siquiera cuando le amenazó, y aquello le dio todavía más miedo. Observó cómo se marchaba, aún no del todo decidido. Sacudió la cabeza, suspirando. Con Toren a punto de cortarle las pelotas, no tenía más opción que hacer lo que le pedía.

EL ESBOZO

Un fuerte golpe despertó a Tawny. Se sentó en el catre, sobresaltada, y respiró aliviada al darse cuenta de que el ruido lo había provocado la caída del portátil al suelo. Miró su reloj; eran casi las nueve de la mañana y se sentía totalmente descansada, después de dormir siete horas de un tirón.

Se metió en la ducha, sintiendo el corazón un poco menos oprimido, un poco más ligero que de costumbre. Después, secándose el pelo, se dirigió a la cocina, los pies descalzos dejando huellas húmedas en el desgastado suelo de madera; encontró una taza con la suciedad más reciente, la enjuagó, echó en ella dos cucharadas de café instantáneo y la llenó de leche hasta el borde, para después prepararse el desayuno, la mirada fija en la pantalla del portátil.

En ella, Jack, totalmente despejado, vestido con un polo azul marino y vaqueros claros, enchufaba la cafetera, para después meter cuatro rebanadas de pan de molde en la tostadora. Ni en sus gestos ni en sus movimientos había señales de la monumental resaca que debía de tener, gracias quizá a la ducha, evidenciada por su cabello aún húmedo y al vaso con lo que parecía zumo de tomate colocado sobre la encimera. Al menos, esperaba que fuera zumo de tomate. De cualquier modo, su capacidad de recuperación era sorprendente.

Apiló como pudo los papeles y cuadernos de la mesa, protestando entre dientes hasta hacer sitio para dos manteles individuales, sobre los que colocó las tazas negras, una tarrina de mantequilla, un bote de mermelada de arándanos, un frasco de zumo de naranja y dos vasos; todo sin apartar la vista del iPad que llevaba en la mano derecha. De cuando en cuando, dejaba lo que fuera en la mesa y, concentrado en la pantalla, la ampliaba con dos dedos para después hacer una rápida anotación con el lápiz óptico.

Media hora después apareció Scott, secándose el pelo mojado con una toalla, envuelto en su albornoz azul oscuro. Le abrazó por la espalda y le besó la nuca. Jack sonrió y se giró, poniéndose frente a él.

—Buenos días —musitó besándole, para después deshacer el abrazo y sentarse a la mesa, su atención centrada de nuevo en el iPad.

A Scott no pareció molestarle aquella actitud. Sacó las tostadas de la tostadora, las puso en un plato, extendió mantequilla y mermelada en dos de ellas y sirvió un vaso de zumo. Llenó las dos tazas de café negro y humeante, en una puso una cucharada de azúcar moreno y en ambas echó un pequeño chorro de leche. Cuando terminó, puso la taza en la que había echado azúcar en la mano de Jack, que continuaba absorto en la pantalla. Después cogió su taza de café, abrió su portátil, se sentó frente a su marido y ambos desayunaron en un silencio cómodo, disfrutando de estar juntos, cada uno centrado en su tarea.

En su estudio, Tawny colocó una de las cajas cerca del portátil y acercó la silla. Dejó el café y las tostadas sobre la caja, cogió el libro y desayunó leyendo, sintiéndose parte de aquella comodidad tranquila que envolvía a la pareja. Demasiados desayunos con Alex sumido en un silencio hosco, la tensión flotando en el ambiente, mientras ella permanecía callada, temerosa de decir algo que le hiciera explotar. A veces, comía sin hambre, con el estómago cerrado por la

tensión, solo porque él se enfadaría aún más si no lo hacía. Otras, los nervios la impulsaban a comer sin control hasta que él le gruñía que, si seguía comiendo así, se iba a poner como una vaca y a él no le gustaban las vacas. Ella soltaba lo que tuviera en la mano y, humillada y avergonzada, se encerraba en el baño a llorar para, más tarde, seguir comiendo a escondidas.

Jack y Scott, por el contrario, estaban totalmente relajados, el primero dando grandes bocados a su tostada, de cuando en cuando limpiándose los dedos en la servilleta para anotar algo en el iPad y beber un trago de café. El segundo arrancaba pequeños trozos de la tostada con el índice y el pulgar, que después masticaba despacio, tecleando con los dedos que permanecían limpios. De cuando en cuando, sin apartar la vista de lo que estaban haciendo, uno extendía la mano sobre la mesa y acariciaba la del otro.

—¿Seguimos con el plan, entonces? —preguntó Scott, cuando Jack terminó de desayunar y se levantó para dejar la taza y el plato en la pequeña encimera de la cocina.

Este asintió mientras se lavaba las manos, enjabonando y frotando cada dedo, para después aclararlas con abundante agua.

—Ya sabes lo que tienes que hacer. El resto déjame a mí.

Scott arrugó la nariz.

—Podríamos arreglarlo en un segundo.

—Sí, pero ambos sabemos cómo lo arreglarías.

Chasqueó la lengua, molesto. Su marido sonrió, divertido, secándose las manos con una servilleta de papel. Lo hacía de forma meticulosa, dedo por dedo, hasta que no quedó ni resto de humedad. Hizo una bola con la servilleta y la encestó en el cubo de la basura; se acercó a la mesa, empujó el plato en el quedaba una tostada hacia su marido y caminó hasta ponerse detrás de él. Se agachó y le pasó las manos por los hombros, abrazándole, apoyando su barbilla en el hombro de él.

—Esta vez lo hacemos a mi manera —le dijo al oído.

Scott cerró los ojos y prácticamente ronroneó en señal de acuerdo.

—¿Y mientras tanto?

—Tú sigue matando gente, que es lo que mejor se te da —murmuró—. Esto lo solucionaremos enseguida.

Asintió. Jack le besó en el cuello, y miró su reloj.

—Voy a llegar tarde —musitó, preocupado, y desapareció en el dormitorio.

Salió vistiendo un abrigo tres cuartos negro, y se movió por el apartamento cogiendo el móvil, la cartera y una carpeta de la única balda ordenada de la estantería.

—No sé cuánto tardaré, pero será bastante, ya sabes que estas reuniones son eternas; y tengo que hacer el seguimiento de la mujer. Te enviaré un mensaje cuando sepa a qué hora voy a terminar.

—No te preocupes, yo he quedado con Valerie, así que... —Hizo un gesto que indicaba que iría para largo.

—¿Vais a decidir la fecha?

El otro asintió sin ningún entusiasmo. Tawny, que había bajado el libro y les observaba desde que comenzaron a hablar, entrecerró los ojos. Seguro que iban a decidir la fecha de la muerte de la mujer y el anciano, mientras el rubio la seguía, tal como él mismo había dicho.

—Cuanto antes lo hagamos, antes podremos volver a casa —le consoló.

Scott respondió con un bufido. Jack sonrió, se bebió el zumo de un trago, cogió su iPad, le dio un beso y salió a toda prisa del apartamento. Scott se levantó y echó el pestillo, para después recorrer el salón con la mirada, como si buscara algo.

Tawny cerró el portátil de golpe. Habría jurado que el hombre miraba directamente a la cámara, entrecerrando los ojos, como si quisiera ver quién estaba detrás del objetivo. Se quedó quieta, aguantando la respiración, el corazón a punto de salirse por la garganta, esperando que Scott derribara su puerta. «Sigue matando gente, que es lo que mejor se te da». Se echó a temblar cuando escuchó que se abría la puerta del otro apartamento. Dios mío, venía a por ella.

No se movió ni un milímetro hasta que su musculatura protestó. Solo entonces se permitió abrir un ojo y mirar a su alrededor. Nada. Nadie había derribado su puerta y en su estudio solo estaba ella. Tenía que empezar a controlar su imaginación o le daría un infarto. Tratando de dominar el temblor de sus manos, levantó de nuevo la tapa del portátil, despacio, temerosa de encontrarse con que el vecino continuaba mirándola fijamente.

Suspiró, aliviada, al verle de nuevo sentado ante su ordenador, esta vez de espaldas a ella. Se levantó y cogió un papel, dispuesta a anotar cualquier cosa que le pareciera importante y se sentó en el suelo, el papel apoyado en las rodillas cruzadas.

Escuchó una música suave, primero delicados compases de violines y chelo, a los que se unieron las voces de dos sopranos. La melodía era tan maravillosa que sintió su alma elevarse y volar lejos de allí, en alas de las notas, empujada por la mágica y delicada belleza del dúo vocal, meciéndose con las olas creadas por la cadencia y el suave ritmo de sus voces y los instrumentos que las acompañaban. Absorta en la música, no fue consciente de que su mano comenzó a moverse sobre el papel, garabateando pequeños trazos, que, poco a poco, fueron conformando el boceto de la figura del hombre al que observaba, contemplando sus movimientos elegantes y pausados cuando dejaba de escribir para coger su taza de café, partir un trocito de tostada, o levantar la mirada al techo.

Solo cuando él se levantó y desapareció en el dormitorio, salió de su abstracción. Bajó entonces la vista y miró el dibujo, atónita al principio, los ojos llenos de lágrimas después, recuerdos amargos la asaltaron de nuevo.

Cuando empezó a trabajar en la empresa de Alex, buscaba solo algo temporal. Su intención era ahorrar suficiente dinero para financiar su primera exposición, porque su deseo era ganarse la vida con sus pinturas; pero mientras se daba a conocer y a vender sus obras, necesitaba pagar sus facturas. Cada día, cuando volvía al piso que compartía con Nora, se metía en su habitación a pintar.

Dibujar era lo que más le gustaba desde que era pequeña. Sus padres, al percatarse de ello, la apuntaron a una academia, y desde entonces, tuvo claro que era a lo que quería dedicarse el resto de su vida. Tras la muerte de sus progenitores, la pintura la ayudó a superar la pérdida, a expresar sus sentimientos. Su abuela, con quien se fue a vivir entonces, le animó a seguir con su vocación. En el instituto conoció a Nora, que también soñaba con lo mismo, y juntas prepararon el examen de acceso a la Escuela de Bellas Artes, donde estudiaron y conocieron al resto de sus amigos; artistas vocacionales como ella, personas capaces de comprender que se pasara horas delante de un caballete o un bloc de dibujo, aprendiendo y mejorando, y su deseo de hacer de su vocación su modo de vida.

Cuando empezaron a salir, Alex le apoyaba para que persiguiera su sueño, la animaba a ello, e incluso le resultaba sexy, a juzgar por la cantidad de veces que terminaron haciendo el amor en la habitación de ella, revolcándose entre lienzos, y pinceles, cubiertos de pintura no siempre fácil de eliminar después. Pero todo cambió tras un año de casados, dos semanas después de mudarse a su nueva y flamante casa.

Empezó a quejarse de que ella olía a pintura, a aguarrás y a trementina. Cuando Tawny hizo todo lo posible por eliminar el olor, resultó ser alérgico a las acuarelas y témperas que ella

utilizaba o al polvo del carboncillo, algo que nunca le había ocurrido antes. Resignada, renunció a aquellos materiales y comenzó a dibujar con ceras, pero entonces él le echó en cara el tiempo que pasaba dibujando: le dejaba solo, no le hacía caso, había cambiado desde que se habían mudado a la casa juntos y comenzaba a cuestionar la relación. Ella se sentía culpable, aunque no sabía por qué. Era él quien había cambiado, pero, cuando se lo decía, la acusaba a ella de haberlo hecho. Para evitar más peleas, se limitó a pintar cuando él estaba en el trabajo, o de viaje. Pero cuando Alex regresaba a casa, abría las ventanas con grandes aspavientos y se negaba a darle un beso o un abrazo porque le molestaba el tufo de ella a pintura, inexistente, porque por aquel entonces ella se había resignado a usar solo lápices de colores. Ahora, sabiendo lo de Tania, aquellos recuerdos de las discusiones que se sucedían resultaban mucho más dolorosos. Él cada vez se enfadaba más y era más hiriente en sus comentarios hasta que un día, le dio un ultimátum: o él o sus pinturas. Ella intentó resistir, pero al cabo de un par de días, las encerró en el sótano.

Nunca le dijo lo mucho que le había dolido hacerlo, lo que echaba de menos dibujar. La pintura era su vida, connatural a ella, parte de su esencia, de lo que ella era. No se trataba de un pasatiempo estúpido y apestoso, como él no dejaba de repetir; era mucho más. Una pérdida de tiempo, según él, dedicar tantas horas a emborronar hojas cuando ella no tenía talento. Había muchos pintores mucho mejores que ella, y sus posibilidades de llegar a vender un cuadro eran nulas. Nunca entendió que no necesitaba vender o tener éxito, tan solo disfrutar dibujando o pintando.

Si, caminando, pasaban delante de una tienda de materiales de bellas artes, se le encogía el corazón contemplando el escaparate, recordando sus utensilios abandonados en el sótano. Él, al darse cuenta, tiraba de ella con brusquedad para obligarla a seguir andando, dejando bien claro que no había cambiado de opinión sobre lo que consideraba una molesta afición de su mujer. Entonces, al notar que su ánimo estaba por los suelos, le daba las gracias por haber cambiado para hacerle feliz, por demostrarle así su amor. Era lo que hacían las personas que realmente amaban al otro, «renuncian a sueños y aficiones cuando al otro le molestan», aseguraba. A continuación, invariablemente, le contaba la retahíla de esfuerzos que él hacía por ella, y no paraba hasta que ella se sentía culpable y hundida por no saber hacerle feliz, por no darse cuenta del gran sacrificio que hacía él al quererla a ella, a pesar de sus limitaciones, y, seguía adelante, confundida, sola y perdida.

Pero, al ver el boceto de Scott, regresó con fuerza aquella plenitud dormida y casi olvidada, aquella conexión con lo más íntimo de sí misma que le acompañó desde niña cada vez que cogía un pincel, ayudándola a recuperar una parte de su vida que creyó perdida para siempre. Todas aquellas sensaciones crecían dentro de ella al ritmo pausado de la música, que le evocaba la imagen de margaritas, rosas y dalias flotando sobre las pequeñas olas de un lago, girando despacio en las aguas azules brillantes por el sol. Inspiró con fuerza, casi percibiendo el aroma de las flores, y ensanchó su pecho, aflojado el corsé invisible que la acompañaba desde hacía años.

No se dio tiempo para pensar. Se vistió y, haciendo un cálculo mental del dinero que le quedaba, salió y llamó al ascensor, paseando nerviosamente mientras lo esperaba. Salió a la calle y corrió, llevada en volandas por la emoción, tanto que, al girar la esquina, chocó con un hombre y cayó hacia atrás por la fuerza del impacto. Se disculpó, avergonzada, al igual que el hombre, que la ayudó a levantarse y, tras, preguntarle si estaba bien, dobló la esquina y desapareció. Ella se quedó de pie unos instantes, todavía un poco aturdida por el impacto, pensando que el hombre tenía los ojos más saltones que había visto jamás; recordó entonces para qué había salido, y echó a correr de nuevo, deseando llegar cuanto antes a su destino, la melodía sonando en su cabeza.

UN ENCUENTRO INESPERADO

Tawny salió del metro y caminó despacio hacia la tienda donde solía comprar material cuando pintaba. No era un local muy grande, pero tenía todo lo que un artista podía soñar. Martha, la dueña, octogenaria ya, era una apasionada del arte y conocía los secretos de todos y cada uno de los miles de utensilios que habitaban en los cientos de pequeñas estanterías blancas que cubrían las paredes del local del techo al suelo. Para coger algo de las más altas utilizaba una larga escalera de aluminio que se bamboleaba peligrosamente cuando llegaba a los últimos peldaños, aunque ella no parecía darse cuenta, mientras los clientes contenían el aliento, angustiados.

Lo que más le gustaba era la explosión de color de los distintos tipos de material que te encontrabas nada más entrar: acrílicas, óleos, témperas, acuarelas, pasteles, ceras, lápices, tintas, pinturas para tela, cerámica..., cada uno en diferentes envases, formas y tamaños: tarros de plástico de diferentes dimensiones, tubos, cajas de metal, cartón, o sueltos en pequeños cajetines de plástico; todos ordenados por colores. Un poco más allá, arcillas, pastas y resinas junto a aquellas herramientas de modelado de formas extrañas y nombres misteriosos: gubias, raspines, gradinas..., hasta llegar a los tintes y utensilios de grabado y serigrafía. El color y la variedad de objetos le daba a aquella parte de la tienda el aire desenfadado y divertido de una fiesta en el campo en primavera, que contrastaba con el aspecto más serio y formal de la zona donde se distribuían las paletas, pinceles, caballetes, lienzos y blocs. Al menos a ella se le antojaba así.

Daba igual lo que le pidieras. Por muy raro que fuera lo que buscaras, por más específico que fuese el color, siempre lo encontrabas. Por las tardes, tras cerrar, daba clases de apoyo a estudiantes de Bellas Artes; les enseñaba a mezclar pigmentos y a utilizar diferentes técnicas y materiales. Ella y Nora asistieron en sus tiempos de estudiantes a muchas de aquellas clases, en las que Martha, además de técnica, les transmitía su profundo amor por el oficio.

Solía charlar con ella mientras curioseaba por la tienda; la dueña tras su mostrador abatible de madera, del que no dudaba en salir para echar una mano a quien veía perdido o incapaz de elegir ante tal variedad de artículos; aunque si no era el caso, dejaba revolotear a sus clientes libremente por la tienda. Colgados aquí y allá, te encontrabas los platos que ella decoraba. Los pintaba de vivos colores, abstractos a veces, otras figurativos de plantas o animales. Pero lo que más le gustaba a Tawny era cuando la veía hacer memoria para recordar dónde estaba algo guardado; entonces cerraba los ojos y murmuraba, al igual que hacía su abuela cuando buscaba el dedal, lo que le hizo sentir un afecto inmediato por ella. Después, con una precisión asombrosa, encontraba lo que había estado buscando.

Había pasado tanto tiempo que estaba segura de que Martha se habría olvidado de ella, pero su cálida sonrisa de bienvenida le dio a entender lo contrario.

—Te has vuelto un ave madrugadora —saludó cuando ella entró, haciendo sonar el atrapasueños colgado del techo de la tienda—. Me alegro de verte.

—Yo también. He estado... ocupada, no he tenido tiempo de pintar y...

La dueña levantó las manos, haciéndole saber que no le debía ninguna explicación. Sonrió, aliviada, y recorrió despacio la tienda, deleitándose de nuevo con el aroma de las pinturas,

maderas, papel..., con el tacto suave de las cerdas de un pincel o de la madera pulida de los lápices. La vista, el olfato y el tacto la devolvieron a un tiempo en el que sabía quién era ella y lo que quería, antes de desdibujarse del todo. Se descubrió sonriendo, tarareando la melodía que había escuchado antes, mientras recorría el lugar, la dueña, mirándola de cuando en cuando, sonreía también. Era como volver a casa.

Eligió una caja con diez lápices de colores, tres carboncillos, dos negros y uno blanco, un pequeño bloc de dibujo y un caballete de segunda mano y lo apiló todo sobre el mostrador. Le hubiera gustado comprar muchas cosas más, pero tras el gasto de la cámara, adquirir todo aquello significaba quedarse en números rojos. Quizá podría ganar algo de dinero pintando en la calle, como hacía con sus amigos cuando estudiaban en la universidad.

Volvió al estudio, cuidando de no golpear a nadie en el metro con las patas del caballete que, aunque no muy grande, era bastante aparatoso. Cuando llegó al portal de su edificio, tras apoyarlo en la fachada, sacó las llaves y abrió la puerta; sosteniéndola con la pierna derecha, se giró para coger el caballete, que introdujo por la puerta, pero antes de que ella pudiera pasar, se cerró, atrapándolo.

—Mierda —masculló, estirándose todo lo que pudo para alcanzar el picaporte.

Si soltaba el caballete, podría chocar con el suelo y romperse, y no tenía dinero para otro.

De pronto, la puerta se abrió de golpe; Tawny perdió el equilibrio y cayó al suelo de bruces, el caballete golpeándole con fuerza en un pómulo. Gimió al sentir el impacto.

—Lo siento.

Su corazón se detuvo al reconocer la voz. El que había ladrado la disculpa era Scott. «Tranquila» —se dijo— no pasa nada. Estás prácticamente en la calle y no se atreverá a hacerte daño aquí. Solo tienes que esperar a que se vaya».

—Deja que te ayude —se ofreció, manteniendo la puerta abierta, sin hacer amago de acercarse a ella.

Tawny hizo una mueca, se liberó como pudo del caballete y se levantó, rezando para que el hombre saliera del edificio. Sentía que debía darle las gracias, pero la voz se le había congelado en la garganta. Era más alto de lo que le había parecido en la pantalla y en su rostro serio se había dibujado un gesto antipático y tenso que la angustió aún más. Se apartó para dejarle salir.

Pero no lo hizo; continuó sujetando la puerta abierta, esperando. Cuando Tawny la cruzó, él se agachó a recoger el paquete que había rodado por el suelo.

—Gracias —articuló con esfuerzo, estirando la mano para cogerlo.

Scott negó con la cabeza.

—Subiré contigo. Si esto te ha pasado en la puerta, no quiero ni imaginarte en el ascensor —replicó en tono firme, pero con un cierto deje irónico que hizo crecer su antipatía hacia él.

Asintió, tragando saliva. El ascensor; ella y el sicario juntos en un cubículo diminuto, donde no tendría escapatoria. Iba a negarse, pero él, sin esperar respuesta, ya avanzaba a grandes zancadas por el pasillo. Tawny lanzó una mirada angustiada a la calle, tratando de aparentar tranquilidad. Él no sabía que ella le estaba vigilando y el único modo de no acabar siendo su víctima número diez era actuar con naturalidad; bueno, con toda la naturalidad con la que se puede actuar a medio metro de un asesino sanguinario, claro está. Resignada, le siguió hasta la puerta abierta del ascensor.

La subida hasta el piso quince se le hizo eterna, atenta a cada movimiento de él, observándole con el rabillo del ojo, tensa, preparada para atizarle con el caballete si se lanzaba sobre ella. Pero Scott, en cuanto entró, se pegó a la pared opuesta a la de ella, tratando de poner la mayor distancia posible entre ambos, absorto en su teléfono, ignorándola por completo.

—Ya hemos llegado —anunció Tawny cuando el ascensor se detuvo, tratando de que su voz no reflejara todo el alivio que sentía.

Se dirigió a su puerta seguida por él, como si de un porteador se tratara.

—Así que somos vecinos —comentó él, cuando ella se detuvo delante de su estudio.

—¿En serio? —respondió, tratando de sonar sorprendida.

Solo entonces se dio cuenta del fallo que había cometido. «Idiota —se reprochó— te tendrías que haber bajado en otra planta, y mandarle a paseo con cualquier excusa. Pero no, le has traído delante de tu puerta. Menuda detective estás hecha».

—¿Tienes la llave?

—¿La llave?

Él puso los ojos en blanco y suspiró.

—De tu puerta. Ábrela y te ayudaré a meter las cosas.

—Oh, no, no es necesario, gracias, ya me has ayudado bastante. No quiero causarte más molestias.

—No es ninguna molestia; así podrás seguir dibujando.

Se quedó paralizada, preguntándose si, como había temido, él la había visto cuando miró hacia la cámara. «No seas tonta —se respondió— no ha podido verte a través de ella. Llevas un caballete; es obvio que no estás haciendo pan».

—¿Tú también dibujas? —balbució al fin.

—No.

Parpadeó, sorprendida por la brusquedad del monosílabo. Entró en el estudio y corrió hacia el portátil, que cerró de golpe, rezando para que el sicario no se hubiera percatado de la cámara.

—Déjalo por ahí, donde quieras. Como ves, hace poco que me he mudado y aún tengo mucho trabajo por hacer —mintió.

—Las mudanzas son un asco —comentó Scott como para sí, paseando la mirada por el lugar—. Un divorcio duro —afirmó sin preguntar.

Asintió y bajó la cabeza, avergonzada. ¿Tanto se notaba que era una divorciada solitaria y vapuleada? Sintió que le ardían las mejillas, consciente por primera vez de lo sucio y desordenado que estaba el estudio.

—¿Alguien sabe que estás aquí?, ¿amigos?, ¿familia?

Negó con la cabeza.

—¿Te gustaría comer con nosotros mañana?

—¿Perdón? —El súbito giro en la conversación le desconcertó.

El sicario suspiró, nervioso, cambiando el peso de un pie a otro. La paciencia no era una de sus virtudes, eso estaba claro.

—Que si te gustaría comer con nosotros mañana. Jack, mi marido, tiene mano para la cocina; y te vendrá bien algo de compañía —aseguró, echando un nuevo vistazo a su alrededor.

Dudó. La idea resultaba tentadora. La ocasión perfecta para leer las notas, buscar pruebas y poder denunciarlos pero..., también para que acabaran con ella, quizá del mismo modo que en su pesadilla.

—Hasta mañana, entonces —decidió él, sin esperar respuesta—. A la una en nuestro apartamento. Sé puntual.

Salió sin decir más, mientras el cerebro de Tawny trataba de procesar lo que acababa de suceder. Frunció el ceño, preguntándose cómo un hombre tan observador no se había dado cuenta de la cámara; quizá estaba demasiado concentrado en su vida de mierda como para fijarse en algo más. De cualquier modo, debía ser más precavida. La imagen del otro salón era

claramente visible en la pantalla cuando entraron.

Giró sobre sí misma, frotándose las manos, nerviosa, excitada y asustada a partes iguales. Lo que iba a hacer era una locura. No, no una locura. Una estupidez; iba a meterse directamente en la boca del lobo. Pero, por otro lado, pensó, si sospecharan algo, si fueran a matarla, ya estaría muerta. Nadie los había visto entrar en su apartamento y nadie repararía en Scott saliendo de allí una vez cometido el crimen.

No era el momento de ser un cobarde, se recordó a sí misma. Ahora era una investigadora privada; bueno, algo así, como Lena Dierre, y ella nunca se daba la vuelta ni huía cuando las cosas se ponían peligrosas; sabía el riesgo que corría y lo aceptaba. Ella haría lo mismo. Cualquier cosa antes que sumirse de nuevo en aquel agujero oscuro y solitario que solo parecía poder rellenar con comida.

Para dejar de darle vueltas a lo que podría sucederle al día siguiente, apartó las cajas para colocar el caballete en el centro de la habitación y dejar el paquete encima de la cama. Abrió la mesa plegable, que había permanecido apoyada en la pared desde que llegó, la restregó con fuerza con un estropajo para eliminar toda la suciedad que se le había pegado y la secó con cuidado.

Sudorosa y feliz, sacó de las cajas dos pequeñas bandejas de plástico decoradas, colocó los lápices en una y los carboncillos en otra. Por último, dispuso varias toallas de papel y las gomas de borrar blancas. Cuando terminó, miró la mesa y sonrió, satisfecha de su trabajo.

Dejó el boceto de Scott sentado frente al portátil en el caballete. Se alejó un poco y entrecerró los ojos, tratando de evaluarlo con objetividad. Reconoció sus trazos, rápidos y seguros, la firmeza de las líneas, el movimiento, los detalles. No estaba mal. Su cabello rizado sería un desafío.

Cogió un carboncillo blanco, con el que trazó parte del contorno de la figura, para darle luminosidad, y lo difuminó con la yema del dedo corazón. Con cada pequeño movimiento, sentía que su mano, tensa y torpe al principio, recuperaba la destreza y las habilidades olvidadas; la musa fluyendo de nuevo a través de ella.

Pero lo que más satisfacción le produjo fue no sentirse culpable. Cuando pintaba a escondidas de Alex, se sentía tan mal, tan bloqueada por la culpa, que llegó un momento en que le fue imposible incluso dibujar trazos más sencillos, como si su mano hubiera perdido la conexión con su alma. Cuando aquello ocurrió, algo se rompió en su interior.

El recuerdo vino acompañado de aquella ansiedad insidiosa, densa y profunda que se enroscó en su estómago, amenazando con devorarla de nuevo. Intentó concentrarse en el dibujo, de bloquear los recuerdos, el dolor, la tristeza, los gritos, el miedo. Soltó el carboncillo, que rodó por el suelo, y se sentó en la silla, balanceándose adelante y atrás, los brazos cruzados sobre el pecho, las lágrimas corriendo por sus mejillas mientras aquel miedo familiar se enredaba alrededor de su garganta, asfixiándola.

A ciegas, se levantó a coger una caja de galletas, que abrió de un tirón seco. Cogió cuatro de una vez y se las metió en la boca, llorando amargamente, respirando con dificultad por la nariz, engullendo bocado tras bocado, en un intento desesperado de contener la ansiedad, el dolor, el miedo, la pena, los recuerdos.

Se atragantó y tosió con fuerza; cogió otro puñado y siguió comiendo, su mente reviviendo cómo Alex consiguió que dejara de lado lo que la hacía verdaderamente feliz, que renunciara a esa mágica sensación de casi volar mientras pintaba. Tiró el envoltorio vacío al suelo y cogió otro paquete, que devoró a la misma velocidad; le siguió una bolsa de patatas fritas, que engulló a grandes puñados y masticando con fuerza, intentando aplastar los recuerdos de cómo encerró

su alma en el rincón más oscuro y profundo de su ser y tiró la llave.

Abrió una de las pizzas, y se la comió, cruda y fría, recordando cuando Alex le aseguraba que su técnica no era depurada, que le fallaba la perspectiva, que no combinaba el color, que no tenía talento. Al principio desechó sus críticas. Al fin y al cabo, él no tenía ni idea de pintura. Pero, poco a poco, sus palabras fueron calando en ella, creando una inseguridad en ella que, unida a las quejas constantes de él y a las discusiones, la llevó a renunciar a su sueño.

A veces, viendo una exposición o un documental sobre algún artista, se encendía una luz cálida en el oscuro y oculto rincón de su alma donde encerró su vocación, que le hacía añorar cómo se sentía. Pero, aceptando que él tenía razón y que era una pérdida de tiempo, ignoraba sus cantos de sirena. No tenía sentido. Debía hacerle caso. Él lo sabía mejor.

Lloraba con fuerza, sin emitir ningún sonido, como tuvo que aprender a hacer, asqueada de sí misma por engullir, masticar, tragar y engullir de nuevo. Pero sabía que aquella diabólica espiral de ansia incontenible por comer y odio hacia sí misma por no poder contenerla, solo terminaría cuando, físicamente, no pudiera dar un bocado más, hasta que el miedo, la pena y la ansiedad se desvanecieran.

Poco a poco, el agujero que se había abierto en su alma comenzó a cerrarse y pudo desprenderse de aquella angustia negra, densa y pegajosa. Apoyó la cabeza en la pared y dejó caer la mano con el último trozo de pizza. Se sentía gorda, hundida, odiosa, inútil y repugnante. Alex se lo decía cada vez que lo encontraba dándose un atracón: «Me das asco».

Exhausta, se tumbó en el suelo, los sentimientos embotados por la comida, ignorando el dolor de su estómago a punto de estallar y llorando quedamente, se durmió, para despertar unas horas después.

Se incorporó despacio, el cuerpo dolorido por haber dormido en el suelo, los labios agrietados y cortados por la sal de las patatas y el frío de la pizza, la garganta y la boca secas y rasposas. Se pasó la mano por la cara y se sacudió la camiseta para limpiar las migas y restos de salsa, avergonzada por las bolsas y paquetes vacíos esparcidos a su alrededor. Cogió una botella de agua y se la bebió de golpe. Tratando de no contarlos, tiró todos los envases a una bolsa de basura y la apartó de la vista, pero no consiguió hacer desaparecer el autodesprecio, la desesperación, el vacío, la oscuridad, la sensación de estar perdida.

Aturdida, se tumbó en el catre y se escondió bajo las mantas, deseando poder desvanecerse y desaparecer para siempre.

QUID PRO QUO

Samuel había esperado casi cinco horas para abandonar el café, temiendo que, tras marcharse, el engominado hubiera dejado a alguien vigilándole para asegurarse de que no le seguía. De cualquier modo, no tenía prisa; no podría hablar con el hombre de la foto al menos hasta las seis; hacerlo antes sería una imprudencia. Por otro lado, su vanidad se sentía halagada por la gran cantidad de clientes que, tras reconocerle, se acercaban a saludarle, a decirle lo mucho que les gustaba su programa y que no era justo lo que le estaba haciendo Toren.

Aquellas palabras eran un bálsamo para su maltrecho ego, siempre lo habían sido; era el valor que le daban los demás lo que le hacía sentirse valioso, como un planeta reflejando la luz del sol. A cada peldaño que subió en su carrera, aumentaron los aplausos y el favor del público, y con ellos su sensación de valía, hasta posicionarse en el firmamento de las estrellas televisivas. Desde aquel momento, no dudó en aprovechar su posición para vengarse de todos aquellos que consideraba que le habían hecho de menos a lo largo de su vida: compañeros de colegio que se metían con él, chicas populares en el instituto que se burlaron de sus kilos de más, sus granos y sus gafas de pasta, directivos de cadenas que habían rechazado su currículum cuando comenzó a buscar trabajo tras terminar la carrera de periodismo...; su lista era interminable. De entre todos ellos, elegía a quienes habían logrado ocupar puestos de renombre o cierta fama en cualquier campo; entonces, escarbaba en la basura, a menudo literalmente, hasta dar con aquello que los mostrara ante los demás tal como eran en realidad. Uno tras otro los fue viendo caer a sus pies, sin el más mínimo remordimiento.

Llegó un momento en que el solo hecho de ser mencionado en su programa resultaba aterrador para cualquiera. Descubrió que le gustaba ser temido, que todos acataran sus órdenes o compartieran sus opiniones, aunque solo fuera porque un comentario en contra o una crítica les pondría en su punto de mira.

Al poco, fue su hermana la única que se atrevía a cuestionar sus métodos, aconsejándole que parase, diciéndole que lo que hacía no estaba bien, cuestionando sus métodos; pero él continuó, inalterable y victorioso como un rompehielos hasta que, olvidando la prudencia que había tenido en casos anteriores, decidió ir a por una pieza de caza mayor: el exmarido de su hermana. Aquello, que pareció ser una de las ideas más geniales que había tenido jamás, resultó ser el peor error de su carrera, que ahora la providencia le permitía subsanar. Pero si quería hacerlo realidad, tenía que moverse. Se levantó, salió de un café y llamó a un taxi.

Media hora después, ordenó al taxista detenerse unos metros más adelante de la Librería Seshat. Cruzó a la carrera la amplia avenida Picadilly y caminó hasta las dos cabinas telefónicas situadas justo enfrente del establecimiento; parapetado tras ellas, podría vigilar la puerta y esperar a que la dueña se marchase. Multitud de escritores e intelectuales acudían habitualmente a las tertulias que se organizaban allí, a muchos de los cuales Samuel había pisoteado, por lo que ella le había vetado la entrada al lugar. No quería tentar a la suerte; a pesar de rondar los setenta años, la librera era una mujer de armas tomar que no dudaría en echarlo a patadas si le veía aparecer por allí.

De todos modos, no tendría que esperar mucho. Sabía que, cada tarde, cuando la librería cerraba al público, ella salía hacia el St James Park, donde se encontraba con su nieta, que después la acompañaba a casa, mientras el hombre de la foto se quedaba en la trastienda, haciendo caja y repasando inventarios de los envíos de las editoriales. Aquel día no fue una excepción: un cuarto de hora después ella apareció en la puerta, enfundada en una larga capa color violeta oscuro. Miró al cielo, se subió la capucha para protegerse del frío y, tras doblar cuidadosamente la bolsa que protegía el par de libros que llevaba en la mano, para que no se mojaran en caso de que comenzara a llover, se alejó de la librería a paso rápido. Samuel esperó hasta que ella desapareció calle arriba y entró en la librería. El dependiente torció el gesto cuando le vio entrar.

—Young, sabes que no puedes estar aquí. Si mi tía se entera, tendremos problemas.

—No te preocupes, no te robaré mucho tiempo. Quiero proponerte algo.

El otro le observó, suspicaz.

—No.

—Te prometo que esta vez también será beneficioso para ti.

—Eso ya lo he oído antes.

Sin responder, Young recorrió las estanterías repletas de títulos, buscando la de los escritores cuyo apellido comenzaba por R. Se detuvo ante ella y pasó el dedo por los lomos, hasta llegar al libro que buscaba, *Un relámpago en la oscuridad*, de Kevin Roth. Lo cogió, regresó junto al librero y lo puso sobre el mostrador.

—Kevin, quiero entrevistarte en mi programa; darte la oportunidad de contar tu versión de los hechos y de que hablemos de tu libro.

Los ojos de él brillaron durante unos instantes. Aparecer en su programa supondría un aumento de popularidad que se traduciría en millones de ventas de sus libros. El brillo se apagó y sacudió la cabeza.

—No puedo, tú lo sabes mejor que nadie. Toren me destrozará.

—Imagínate: ferias de libros, premios, anticipos, editoriales que se pegarán por ti...; la gente hará cola durante horas para que les firmes un ejemplar. Te harás tan famoso que, cuando Toren quiera denunciarte, no podrá hacer nada contra ti.

Kevin inspiró con fuerza. Había rozado aquel sueño con la punta de los dedos, pero todo se volvió humo por culpa de aquel maldito abogado.

—No podrá con los dos —aseguró Samuel—. Si te denunciara, los abogados de la cadena te defenderían; no podrá hacer nada contra ellos. Se lo comerán vivo.

Era mentira. No tenía la más mínima intención de hacer que sus abogados le defendieran, más que nada porque Toren ya los tenía contra las cuerdas defendiéndole a él. Pero Kevin no lo sabía, y aquel último empujón resultó ser efectivo, porque, tras unos segundos de vacilación, asintió.

—¿Cuándo sería?

—Por supuesto, esto no es gratis.

—Sabía que era otra de tus malditas tretas —masculló, enojado con el periodista y consigo mismo por haberle creído.

—Nada de tretas. Considéralo un *quid pro quo*.

—Digamos que acepto. ¿Qué es lo que quieres?

Samuel se volvió y cogió un libro de la mesa de los más vendidos, que depositó sobre el mostrador junto al de Kevin, quien torció el gesto.

—A él.

LASAÑA Y PISTOLAS

Al despertarse a la mañana siguiente, Tawny no se sintió con fuerzas para seguir adelante. Pensó en cancelar la cita, dejar una nota a sus vecinos diciendo que le había surgido un imprevisto. Soltó una risotada amarga, pasándose la mano por el fosco pelo sucio. No podría hacer eso; no le quedaba más remedio que ir. Con un poco de suerte, le pegarían un tiro.

Se obligó a salir de la cama y, arrastrando los pies, fue al baño para ducharse y lavarse el pelo; aunque lo tenía muy corto, estaba tan sucio que tuvo que enjabonarlo tres veces para conseguir que quedara totalmente limpio. Salió de la ducha y limpió con la toalla el vaho del pequeño y picado espejo.

Sintió una mezcla de vergüenza y orgullo al mirar los trasquilones que se hizo a los pocos días de llegar, cuando, furiosa y dolida, se cortó el pelo casi al cero, mucho más de lo que siempre le había gustado llevarlo; Alex nunca lo hubiera permitido. Lo hizo con rabia, sin medir, casi a ciegas, sin preocuparse del resultado final. Ahora, ahí estaban sus trasquilones, perfectamente visibles; mechones pelirrojos, tiesos, de diferente longitud, que parecían dispararse en todas direcciones. Tenía un aspecto patético; los párpados hinchados de tanto llorar, los labios agrietados por la sal, las ojeras casi violáceas a causa del insomnio...; sintió lástima de sí misma al verse así.

Buscó el cepillo del pelo en una de las cajas, ¿de verdad llevaba más de dos meses sin peinarse?, y se arregló el cabello lo mejor que pudo, aplastando mechones y cambiándose la raya de lado a lado varias veces, pero no terminó de gustarle; harta, tiró el cepillo al suelo y se lo peinó con la mano; acabó poniéndose el flequillo de punta, con un aire a golfillo de la calle. Abrió entonces el pequeño armario de tela y comenzó a probarse ropa. Se le llenaron los ojos de lágrimas al cuarto pantalón que no le cerraba o le quedaba tan apretado que no podía respirar, o al notar lo ajustadas que le quedaban ahora las camisetas. Suspiró, decaída. Menos mal que conservaba algo de ropa de las otras veces que había engordado. Se agachó junto al catre y sacó la maleta donde había dejado la ropa que pensó que no volvería a ponerse, segura de que adelgazaría. Sacó una amplia camisa de grandes cuadros blancos y gris claro y unos vaqueros negros, ambas prendas un par de tallas más grandes que el resto de su ropa; era lo único que le cabía. Al vestirse, se sintió fatal, grande, enorme, gorda, pero también experimentó un cierto placer al ponerse aquella camisa que su ex tanto odiaba.

Cerró los ojos y tragó saliva, apartando el amargo recuerdo de aquel día, tan vivo que aún podía sentir sus uñas clavándose en su piel, bloqueando el dolor que pugnaba por abrirse paso en su memoria, como había hecho tantas veces. Respiró profundamente, concentrándose en lo que tenía por delante, agarrándose con fuerza al salvavidas que había supuesto para ella centrarse en desenmascarar a sus vecinos había supuesto para ella, lo único a lo que sujetarse para no hundirse en aquella ciénaga oscura en la que se ahogaba desde hacía tanto tiempo.

Se subió los pantalones y se aseguró de que la cámara continuara grabando cuando saliera del estudio, enfocando con claridad el apartamento contiguo. Si le ocurría algo, la policía encontraría la grabación y los detendría. Se detuvo, contemplando la pantalla.

Jack, de pie en la cocina, en vaqueros claros y camiseta negra, daba vueltas a un sofrito de cebolla y ajo en una gran sartén metálica, a la que añadió carne picada y salsa de tomate, para después remover todos los ingredientes. En otra cazuela, había pequeños cuadrados de pasta hirviendo. Tenía ojeras y el gesto cansado, pero tarareaba alegremente la canción *The Edge of Glory*, de Lady Gaga, que sonaba en el salón, mientras removía la comida al ritmo de la música; de cuando en cuando lanzaba miradas divertidas a Scott, que, de pie junto a la mesa, porque la cocina era demasiado pequeña para que cupieran los dos, luchaba con un bol en el que estaba preparando lo que parecía una mezcla de quesos. Bueno, «preparar» no era el término más preciso para definir lo que estaba haciendo; mucho menos hábil en la cocina que Jack, refunfuñaba para sí mismo mientras apuñalaba la mezcla con una cuchara de madera, tratando de eliminar los grumos.

—Podríamos haber encargado la comida —gruñó al fin.

—Sí, pero no sería tan divertido como verte asesinar al queso —se burló su marido.

—No es la primera vez que cocino.

—Descongelar en el microondas no es cocinar.

—¿Y quién dice eso?

—Yo.

Scott resopló.

—Perdón, no sabía que estaba casado con el ganador de *The Best Chef Awards*.

Le miró, sorprendido.

—¿Sabes lo que es *The Best Chef Awards*?

Su marido puso los ojos en blanco.

—Pues claro; me trago contigo todos los capítulos de ese Masterchef que tanto te gusta.

—Sí, pero no creí que prestaras atención. Aunque, viendo lo que le has hecho al pobre queso, está claro que deberías hacerlo.

Scott le sacó la lengua; Jack rio entre dientes, se acercó a él y cogió el bol del queso asesinado. Volvió junto a la pequeña encimera y, en una fuente rectangular de cristal, montó las diferentes capas de la lasaña. Tawny siguió sus manos, que se movían con rapidez y destreza mientras colocaba los cuadrados de pasta en el fondo de la fuente; distribuía uniformemente la carne y la salsa besamel que tenía en otro cazo, para después añadir la salsa de queso que había preparado Scott, mucho más espesa y llena de grumos de lo que debería ser. Abrió la puerta del pequeño horno encastrado en una columna, metió la fuente, lo cerró, se lavó las manos y se las secó cuidadosamente con un paño.

—Es casi la una. Vamos a vestirnos. ¿Está todo listo?

Scott asintió y ambos desaparecieron en el dormitorio.

Tawny se quedó mirando el salón vacío en la pantalla. Envidiaba la relación de los dos hombres, cómo disfrutaban estando en compañía del otro, cómodos y tranquilos, sin continuos reproches, y quejas, sin gritos ni lloros. No quería ni imaginarse las críticas hirientes de Alex si hubiera sido ella la que hubiera mezclado el queso de aquella forma tan torpe; no hubiera parado hasta hacerle llorar de lo mal que se sentía. Y allí estaban ellos, dos asesinos sin escrúpulos, demostrando lo que es respetar la forma de ser del otro en una relación.

Sacudió la cabeza. Llevaba casi media hora mirando la pantalla como una tonta, perdida en sus recuerdos. Antes o después tendría que ir al neurólogo, para hacerse un chequeo. Algo no iba bien en su cabeza. No, teniendo en cuenta lo que iba a hacer, era evidente que no.

«Tranquila» —se dijo—. No tienen ni idea de que les estás observando ni de que los has escuchado. Será simplemente una comida entre vecinos, en la que reunirás todas las pruebas que

los meterán en la cárcel, donde no podrán hacerte daño. Todo estará bien. Eres la vecina afable y gordita de la que nadie sospecharía».

Tiró de la uña hasta hacerse sangre. Quizá lo mejor sería volver a su estudio, encerrarse en él y olvidarse de todo, pero le detuvo el recuerdo del dibujo. De un modo extraño y poco convencional, todo aquello le estaba ayudando a vislumbrarse de nuevo a sí misma. Si todo acababa allí, lo daría por bueno. Solo esperaba que el final no fuera demasiado doloroso. Respiró profundamente varias veces repitiendo ese mantra, tratando de ignorar lo vulnerable que se sentía, y llamó a la puerta.

Fue Scott quien abrió, mirándola con el mismo aire torvo del día anterior, cuando le acompañó a casa. Sintió que le temblaban las piernas y se le escapaba el poco valor que había reunido antes de llamar. Su rostro anguloso, su piel pálida y su pelo negro y rizado le daban un aire de criatura de la noche que no ayudaba a que se sintiera más tranquila.

—No está bien hacer esperar a los invitados en la puerta. —Oyó gritar a Jack en tono afable.

Su marido se limitó a retroceder y dejarle espacio para pasar, apartándose lo más posible de ella, para después cerrar la puerta, que, sorprendentemente, no chirrió tras ella.

Un sonriente Jack se acercó a ella y le tendió la mano.

—Soy Jack, encantado de conocerte. Siéntete como si estuvieras en tu casa.

—Soy Tawny. Gracias por invitarme. —Le estrechó la mano, aliviada.

Le cayó bien de inmediato. Resultaba mucho más amigable, o menos peligroso, con aquellos ojos azules, brillantes y cálidos, el gesto afable y la sonrisa amistosa. Él y su marido parecían el yin y el yang. Volvió a tener aquella sensación de que su cara le resultaba familiar, pero no se atrevió a preguntar. ¿Quizá le había visto en aquellos programas de crímenes que tanto le gustaban?

—La comida estará lista en diez minutos. ¿Te apetece una copa de vino? —Asintió. Un trago le vendría estupendamente ahora—. Scott, abre el vino y sírvele una copa a nuestra invitada —pidió.

Tawny tuvo la sensación de que él era la única persona que conseguía que Scott se comportara con aquella docilidad. No le había pasado desapercibida la sombra de desconfianza que cruzó los ojos de él cuando abrió la puerta; aunque fue él quien la invitó, estaba claro que no le gustaban los extraños y, por sus modales groseros, tampoco la gente en general.

Le sirvió una copa de vino tinto y le indicó con un gesto que se sentara en el pequeño sofá que habían formado uniendo los dos sillones individuales. Se acomodó y bebió un sorbo, paladeándolo, y se sintió más tranquila. Pero no podía olvidar para qué había ido allí. Miró a su alrededor con aire ausente, buscando una excusa para leer lo que había escrito en las notas sin que se percataran de ello. Quizá podría levantarse distraídamente, con la copa en la mano, y acercarse a la pared como si nada, para no levantar sospechas. Simple curiosidad.

Abstraída en sus pensamientos, no reparó en el gesto casi imperceptible que Scott le hizo con la cabeza a su marido, quien se acercó al sofá, de modo que ambos quedaron de pie delante de ella.

El gesto amistoso de Jack se desvaneció; su rostro se volvió pétreo y amenazador y la mirada de Scott aún más gélida.

—¿Por qué nos estás espiando? —le espetó el primero con dureza.

Sintió pánico. La actitud de ellos en ningún momento había dado a entender que le habían descubierto. Su cerebro se detuvo, incapaz de elaborar ningún pensamiento, o respuesta coherente; los miró, aterrada.

—Responde a la pregunta —ordenó Scott en el mismo tono amenazante.

Abrió la boca, pero ningún sonido salió de su garganta, cerrada por el miedo. Él ladeó la cabeza y la miró con fijeza, entrecerrando los ojos, para después desaparecer en el dormitorio. Sintió ganas de llorar y gritar, de echar a correr, pero su cuerpo no le obedeció.

—Por tu bien, dinos quién eres y qué es lo buscas. Y no nos mientas. Si lo haces, será peor — advirtió Jack.

Tragó saliva.

—Soy... Me llamo... Tawny... Tawny Walker —balbució con esfuerzo.

—Bien, Tawny Walker. ¿Por qué nos espías? ¿Para quién trabajas?

—No..., yo..., para nadie.

—Así no vamos bien, Tawny.

Scott volvió a grandes zancadas, se acercó a ella y, en un movimiento rápido y sin la menor vacilación, apoyó el cañón de un arma en la frente de Tawny, que levantó sus manos temblorosas, cerró los ojos y se encogió en el sofá, lágrimas de miedo rodando por sus mejillas.

—Por favor, por favor, no dispires —suplicó con voz temblorosa.

—¿Trabajas para Zachary? —preguntó Jack.

—Yo..., no... No conozco a ningún... Zachary —susurró, en un murmullo apenas perceptible.

—Entonces, ¿para quién trabajas?

Scott presionó aún más el cañón del arma contra su frente, tanto que parecía querer penetrar en su cerebro. Tawny sacudió la cabeza, rezando en silencio para que todo terminara.

—¡Habla!

El grito enfadado de Jack le hizo saltar en el sofá y soltar la copa de vino, que cayó al suelo, derramándose por él, formando un charco rojizo, que le hizo pensar en que su propia sangre seguiría el mismo camino cuando le dispararan. Aunque estando en su apartamento, sopesó la posibilidad de que la mataran, nunca se imaginó que pasaría tanto miedo, tener tanto aprecio por aquella vida que detestaba. No tenía otra salida, debía confesarlo todo.

—Os oí la otra noche. He visto la lista. Nadie me envía. No trabajo para nadie. Lo juro, de verdad, lo juro. Yo..., yo sólo quería ser como Lena Dierre y... y... es una estupidez..., yo sólo, sólo... —Se le quebró la voz por el llanto y el miedo.

Ellos se miraron, desconcertados.

—¿Lena Dierre?

—¿Nuestra lista?

Scott levantó las cejas, atónito y apartó el arma de su frente.

—Phoebe King, Anne Adam, Emily Evans, Chrissy George...—enumeró—. ¿Son esos los nombres de la lista de la que hablas?, ¿por eso nos estas espionando?, ¿acaso creías que íbamos a matarlos?

Asintió, las manos levantadas, los ojos cerrados.

—Ibais a comenzar por la mujer y luego el viejo. Os escuché planearlo la otra noche — musitó.

Se miraron de nuevo.

—¿No te envía nadie, entonces?

—No..., yo..., soy solo... Tawny, Tawny Walker —repitió desesperada—. Tengo mi carnet en el bolsillo.

Sin bajar el arma, Scott le hizo un gesto con la mano para que se lo diera. Despacio, metió la mano en el bolsillo de su pantalón y, entreabriendo los ojos, se lo tendió; lo había cogido para que a la policía le fuera fácil identificar su cadáver; él, sin tomarlo, sacó el teléfono y tecleó algo. Ella apretó los párpados con fuerza, esperando a que la bala le atravesara el cerebro en cualquier

momento. Había sido una cobarde y una estúpida confesando ante la primera amenaza, y ahora la policía nunca sabría de quién sería el cadáver que aparecería en la cuneta. Una estúpida, creyendo que podría hacerlo por sí misma; una cobarde porque debía haberles dicho que había ido a la policía, que en aquel momento estaban rodeando el edificio, que...

—¿Y querías salvarlos?, ¿por eso nos espiabas? —preguntó Jack.

Tawny asintió y reunió el valor para abrir despacio los ojos, sorprendida por la mezcla de asombro y admiración que revelaba su tono. Scott bajó la pistola, mirándola como si no fuera capaz de creer lo que acababa de escuchar, y el rostro de Jack se relajó, para después sonreír, aún desconcertado.

—Esa gente no está en peligro —explicó Jack—. No existen, no son reales, sino personajes de una novela. Scott es...

—Soy un negro, un escritor fantasma —le cortó él, aunque a Tawny no le pasó desapercibida la rápida mirada que le lanzó Jack antes de volver a centrar su atención en ella.

—Soy un negro, un escritor fantasma— le cortó éste, aunque a Tawny no le pasó desapercibida la mirada que le lanzó Jack, que su marido ignoró abiertamente.

Los tres quedaron en silencio, roto unos segundos después por el zumbido del teléfono de Scott. Miró la pantalla y se la enseñó a Jack, que se volvió hacia Tawny.

—Sentimos mucho haberte asustado —se disculpó este, avergonzado.

Fue a la cocina, llenó un vaso de agua, y se lo tendió a una todavía temblorosa y asustada Tawny que, sin comprender bien todo lo que estaba ocurriendo, se lo bebió con avidez.

—¿Mejor? —preguntó, preocupado, y alargó la mano para cogerla por la muñeca.

Ella se sobresaltó y estuvo a punto de apartar el brazo, hasta que su cerebro procesó que le estaba tomando el pulso. Asintió débilmente sin saber muy bien qué pensar. Quizá estaban representando un papel, pensó. Engañándola para ganarse su confianza y poder terminar con su trabajo, sin tener que ocuparse aún de un testigo molesto.

Scott cruzó el salón a grandes zancadas, cogió un periódico de encima de la estantería y se lo dejó a su lado en el sofá.

—Página cinco —gruñó.

Intentó abrirlo, pero sus manos temblaban tanto que no podía pasar las hojas. Jack se lo quitó con suavidad, lo abrió por donde había indicado su marido y se lo devolvió.

Boquiabierta, deseó que se la tragara la tierra, avergonzada por lo estúpida que había sido. En la sección de ciencia, aparecía una foto de Jack, cruzado de brazos, vistiendo un uniforme azul de cirujano, junto a una entrevista sobre una operación que él y su equipo habían llevado a cabo la semana anterior. La paciente, una de las mejores violinistas del mundo, tenía un tumor cerebral en una zona cercana al área del cerebro que le permitía tocar el instrumento. Para asegurarse de no dañarla mientras lo extirpaba, ella tocaba el violín^[1]. Recordó haber visto a la mujer en las noticias, con la cabeza vendada, tocando el violín en la habitación del hospital tras la operación. Sintió que le ardían las mejillas; ¿cómo había podido ser tan estúpida?

—Jack es el mejor neurocirujano del mundo —afirmó Scott con orgullo, abrazándole por la cintura.

—No le hagas caso. No soy solo yo, es todo el equipo —rebató, sonrojándose, pero encantado con el comentario de su marido.

Tawny le miró, boquiabierta, recordando por qué su rostro le era familiar.

—Vi un reportaje en la tele. Usted hablaba de esa terapia para el Parkinson en la que se pone algo en el cerebro de la gente... no sé cómo lo llamaba.

—Estimulación cerebral profunda —explicó él—. Implantamos diminutos electrodos en el

cerebro que suministran una corriente eléctrica constante pero débil. Así podemos eliminar los síntomas de los pacientes con Parkinson, temblor esencial o síndrome de Tourette. Pero no me llames de usted.

—¿Lo ves? El mejor neurocirujano del mundo.

Los miró, abatida y avergonzada, por la película que se había montado en su cabeza, por haber creído por un momento que ella podría ser alguien valiente y decidida como Lena Dierre por...; ambos debían pensar que era completamente estúpida.

—Siento haberos espiado. He sido una idiota y yo...

—No, no, somos nosotros los que te debemos una disculpa —la interrumpió Jack, contrito—. Tu intención era buena, querías salvar la vida de esas personas, lo cual es muy valiente por tu parte. Pero..., no es la primera vez que tenemos paparazzi siguiéndonos y tratando de invadir nuestra vida privada. Cuando vimos la cámara, pensamos que eras una de esas sabandijas.

—Sabemos que no lo eres, pero no deberías ir por ahí jugando a los justicieros.

Ella miró de reojo el arma, aún en manos de Scott.

—Siento lo de la pistola. Un poco drástico, pero tu vida no ha corrido peligro en ningún momento —explicó, apretando el gatillo; una pequeña llama brotó del extremo del cañón.

Jack sacudió la cabeza.

—Le encanta.

—Parece real —jadeó Tawny, todavía impresionada por el recuerdo del frío acero en su frente.

—Lo es. Una Beretta 92 FS modificada para ser un mechero. Fue un regalo de..., para uno de los escritores para los que escribo. Un admirador suyo, dueño de una armería, lo hizo especialmente para él y me lo regaló a mí.

Asintió, un poco más tranquila, aunque tardaría en quitársele el susto del cuerpo. Parecían sinceros, pero una vocecita en el fondo de su cabeza le decía que algo no cuadraba del todo en aquel asunto; cierto que Jack era un cirujano famoso, pero la actitud de ambos había sido demasiado amenazante como para solo querer preservar su identidad de los periodistas. Por otro lado, ¿Quién demonios era el tal Zachary?

De cualquier modo, era el momento de dejar de jugar a los detectives y no hacer más preguntas. Por muy amistosos que parecieran ahora, al menos Jack, porque Scott continuaba algo distante, lo cierto era que le habían metido el miedo en el cuerpo y podrían volver a hacerlo en cualquier momento. Lo mejor sería volver a su apartamento, quitar la cámara y olvidarse de aquel asunto. Ella no era Lena Dierre y nunca lo sería, ni siquiera se le parecería. Solo una gorda patética que había cantado a las primeras de cambio.

—Bueno..., yo... —se levantó, aunque las piernas aún parecían no sostenerla del todo—. Lo mejor será que vuelva a mi apartamento. Ya he hecho suficiente el ridículo por hoy. —Su intento de sonrisa quedó en una mueca.

—No, no, la invitación a comer sigue en pie. Es lo menos que podemos hacer para disculparnos por el susto que te hemos dado —repuso Jack, haciendo un gesto hacia el horno.

Le miró, insegura. Ciertamente volvía a sentir la misma corriente de simpatía hacia él que cuando entró en el apartamento, la sensación de que era un hombre honesto y amable y que volvía a mostrarse afectuoso. Scott, por el contrario, seguía dándole un poco de miedo, aunque tenía la sensación de que, mientras Jack estuviera tranquilo, él también lo estaría. Además, la idea de volver a la soledad de su piso no le atraía en absoluto. Ahora que el misterio se había resuelto, ella se desdibujaba de nuevo.

Jack miró a su marido.

—Sí, quédate —apoyó en tono suave, poniéndole otra copa en la mano.

—Siento lo del vino.

—No te preocupes, no creo que sea lo peor que haya caído en este suelo —bromeó Jack—. Voy a sacar la lasaña. ¿Ponéis la mesa?

Jack se dirigió a la cocina, cogió un guante, abrió el horno, y un delicioso aroma a queso, tomate y bechamel invadió el apartamento. A Tawny se le hizo la boca agua, aunque seguía un poco desconcertada por la transformación sufrida por ambos hombres, que ahora actuaban como si no hubiera pasado nada.

—¿Terminaste tu dibujo? preguntó Scott, retirando libros y papeles de la mesa y extendiendo un mantel sobre ella.

—No..., yo...

El recuerdo de su último atracón le hizo sentirse mal de nuevo. Se relajó cuando él hizo un gesto vago, indicando que no esperaba ninguna explicación.

—¿Así que ahora estás escribiendo un thriller? —preguntó, intentando cambiar de conversación. Ahora que Scott parecía un poco, solo un poco, más... humano, le resultaba más sencillo dirigirse a él—. Yo estoy leyendo uno ahora.

—¿Y te está gustando?

—¿Gustarme? Estoy completamente enganchada. No puedo esperar a seguir leyendo. Se titula *No mires atrás*. ¿Lo has leído?

Él, que iba a dejar los cubiertos en la mesa, se tensó, agarrando los tenedores con tanta fuerza que Tawny pudo ver cómo los nudillos se le ponían blancos; Jack se volvió a mirarla desde la cocina, para centrarse de nuevo en la ensalada que estaba preparando.

—Me alegro de que te guste —murmuró Scott, mirando a Jack como un náufrago miraría a un socorrista.

— Es de W. Kriger, de la saga de Lena Dierre. Es el mejor escritor de thrillers del mundo — continuó Tawny, sin entender muy bien la reacción de él; vaciló—. Lo siento, tal vez no debería decir eso.

—¿Por qué? —se extrañó él.

—Mi exmarido tenía un amigo escritor. No era conocido, ni nada de eso, y cuando yo hablaba de Kriger, decía que solo escribía novelas mediocres para estúpidos iletrados, que eran una mierda comercial.

—No te preocupes, Scott no se enfadará por eso —sonrió Jack, dejando la lasaña sobre la mesa. Entró en la habitación y sacó una silla, e hizo un gesto a Tawny para que se sentara en uno de los cómodos sillones, al igual que hizo Scott—. ¿Te gustan los libros de Kriger, entonces? —preguntó, lanzando una mirada traviesa a su marido, que arrugó la nariz.

Tawny los miró alternativamente, desconcertada.

—¿He dicho algo inconveniente?

—No, no te preocupes. No pasa nada.

Se sintió mortificada por su falta de tacto. ¿Cómo no iba a sentarle mal que hablara de un novelista de éxito si él era un negro literario? Era tan obtusa e inoportuna..., Alex tenía razón cuando se lo repetía una y otra vez.

—¿Has expuesto algún cuadro? — El esfuerzo de Scott por cambiar de tema fue evidente.

—No yo..., hace mucho tiempo que no pinto —respondió con tristeza—. Y aunque lo hiciera, a nadie le gustarían mis cuadros —terminó en un susurro avergonzado.

—Bueno, eso tiene que decidirlo el público. Y si a ti te gusta pintar, da igual si a la gente le gusta o no. Lo importante es que tú disfrutes haciéndolo. Y siempre habrá alguien a quien le

guste lo que haces.

Ella parpadeó, sorprendida. Después de tantos años escuchando a su ex protestar y criticar su pintura, le resultó extraño que alguien la animara a que diera rienda suelta a su vocación; tuvo la sensación de entrar en un universo paralelo, colmado de posibilidades, tras abandonar otro, creado a base de prohibiciones y errores severamente castigados.

—De todos modos, no tengo ningún cuadro terminado; quizá tampoco acabe este. No lo sé; mi vida es un poco caótica en este momento, quizá...

Pasó el dedo por el borde del vaso, sin saber bien cómo terminar la frase. Los miró y ellos la contemplaron en silencio, esperando a que continuara. Se mordió los labios; no estaba acostumbrada a ser el centro de atención.

—Creo que por eso me siento tan identificada con la protagonista de *No mires atrás* —continuó en tono más apagado, la mirada fija en el mantel, jugueteando con una miga en la mano derecha—. De la noche a la mañana descubre que lleva tiempo viviendo una mentira, que su pareja no es quién ella creía, y todo se desmorona bajo sus pies. Leer lo que ella siente, sus pensamientos y conversaciones con Lena y Renata..., me está ayudando a que..., mi ruptura sea un poco menos dura. O a convertirme en una justiciera loca, según se mire —trató de bromear.

—Entonces, ¿crees que el personaje transmite bien el caos en el que te encuentras ahora? —preguntó Scott, observándola atentamente.

Tawny asintió con vehemencia.

—Sí, como decía, es increíble cómo el autor logra que te metas en su cabeza, que acompañes a la protagonista en su proceso de duelo, en su incredulidad; cómo, poco a poco, con la ayuda de Lena y Renata, a través de su lucha por descubrir la verdad, se va reencontrando con ella misma. Es un proceso tan real, y está tan bien narrado que resulta increíble, como si el autor lo hubiera vivido en primera persona.

Se detuvo un segundo para tomar aire.

—Es lo que más me gusta de sus novelas, que no son thrillers al uso. Sus protagonistas, además de combatir el crimen, luchan contra sus propios demonios, superan sus miedos, se enfrentan a obstáculos... W. Kriger es un escritor realmente brillante.

—¿Has leído algo más de él? —Jack se sentó en el brazo del sillón junto a Scott y le guiñó un ojo cariñosamente.

Asintió, entusiasmada.

—Oh, sí, los he leído todos. Me encanta su estilo, sus personajes, cómo hace avanzar la trama, los giros inesperados. Es uno de los pocos autores que no puedo esperar a que su libro salga en edición de bolsillo, así que los compro directamente en tapa dura. Cuando compré el último que escribió, estuve cinco horas haciendo cola delante de la Librería Seshat para conseguirlo.

—¿No lees en libro electrónico?

—Solía hacerlo, pero... ahora, como me siento..., no sé, un poco sola, me gusta sentir el libro entre las manos, notar su tacto, su olor...; me hace compañía.

Entonces sucedió el milagro. Scott la miró, sonrió abiertamente por primera vez y su rostro adoptó una expresión más amigable, lo que le permitió relajarse por fin en su asiento. Jack sonrió también y sirvió la lasaña en los platos, mientras su marido removía la ensalada y la dejaba en el centro.

—Hablas de los libros con mucha pasión —observó, sentándose.

—Me encanta leer. Siempre he leído mucho hasta..., bueno, hasta que conocí a mi exmarido. Él..., no sé, odiaba verme leer, se ponía de los nervios cuando me veía con un libro en las manos,

se enfadaba, no sé por qué.

—Porque es un gilipollas.

—Scott...

—No, tiene razón —sonrió Tawny—. Resulta reconfortante escuchar que alguien dice eso de Alex.

—Brindemos por el gilipollas de Alex, entonces —apoyó Jack, levantando su copa.

—Por el gilipollas de Alex —dijeron los tres a coro, entrechocando sus vasos y bebiendo un buen trago.

Tawny se echó a reír, sintiéndose como una niña que acaba de hacer una travesura.

—Lo siento —se disculpó cuando pudo hablar—. Debéis pensar que soy estúpida.

—Quien ama los libros nunca es estúpido —replicó Scott.

—Amén a eso —Jack alzó de nuevo su copa y los tres brindaron de nuevo.

Tras dejar la copa en la mesa, Tawny cortó con el tenedor un pedazo de lasaña y se lo metió en la boca. Hacía tanto tiempo que no comía algo no precocinado que casi había olvidado aquella sensación de estar en casa, de comida preparada con mimo y tiempo. Jack empezó a comer también.

Fascinada, observó cómo Scott, antes de empezar a comer, cortó su porción de lasaña en cinco estrechas filas verticales para después girar el plato cuarenta y cinco grados y repetir la operación, de forma que quedó dividida en veinticinco pequeños bocados. Tras servirse un poco de ensalada en un plato que tenía al lado, la cortó del mismo modo, esta vez girándolo varias veces hasta que la lechuga, la cebolla y el tomate quedaron reducidos a pedazos diminutos, no más grandes de los que comería un niño. Solo entonces empezó a comer.

Ambos resultaron ser excelentes conversadores, ingeniosos y divertidos, y le hicieron sentirse tan cómoda que habló y rio a carcajadas por primera vez en semanas, o mucho más, si era sincera.

Cuando salía con Alex y sus amigos, permanecía en silencio y solo hablaba para apoyarle a él en algo o si alguien se dirigía a ella directamente. Si intervenía sin que nadie le hubiera preguntado, él la interrumpía, recriminándole delante de todos que lo que acababa de decir era una tontería, que no tenía ni idea de lo que se estaba hablando; si ella se mostraba molesta o alguno de los amigos trataba de interceder por ella, él se reía y afirmaba que había sido una broma, que ella no tenía ningún sentido del humor. En otras ocasiones, no le comentaba nada delante de ellos, pero cuando volvían a casa no dejaba de reprocharle que le había avergonzado delante de sus amigos, que había hablado demasiado y adquirido demasiado protagonismo, sin dejarle hablar...; hasta que ella terminó por callarse y asentir a todo.

Cuando terminaron de comer, ella y Jack se sentaron cada uno en un sillón y Scott en la silla que colocó al lado de su marido.

—Hacía tiempo que no comía nada tan delicioso —elogió Tawny.

—Jack es un gran cocinero —coincidió Scott.

—No, no, algunas cosas se me dan bien, eso es todo. Cocinar me ayuda a relajarme después de largas y complicadas cirugías como la del otro día.

Tawny le miró, indecisa.

—Venga, pregunta —la animó Scott, y Jack se mordió el labio para no reírse de la alarma que cruzó el rostro de ella, sin duda temiéndose que pudiera leerle la mente. Asintió, animándola también.

—Espero no incomodaros, pero..., siendo tú un gran neurocirujano, ¿por qué vivís aquí? Quiero decir..., es una opción como otra cualquiera, pero en este antro solo acaba quien no

puede permitirse otra cosa... Lo siento, no es asunto mío. Demasiado vino.

—No, no te preocupes. Esto es algo temporal. Estamos renovando nuestra casa, y la reforma va a llevar un tiempo; además, nos ha salido más cara de lo que pensábamos en un principio, por lo que no nos queda mucho para gastar en el alquiler; por eso estamos aquí.

Asintió. Tenía sentido. Abrió la boca para continuar preguntando, pero Jack miró su reloj.

—Lo siento, pero tenemos una cita que no podemos posponer —se excusó, poniéndose de pie.

Scott le imitó, aunque, por su gesto de fastidio, la cita, fuera lo que fuera, no le apetecía demasiado.

—Está bien. No quiero abusar de vuestra hospitalidad —sonrió Tawny levantándose también.

—No lo has hecho. Si necesitas algo, ya sabes dónde estamos.

—Gracias, de verdad.

—No te olvides de quitar la cámara —le recordó Scott.

Se sonrojó.

—Lo haré en cuanto llegue —prometió.

Se despidieron y volvió a su apartamento, sintiéndose un poco mejor consigo misma. También desconcertada por lo ocurrido y un poco apenada de que el misterio se hubiera resuelto tan rápido, pero estaba más animada y contenta. Fiel a su promesa, abrió su portátil, apagó la cámara y la sacó del agujero de la pared.

Se quedó de pie, en medio del estudio, mordisqueándose la uña del dedo índice. La escupió y se acercó entonces a una pequeña estantería ligeramente torcida de poco más de medio metro de largo, clavada en una de las paredes, que había ignorado desde que llegó. Como no tenía ningún trapo, cogió una camiseta de las que ya no le entraban, la humedeció y la frotó hasta que no quedó rastro de polvo ni de aquellos manchurroneos indefinidos, después la secó bien con otra camiseta. Se arrodilló junto a una de las cajas y fue sacando y limpiando uno a uno los diez libros que guardaba en ella, los cuales colocó en la estantería, ordenados por tamaños.

No tenía más. Durante su matrimonio compró pocos libros. Cada vez que llevaba uno a casa, discutían, aunque hubiera espacio más que suficiente en las estanterías que cubrían lo que antes había sido su estudio de pintura y que ella se compraba con su dinero, sin cargarlos a la cuenta común. Pero la animadversión de él contra los libros y su gusto por la lectura crecía día a día, tanto que, una mañana, un pálpito le llevó a esconder los de W. Kriger y otros pocos más en una de las cajas del sótano, junto con sus pinturas. Dos días más tarde, al volver del trabajo, se encontró las estanterías vacías: Alex había tirado todos sus libros. Todos. Incluso aquellos que conservaba desde niña, varios volúmenes de la Colección de Los Cinco o su heroína de entonces, Puck, así como una antología de clásicos juveniles que le regalaron sus padres cuando, a los diez años, tuvo que guardar cama durante unos meses. Con ella, vivió miles de aventuras gracias a Julio Verne, Walter Scott, Robert Louis Stevenson, Charles Dickens y muchos más.

Le odió por ello. Él sabía lo mucho que significaban para ella aquellos libros, lo único que conservaba de sus padres. En casa de sus abuelos, leía, incansable, imaginándose protagonista de aquellas aventuras, dibujando después las escenas que más le gustaron. Cuando ellos fallecieron, y se mudó, se los llevó con ella. Años más tarde, seguían ofreciéndole el mismo consuelo y compañía, aquellos y los demás libros que fue comprando después. Le gustaba ojearlos de vez en cuando, pasar las manos por las cubiertas, arreglar los que se habían roto...; él los tiró todos.

No le dijo nada. Se quedó quieta, pálida de rabia, mirando las estanterías vacías, los ojos llenos de lágrimas, bloqueada, sin entender aquel daño gratuito. Pero, tras cuatro años de matrimonio, sabía lo que le esperaba si le reprochaba lo que había: él se pasaría días sin hablarle,

envuelto en un hosco y frío silencio, que, poco a poco, empeoraría. Si le dirigía la palabra, sería solo para hacer comentarios agrios sobre lo testaruda y difícil que era ella, lo mucho que le hacía sufrir anteponiendo sus aficiones a su amor..., hasta que Tawny, ahogada en culpa, y sintiéndose horrible, le pedía perdón, llorando. Entonces él le daba un beso y actuaba como si no hubiera ocurrido nada. Aún recordaba la bilis que le subió a la garganta al reconocer, como él le exigía, que estaban mejor sin los libros.

Se limpió las lágrimas y apretó los dientes, borrando el recuerdo, y se obligó a seguir con su tarea. Cuando terminó, contempló los brillantes lomos con orgullo, sentimiento que pronto comenzó a disiparse para ser sustituido por aquella familiar mezcla de ansiedad y culpa. Se acercó y cogió *No mires atrás*, buscando aquella frase en la portadilla que tanto le gustaba; que tantas veces había leído cuando bajaba furtivamente al sótano a buscar consuelo en ella, que la había motivado a seguir adelante, a no derrumbarse, a no desdibujarse del todo; que releía a la luz de la linterna, forzando la vista, alerta a cualquier sonido que le indicara que su marido se había despertado.

Pero Alex ya no estaba allí para decirle lo que podía y no podía hacer. Respiró hondo y alzó la cabeza, mirando los libros, orgullosos y brillantes en su estantería.

—Jódete, gilipollas —murmuró, desafiante.

Rio de nuevo al escuchar el insulto. Nunca nadie habló mal de Alex ni le hizo el más mínimo reproche, ni siquiera cuando ella se atrevió a confesar lo que ocurría. Escuchar a Scott y a Jack llamarle gilipollas había resultado terapéutico, liberador.

Contenta, se acercó a otra de las cajas, donde guardaba pequeñas fotos de cachorrillos de distintas razas de perro, corriendo o tendidos en la hierba, que había guardado de un calendario. Le gustaba ver sus ojos brillantes, sus lengüitas rosadas colgando al jadear, o sus cabezas inclinadas, como si trataran de entender mejor al humano que tenían delante. Alex también las consideraba ridículas, por lo que las ocultó junto con sus libros en el sótano, en la misma caja donde, poco a poco, se fue escondiendo ella.

Cogió varias chinchetas, clavó tres fotos en cada pared y recorrió el estudio con la mirada, satisfecha consigo misma y con la idea de estar desafiando a su marido. Cada vez que pinchaba una, repetía su mantra: «Jódete, gilipollas», lo que le hacía soltar una nueva carcajada liberadora. En compañía de aquellas caritas, el horrible estudio se convirtió en un lugar un poco más cálido, más suyo, y se sintió algo más preparada para enfrentar el futuro.

Su teléfono vibró con la llamada de un número desconocido. No lo cogió y siguió ordenando sus cosas. A la quinta vez que llamó el mismo número, preocupada, respondió.

—¿Tawny Walker? —preguntó una voz masculina.

Se le encogió el estómago y cerró los ojos, asustada. Los únicos que se dirigían a ella por su nombre y apellido eran los abogados de Alex. No, no, no. No podía hacer frente a una nueva denuncia; ni tenía fuerzas, ni dinero para una nueva provisión de fondos ni ánimo para estar frente a él de nuevo en la sala de un juzgado. No, no, no podía. Cortaría la llamada y tiraría el teléfono al fondo de un río.

—Soy el hermano de Scott. —El aire entró de nuevo en sus pulmones, aunque no disminuyó su inquietud—. Me gustaría que mantuviéramos una pequeña charla, y digo «me gustaría» por mera cortesía. Un coche negro le está esperando en la puerta. Baje a la calle y suba al coche. Ahora.

TAMPOCO HAS DICHO QUE NO

Se detuvo en seco al llegar a la acera. Delante del portal, un hombre vestido con traje azul oscuro mantenía abierta la puerta trasera de un coche de alta gama negro. De acuerdo, se dijo; si Scott no le había hecho daño, su hermano tampoco se lo haría; después de unos instantes de vacilación, se encaminó con decisión al vehículo y subió a él.

—Oh, Dios —musitó, asustada.

Sentado frente a ella, Mark Toren, el abogado más implacable del país, la observaba con curiosidad. No le cabía duda de que era él; le había visto a menudo en la televisión, a la salida de los juzgados, cuando los periodistas se arremolinaban a su alrededor cada vez que ganaba una nueva demanda contra aquel presentador que a Alex tanto le gustaba y ella detestaba. Demandas por atentar contra el derecho al honor, la intimidad y la propia imagen de quienes, sin desearlo, se convertían en objetivo de su programa y condenas que le costaban a la cadena indemnizaciones millonarias en pagos derivados de la responsabilidad civil.

Ahogó un sollozo y se echó a temblar al darse cuenta de por qué la había llamado. Iba a demandarla por vulnerar la intimidad de su vecino que, con su usual mala suerte, había resultado ser el hermano del mejor abogado de toda Inglaterra. Eso, si lo que aseguraba aquel hombre era cierto.

Porque si Scott era una especie de icono de la rebeldía, con su larga melena rizada, sus camisetas dadas de sí y sus vaqueros gastados, su hermano era todo lo contrario. Vestía un traje gris oscuro, chaleco del mismo color, camisa blanca y una corbata de seda gris perla, el nudo Windsor impecablemente hecho. Cada hebra de su cabello oscuro, corto y liso, un poco canoso en las sienes, estaba peinada con cuidado; incluso su postura, la pierna derecha cruzada sobre la izquierda, la cabeza ligeramente inclinada, la ceja derecha levantada, era perfecta. Sus labios apretados en una fina línea, no prometían nada bueno.

Sin mover un músculo, Mark la observó en silencio, sorprendido cuando ella subió al coche. No se esperaba a aquella mujer alta, gordita, de corto cabello pelirrojo disparado en todas direcciones. Decidió esperar a que levantara la mirada; cuando lo hizo, sus ojos castaños, limpios y tristes, la observaron, aterrados.

No le gustaba provocar miedo; cierto que le ayudaba en los tribunales, donde su mera aparición en la sala, con su gesto adusto y despectivo, acallaba los murmullos y hacía temblar a la parte contraria; pero se sentía culpable cuando inocentes como la mujer que tenía delante temblaban ante él como cervatillos asustados; pero no podía cambiar la genética.

Se frotó las yemas de los dedos de la mano derecha, nervioso, conteniendo el impulso de aplastar los rebeldes mechones desordenados del cabello de ella.

Tawny abrió la boca, sin saber qué decir. No podía creer que después de lo amistoso que se había mostrado durante la comida, Scott hubiera llamado a su hermano mayor para denunciarla; porque estaba claro que era mayor que él. Le estaba bien empleado por confiar en él, por creer que...

—Está bien. —La voz de él, menos grave que la de su hermano, pero más autoritaria, detuvo

en seco su monólogo interior—. Acepto su caso.

—¿Mi caso?

Puso los ojos en blanco y suspiró, con la misma exasperación que había notado en Scott. De acuerdo, era verdad, no cabía duda. Eran hermanos.

—Si vamos a trabajar juntos, debe tener en cuenta que no me gusta repetir las cosas. Mañana por la mañana quiero una lista completa de las propiedades de su exmarido; su empresa, su trabajo, sus actividades de ocio y cualquier otro detalle que recuerde que pueda ser útil.

Ella sacudió la cabeza, sin entender nada. Él la miró de nuevo, impaciente, aunque esta percibió un pequeño brillo divertido en el fondo de sus ojos.

—Vamos a apelar su sentencia de divorcio. Aunque está claro que va a necesitar más ayuda de lo que cree mi hermano.

Le miró, boquiabierta.

—¿Apelar? ¿Ayuda?... Se, se lo agradezco, pero..., no tengo dinero para.

No lo tenía ahora y no lo tendría nunca. Solo el traje de él costaría más de lo que ganaba en un año trabajando para Alex.

—El dinero no es problema.

—Ya, eso lo dice porque nunca le ha faltado. —Él enarcó la ceja de nuevo, pero permaneció en silencio—. Además, no quiero recurrir. No quiero volver a verle; no quiero nada de él..., no...

—Su exmarido la acosó ahogándole en denuncias, utilizó todas las triquiñuelas legales a su alcance para justificarlas y la hundió, y no me refiero solo al plano económico; la acosó para que retirara la demanda de divorcio.

Parpadeó. No había pasado más de hora y media desde que volvió a su apartamento. ¿Cómo demonios sabía todo eso? De todos modos, él no lo entendía.

—No me está acosando; estaba enojado y...

Frunció el ceño ante el suspiro exasperado de él, similar a quien está cansando de explicarle algo a un niño. Sintió la rabia subir por la garganta.

—Además, ¿cómo sabe usted todo eso? ¿Qué son Scott y usted, una especie de raza alienígena capaz de leer la mente?

Le lanzó una mirada que ella no supo definir, pero que, por unos instantes, le pareció que albergaba cierto desconcierto, lo que le hizo sentirse orgullosa. Estaba segura de que pocas personas habían conseguido cogerle a contrapié.

Por toda respuesta, el abogado sacó una tarjeta del bolsillo de su chaqueta.

—Mañana a las nueve estaré aquí. Si no aparece, lo dejaré correr. Si acude, entenderé que me acompaña.

—¿A dónde?

—A ver a un idiota.

—¿Y por qué querría yo ir a ver a un idiota con usted?

Ella misma se sorprendió de su audacia. Él levantó la comisura izquierda, en un gesto que pretendía ser una sonrisa.

—Sé puntual. A las nueve. Y no olvides traer lo que te he pedido.

—No he dicho que sí —replicó, desconcertada por el repentino tuteo.

—Tampoco has dicho que no.

Fue ella ahora la que puso los ojos en blanco ante su suficiencia; el chófer, respondiendo a una orden silenciosa, bajó del coche y abrió la portezuela, invitándola a bajar. Miró a Mark, que se había concentrado en su móvil.

Se encogió de hombros, bajó y dio las gracias al conductor, que inclinó la cabeza a modo de

saludo, cerró la puerta y se puso al volante, mientras ella permanecía en la acera, mirando el vehículo desaparecer calle abajo, llevándose al personaje más curioso que había conocido jamás.

Caminó arriba y abajo, aún atónita, intentando asimilar lo que acababa de suceder. Mark Toren iba a representarla a ella, y sin cobrarle nada. Ja, ja, seguro que había gato encerrado. «Nadie da nada a cambio de nada», se dijo, preocupada.

Soltó una risilla nerviosa, imaginando la cara de Alex cuando le viera entrar en la sala del juzgado, pero se estremeció al imaginarse en la misma habitación que él. Se mordió la uña del pulgar, atenazada por el recuerdo de los gritos, enfados, humillaciones, que volvía con fuerza. No. No volvería a estar a su lado. Decidido.

Entró en el portal y se metió en el ascensor, su cabeza aún dándole vueltas a la propuesta del abogado. No, no, tenía que desechar la idea. Por muy bueno que fuera Mark, no tenía ni idea de quién era Alex; no podría hacer nada contra el hábil y despiadado batallón de abogados de su ex, que lo tenía todo atado y bien atado. Su abogado no encontró el más mínimo resquicio legal para derribar aquella defensa, y estaba segura de que él tampoco podría hacerlo.

Entró en el estudio, y, en medio de la oscuridad, se sentó en el suelo y dejó caer la cabeza en el catre. Se odiaba a sí misma, por ser tan cobarde. Dio un puñetazo al catre, enfadada. ¿Por qué diablos había llamado Scott a su hermano? ¿Con qué derecho? Ella no le había pedido ayuda. No necesitaba que nadie removiera el avispero que había sido su divorcio y ahora..., ¡Dios, era patética!

Quizá..., quizá podría hacer la lista que Mark le había pedido. No porque fuera a verle al día siguiente, pero..., quizá podría servirle para aliviar parte de la presión que notaba en el corazón, para aligerar aquella carga, negra y densa, que la acompañaba desde hacía tiempo. Así, no sería tan cobarde. Solo un poquito.

Se estiró a coger un bolígrafo y un papel y, con esfuerzo y luchando por contener la ansiedad, comenzó a escribir. Pensativa, mordisqueó la capucha, tratando de recordar algo más, cuando escuchó un gemido apagado. Agudizó el oído y escuchó otro. Se sonrojó al darse cuenta de que era un gemido de placer procedente del apartamento de al lado.

Se mordisqueó la uña, lamentando no tener aún la cámara. No, no, no, por supuesto que no iba a mirar, no era ninguna *voyeur*; aunque no podía negar que sentía curiosidad por ver a ambos hombres haciendo el amor. No porque fueran los primeros gays que veía. En más de una ocasión encontró a su amigo Mitch y su novio en el taller de este jugando a reproducir la escena de la arcilla de la película *Ghost* en multitud de versiones.

Miró hacia el agujero de la pared, indecisa, tamborileando con los dedos en la cama. Se había prometido tapanlo cuando terminara de decorar la habitación, pero la llamada de Mark había dado al traste con sus planes. No, no miraría por él. No quería tener delante a un Mark enfadado por haber estado espiando a su hermano mientras tenía sexo. Pero no podía negar que sentía curiosidad.

Un nuevo gemido más fuerte acompañado de un siseo para que bajara la voz, le hizo cambiar de opinión. Gateó hasta el agujero y miró a través de él.

Jack, sentado en una manta acolchada en el suelo, las piernas cruzadas en posición de loto, sujetaba al escritor por la cintura mientras este, sentado sobre sus fuertes muslos, rodeaba con las piernas el torso del primero. Se besaban despacio, deleitándose en el sabor del otro, en las caricias del otro, Jack moviendo con fuerza sus caderas, Scott agarrándose a su cuello y a su cabello con fuerza, jadeando ambos en la boca del otro, sus cuerpos iluminados por la luz de una chimenea eléctrica que antes no había visto.

Sus caderas se movían al unísono, con movimientos lentos, ondulantes y sensuales. Además

del sexo, Tawny sintió que estaba invadiendo un momento íntimo y emocional, ambos plenamente conectados, tan distinto al poco y mecánico sexo que mantenían ella y Alex en los últimos años que le dolía verlo, pero no podía dejar de mirar.

Sus ojos siguieron las manos de Jack cuando recorrieron la espalda del escritor; por un momento, pensó que sería efecto de la luz anaranjada, pero no. Su espalda estaba llena de cicatrices, la mayoría en la parte posterior de los hombros y de los brazos: algunas eran largas y finas, otras pequeñas y redondeadas, unas que parecían profundas, otras más superficiales. Ninguna parecía reciente. ¿Con qué se habría hecho aquellas heridas?

Scott se estremeció cuando Jack acarició suavemente cada una con la punta de sus dedos, como si quisiera borrarlas. Se sintió conmovida por la profunda conexión que percibía entre ellos, haciendo aún más palpable ese algo especial que había notado entre los dos durante la comida y que no supo definir.

De cuando en cuando, el cuerpo de Scott daba una pequeña sacudida bajo las caricias de Jack, que apartaba las manos, dejándolas a milímetros de su piel, sin tocarlo, y ambos detenían el movimiento de sus caderas, mientras Scott cerraba los ojos y respiraba con fuerza, hasta que este lo retomaba. Otras veces era él quien cogía las manos de su marido, separándolas de su cuerpo, hasta que las soltaba, momento en que este le abrazaba de nuevo.

Pero lo que le resultó más curioso fue que Jack tocaba y acariciaba todas las partes del cuerpo de Scott menos su nuca. Sus manos saltaban de su cabello a los hombros, sin rozar el cuello y, cuando le acariciaban desde la cintura, se detenía entre los omóplatos, sin subir más. Scott no parecía tener ninguna cicatriz ni lesión visible, por lo que no pudo entender el porqué de aquel extraño ritual.

—Jack —jadeó Scott, besándole con ansia.

Él sonrió, incrementando la fuerza y velocidad de sus caderas, hasta que ambos se tensaron, los besos de Jack amortiguando los gritos de Scott, ambos cuerpos estremeciéndose hasta que se relajaron, los dos hombres recuperando el aliento, perdido cada uno en los ojos del otro.

—Eres increíble, Jack Evans —murmuró Scott cuando pudo hablar.

—Lo sé.

Rieron entre dientes, aún abrazados. Tawny, sin ruido, se tumbó en el suelo, pegada a la pared, sintiéndose más sola y abandonada que nunca.

LOS ENEMIGOS DE MI ENEMIGO SON MIS AIGOS

El despertador de Kevin Roth sonó a las seis aquella mañana, más temprano de lo habitual. Pero dormir un par de horas menos no le importaba cuando por fin tenía a su alcance la oportunidad de conseguir aquello con lo que había soñado desde hacía tanto tiempo.

Se planchó una camisa azul claro de algodón y unos pantalones negros. No sabía muy bien qué ponerse. Quería dar una imagen intelectual, pero, al mismo tiempo, moderna y juvenil. A poco que supiese jugar bien sus cartas, podría lograr un espacio propio reservado en el programa de Samuel.

No entendía muy bien su cambio de actitud. Llevaba años pidiéndole aparecer en él, y siempre se había negado, incluso después de ayudarlo con lo de Nueva York; dejó de cogerle el teléfono, y se limitaba a remitirle a su secretaria para que concertara una entrevista, entrevista que nunca llegaba porque el presentador siempre parecía tener la agenda llena. Golpeó con fuerza la plancha sobre la espalda de la camisa, recordando cuando, harto de humillaciones y de largas, dejó de llamarle.

Por eso se alegró cuando Toren lo puso en su punto de mira. Una victoria pírrica, cierto. Pero él sabía bien lo meticuloso y duro que podía ser el abogado; lo había sufrido en sus propias carnes unos años atrás. Le estaba bien empleado a Young, por no hacerle caso. Ahora le necesitaba, pensó con desprecio. Vendería muy cara su información, y el abogado y su hermano se arrepentirían de todo aquello.

Terminó de arreglarse y bajó a la calle. Llamó a un taxi, que le llevó hasta el New York Café, donde Young le estaba esperando. Le extrañó que no estuviera en la terraza, a la vista de todos, como le gustaba. Pero no, estaba casi escondido en una de las mesas del fondo, intentando pasar desapercibido, algo nada habitual en él.

Se sentó y pidió un capuchino.

Samuel miró de reojo a la terraza y después a Kevin, que bebió despacio su café, en silencio, disfrutando de la evidente intranquilidad del presentador. Pero le resultaba placentero tenerle a sus pies y quería disfrutar un poco más de aquella sensación. Terminó el café, se secó los labios con una servilleta y se arrellanó en la silla

—Kriger vendrá a la librería en unos días a hacer una presentación.

Samuel hizo un gesto de fastidio y se removió, nervioso, echando un vistazo al hombre sentado en la barra del local.

—Necesito saber cuándo exactamente.

Kevin negó con la cabeza.

—No lo sabré hasta que me den las invitaciones. Lo mantienen en secreto, para evitar que se repita lo de Nueva York.

Ambos sonrieron con el recuerdo de lo sucedido allí.

—Y quizá ni aparezca ese día, ya sabes cómo está —terminó, dándose un par de golpecitos en la sien con el dedo índice—. ¿Cuándo saldré en tu programa?

—Cuando me des la fecha.

—Ya te he dicho que no es segura.

—Aproximada.

Kevin jugueteó con la servilleta de papel, doblándola sobre la mesa y repasando el doblado con la uña.

—¿Por qué ahora?

—Porque sí.

Asintió. Sabía que le estaba mintiendo. Si algo había aprendido a lo largo de los años era a no fiarse de él. Pero, como rezaba el dicho, los enemigos de mi enemigo son mis amigos, y debía aliarse con él. El presentador, además, tras las continuas embestidas de Toren, había perdido aquel aire presuntuoso de dios griego caminando entre los pobres mortales. Pero no dejaría que volviera a humillarle. Le miró, indeciso.

—Tú ve pensando en elegir caseta para firmar en la feria del libro. Nada de pasarte horas de pie, esperando a que alguien te compre un ejemplar para dedicárselo. Nada de ir mendigando compras. Harán horas de cola para que les firmes. Serás número uno durante semanas — prometió Samuel, temeroso de que se echara atrás.

Kevin sonrió. Había soñado cientos de veces con aquello, sobre todo viviendo tan de cerca el éxito de Kriger. Las giras, las entrevistas, los premios..., se había visto a sí mismo cientos de veces. La alarma de su reloj le devolvió a la realidad.

—Tengo que irme. Quiero estar en la librería antes de que llegue mi tía, para que no haga preguntas.

Asintió. Cuando Kevin hubo desaparecido, miró hacia la terraza donde Zachary, sentado en una de las mesas, sorbía con fruición un café con un gran copete de nata sin prestarle atención. Se sobresaltó cuando el camarero dejó en la mesa la cuenta y un pequeño sobre. Volvió a mirar a la terraza, pero Zachary había desaparecido.

HAFEFOBIA

A la mañana siguiente, Tawny se levantó, se duchó y estaba mirando el interior de la pequeña nevera, decidiendo si repetir el sándwich de queso, cuando llamaron a la puerta. Miró su reloj; todavía faltaba una hora para su cita con Mark y en ningún momento le dijo que subiría al apartamento. Temiéndose que Alex la hubiera encontrado, se acercó, sigilosa, a mirar por la mirilla. Se sintió aliviada al ver a Jack, pero, al abrir, no pudo evitar sonrojarse con el recuerdo de la noche pasada.

—Mark ha pensado que te vendrá bien tomar un desayuno equilibrado. Vas a necesitar fuerzas si vas a trabajar con él —sonrió.

—¿Cómo...?

—Ya te acostumbrarás.

Se puso serio, aunque el tono con el que habló no dejó de ser amistoso.

—Aunque mentiría si te dijera que el sexo en público me molesta, quiero que ese agujero de la pared quede tapado hoy mismo, ya sabes a lo que me refiero.

Ella asintió y bajó la mirada, deseando que se la tragara la tierra. Él recuperó la sonrisa, le guiñó un ojo y, dándole un par de golpecitos amistosos en el brazo, se encaminó a su apartamento, seguido unos segundos después por una Tawny roja como un tomate.

En el comedor, Scott, sentado a la mesa, estaba bebiendo café y escribiendo.

—Gracias por hablar con tu hermano.

Él hizo un gesto indefinido sin apartar los ojos de la pantalla, sus dedos deslizándose veloces por el teclado.

—Espera un par de días; entonces, no me lo agradecerás tanto.

Le miró, alarmada.

—Lo que quiere decir es que pronto descubrirás que el término «capacidad de trabajo» es diferente para los Toren que para el resto de la humanidad —aclaró su marido, quitándole el portátil de las manos y cerrándolo de golpe.

—¡Mierda, Jack! ¡Estaba a mitad de un párrafo! —protestó, estirando el brazo para recuperarlo.

—Cuando desayunes —prometió, dejando un plato de tostadas a su lado.

Invitó a Tawny a sentarse con un gesto; puso delante de ella un plato con huevos revueltos con rodajas de tomate y dejó en la mesa otro para él. Cogió la cafetera y una jarra de zumo de naranja que dejó al lado.

—Joder, todo lo que escribí ayer es una mierda, y justo ahora estaba inspirado... —rezongó su marido.

—Nada de lo que escribes es una mierda. Y tienes que desayunar. Ayer no cenaste nada.

Tawny masticaba en silencio siguiendo la conversación, mirando alternativamente a uno y a otro.

Scott, desafiante, dejó caer la tostada que había cogido y se cruzó de brazos.

—No, de eso nada —le advirtió Jack, haciéndole un gesto para que volviera a cogerla.

Su marido se enfurruñó aún más y su marido levantó las cejas en un gesto de advertencia. Suspiró, derrotado, recogió la tostada del plato y comenzó comer, de nuevo cogiendo pequeños pedazos con las manos en lugar de morderla directamente. Tawny se mordió los labios para ocultar una sonrisa mientras veía a Jack hacer lo mismo, intrigada por aquella forma tan curiosa que tenía Scott de comer.

—Empieza otro libro. Tienes muchos borradores en el cajón.

—No tengo tiempo. Solo tengo cuatro meses antes de dárselo a Valerie. Y además de escribirlo, tengo también que corregirlo y...

—Claro que lo tienes.

Scott suspiró y arrugó la nariz. Jack sonrió con ternura. A Tawny también le gustaba ese gesto; resultaba tierno, encantador, infantil y cómico a la vez.

Valerie debía de ser entonces la escritora para la que trabajaba. Repasó mentalmente todas las autoras de novelas de suspense que conocía, pero no le vino ninguna a la cabeza con aquel nombre, aunque no sería raro que escribiera con seudónimo.

—Además, me sentiría mal por ti, encima de que... —comenzó Scott.

Le miró, sorprendida.

—No te preocupes por mí. Aprovecharé para descansar y escribir el artículo que tengo a medias desde hace meses para *The Lancet*. No te molestaré.

—Nunca me molestas —aseguró, zalamero, apartando el plato.

Jack se lo acercó de nuevo.

—Me prometiste que no volverías a desmayarte por no comer —recordó, serio.

El gesto de Scott se volvió grave. Arrepentido, agachó la mirada y se metió otro trozo de tostada en la boca, que masticó concienzudamente, para después meterse otro y los tres continuaron desayunando en silencio. Tawny se centró en su plato sin atreverse a mirarlos, asustada por la atmósfera tensa que se había creado entre ambos.

Se encogió, esperando a que empezaran los gritos y botó en su asiento cuando una bola de miga de pan aterrizó en el pelo de un cabizbajo Scott, que no pareció darse cuenta. Se estaba preguntando si lo habría soñado cuando otra bola surcó la mesa hasta el plato del escritor, seguida de varias más, que acertaron de lleno su objetivo.

—¡Para ya! —protestó este entre risas, aunque no dudó en repeler el ataque devolviendo la munición y añadiendo nueva. Jack, en lugar de amilanarse, optó por el fuego a discreción, disparando indistintamente a Scott y a Tawny y pronto los tres se enzarzaron en una batalla campal.

Entre carcajadas, Tawny alargó la mano para coger otra tostada, sin darse cuenta de que Scott estaba haciendo lo mismo y sus manos chocaron. Con un movimiento repentino y rápido, como si la mano de ella quemara, él apartó la suya y se quedó rígido, tenso e inmóvil, respirando con dificultad. Sin comprender qué ocurría, hizo amago de ponerle la mano en el brazo para tranquilizarlo, pero Jack la detuvo con un gesto.

—Respira hondo, eso es, así, despacio —le aconsejó, respirando él mismo lenta y profundamente. Su marido, mirándole fijamente, adaptó poco a poco su respiración a su ritmo—. Eso es. Vamos al dormitorio un momento —sugirió con calma.

Se volvió a Tawny, que asintió, indicándole que no se preocupara por ella. Scott le miró, parpadeó un par de veces, asintió débilmente y desapareció en la habitación seguido de Jack, que reapareció unos minutos después.

—¿Está bien? Lo..., lo siento. No quería... —murmuró—. Yo..., solo le rocé, no...

—No te preocupes, no es tu culpa. Debí advertirte que Scott sufre hafefobia. Por eso ha

reaccionado así cuando le has tocado. Está bien, necesita un poco de tiempo para relajarse.

—Hafe... ¿qué?

—Hafefobia, miedo irracional a ser tocado.

Levantó las cejas, sorprendida. No tenía ni idea de que existiera aquella fobia.

—Para quienes la padecen, un simple contacto, como cuando tú le has rozado, resulta abrumador, porque pueden sentir desde ardor hasta un dolor intenso, mezclado con pánico. Por eso se ha quedado paralizado.

Asintió, recordando que Scott no hizo amago de ayudarla a levantarse cuando se cayó con el caballete.

—¿Por qué no me lo dijo?

El gesto de Jack se endureció.

—Antes sí solía hacerlo, pero hay gente que cree que algunas fobias son divertidas y le tocaban, le pellizcaban o alguna estupidez similar. No se dan cuenta de que para él no es un juego, ni una broma, y que podían provocarle un ataque de pánico. Por ello, decidió mantener la distancia y no decir nada.

Asintió, tratando de imaginar una vida sin ser tocado, abrazado o acariciado; aterrorizado ante la idea de que alguien te roce o se te acerque, aunque solo sea para solo estrecharte la mano; sentir pánico a algo tan inherente al ser humano como el contacto físico.

Él pareció adivinar lo que estaba pensando, porque asintió.

—Es difícil para ellos. Como cualquiera que sufre esta u otras fobias, son conscientes de que es algo irracional, pero no pueden evitarlo —sonrió—. Gracias por entenderlo. No siempre es así.

Scott, pálido, pero más tranquilo, salió del dormitorio y se sentó de nuevo en la silla, alejándola un poco del sillón donde ella estaba, la mirada fija en la mesa.

—Lo siento —musitó.

—No, recuerda lo que te dice Nina: no hay nada por lo que disculparse ni avergonzarse. Se lo he explicado a Tawny y lo ha entendido perfectamente.

Ella asintió, sonriendo, aunque se sentía mal, por haber pensado que él era huraño y antipático, al igual que el resto de la gente.

Scott esbozó media sonrisa, agradecido, sin mirarla. Jack extendió la mano sobre la mesa con la palma hacia arriba y él acercó la suya, aún temblorosa, hasta ponerla a un par de milímetros sobre la de su marido, sin llegar a tocarla. Aun así, Tawny percibió la intimidad del gesto, transformado casi en una caricia física.

Sin decir nada, para no romper el hechizo, se levantó y volvió a su apartamento. Se lavó los dientes, se peinó y se aseguró de estar presentable. Tomó las notas del día anterior y bajó a la calle.

Frente al portal, Mark la esperaba al volante de un Tesla negro.

SESHAT

Sonrió al verla, esta vez un poco más ampliamente que la media sonrisa del día anterior, aunque continuaba sin ser demasiado expresivo; se acercó y, sorprendida, vio la puerta del pasajero abrirse hacia arriba, lo que le recordó al Delorian de la película *Regreso al futuro*. Se subió y aspiró el olor del cuero.

—El cinturón de seguridad —ordenó Mark por todo saludo.

Encendió el motor, que no emitió el más mínimo sonido y se internó con suavidad en el tráfico de Londres.

Siendo tan sensible al rechazo de los demás, aunque fuera solo aparente o estuviera en su imaginación, se sorprendió de no sentirse herida o rechazada por su parquedad o porque no intentara entablar conversación o mostrarse amistoso durante el trayecto; de algún modo, la distancia que él establecía entre ambos le daba cierta seguridad. No percibía en él ni antipatía ni nerviosismo, a pesar de la espalda totalmente recta, y la cabeza erguida que sólo movía de cuando en cuando para mirar por el retrovisor. Tampoco tensión en las manos colocadas sobre el volante exactamente a las dos y veinte, como exigen los manuales de conducción. Disfrutó del silencio que los envolvía mientras se dirigían a su destino, cualquiera que fuera. Sonrió para sí misma, mirando por la ventanilla; aquel tipo, tan poco convencional como Scott, le caía bien.

Unos minutos después, puso el intermitente y se detuvieron frente a un bonito edificio blanco de estilo victoriano de cuatro plantas, amplios ventanales, coronado por obeliscos en la azotea. En la acera les esperaba una mujer morena, bajita y menuda, con el cabello castaño y liso peinado en una coleta sujeta con una goma con motivos del pato Donald, lo que acentuaba sus facciones aniñadas. Saludó con la mano al verlos y subió al asiento trasero.

—Valerie, ella es Tawny, la vecina de la que te hablé.

—Valerie Adams —sonrió, estrechando con energía la mano que le tendió Tawny cuando se volvió hacia ella.

Dios, no podía creerlo. La conocía, claro que la conocía, aunque no sabía que escribiera. Se volvió hacia adelante. ¿Quizá ella podría conseguirse? No quería molestarla; seguramente se lo pedían a todas horas y debía estar harta...; no, mejor dejarlo. «No, venga, pídeselo; solo tienes que abrir la boca y» —se dijo, tratando de infundirse valor...; no, mejor no. Después le pediría a Mark que hablase con ella. Sí, eso era.

—Hoy ultimamos todo, ¿no? —preguntó la recién llegada, rebuscando en el enorme bolso color mostaza que llevaba colgado al hombro, a juego con las zapatillas, en total contraste con el mono color fresa que vestía. Era imposible que encontrara nada en él, Tawny estaba segura, y se sorprendió cuando ella sacó con rapidez una pequeña agenda azul y un bolígrafo.

Mark asintió.

—Nos está esperando. —Se volvió hacia Tawny—. Estudiaremos tu caso más tarde.

—¿Scott no viene? —preguntó Valerie.

—¿A ver a Kevin? ¿Qué quieres, que prendan fuego a la librería?

Valerie rio con fuerza. Tawny les miró, perdida.

—La dueña de la librería a la que vamos, Johanna, la señora Morgan, es un encanto, ya lo verás —explicó ella, notando el desconcierto de Tawny—. Pero quiere que Kevin, su sobrino, participe en todos los eventos que se organizan allí, para que esté preparado cuando se ponga al frente, porque Johanna ya es bastante mayor. El problema es que Kevin y Scott se odian: odio a primera vista.

—Odio a primera vista —gruñó Mark, por lo bajo.

Tawny le miró, desconcertada.

—¿Por qué iba alguien a odiar a un escritor fantasma?

—¿Un escritor fantasma? ¿Eso es lo que te ha dicho Scott? —preguntó Valerie, divertida.

Mark soltó un bufido, molesto.

—Vamos, no seas gruñón —sonrió ella, dándole un golpecito cariñoso en el hombro, que no logró cambiar la expresión ceñuda de él.

Tawny se maravilló de que aquella mujer menuda le tratara como si fuera un gatito cuando el hombre era mucho más parecido a un tigre a punto de saltar sobre ti y devorarte.

—No debe hacer eso; Nina se lo dijo.

—Sí, pero ella y Jack también le dijeron que fuera a su ritmo.

Asintió, en silencio. No era un hombre que se perdiera en discusiones estériles.

—Hoy te veo más contento que de costumbre —bromeó ella.

El abogado carraspeó y, sin responder, fijó la mirada en el coche que tenía delante. Valerie se acomodó en el asiento, divertida.

Quince minutos después, aparcaron frente a Seshat, una de las librerías más famosas de Londres. Desde el coche, Tawny contempló la fachada con los ojos muy abiertos, sintiendo una punzada de tristeza. Hacía mucho que había perdido la esperanza de poder volver..., y ahora estaba allí de nuevo, a punto de conocer a la dueña, según lo que había dicho Valerie. No la había visto en las anteriores ocasiones en las que había entrado, cuando varios empleados atendían a los cientos de clientes que se apretujaban en el establecimiento. El carraspeo impaciente de Mark le hizo darse cuenta de que la puerta del coche se había abierto. Cruzó tras ellos la puerta de la librería, emocionada.

Pero no tuvo tiempo de curiosear entre los libros. Mark y Valerie recorrieron con rapidez la planta baja; él a grandes zancadas y ella, por la diferencia de estatura casi corriendo a su lado para seguirle. Tawny, sólo un poco más baja que él, no tenía dificultad en caminar a su ritmo; al fin llegaron al primer tramo de la antigua y amplia escalera de madera de nogal, con los escalones cubiertos por una moqueta verde con barras doradas para impedir que se despegara. Dejaron a la izquierda una estantería con novedades y continuaron por el segundo tramo, mucho más diáfano y colorido porque albergaba la sección infantil y juvenil. Un joven alto, delgado, de melena lisa y morena hasta los hombros y gesto de hastío les estaba esperando, parapetado tras un pequeño mostrador.

Mientras caminaban, Tawny aspiraba con fruición el aroma de los libros; era uno de sus olores preferidos, junto con el olor a tormenta y a mar. Cuando compraba uno, metía la nariz en él para llenarse de aquel olor a tinta fresca y a papel que tan familiar y querido le resultaba, pero, en lugar de relajarse, se sintió inquieta y culpable. Respiró hondo, repitiéndose que no había modo de que Alex supiera que estaba allí, que no aparecería de repente, como solía hacer, gritándole como un energúmeno en medio de la librería. Aun así, corrió junto a ellos para no quedarse sola.

—¿Todo listo? —preguntó Mark con brusquedad, sin hacer caso del gesto molesto y hosco que se pintó en el rostro del librero. Su animadversión hacia él no era menor que la de su

hermano.

—Solo falta enviar las invitaciones, que aún no me habéis dado —replicó Kevin, forzando una sonrisa.

—Están en la imprenta —apuntó Valerie, en tono conciliador—. Solo enviaremos las acordadas.

—Por supuesto, ni una más —aseguró con la misma sonrisa tensa.

Mark se volvió hacia ellas.

—Creo que son demasiadas.

—¿Demasiadas? —gruñó Kevin—. Demasiado pocas. Hemos recibido una gran cantidad de peticiones y podríamos ganar...

—Me da igual —le cortó Mark, agrio y tenso, aflojándose el nudo de la corbata para anudárselo de nuevo; un gesto que puso aún más nervioso a Kevin—. Las que acordamos y ni una más. No podemos permitirnos otro incidente como el de Nueva York, ¿eres capaz de entender eso?

Kevin le lanzó una mirada asesina, pero apretó los labios y asintió, tragando con dificultad la invectiva que le había subido a la garganta. No podía perder los nervios, no ahora. Pronto aquel maldito Mark Toren se tragaría sus palabras y su prepotencia. Solo necesitaba aguantar hasta tener las invitaciones y darle una a Samuel.

El abogado le observó durante unos instantes y se volvió hacia Valerie.

—Quizá deberíamos cancelarlo.

—¿Cancelarlo? —repitió el librero con voz aguda—. ¡No puedes cancelarlo! —gritó.

Bajó la cabeza cuando Mark se volvió hacia él.

—Nadie va a cancelar nada —dijo una voz desde la trastienda.

Todos se volvieron para ver salir de ella a quien sin duda era la dueña, por quien. Tawny sintió una simpatía casi inmediata. Tenía el mismo aire dulce, comprensivo y cariñoso que Martha, la dueña de la tienda de bellas artes, e irradiaba incluso más fuerza y temperamento que ella. Vestía una americana de rayas horizontales azules y blancas, pantalones de algodón azul oscuro y una camiseta de color lavanda con la frase «No hay disfrute como la lectura», que reconoció de Jane Austen. El punto bohemio lo ponía su melena blanca, un poco más larga de los hombros, y unas gafas de cristales rosados.

Se acercó a Mark y le cogió afectuosamente del brazo.

—No tienes nada de qué preocuparte, todo está controlado. Y ya sabes que es importante para Scott, para su recuperación.

Tawny frunció el ceño. ¿Recuperación?

Mark suspiró y asintió, resignado. ¿Y si se estaba equivocando? No podía soportar aquella sensación de vértigo y malestar cuando intuía que no todo estaba bajo control. Se pasó la mano por la frente, algo mareado, esforzándose en respirar con calma. No soportaría estar allí mucho más tiempo.

—De acuerdo —concedió.

Kevin suspiró aliviado. Había estado conteniendo el aliento, temeroso de que lo cancelara todo y la oportunidad de su vida se esfumara tan rápido como había aparecido.

La anciana sonrió, contenta.

—Kevin, ¿puedes bajar y traerme el listado que he dejado en el mostrador?

Torció el gesto. Quería quedarse a escuchar la conversación, por si conseguía algún detalle jugoso para Young. Pero mostrar de pronto un excesivo interés por algo de lo que llevaba semanas despotricando podría llevar al abogado a sospechar que se traía algo entre manos. Había

que andarse con mucho ojo con él. Miró de soslayo a Tawny, preguntándose quién sería y, sin decir más, desapareció escaleras abajo.

—A quien Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos —bromeó la anciana, palmeando el brazo del abogado con cariño—. No te preocupes, haremos todo lo que haga falta para que Scott esté tranquilo. Distribuiremos la sala exactamente como él pidió y estoy consultando todas las dudas con Nina y Jack.

Mark se mordió el interior de la mejilla, indeciso. La dueña le puso la mano en el brazo en un gesto tranquilizador.

—Sé que estás preocupado, y que Scott está asustado, pero todo irá bien. Y no te vendría mal recordar tus modales y presentarme a tu nueva colaboradora —le reprendió afectuosamente.

Mark, carraspeó, azorado.

—No es mi colaboradora. Es una clienta, Tawny Walker.

—Encantada de conocerte, querida, soy Johanna Morgan, la dueña de la librería —saludó. Sonrió, sintiendo que le invadía una calidez especial; la mujer tenía algo reconfortante—. No recuerdo la última vez que trajiste a un cliente.

—Tengo que ir a por el coche —murmuró Mark y se lanzó escaleras abajo—. El más mínimo error y presentaré tantas denuncias contra ti que tus biznietos tendrán que seguir pagándolas —amenazó antes de salir a la calle.

Johanna y Valerie se echaron a reír mirando a Tawny, que se sonrió, azorada y algo asustada por las palabras del abogado. Con su fama, no entendía cómo ellas se lo tomaban a broma.

—No le hagas caso —la tranquilizó Valerie entre risas.

Tawny se relajó, aunque no del todo, sintiendo la mirada escrutadora de la dueña de la librería recorrerla de pies a cabeza. Por un momento, temió que la echara a patadas, por desentonar con su elegante establecimiento. En su lugar, la tomó del brazo con el mismo afecto que con Mark, y la acompañó hacia la salida.

—Cuéntame, querida, ¿cómo os habéis conocido Mark y tú? —preguntó con aire confidencial

—Scott —respondió, sin saber muy bien qué decir.

Soltó una risilla.

—Vivir para ver. Estoy segura de que volveremos a vernos pronto —sonrió, mirando hacia la calle donde Mark, apoyado en el coche, hablaba por teléfono.

—Me quedaré con Johanna para ultimar detalles —explicó Valerie. Se volvió a la dueña —¿Me invitas a un té?

—Por supuesto, tengo además una variedad nueva de moras que te va a encantar.

—¿De moras? ¡El mismo que toma Lena Dierre! —se sorprendió Tawny.

Ambas se volvieron a mirarla. La librera sonrió.

—Vas a encajar bien aquí, querida. La próxima vez, ven con más tiempo y te invito a uno.

Sin más, se despidieron de Tawny, que salió a la calle y se quedó a distancia del coche, para no interrumpir la conversación del abogado. Miró hacia la librería, sin entender muy bien por qué Scott estaría tan asustado. ¿Quizá era su primera presentación? Pero entonces no tendría sentido que la llevaran con tanto secretismo, sobre todo si era la primera obra que firmaba con su nombre, porque de lo contrario no tendría sentido que estuviera nervioso, y si era así, cualquier publicidad sería buena. Pero, por las palabras del sobrino de la librera, era evidente que había generado interés. ¿Quizá era Valerie quien presentaba su nueva novela, escrita por Scott, y por eso se había quedado a ultimar los detalles? ¿Quizá no quería ir?

No tuvo tiempo de darle más vueltas. Mark le hizo una seña para que subiera el coche. Se sentó, disfrutando de la familiaridad con la que Valerie y Johanna la habían tratado.

—Vamos a mi despacho.

Veinte minutos después, detuvo el coche delante de una casa en el barrio de Bexley, lo cual le sorprendió. Estaba segura de que estaría en Belgravia, la Isla de los Perros o algún otro lugar carísimo de Londres. Pero no, la oficina estaba muy alejada del centro y era una pequeña casa de ladrillo de dos alturas al final de la calle residencial. Cruzaron una puerta de cristal, entraron en una amplia recepción decorada en tonos claros. La recepcionista sonrió y le tendió varias notas.

—Buenos días, señor Toren. Le esperan ya en su despacho.

Mark asintió y echó a andar por el largo pasillo, mientras Tawny le seguía a la carrera, sorprendida de que, en toda la oficina, no hubiera ninguna pared opaca. El pasillo estaba formado por altas paredes acristaladas, al igual que los módulos que conformaban los distintos despachos y salas de la oficina o las puertas de estos. Ni siquiera era cristal translúcido, sino totalmente transparente y la única privacidad que tenían sus ocupantes venía dada por los distintos motivos con los que habían decorado los cristales, «cada uno según su gusto», pensó, viendo que cada cristal tenía un motivo distinto.

Llegaron al último, también todo acristalado, que daba a un pequeño jardín, al que se accedía por la cristalera. Era el único sin ninguna decoración en las paredes o en la puerta, completamente diáfanos. En las estanterías, de no más de un metro de altura, se alineaban archivadores y carpetas organizados por colores y tamaños, todos a la misma distancia del borde. En el centro exacto del despacho, una gran mesa negra, cubierta con un protector de cuero, en el que descansaban el teclado y el ratón uno junto a otro, a treinta centímetros de una gran pantalla cuyo soporte había sido cuidadosamente alineado con el borde. Junto al teclado, una pequeña bandeja con dos bolígrafos paralelos, un bloc de notas alineado con la esquina de la misma y, a la izquierda del teclado, cinco carpetillas con expedientes, apilados en una columna perfecta. Tawny miró sorprendida el motivo que decoraba la bandeja: la portada de *El bosque negro*, de W. Kriger.

Sentadas en dos de las tres sillas de cuero frente a la mesa, dos mujeres se giraron al verlos entrar. Una de ellas, de unos cuarenta años, con el cabello recogido en un moño sujeto por un lápiz vestía una americana roja; la otra, bastante más joven, con el pelo rubio trigueño y rizado, sujeto por una cinta morada, vestía una americana negra sobre una camiseta blanca y tenía un cuaderno apoyado sobre los vaqueros rasgados azul oscuro. Sus ojos azules la observaron con atención.

Mark dejó la puerta abierta; se sentó en un cómodo sillón detrás de la mesa e indicó a Tawny que ocupara el sillón libre al lado de la chica rubia.

—Tawny, ella es Irene Cole, mi socia. —Hizo un gesto hacia la mujer morena y después a la rubia—. Charlotte Ann Evans, mi sobrina; está cursando un doble grado en Criminología y Medicina, y trabaja como becaria en nuestro despacho en su tiempo libre —explicó, sin el menor intento de ocultar el orgullo que transmitían sus palabras.

La miró, asombrada. La chica debía ser muy inteligente para cursar aquellos estudios, inteligencia que pudo ver reflejada en sus brillantes ojos azules. Los mismos ojos de ...

—¿Evans? ¿Tú eres...?

Ella asintió.

—Soy la hija de Jack.

Levantó las cejas, sorprendida y, por la sonrisa de la joven, tuvo claro que estaba acostumbrada a aquella reacción.

—¿De verdad creías que papá y Scott eran asesinos en serie? —preguntó, divertida.

Tawny se puso roja como un tomate, sintiéndose estúpida.

—No es tan extraño —la defendió Irene—. Scott escribe sobre crímenes horripilantes, y tu padre es neurocirujano. Sangre por todas partes.

Las tres rieron, divertidas; Tawny sintió una inmediata simpatía por ambas y se relajó un poco en su asiento.

—Genial, encantador, suficiente —gruñó Mark—. Charlotte está viviendo conmigo mientras su padre y mi hermano están en su reclusión temporal. ¿Has traído las notas que te pedí?

Asintió y se adelantó para entregárselas, pero él, con un gesto, le indicó que se las diera a Charlotte; avergonzada, se dio cuenta de que no las había pasado a limpio, y los fuertes tachones eran notorios por todo el escrito, pero a ella no pareció importarle. Las cogió y les echó un vistazo rápido.

—Sabes lo que tienes que hacer —dijo Mark.

Ella asintió y salió del despacho.

—Por lo que he visto, aún tienes tres denuncias pendientes interpuestas por tu exmarido —le informó Irene, leyendo su iPad—: por falta de pago de la pensión alimenticia, por allanamiento de morada y por apropiarte de objetos que eran de tu marido.

Tawny se pasó la mano por la cara, nerviosa.

—Es mentira, ya se lo expliqué a la policía. ¿Abandono del hogar? Pero si me echó él. Solo volví a coger mis cosas y, desde luego, no quería nada suyo. Y en cuanto a la pensión alimenticia... —Dejó la frase en el aire, a punto de llorar.

—No te preocupes —la tranquilizó Mark—. Está claro que su estrategia es acosarte a base de demandas a las que sabe que no puedes hacer frente, sobre todo ahora, que ha conseguido llevarte a la bancarrota. —Apartó la hoja llena de anotaciones y se echó hacia adelante en el sillón, apoyando los antebrazos sobre la mesa y entrecruzando los dedos de ambas manos—. De hecho, según nos ha informado el juzgado, —miró a Irene, que asintió—, tu ex está preparando alguna demanda más.

—¡Pero yo no tengo nada! —Tawny luchó por contener las lágrimas, desesperada—. ¿Qué demonios quiere?

—Destrozarte.

—Mark...— le reconvino Irene, al ver el pánico y la angustia reflejados en el rostro Tawny—. Tranquila. Enterrarte en denuncias es un modo de continuar con el acoso después del divorcio.

—Si se pone en contacto contigo no le respondas ni hables con él. Avísame a mí o a Irene —aconsejó Mark. Sonrió, despectivo—. Estoy deseando ver su cara en el próximo juicio.

—Yo no —murmuró.

La sola idea de volver a verle le revolvió el estómago.

—No tendrás que hacerlo si no quieres. Estás en las mejores manos, sobre todo teniendo Mark un interés personal en el asunto.

—Por Scott —apuntó este rápidamente, lanzándole una mirada de advertencia.

—Yo voy a ponerme con la demanda por abandono del hogar —anunció Irene, apretándole la mano en un intento por tranquilizarla.

—No tienes de qué preocuparte, estás en las mejores manos —repitió, antes de salir.

Asintió sin decir nada. No podía; se le había hecho un nudo en la garganta, mezcla de gratitud, y pánico; gratitud por cómo se estaban comportando todos con ella, pánico por lo que ocurriría cuando Alex se enterara de que iba a apelar. Tragó saliva, incapaz de creer lo que estaba ocurriendo.

—¿De verdad vas a movilizar toda tu... por mí? Tienes muchos casos y mucho trabajo y yo..., como te dije, no tengo ni dinero y todo esto... —Hizo un gesto con la mano, señalando el

amplio despacho.

—Tawny, tranquila. Esto no lo hago por dinero, sino por justicia; alguien tiene que detener a los bastardos que pisotean y abusan de los demás y yo tengo los medios y la capacidad para hacerlo. El dinero, como te dije, no es un problema. Compagino mi trabajo con la labor de agente literario, y con el porcentaje que cobro es más que suficiente para cubrir lo que serían mis honorarios y bastante más.

—Entonces ¿Es una especie de cruzada personal?

—Algo así.

Ató cabos.

—Una cruzada personal que, de alguna manera, tiene que ver con la fobia de Scott a ser tocado, ¿verdad?

Mark se echó ligeramente atrás, sorprendido de que ella supiera aquello. Durante unos segundos se perdió en sus recuerdos, sus ojos bañados en una profunda tristeza. Parpadeó para eliminarla.

—Algo así —repitió en tono más bajo.

—Yo..., yo no sé cómo agradeceréte. De verdad, no, no tengo palabras para decirte cuánto admiro lo que haces, por mí y por los demás.

El esbozó aquella media sonrisa de nuevo, menos tensa esta vez.

—¿Cómo..., cómo lo supiste? ¿De dónde has sacado toda esta información sobre mí?

—Cuando me llamó Scott pidiéndome que te echara una mano, él ya había verificado tu identidad con New Scotland Yard. —Tawny abrió la boca para preguntar, pero él siguió hablando—. Después, con mis contactos en los juzgados, fue fácil acceder a tus expedientes.

—¿Y cómo supo él que yo..., necesitaba ayuda?

—Él sabe esas cosas.

—¿Cómo?

La observó durante unos instantes, sus penetrantes ojos grises fijos en ella.

—Te llamaré si necesito algún documento más.

Centró su atención en el documento que tenía sobre la mesa. Ella parpadeó, desconcertada por aquella brusquedad, tan similar a la de Scott, a la que ya comenzaba a acostumbrarse.

—Gracias por todo.

Sacudió la cabeza, caminando hacia la salida.

—¿Quieres un café? — La voz cantarina de Charlotte sonó detrás de ella.

Se giró; la joven la miraba con los ojos muy abiertos, un calco de los de Jack. También había heredado su nariz, y facciones redondeadas, que le conferían el mismo aire bondadoso y afable que el de su padre. Así mismo, sus gestos firmes y determinados revelaban el carácter que se escondía bajo aquella afabilidad. Asintió. No quería volver a la soledad de su estudio.

—¿Leche? —preguntó una vez que estuvieron en una pequeña sala donde había una cafetera, una nevera y varias tazas, todas diferentes. Charlotte había cogido una negra y otra blanca y las había llenado hasta la mitad de café.

—Sí, dos azucarillos, por favor.

—Venga, pregunta, seguro que te estás muriendo por hacerlo —le animó, cuando ambas estuvieron sentadas a la mesa.

—¿Cómo?... Quiero decir..., tu padre es gay, ¿no?

Charlotte soltó una risita.

—No. Mi padre es bisexual; Scott es gay. Y, por cierto, el tío Mark no es gay, no está casado, ni tiene ninguna relación con la tía Irene. Ella es lesbiana y está casada con otra mujer.

Tawny, avergonzada de ser tan transparente, tomó un sorbo de café, sin saber qué decir. Cerró los ojos, paladeando con gusto el sabor amargo y suave a la vez. Café de verdad; nada que ver con aquella mezcla infumable que compraba en la tienda frente al apartamento.

—Das miedo, ¿lo sabías?

Ella rio y asintió.

—Mis profesores de la universidad me lo dicen a menudo.

—¿No eres un poco joven para ir a la universidad? ¿Cuántos años tienes?

—Sí, tengo diecisiete. Salté un curso mientras estudiaba. Aunque todo el mundo me dice que aparento diecinueve o veinte.

—Y..., si no te importa que pregunte... ¿Tu madre?

—Mis padres se separaron poco después de que yo naciera. Se hicieron novios el primer año de carrera y, cuando yo nací aún estaban estudiando. Ella tenía veinte años y mi padre veinticuatro..., en fin, al poco se dieron cuenta de que ninguno era la persona que el otro buscaba. Un año después, a mi madre le ofrecieron una beca para terminar sus estudios en Francia, y yo me quedé aquí, con mi padre. Ella sigue viviendo allí, se casó y tuvo dos hijos más, mis medio hermanos. Paso con ellos todas las vacaciones.

Tawny se echó a reír.

—Menudo lío de familia.

—Y falta mi abuela, Johanna. Bueno, no lo es realmente, pero yo la considero así; e Irene y Violet, su mujer, que son como mis tías. Las conocí hace ocho años, cuando mi padre empezó a salir con Scott, con quien se casó tres años más tarde.

Sonrió, dejando la taza en el plato y limpiándose los labios con la servilleta de papel.

—¿Te gusta?

—¿Scott? Le adoro. Es un tipo estupendo. Sé que parece rudo y extraño al principio, y que es un poco raro, pero es adorable. No se te ocurra decirle que he dicho eso —pidió, y ambas rieron, cómplices.

Tawny levantó la mano.

—Lo prometo. Gracias por ser tan sincera y amable conmigo.

Se encogió de hombros.

—Scott conoce a la gente, y ha decidido que se puede confiar en ti. También lo ha hecho papá, e incluso has pasado el filtro del tío Mark, así que...

—Pero ahora no vives con ellos.

—No, no quieren que vaya a ese pisito donde están ahora porque... —Se cortó e hizo un gesto vago con la mano—. Scott escribe mejor allí.

—Oye, una cosa, no es un escritor fantasma, ¿verdad?

Charlotte se echó a reír.

—¿Un escritor fantasma? En absoluto.

—¿Quién es, entonces? Porque está claro que escribe con un seudónimo.

Ella negó con la cabeza.

—Lo siento, eso te lo tienen que decir papá o él.

—¿Secreto profesional?

Asintió, divertida.

La observó durante unos instantes: joven, segura de sí misma y de sus capacidades...; sintió envidia sana de su forma de ser, de su juventud; recordó todos aquellos momentos en los que deseó poder dar marcha atrás en el tiempo y tomar otras decisiones, enmendar algunos errores..., pero la vida continuó hacia delante, inexorable, sin permitirle, estrechándose cada vez más,

hasta casi aplastarla.

Irene llamó con los nudillos a la puerta.

—Siento interrumpiros. Tawny, ¿puedes venir a mi despacho, por favor? Necesito que me firmes algunos documentos.

—Claro. —Miró a Charlotte, indecisa.

—Ve, tranquila, yo tengo mucho trabajo; no creas que por ser la sobrina del jefe me da un trato especial.

De eso estaba segura, pensó, mientras seguía a Irene hasta su despacho acristalado y se sentó frente a ella.

—Es un poder para solicitar documentación en tu nombre.

Tawny asintió. Lo leyó por encima, sin entender mucho la jerga jurídica del documento, pero confiaba en Irene y, sobre todo, en Mark. Inspiró con fuerza. Cuando firmara aquello, ya no habría marcha atrás.

—Tranquila, tómate tu tiempo.

No; si lo hacía, no podría firmar. Agarró el bolígrafo con fuerza, para controlar el temblor de su mano, e hizo un garabato rápido en el lugar donde ella le indicó.

Irene iba a añadir algo cuando sonó su teléfono. Se disculpó con un gesto y salió del despacho para atender la llamada. Tawny, mientras esperaba a que volviera, pasó la vista por los dibujos clavados en el corcho, adherido a una de las paredes, los cuales eran obra de un niño que no tendría más de cuatro años. Lo sabía porque, sobre la mesa, había una fotografía en la que podía verse a Irene sentada en la arena de una playa, con el mar al fondo, junto a otra mujer de pelo corto con mechones azules; supuso que sería Violet. Sentado entre ellas, un niño moreno de unos cuatro años se comía un polo de naranja, y, tumbado a sus pies, un labrador color chocolate. En los dibujos, los cuatro se bañaban en el mar, en otros estaba sentados en la hierba. En uno de ellos, pegado a la derecha de la pantalla del ordenador, había dibujado a las dos mujeres y debajo, escrito con caligrafía incipiente: «Feliz día de las madres». Sonrió; a su corta edad, el niño ya tenía idea de la composición, la perspectiva y la profundidad; un futuro artista. Se levantó y paseó por el despacho, curioseando las carpetillas con documentos abiertos sobre los archivadores de las estanterías, ninguna de ellas de más de un metro de altura, como en el despacho de Mark; aunque no eran blancas, como en este, sino azules. En uno de los expedientes, guardado en una carpetilla transparente, vio la foto de un hombre delgado y pálido, con el pelo negro peinado hacia atrás, mirando a la cámara con sus saltones ojos negros.

Se sobresaltó al notar a Irene a su lado, observando la foto también.

—¿Es un caso vuestro? —preguntó.

—¿Por qué lo dices? —replicó la abogada, sorprendida por el tono.

—Ah, le vi el otro día al salir del estudio.

—¿Del de tu edificio? —preguntó, alarmada.

—De hecho, me choqué con él. Por eso, al verle aquí ahora...

—Ven conmigo. —La cogió de la mano y tiró de ella.

La siguió por el pasillo, temerosa de haber cometido algún error. Seguro que había metido la pata; quizá había dicho algo que no debía o sido demasiado indiscreta. Algo había hecho mal. Por un momento, pensó en soltarse y salir corriendo, pero ya estaban en el despacho Mark. Él alzó la vista, molesto por la interrupción.

—Tawny ha visto a Zachary cerca del estudio —anunció Irene, en tono preocupado.

La miró, sus ojos reflejando la misma alarma que los de su colega.

—¿Cuándo?

—Hará un par de días. Me topé con él al salir del edificio, al dar la vuelta a la esquina.

—¿Estás segura de que era él?

—Me llamaron la atención sus ojos saltones.

—Irene, llama a Julia e infórmala.

Ella asintió y salió del despacho. Tawny se quedó mirando la puerta, sin entender nada, más preocupada aún al escuchar las palabras de él.

—Scott, no debe enterarse de esto; al menos, no todavía. A Charlotte, ni palabra.

UN NEGOCIO ÚTIL

—No me la estarás jugando.

—No, no, señor, nunca haría eso, le aseguro que se lo oí decir esta mañana; estaba hablando por teléfono cuando salía.

El encargado de los apartamentos hacía girar una gorra azul descolorida entre las manos, en un intento de mantener la calma bajo la mirada escrutadora de aquellos ojos saltones. Aunque Zachary tenía fama de mantener su palabra, uno no se fía mucho de la buena voluntad de un hombre cuando tiene una mirilla láser apuntando al centro de su frente. Destacaba como un anuncio rojo y brillante de la muerte en el sucio reflejo de su figura en la ventana. Sudaba copiosamente, a pesar de que el apartamento estaba congelado, tras meses vacío. ¡Dios!, si aquel tipo no decía algo ya, la bala no sería necesaria; caería fulminado de un infarto.

Mirándole, Zachary se reafirmó una vez más en la utilidad de su negocio de préstamos a un interés leonino a quienes no tenían ni la más remota posibilidad de devolverlo. Le ocasionaba más pérdidas que beneficios, porque raramente conseguía que le devolvieran la cantidad prestada y mucho menos, los intereses. Pero no era el dinero lo que él buscaba, sino la fidelidad garantizada de un batallón de confidentes distribuidos por toda la ciudad dispuestos a lo que fuera por una reducción de la deuda. Ojos y oídos capaces de recabar y transmitir información mucho más rápido que cualquier sistema de vigilancia y que pasaban mucho más desapercibidos.

Cuando le contrató, Korke le informó de que habían desaparecido de su domicilio y todos sus intentos por dar con ellos habían quedado en nada. Distribuyó la descripción de ambos entre todos los deudores, y les dio un número de un teléfono de prepago para que contactaran con él en caso de verles. Por supuesto, cabía la posibilidad de que se hubiera marchado de la ciudad, o del país, pero no estaba de más intentarlo. Un par de días después, aquel mugroso encargado contactó con él, asegurando que se alojaban en el edificio. Por descontado, no se fió de su palabra. La desesperación lleva a los hombres a tomar atajos equivocados hacia el infierno o la muerte. Agazapado en las cercanías, los vio salir y volver a entrar; ya solo quedaba asegurarse de que no había fugas de seguridad y de buscar el lugar perfecto para apostar a su francotirador. Acababa de encontrarlo, un apartamento que daba justo a la ventana sin cortinas de su objetivo.

Se mantuvo en silencio mientras su francotirador montaba el trípode y el arma que transportaba en el maletín, observado con atención y miedo por el asustado hombre de la gorra. Zachary no se fiaba del todo de que no estuviera jugando a dos bandas; pero, para sacarle la verdad, no le amenazaría ni utilizaría la violencia. Nada aterroriza tanto a un ser humano como su propia imaginación, y, a juzgar por los ojos del encargado, cada vez más abiertos, la suya se estaba desbocando al ver cómo aquellas manos expertas enroscaban con rapidez el silenciador en el cañón del fusil, para después aplicar el ojo en la mira telescópica y levantar el pulgar, indicando que tenía una visión perfecta del objetivo.

—Deja el dinero y vete.

El encargado lanzó un suspiro de alivio y buscó un lugar donde dejar la bolsa con el dinero que poco antes había sacado de la cisterna. Al no encontrarlo, lo dejó en el suelo, a los pies del

hombre de los ojos saltones y abandonó el edificio a toda la velocidad, aún no del todo convencido de seguir vivo.

Zachary sacó unos guantes de vinilo de su bolsillo y recogió con cuidado la bolsa; el agua que había empapado la polvorienta y seca madera del suelo le daba una idea del lugar donde la había tenido guardada. Al menos, había sabido protegerlo bien. Al dinero, aunque hubiera estado rodeado de mierda, nunca había que hacerle ascos.

—Avísame en cuanto esté hecho.

El hombre, que había extendido una silla junto a la culata, preparado para la espera que le quedaba por delante, asintió y atrapó al vuelo el libro que le lanzó su jefe.

—Ya lo he leído.

—Vuelve a hacerlo. Ese tipo no va a escribir más.

NEW YORK

Media hora después, tras dejar el coche en el aparcamiento del Hospital del King's College, ambos subían rápidamente las escaleras hasta el vestíbulo principal. Tras hablar con Jack y pedirle que le acompañara a reunirse con él, Mark se envolvió en un tenso silencio que Tawny no se atrevió a interrumpir.

De cuando en cuando, alguien les saludaba, a lo que el abogado se limitaba a responder con una cortés inclinación de cabeza, y ella decidió hacer lo mismo. En lugar del ascensor, Mark se dirigió hacia las escaleras. Cuatro pisos más arriba llegaron a la zona de los despachos y recorrieron un largo pasillo hasta llegar al último. El abogado abrió la puerta y se dejó caer en una de las dos sillas que había frente a una mesa blanca sobre la que descansaban varios expedientes abiertos y un portátil e invitó a una jadeante Tawny a sentarse en la otra.

El mayor de los Toren sacó del bolsillo una pequeña pelota antiestrés roja y la apretó con fuerza con ambas manos, sin que su rostro dejara traslucir la más mínima emoción, mientras Tawny curioseaba las estanterías, repletas de revistas médicas, libros y más documentos. Sonrió al ver dos fotos de Scott y Charlotte en una de las baldas. En la primera, ella no debía de tener más de diez años; sentada en el regazo de él, le observaba con atención mientras él le hablaba. En la segunda, mucho más reciente, ambos estaban sentados alrededor de una mesa sobre la que había varios gruesos libros de texto abiertos y el escritor debía estarle explicando algo porque señalaba uno de los ellos con un lápiz.

—Siento la espera, pero tenía una reunión importante —se excusó Jack, entrando en el despacho y sentándose tras la mesa. Miró a Mark que asintió, sacó una chocolatina del bolsillo y se la comió en un par de bocados. El cirujano le observó durante unos segundos en silencio antes de centrar su atención en Tawny.

—Gracias por venir tan deprisa. Sé que todo esto debe de parecerle una locura, pero este es un tema delicado del que, como te ha dicho Mark, Charlotte no debe saber nada. Te aviso porque, en cuanto se entere de que has hablado con nosotros, te acribillará a preguntas. Sabe que le estamos ocultando algo, pero queremos que siga siendo así.

Tawny asintió, intrigada.

—No te preocupes, no le diré nada. Pero lo descubrirá tarde o temprano. Es muy lista.

Su padre sonrió, orgulloso.

—Lo es, demasiado a veces. Pero creo que se debe más a la influencia de Scott que a mis genes. *Nature versus nurture*.

Ambos sonrieron, aliviando un poco la tensión, aunque Mark continuaba sumido en sus pensamientos

—Se lleva bien con Scott, entonces.

—¿Bien? Yo creo que le quiere más que a mí.

Rieron, divertidos.

—A Charlotte no le gustaba ninguna de mis antiguas novias. Tampoco le presenté a muchas, porque no quería que se hiciera un lío o que se encariñara con ellas y después las echara de

menos. Pero, con Scott, fue adoración mutua desde el primer instante. A Ann, su madre, también le cayó bien y me animó a que se lo presentara.

—Fue ella quien le preguntó si estaban saliendo —sonrió Mark.

—¿En serio?

—Sí, yo llevaba mucho tiempo saliendo solo con mujeres y no sabía cómo decirle que me había enamorado de un hombre y cometí la estupidez de presentarle como mi amigo. La tercera vez que nos vio juntos, me preguntó: «¿Cuándo me vas a decir que Scott es tu novio?».

Tawny rio, divertida. Jack sacudió la cabeza, incrédulo y sonriente.

—Pasaban mucho tiempo juntos, porque él la cuidaba mientras yo trabajaba. Tantas horas escuchándole hablar de asesinatos, autopsias, investigaciones, laboratorios forenses, crímenes... Era inevitable que decidiera ser una especie de médico-investigador privado.

Los tres sonrieron de nuevo, tras lo cual se hizo un pequeño silencio; Jack se puso serio, miró de reojo a Mark y tomó aire.

—Lo que hemos hecho creer a Charlotte es que Zachary trabaja para Samuel Young, que está intentando averiguar dónde se hará un pequeño encuentro de Scott con sus lectores

Tawny asintió, intrigada. Estaba claro que lo del escritor fantasma era mentira, más aún si Young estaba interesado en él. Pero ¿por qué tanto secretismo?

—Hace diez meses, organizamos uno en Nueva York. No hicimos mucha publicidad y sólo se asistía con invitación, para evitar aglomeraciones. Pero, cuando ya habíamos empezado, alguien lo anunció por las redes sociales, y aquello se convirtió en un caos, porque los de seguridad no pudieron impedir la avalancha de gente. Intentamos salir de allí, pero las salidas de emergencia estaban bloqueadas. Scott, que también sufre fobia social, estaba aterrado, y cuando los asistentes consiguieron romper la línea de seguridad y se abalanzaron sobre él...

—¡Espera un momento! ¿Scott es W. Kriger?! —gritó, incrédula.

—Pensábamos que ya lo sabías. Casi se cae redondo cuando mencionaste su libro —sonrió Jack, sorprendido.

Tawny negó con la cabeza, aturdida, sin saber qué decir. ¡¡¡Había conocido a W. Kriger!!!! No solo era su escritor favorito, sino uno de los más exitosos del momento, con millones de ejemplares vendidos en todo el mundo. La crítica no siempre era amable con él, pero sus lectores le adoraban.

Como si fuera una estrella de rock, sus lectores hacían cola durante días a las puertas de las librerías cuando publicaba una nueva obra, para ser los primeros en comprarla y leerla. Su nombre aparecía en la portada de las revistas más prestigiosas, e incluso cada nuevo lanzamiento aparecía en las noticias. Una entrevista con él valía oro, por la cantidad de público que atraía.

Como fiel seguidora, sabía que él defendía su vida privada a toda costa. De hecho, no había fotos de él, ni siquiera en la contraportada de sus libros.

Nunca le importó ese halo de misterio, que su imagen nunca apareciera en las contraportadas de sus libros, redes sociales o en las entrevistas que concedía a periódicos y revistas, jamás en televisión. Todo lo contrario. De aquel modo, era algo que Alex nunca podría dañar, nunca podría quitarle.

—No..., yo... le vi raro, pero nunca pensé... Me enteré de lo ocurrido en las noticias. Debí ser duro para él... Vi lo que ocurrió en las noticias. Según los periodistas, algunos de los lectores advirtieron a los organizadores sobre la excesiva cantidad de personas que asistían al evento.

Mark asintió.

—Valerie y yo lo preparamos todo cuidadosamente. La asistencia, por supuesto, era gratuita; quienes concurrían al acto habían participado en un sorteo organizado por la editorial. Así, con el

aforo planeado, Scott podría firmarles los ejemplares, charlar con ellos..., pero se convirtió en un caos. La gente se agolpaba donde podía dentro del local, en el camino a las salidas de emergencia, y fuera de ellas. La sala se convirtió en una ratonera, y el equipo de seguridad no fue capaz de controlar a la gente que, al final, saltó la barrera de seguridad y se abalanzó sobre él.

—Debió de ser muy duro para él, —musitó Tawny, recordando el incidente del desayuno.

Jack suspiró, enojado.

—Sé que mucha gente encuentra atractiva la idea de quedar atrapado por los fans, incluso sexy. Pero para él, con su fobia social y su hafefobia, fue un infierno.

—¿Por eso nunca ha aparecido en los medios de comunicación? Tenía entendido que era un truco publicitario.

Mark sonrió.

—Cuando sus libros empezaron a hacerse populares, no sabíamos muy bien cómo mantener su anonimato. A Jack se le ocurrió enfocarlo como una campaña de marketing, y darle un aire de misterio también al autor. De ese modo, cualquiera que mostrara su imagen, se enfrentaría a demandas millonarias. Era el único modo de que mi hermano pudiera desarrollar su carrera como escritor. Si tuviera que aparecer en firmas, giras, lecturas..., no habría podido. El pánico no le hubiera dejado escribir.

—¿Qué tiene que ver eso con Samuel Young?

Mark suspiró.

—Cómo sabrás, represento a muchas de las personas que Young investigó en su programa. —Miró de reojo a Jack. Tawny asintió—. La cadena está perdiendo una demanda tras otra, lo cual le está costando muchos millones. No sé cómo, le llegó el rumor de que Kriger estaba organizando un encuentro casi privado con sus lectores, y anunció en su programa que desvelaría su identidad. Por tanto, su intención es averiguar dónde se celebrará y presentarse allí con las cámaras; imagínate la audiencia que conseguiría. En principio, esa fue la razón principal que nos llevó a mantenerlo en secreto, para tenerlo todo controlado; de lo contrario, sería contraproducente para Scott.

Tawny le miró sin comprender.

—Has visto cómo protege su espacio personal y lo que ocurre cuando alguien le roza. Cuando yo le conocí, su fobia social y su hafefobia le mantenían prácticamente aislado. También sufría agorafobia, por lo que rara vez salía de casa —explicó Jack.

—Como Sigourney Weaver en la película *Copycat*.

Jack asintió.

—Algo así. Con ayuda de su terapeuta, Scott había trabajado mucho por superar sus fobias y había progresado bastante, pero tras lo ocurrido en Nueva York, empeoró de nuevo y ha vuelto a aislarse bastante, salvo por un pequeño círculo de amigos y nosotros.

—¿Y por qué el encuentro con los lectores? ¿No será muy duro para él?

—El único modo de superar una fobia es la exposición, de forma controlada, a lo que las desencadena, siempre en pequeños pasos y, cuando son muy intensas, como en el caso de Scott, con el apoyo de un terapeuta. Por eso, además de para averiguar por qué nos estabas espiando, te invitamos a comer y a desayunar; cualquier pequeño paso le ayuda a superar su fobia social.

—O sea, que soy una especie de «desfobizadora».

Los tres rieron.

—Algo así. Puedes imaginarte entonces lo que ocurriría si ese capullo de Young diera publicidad al evento. De hecho, tras lo sucedido en New York, Scott se bloqueó y solo hace un par de semanas que ha vuelto a escribir. Fue sólo para evitar esos bloqueos por lo que Scott

siempre ha querido permanecer en el anonimato.

Asintió. Antes de que Alex se lo prohibiera, cada año acudía a los actos que acompañaban la presentación de un nuevo libro de Kriger: encuentros entre seguidores, lecturas conjuntas, mesas redondas y, si tenía suerte y Alex no estaba en casa, participaba en los encuentros virtuales que el autor realizaba de cuando en cuando, siempre por escrito, nunca cara a cara. Pero había pasado año y medio y la editorial no había anunciado nada sobre un nuevo libro, ahora entendía por qué.

—Y hasta aquí lo que Scott y Charlotte saben, que Young quiere provocar otro suceso similar al de Nueva York. De hecho, sospechamos que tuvo algo que ver con ello, pero no sabemos cómo tuvo acceso a la información —gruñó.

Tawny inhaló profundamente.

—¿Y qué es lo que no saben?

VIVIR EN UN INFIERNO PARALELO

Los dos hombres se miraron.

—En primer lugar, tienes que saber que Charlotte no sabe nada de lo que te va a contar Mark, y queremos que siga siendo así —pidió Jack.

Tawny asintió, sorprendida por la gravedad que había adquirido su tono. Él miró a al abogado, invitándole a comenzar. Este dudó unos instantes, buscando las palabras.

—Si, cuando sepas lo que ocurre, quieres mantenerte al margen, estás en tu derecho. Yo seguiré llevando tu caso y ...

Ella le detuvo con un gesto.

—No, quiero ayudaros, como todos estáis haciendo conmigo.

Esbozó una tímida, tensa y agradecida sonrisa, que se desvaneció al instante. Suspiró, se estiró la chaqueta del traje y se removió en el asiento, cruzando la pierna derecha y, entrelazó las manos, que dejó sobre la rodilla. Se volvió hacia la pequeña ventana y contempló la calle a través de ella durante unos minutos. Cuando al fin habló, lo hizo sin volverse a mirarlos; su voz sonaba apagada, casi monótona, pero Tawny percibió claramente el dolor que contenía y su esfuerzo al contarlo.

—Michael Toren, nuestro padre, era un auténtico bastardo. Conmigo fue muy estricto; a Scott..., le detestó desde el día en que nació. No tendría más de dos años cuando le golpeó brutalmente por primera vez. Desde aquel momento, las palizas se sucedieron: puñetazos, patadas, lo lanzaba contra los muebles o contra las paredes...

Tawny se estremeció y cerró los ojos, tratando de cerrar el paso a los recuerdos que le traían sus palabras.

—Lo siento, tal vez he sido demasiado gráfico —se disculpó Mark.

Ella tragó con fuerza un par de veces. Se obligó a abrir los puños, tan apretados que le dolían, y le invitó a continuar con un gesto.

—Scott es un escritor vocacional. Desde niño le gustó escribir. De hecho, creo que eran los únicos momentos en los que fue feliz en casa. Lo hacía a escondidas, porque, si mi padre lo veía escribiendo, le rompía las hojas y después le pegaba con el cinturón, o con un bastón. Otras veces las quemaba y después, hacía lo mismo a Scott con un cigarrillo. Solía decir que así se le quitaría aquella tontería de escribir, aunque tuviera que matarle para conseguirlo.

Tawny se cubrió la boca con una mano, horrorizada.

—Pero no se trataba solo de escribir. Mi hermano era un niño sensible, y mi padre no podía soportarlo. Parecía pensar que todo lo que hacía Scott, su forma de ser, de comportarse, lo hacía para molestarle a él. Fuera lo que fuera, mi padre se ponía hecho una furia y le golpeaba. Ni siquiera le dejaba leer, que era lo que más le gustaba. Si le pillaba leyendo, le quitaba el libro y le golpeaba con él en la cabeza, hasta que la cubierta dura se rompía y el libro se desencuadernaba. Mi hermano solo podía leer por las noches, en la cama, con una linterna debajo de las mantas.

Bajó la vista al suelo, los ojos llenos de lágrimas contenidas, los hombros caídos por la impotencia.

—Yo intentaba detenerle, pero mi padre me encerraba en un cuarto cerca de la cocina, para golpearlo sin tener que lidiar conmigo; era muy alto y fuerte, y yo no podía hacer nada contra él. Además, el muy cabrón se dio cuenta de que eso aterrorizaba aún más a Scott porque ya sabía lo que le sucedería cuando a mí me metía allí.

Tawny pudo imaginar la escena con claridad: aquel animal arrastrando hacia el cuarto a un Mark niño, que forcejeaba para liberarse y evitar que golpeará a su hermano pequeño, pidiéndole a su padre que no le hiciera daño, impotente ante la fuerza del adulto mientras el pequeño Scott lloraba, aterrorizado, quizá también rogando a su padre que no le golpeará, sabiendo que nada lo detendría. Se mordió el labio inferior y cerró los ojos con fuerza, sintiendo que se le encogía el estómago, conteniendo las náuseas.

—¿Cómo puede un padre hacer algo así a su propio hijo? —susurró, tratando de contener la angustia.

—En las familias disfuncionales donde el padre o la madre es narcisista, todas las tensiones las frustraciones y la infelicidad derivadas de dicha disfuncionalidad, se vuelcan sobre uno de los hijos, a quien en psicología se define como «chivo expiatorio» —explicó Jack.

Su tono era profesional, neutro, distanciado, pero Tawny percibió un ligero temblor en su voz.

—Este chivo expiatorio suele ser el hijo o la hija más dotado, empático, sensible o rebelde, que no sigue los designios del todopoderoso narcisista, sobre el que proyecta también su autodesprecio, sus frustraciones y su complejo de inferioridad, más aún si el hijo o la hija tienen algún talento especial, como Scott con la escritura. Porque un narcisista, en el fondo, está profundamente acomplejado, se siente inferior, por lo que intenta destruir a quien él ve como un rival o superior. Esto se da en todos los entornos en los que hay maltrato: *bullying*, *mobbing*, violencia de género, familiar...; en todos. El chivo expiatorio suele ser siempre alguien de mucha mayor valía real que la pretendida por el narcisista.

Mark asintió.

—Eso era Scott para mi padre. Tras las palizas, yo iba a buscarle y lo encontraba sentado en un rincón de su habitación, con la vista clavada en la pared, como si nada hubiera pasado, como si los golpes y las heridas no dolieran ni sangraran. Era horrible.

Una infinita tristeza bañaba las palabras de Mark mientras hablaba, y Tawny percibió cómo su voz se oscurecía al hacerlo, el esfuerzo evidente que suponía para él compartir algo que ambos hermanos habían llevado en secreto durante mucho tiempo, el dolor que le causaba traerlos de vuelta. Por los leves gestos de Jack animándole a continuar, estaba claro que, aunque difícil, era terapéutico para él dejar salir los fantasmas que les habían perseguido durante tanto tiempo.

—¿Por qué hacía eso?

Mark suspiró.

—Si él lloraba, mi padre le pegaba de nuevo, diciéndole que le iba a dar motivos de verdad para llorar; lo mismo sucedía si yo le reprochaba el haberle pegado. Aprendimos que lo mejor era actuar como si todo fuera normal, como si no ocurriera nada. Por eso, ninguno hablábamos de ello, mientras yo le curaba las heridas, los cortes, las quemaduras..., como si fuera otra persona a la que estuviera curando. Era una locura.

—¿Y vuestra madre?

Mark apretó con todas sus fuerzas la pelota antiestrés.

—Ella desaparecía cada vez que nuestro padre pegaba a Scott. Decía que no podía soportarlo y se iba. Jamás se enfrentó a él ni intentó detenerle. Supongo que ella también estaba aterrorizaba y, en el fondo asumía que era mejor que él pegara al niño en lugar de a ella. Puedo entenderlo

desde un punto de vista psicológico, pero como hijo..., me resulta incomprensible.

Tawny le miró, horrorizada.

—¿Cómo pudo hacer eso?

—Es lo que en psicología se denomina un «facilitador» —respondió Jack.

Le miró sin comprender.

—Como he dicho, en las familias disfuncionales, en la que uno de los progenitores es narcisista, se establecen diferentes roles. Otro es el facilitador, que suele ser el o la cónyuge, codependiente del narcisista maltratador. Son los que suelen hacer ver que no pasa nada, que todo es normal y permiten el maltrato del chivo expiatorio; Scott en este caso. A menudo, para los hijos, es más difícil perdonar al facilitador que al maltratador, porque, aun siendo más funcional, no hizo nada por evitar el maltrato.

—¿Escuela? ¿Profesores?

—Teníamos tanto miedo a lo que ocurriría si alguien se enteraba de lo que sucedía en casa, que jamás nos atrevimos a contárselo a nadie. Temíamos que nuestro padre perdiera totalmente el control y le matara. Scott se encerró en sí mismo; siempre estaba solo, callado, evitaba a los demás...; sus compañeros le hicieron *bullying*, pero los profesores no le dieron importancia; «cosas de chiquillos», decían. Creo que, en el fondo, pensaban que se lo tenía merecido por ser raro y diferente, y holgazán, porque lo suspendía casi todo. —Sacudió la cabeza con amargura—. No entendieron que, para él, el mundo era un lugar aterrador en el que prácticamente todo el que se acercaba a él, le hacía daño. Por eso, rehuía a la gente, se distanciaba y se volvía más introspectivo y huraño; y cuanto más lo hacía, más acoso recibía de sus compañeros, y más insistían sus profesores en decir que era un niño raro y asocial.

—Pero ¿qué pasa con los médicos? —preguntó Tawny—. Alguien tuvo que examinar a Scott y darse cuenta...

Se detuvo cuando Mark sacudió la cabeza con tristeza.

—Mi padre nunca le llevó al hospital. Le golpeaba donde sabía que los moratones no se verían. Si alguna herida era un poco más profunda, lo llevaba a uno de sus hermanos, que era médico; mi padre decía que Scott se había caído jugando o algo parecido, y su hermano lo daba por bueno. Yo rezaba porque se percatase de que no era normal, pero jamás formuló una pregunta ni un comentario.

Hizo una pequeña pausa, tratando de contener el temblor que se había apoderado de su voz, respirando profundamente.

—Pero... ¿nadie se dio cuenta de que le ocurría algo?, ¿de que no era normal que un niño se comportara así? —preguntó Tawny.

—Para evitar ser descubiertos, los narcisistas suelen hacer una campaña de desprestigio de la víctima entre los familiares, amigos de la familia, profesores...; para lo cual utilizan contra el niño los síntomas de su maltrato.

—No entiendo.

—El niño o la niña maltratado tiende a aislarse, con lo cual el maltratador lo calificará de raro y asocial, como ha dicho Mark. Los cambios en su conducta derivados del abuso como hostilidad, hiperactividad, comportamiento rebelde o desafiante, la depresión, la ansiedad...; todo lo utilizará como pretexto para justificar el maltrato. Es un comportamiento perverso cuyo único fin es destruir psicológicamente a la víctima; responsabilizarla de su propio maltrato ante ella misma y ante los demás.

Tawny bebía las palabras de ambos. El relato de Mark le hizo sentir una pena y rabia infinitas por lo que le sucedió a Scott, por lo que nunca debería ocurrirle a un niño. Pero también por ella,

por lo que nunca debería ocurrirle a nadie. Las explicaciones de Jack daban sentido a lo que nunca lo tuvo, le permitieron comenzar a comprender lo que nunca entendió y vislumbrar una salida; un pensamiento que muchas veces acudió a su mente, pero jamás se permitió formularlo del todo.

—Era lo que hacían mis padres, porque mi madre también participaba: no dejaban de quejarse de que Scott era un niño difícil, raro, que les sacaba de quicio, vago, abúlico, que estaba mal de la cabeza, que era extraño, rebelde...; pronto, todos: familia, vecinos, amigos, profesores, todos asumieron que era así. Nadie se cuestionaba que estuviera siempre solo, que desapareciera en su habitación en cuanto venía alguien a casa... Algunos de mis tíos incluso aconsejaban a mi padre que tuviera más mano dura con él para enderezarlo. Hijos de puta.

Escupió las tres últimas palabras con odio e hizo una pequeña pausa, estirándose los puños de la camisa, en un intento de recuperar el control de sí mismo, de no dejar que el pasado devorara el presente. Carraspeó y se volvió hacia Jack.

—¿Cómo los llamabas tú?

—Monos voladores.

Tawny le miró, preguntándose si era una broma.

—Es el término con el que se define en psicología a quienes apoyan al maltratador, perpetuando el maltrato. Se llaman así por los monos voladores que ayudaban a la bruja malvada del oeste a atrapar a Dorothy en *El mago de Oz*.

Mark rio entre dientes. Tawny se volvió a mirarlo, sorprendida; él se encogió de hombros, azorado.

—Me gusta, no puedo evitarlo. Es la definición más adecuada para todos ellos. Una pequeña victoria pírrica, supongo.

Jack asintió.

—Los monos voladores existen en todos los ámbitos en los que hay maltrato: En caso de violencia familiar, son la familia extensa y amigos; en el *bullying* el resto de los compañeros de clase; en el *mobbing* los compañeros de trabajo; en violencia de género quienes saben que existe pero no lo denuncian...; Algunos actúan de buena fe, porque se creen las mentiras del narcisista, y otros porque comparten sus rasgos psicopáticos.

—Pero..., alguien tenía que darse cuenta. Quiero decir, alguien violento como tu padre...

—Mi padre fuera de casa no era violento. Era educado, encantador, servicial, amigo de sus amigos, tenía una gran reputación profesional...; alguien completamente distinto. Era de locos.

—Un narcisista no deja de ser un psicópata, y, como tal, sabe que debe cuidar mucho su imagen exterior; se hacen pasar por personas amables, sociables, moralmente intachables. De ese modo, logran desacreditar aún más a la víctima, aislarla, justificar el maltrato —explicó Jack—. Ten en cuenta que, cuando el maltrato infantil se suele considerar exclusivo de las familias con pocos recursos económicos. Aún hoy, a la sociedad le resulta difícil aceptar que un adulto pueda hacer daño a alguien tan indefenso como un niño, más aún, siendo su propio hijo o hija. Por ello, en el entorno familiar, a menudo se culpa inconscientemente al niño del maltrato del que es víctima. Y, como como ocurría en la familia de Scott, nadie habla de ello. Todos intuyen que algo va mal, pero nadie quiere ponerle nombre o ponerse en contra del maltratador. Ocurre en casos de abuso o acoso, con independencia del entorno: colegio, trabajo, familia, pareja... El resto teme que si interviene, el maltratador vuelque su ira hacia ellos y, mientras lo haga sobre el chivo expiatorio, ellos están a salvo.

—Pero..., erais solo unos niños.

—Sí, pero, como dice Jack, nadie se imaginaba que aquello ocurriera en familias como la

nuestra, de clase alta, y profesionales liberales, como en el caso de mi padre, un reputado y prestigioso asesor fiscal. Era inconcebible que fuera un maltratador; además, como Jack ha explicado, de puertas afuera no presentaba el menor rasgo agresivo. Por muy increíble que parezca, nadie se dio cuenta nunca de que, cuando nuestro padre cerraba la puerta de casa, se convertía en una bestia.

—Alguien se tuvo que dar cuenta.

Mark sacudió lentamente la cabeza como si no pudiera creer lo que estaba sucediendo entonces.

—Mis padres seguían invitando a amigos a comer y cenar, y no había nada que les hiciera sospechar lo que nos ocurría. Quienes venían a casa se encontraban con dos hijos que jamás desobedecían o expresaban su desacuerdo delante de los invitados. Sabíamos lo que nos esperaba si lo hacíamos, aunque fuera algo tan propio de un niño como decir que no le gustaba algo de la comida. Éramos la familia perfecta y feliz, mucho más cuando, poco antes de que llegaran, mi padre le había dado una paliza a Scott.

La voz se le quebró en la última frase y se quedó en silencio durante unos instantes.

—Nos sentábamos a la mesa con todos, sin una lágrima, sin una queja, sin hacer ruido, porque nos aterrorizaba que nos prestaran atención, pero al mismo tiempo, rezábamos porque alguien percibiera lo que estaba ocurriendo y nos sacara de allí. Yo veía cómo Scott se encogía de miedo cada vez que un adulto se acercaba a él, o le preguntaba algo, cómo apretaba los dientes cuando le dolían los golpes o me miraba horrorizado cuando se me levantaba la manga, mostrando los moratones de las muñecas que mi padre me hacía cuando me arrastraba hacia el cuarto. Mientras ellos se divertían y charlaban, nosotros nos moríamos por dentro, pero nadie se percataba. Nadie nos veía realmente. Era como si Scott y yo viviéramos en un infierno paralelo, gritando y golpeando una pared transparente, pidiendo ayuda, sin nadie que nos oyera o nos viera. A veces, aquello era peor que las palizas.

Mark emitió un sonido estrangulado al tratar de contener el sollozo que le subía por la garganta. Parpadeó, intentando eliminar las lágrimas, pero no pudo contenerlas y se las enjugó con un ademán rápido. Tawny dudó si cogerle la mano para consolarle temiendo que reaccionara igual que su hermano. En su lugar, le puso con cuidado la mano en el brazo. También llegó un día en que ella dejó de gritar.

Jack carraspeó e inspiró, se levantó, llenó un vaso de agua, se levantó y se lo tendió a su cuñado, poniéndole una mano en el hombro y apretándolo con afecto. Le había sorprendido que dejara que ella le tocara; aunque no tuviera fobia al contacto físico como su hermano, era reactivo a los gestos de cariño o de consuelo. Mark le miró, agradecido y alzó el brazo libre para cogerlo, sin mover el otro para que Tawny no retirara la mano, aunque sin mirarla. Bebió con ansia mientras Jack le tendía otro vaso a ella. No se había dado cuenta hasta entonces de lo seca que tenía la garganta, del nudo que la constreñía. Comprendió entonces que su frialdad, su empeño en aterrorizar a los demás con su mirada y su actitud distante, eran, al igual que la actitud hosca de su hermano, un escudo tras el que protegerse.

Mark miró la mano de Tawny, como si no supiera qué hacer con ella. Esta sonrió y la devolvió a su regazo, contenta al notar que él se relajaba un poco antes de continuar hablando.

—¿Nunca intentasteis escapar?

—Una vez, pero la policía nos encontró y nos devolvió a casa, y las consecuencias para Scott..., hasta que... —se detuvo y tomó aire, abrumado por un recuerdo—. Cuando cumplí dieciocho años, nos escapamos de casa. Yo podía marcharme legalmente y sabía que, aunque tuviera once años, mi padre no buscaría a Scott.

—¿Y cómo os las arreglasteis para salir adelante?

—Trabajé en todo lo que pude: lavaplatos en restaurantes, cargando y descargando camiones, limpiando... cualquier cosa que nos permitiera comer y tener un lugar donde dormir, aunque alguna vez tuvimos que hacerlo en la calle.

La mandíbula de Mark, antes apretada, se relajó un poco, al igual que su rostro. Por primera vez desde que empezó a hablar, se volvió ligeramente hacia Tawny.

—A los dos nos encantaba leer, pero no teníamos dinero para comprar libros, y las fobias de Scott le impedían sentirse cómodo en las bibliotecas. Los días que yo libraba, entrábamos en librerías, a la hora en que había menos gente; elegíamos un libro cada uno y nos escondíamos en un rincón a leer hasta que cerraba o el dueño nos echaba porque no comprábamos nada.

Sonrió con cariño.

—Algo más de año y medio después de escaparnos de casa, en una librería, vimos un cartel que decía que necesitaban un ayudante. Entramos y me ofrecí para el empleo, pero Johanna se mostró reticente al principio. El trabajo consistía en ir de acá para allá con los pedidos y yo todavía..., bueno, no parecía muy apropiado. Scott, que entonces tenía trece años, se había sentado en un rincón y estaba leyendo *Misery*, de Stephen King. A la pobre mujer casi le da un infarto; cuando fue a quitárselo, diciéndole que no era adecuado a su edad, empezaron a hablar de libros.

Por primera vez desde que le conocía, Mark sonrió ampliamente.

—Todavía puedo ver su cara de asombro. A esa edad, Scott ya leía manuales de química y física..., tratados de psiquiatría, criminología..., cualquier cosa que cayera en sus manos. Mi padre no dejaba de decir que era tonto, lento, estúpido, pero no lo era. Cuando los vi charlando, no podía creerlo; hacía años que Scott no hablaba con nadie. Mientras vivíamos en casa de nuestros padres, apenas salía de su habitación y cuando huimos de allí, rara vez salía a la calle, excepto si nos veíamos obligados a deambular en busca de un lugar donde dormir. Por algún motivo, Johanna le inspiró confianza. Me contrató y, cuando se enteró de que vivíamos en un albergue, nos permitió vivir en pequeño piso vacío del que era dueña, justo debajo de donde ella vivía. No teníamos dinero para pagarle, pero Johanna nos dijo que prefería que viviéramos allí antes que tenerlo desocupado. Era mentira, por supuesto, pero creo que no soportaba la idea de que anduviéramos de antro en antro. Decía que, con tener la casa cuidada, se consideraba pagada. Nos mudamos de allí hace mucho tiempo, pero Scott lo sigue teniendo alquilado.

Este asintió.

—Pensamos en que a Charlotte le vendría bien cuando fuera a la universidad y está pensando en mudarse allí cuando termine. De ese modo, Johanna no estará sola.

—Ahora entiendo por qué Johanna te trata con tanta familiaridad —sonrió Tawny, recordando las risas en la librería.

—Ella pagó mis estudios de Derecho en Universidad de Cambridge y los estudios de Literatura y Escritura Creativa de Scott en la Universidad de Lancaster, que cursó a distancia. Yo pude marcharme tranquilo a estudiar, porque sabía que ella cuidaría de él. Se lo debemos todo a Johanna. Diría que fue como una segunda madre, pero, para nosotros, en nuestro caso, fue realmente la primera.

A Tawny le rompió el corazón por el dolor, el abandono y la amargura con la que pronunció aquellas palabras. Entendió también por qué representaba a clientes que, como ella, no podían pagarle: quería hacer con los demás lo que Johanna había hecho por ellos.

Le observó con curiosidad. Nunca hubiera pensado que aquel hombre con sus trajes exclusivos y sus coches de alta gama había trabajado en puestos que nadie quería o dormido en

la calle, y todo por salvar y proteger a su hermano. Mark Toren estaba hecho de una pasta especial.

Él continuó hablando, en tono más animado.

—Scott era feliz. Seguía sin hablar apenas con nadie, excepto con Johanna y conmigo, y pasaba muchas horas solo en la trastienda o en el piso de arriba de la librería cuando no había nadie, pero, en cierto modo, se relacionaba más con la gente.

—¿Johanna sabía lo de tu padre?

Mark negó con la cabeza.

—No, no lo supo hasta cinco años después, cuando Scott empezó a escribir de nuevo. No había sido capaz de hacerlo desde... —Sacudió la cabeza, tragando saliva con angustia—. Durante mucho tiempo, le daban ataques de ansiedad al intentarlo. Cuando volvió a hacerlo, escribía a escondidas, como cuando vivíamos en casa de mis padres y, si oía acercarse a alguien, escondía el cuaderno. Incluso en casa los tenía escondidos, porque le daba pánico dejarlos a la vista. Un día, absorto en su historia, no oyó a Johanna subir las escaleras. Cuando ella le preguntó qué estaba escribiendo, él soltó el cuaderno se cubrió la cabeza con los brazos y se echó a llorar, aterrado. Ella intentó tranquilizarle y le preguntó qué le ocurría, pero él se cerró en banda. Yo tardé un tiempo en poder contárselo. Cuando lo hice, ella se puso furiosa y nos dijo que debíamos denunciarle. Yo ya estudiaba derecho, pero aún no era abogado; fue ella quien pagó todos los gastos del juicio.

Se removió en la silla, molesto.

—Por supuesto, cuando empecé a ganar dinero como abogado y Scott con sus libros, intentamos devolverle todo lo que nos había prestado, pero ella se negó en redondo.

Mark se mordió el interior de la mejilla, divertido.

—Johanna tiene mucho más carácter del que parece a primera vista, con esa imagen de viejecita encantadora; y sigue sin dar su brazo a torcer. Por eso, siempre organizamos cualquier evento relacionado con los libros de mi hermano en su librería. La publicidad genera en ventas y, de esa manera, intentamos devolverle todo lo que hizo por nosotros. Aunque siempre estaremos en deuda con ella.

Su rostro se crispó de nuevo y su mirada se perdió otra vez por la ventana.

—El juicio fue muy duro —susurró, mientras en el rostro de Jack se entremezclaban la rabia y la tristeza—. Tuvimos que contar lo sucedido a médicos, policías, abogados...; temí haberme equivocado. Las pesadillas de Scott habían mejorado, pero con el juicio empeoraron, al igual que sus fobias. Declaró detrás de un biombo, para no ver a mi padre. De lo contrario, no habría podido hacerlo. Estaba aterrorizado ante la idea de que lo dejaran libre.

—¿Tú también?

Mark apretó la pelota antiestrés con todas sus fuerzas.

—No, yo quería verle entrar en la cárcel, para no salir jamás. Cuando leyeron la sentencia condenatoria, amenazó con matar a Scott, no dejó de amenazarlo hasta que lo sacaron de la sala.

—Espero que se pudra en prisión. —Tawny se sorprendió de la vehemencia de sus palabras.

Ambos hombres se miraron.

—Nosotros también; le condenaron a cuarenta años sin derecho a revisión, pero hace unos meses, debido a una resolución del Tribunal Superior de Estrasburgo, hubo un cambio en la legislación a este respecto; su abogado, acogiéndose a ella, pidió revisar su solicitud de libertad condicional. Y algún idiota decidió que, por el tiempo que había pasado en prisión, ya está reformado —respondió Mark.

—¿Le han liberado? —se escandalizó.

—Nadie nos avisó, ni siquiera la Junta de Libertad Condicional. Mark se enteró a través de uno de sus contactos en el juzgado. Hablamos con New Scotland Yard, pero se desentendieron, excepto una inspectora, Julia Clark, que puso a Michael bajo vigilancia; pero le perdieron la pista y no hemos vuelto a saber nada de él.

—Hasta hace unos días, cuando Julia nos informó de que la unidad de delitos informáticos que vigila a Zachary observó que estaba investigando sobre W. Kriger, lo que podría indicar que su padre lo había contratado para encontrarlo. Fue de casualidad, gracias a que ella tiene intervenidas sus comunicaciones porque le está investigando por otros casos; Zachary es un asesino a sueldo muy demandado y caro.

—Y mi padre es un hombre muy rico que puede costeárselo sin problema.

—Pero... ¿por qué no canceláis el encuentro con los lectores? —Se asombró Tawny—. ¿No os dais cuenta de que estáis poniendo a Scott en el punto de mira de su padre?

Jack y Mark se miraron de nuevo.

—Porque es una trampa para atraparlo. No desde el principio, pero Julia pensó que sería el cebo perfecto para atrapar a Michael. Por eso, Valerie dejó entretener en una reunión con editores y periodistas, que Kriger estaba pensando en realizar algún acto público, aunque sin dar detalles. Tenemos que prepararlo todo muy bien para que Scott no corra ningún peligro y, por eso, no podemos dejar que se sepa la fecha hasta el último momento, cuando dejaremos que Zachary se entere.

—Pero... ¿no sería mejor que lo supiera? Scott es adulto, alto y fuerte, y podría enfrentarse fácilmente a... ¿cuántos años tiene ahora vuestro padre?

—Teóricamente es así, pero Scott, al haber sufrido maltrato físico y psicológico en la infancia, sufre TEPT-C, trastorno de estrés postraumático complejo.

—¿El que sufren los veteranos de guerra?

—No exactamente. El TEPT es el que afecta, como dices, a veteranos de guerra, pero también a supervivientes de accidentes o desastres naturales o actos aislados de violencia —explicó Jack—. TEPT Complejo, por el contrario, es específico de los traumas graves y repetitivos que suelen producirse en la infancia, debido a malos tratos físicos o psicológicos o abusos sexuales, desatención prolongada o a situaciones que suponen vivir experiencias traumáticas durante meses o años, como en el caso de la violencia de género. Es un término relativamente nuevo, porque no apareció hasta 1992, cuando la doctora Judith Lewis Herman, psiquiatra de Boston, lo utilizó en su libro *Trauma y Recuperación*. Parte de la terapia de Scott para superar sus fobias fue aprender boxeo, artes marciales y defensa personal. Aun así, debido al TEPT-C puede ocurrirle que, cuando vea a su padre, experimente un *flashback* emocional y se quede paralizado, aterrorizado, sin poder defenderse.

—Y si lo hace, mi padre no dudará en matarlo.

—No quiero quitar hierro al asunto, pero ¿de verdad creéis que lo matará? Que lo prometiera no significa que vaya a cumplir dicha amenaza. Supongo que mucha gente lo hace cuando la condenan.

Jack torció el gesto.

—Michael es lo que en psiquiatría se conoce como un «narcisista maligno», un tipo de trastorno narcisista de la personalidad que incluye rasgos paranoides, comportamiento agresivo y sádico, lo que le hace realmente peligroso. Adora la sensación de poder que le proporciona hacer sufrir a los demás, y carece de empatía, por lo cual el sufrimiento ajeno no le detiene, al contrario, le estimula. En su mente, Scott sigue siendo el chivo expiatorio del que te he hablado antes. Es responsable de su injusto ingreso en prisión, de todo lo ocurrido, y no dudará en

destruirlo.

Tawny se estremeció.

—¿Y si aparece en la presentación?

—Julia estará allí con varios oficiales, y hemos contratado a un equipo especial de seguridad. Esperamos que aparezca y cometa una estupidez, para que vuelva a prisión. Pero si hace daño a Scott, yo mismo lo mataré.

Permanecieron en silencio por un momento, el eco de las palabras de Jack flotando sobre ellos. Tawny le miró, deseando que alguien estuviera dispuesto a defenderla a ella tanto como Jack estaba dispuesto a hacerlo con Scott con respecto a su padre. No porque necesitara que la salvaran. No. Pero la sola idea de que Alex se acercara a ella le hacía temblar, y no se sentía capaz de enfrentarse a él sola.

Estaba claro que Jack se había documentado, sobre todo, en lo relacionado con lo que le ocurría a su marido, para, de ese modo, poder ayudarlo más. Había logrado ese equilibrio casi perfecto consistente en ayudar sin llegar a sentir lástima o sobreproteger; lo había visto claramente en la relación de ambos.

El teléfono de Mark vibró, interrumpiendo sus pensamientos. La nube de tristeza que había bañado sus ojos hasta entonces se evaporó por completo, de vuelta al presente. Leyó el mensaje y sonrió con desdén.

—Tu exmarido ha presentado otra demanda más contra ti y tres contra mi bufete. Se ve que ya ha recibido la notificación del escrito de apelación que hemos presentado.

—¿Y eso es bueno? —preguntó, angustiada.

—Es perfecto. —Se levantó, dejó la desinchada pelota antiestrés sobre la mesa y se metió el teléfono en el bolsillo—. Tengo que irme.

—Esto tampoco es fácil para él, ¿verdad? —preguntó a Jack, mirando la puerta por la que el abogado acababa de salir.

—No. Cuando se enteró de que su padre había salido de la cárcel, se puso histérico; no hacía más que preguntarme dónde estaba Scott, ir a casa cuando yo no estaba para que no estuviera solo, vigilar a Charlotte a cada minuto y no quería explicarme por qué. Se las tuvo que arreglar solo durante mucho tiempo, y aún le cuesta pedir ayuda.

—Pero tú ya sabías lo de su padre, antes de que saliera de la cárcel, me refiero. —El neurocirujano asintió—. ¿Te lo contó Scott?

—No. Nunca me dijo nada. Supuse que había sufrido algún tipo de maltrato o abuso por sus fobias y otros síntomas, unido al hecho de que nunca hablaba de sus padres, pero debía esperar a que él quisiera hacerlo. No me dio muchos detalles; no era capaz, pero... bueno, ya has visto su espalda.

Tawny asintió, entristecida, al recordar la espalda llena de cicatrices del escritor. Pensó que se debería a algún accidente, pero nunca imaginó...

Se aclaró la garganta un par de veces antes de decidirse a hablar.

—¿Puedo preguntar..., cómo..., cómo os conocisteis, si él estaba tan aislado?

—Hace ocho años, en mis días libres, yo trabajaba como voluntario en una unidad de emergencias. Una noche, Mark llamó, solicitando que fuéramos a su casa.

—Por Scott.

Asintió.

—Tenía un fuerte ataque de pánico. Mark trató de calmarlo, pero él estaba fuera de sí. Temiendo que pudiera hacerse daño, nos llamó. Cuando llegué, le administré un sedante y, cuando estuvo tranquilo, hablamos un rato y..., no sé, noté una conexión especial con él. Su

hermano me contó que los ataques eran casi diarios, que no sabía cómo ayudarlo. Le noté agotado y desesperado, y le di mi número de teléfono para que me llamara cuando lo necesitara.

Tawny sonrió con picardía.

—Sí, lo sé, no fue muy profesional —repuso Jack, sonrojándose ligeramente y pasándose la mano por la nuca, azorado—. Antes de conocerle, hacía tiempo que había decidido obviar mi parte bisexual y salir solo con mujeres, pero, no sé, fue un impulso. Después de una semana y media, me llamó, casi al borde de otro ataque de pánico, pero conseguí calmarlo de nuevo. Las siguientes veces, tranquilizarlo fue más fácil: decía que mi voz le ayudaba a relajarse. Muchas noches me llamaba y hablábamos hasta que se dormía; me gustaba escuchar su respiración, saber que estaba tranquilo. Era sorprendentemente íntimo y agradable. Hablamos muchas veces, durante mucho tiempo y..., nos enamoramos.

Sintió una vergüenza casi adolescente al decir aquella frase, sonriendo con el recuerdo de las largas horas pasadas al teléfono. Aunque más abierto que Scott, tampoco solía hablar mucho de sus sentimientos, pero Tawny sabía escuchar y era fácil sincerarse con ella.

Tawny le escuchaba embobada, sorprendida por la ternura y la sensibilidad que Jack mostraba al contarle, sonriendo por el recuerdo. Debió de ser precioso enamorarse así. Y complicado. Dudó unos instantes si preguntar o no, pero, dado que él lo sabía, se lanzó.

—Y... ¿cómo? No... no tienes que contestar si no quieres, pero... con sus fobias..., el sexo... Jack sonrió.

—Olvidé que nos habías visto.

—Lo, lo siento, sentía curiosidad y... —se disculpó, sonrojándose.

Él hizo un gesto con la mano, indicando que no necesitaba excusarse.

—Al principio, cuando por fin empezamos a salir, en persona, no nos tocábamos; ni siquiera nos rozábamos, No puedo negar que yo estaba loco por besarle, por abrazarle, por hacer el amor con él, pero..., en aquel momento era imposible. De cuando en cuando, sin darme cuenta, le cogía la mano o le acariciaba la mejilla; Scott se quedaba quieto, tieso e inmóvil, bordeando el pánico. Se iba a casa y no atendía a mis llamadas durante días. Estaba avergonzado y desesperado por ser un «bicho raro» —pronunció ambas palabras con amargura—, como le llamaba su padre. Estaba seguro de que yo acabaría dejándole. Su padre solía decirle que nadie le aguantaría nunca, que nadie soportaría jamás a alguien como él. Yo le aseguraba que éramos un equipo y que lo superaríamos entre los dos. Hasta donde él pudiera. Se animó a ir a terapia y yo aprendí todo lo que pude sobre su TEPT complejo y sus fobias, para poder ayudarlo sin sobreprotegerle ni empeorar su situación.

Tawny le miró, con lágrimas en los ojos, notando el amor, la sinceridad de los sentimientos de él, tan diferentes de la dureza de Alex. Jack inclinó la cabeza y sonrió con cariño.

—Tardamos tres meses en darnos la mano; nunca se me olvidará aquel primer paseo que dimos cogidos de la mano. Algo tan mundano, tan cotidiano, pero que para nosotros fue un gran paso. Después vinieron los besos, las caricias y, poco a poco, logramos tener sexo. Scott todavía se siente un poco abrumado de vez en cuando, pero hemos aprendido a manejarlo.

—¿También tuviste problemas con tu padre? Porque parece que entiendes muy bien a Scott, se nota que has querido comprenderle. Eres neurocirujano y conoces bien la mente humana, pero...

—Mi padre me rechazó cuando descubrió que era bisexual. Dejó de hablarme, me insultaba, me humillaba...; en su mundo, las personas solo podían ser heterosexuales; el resto éramos seres antinatura, desviados, enfermos —recitó con pesar—. Nunca intentó entenderme, ni le importó lo que me hacía feliz. Fue muy duro soportarlo y superarlo, pero me ayudó a entender mejor a

Scott.

Le miró sin comprender.

—Hay muchas experiencias que, si no las hemos vivido, no podemos comprenderlas en su totalidad, por mucho que lo intentemos. Yo puedo imaginar el horror que vivió Scott de niño, pero nunca conoceré su verdadera dimensión. Puedo empatizar con él, pero nunca podré sentir lo que él sintió. Pero lo que viví con mi padre, su rechazo y sus humillaciones, me permite vislumbrar lo que él sufrió, comprenderlo mejor; ayudarle y ser más paciente, esforzarme en comprender toda la sintomatología derivada de su TEPT-complejo, y valorar todo el esfuerzo que ha hecho por superarlo, por luchar por mí, por nosotros. Admiro su fuerza, su valentía, su resiliencia. No quiero decir que no me hubiera gustado tener un padre comprensivo que me hubiera aceptado tal y como soy. Pero, en cierto modo, dio sentido a lo que viví.

—Sí, creo que te entiendo, como las piezas de un puzle cósmico que encajan.

—Algo así.

—Suenan muy bonito. Es una forma de darle un poco de sentido a todo.

Ambos quedaron en silencio unos instantes.

—¿Y estáis seguros de que Scott no sabe que su padre le está buscando?

—Creo que intuye que hay algo más de lo que le decimos, pero su mente rechaza la posibilidad de que pueda ser su padre.

Tawny asintió. Se pasó la mano por el pelo corto.

—Jack, yo... No sé..., ¿podría asistir?

—¿Al encuentro?

—Sí, me encantaría. Y podría ayudaros a Mark y a ti a coger a ese hijo de puta —afirmó con rabia—. Y..., y no solo por eso. No te imaginas lo que han supuesto sus novelas para mí. Me han salvado la vida en más de una ocasión, sobre todo desde el divorcio. Lena Dierre es casi una amiga para mí. De hecho, ella fue la que me inspiró para espiaros.

Ambos rieron, divertidos. Jack la observó en silencio durante unos instantes.

—¿Qué te pasó en el pelo?

—¿El pelo? Oh, yo... —murmuró avergonzada, pasándose la mano para colocar los mechones rebeldes, de nuevo disparados en todas direcciones.

—Lo siento, no es asunto mío.

—No, es solo... Bueno, pensarás que estoy loca, pero..., Alex no me dejaba cortarme el pelo —Jack alzó las cejas, sorprendido—. Quiero decir que me decía que le gustaba mi melena, que me quedaba muy bonita y que el pelo corto no me quedaba bien. Si me lo cortaba, no dejaba de decirme que ya no le gustaba, que parecía una machorra —suspiró—. Por ello me dejé una melena casi hasta la cintura. Cuando llegué al apartamento, estaba tan enfadada con él que me lo corté sin miramientos. Y ahora parezco el Principito.

Ambos rieron con ganas, disipando parte de la tensión que inundaba el despacho. Él la observó de un modo que ella no supo descifrar y se encogió en el asiento, temerosa de escuchar lo mismo de siempre.

—¿Sabes? Scott tiene razón. Ese Alex es un completo gilipollas por dejar escapar a alguien como tú.

Tawny bajó la cabeza, negando.

—Lo digo en serio. Vales mucho más que él y, desde luego, mucho más de lo que crees.

Sintió que algo se aligeraba dentro de ella. Las palabras de Jack habían hecho bien a su maltrecha autoestima. No recordaba la última vez que le habían dicho algo positivo de ella.

—Siento dejarte así, pero tengo una reunión a la que no puedo faltar —se excusó él, cogiendo un par de carpetas de la mesa—. Puedes quedarte aquí si lo necesitas.

Ella asintió, agradecida. Necesitaba estar un rato a solas.

Caminó hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia ella.

—Tawny, Mark y yo confiamos en ti. No quiero despertarme mañana y encontrarme con una nube de periodistas en la puerta del edificio buscando a W. Kriger porque les has hablado de él.

Abrió la boca para responder, pero él la detuvo con un gesto.

—Si Young se entera de lo de su padre, se dedicará a buscar carnaza y no parará hasta encontrarla. Sé cómo actúa, y eso sería un infierno para Scott; y para Charlotte. No permitiré que eso ocurra —afirmó con dureza.

Tawny tragó saliva. Podía percibir la amenaza velada detrás de las palabras. Se sintió ofendida de que dudara de ella, pero entendió que solo quería protegerles de cualquiera que intentara hacerles daño, sin importarle si era el sádico padre de Scott o la vecina gordita y estrafalaria que acababan de conocer.

—Puedes confiar en mí, lo juro —aseguró—. Lo último que quiero es haceros daño a ninguno de vosotros.

Jack asintió y salió, para dirigirse hacia el pequeño cuarto donde su equipo solía tomar café. Cambió el filtro de la cafetera y lo llenó de nuevo. Echó agua y la encendió. Cogió la taza, esperando a que se hiciera el café.

—¡Joder! —gritó con furia, estrellándola contra el suelo, seguida de varias otras que se apilaban allí. Estaba a punto de hacer lo mismo con una de las jarras, cuando alguien detrás de él se la quitó de la mano.

Se volvió y vio a Bill, su adjunto en el departamento y mejor amigo, que había acudido a ver qué era todo aquel estruendo.

—¿Qué ocurre Jack?

—Nada.

—Ya lo veo —replicó, mirando los pedazos de loza de distintos colores diseminados por el suelo.

Jack se dejó caer en una de las sillas y apoyó la cabeza entre las manos, abrumado. Se cubrió los ojos con las palmas de las manos y suspiró, agotado y perdido. La oscuridad le relajó un poco. Bill preparó dos tazas de té y puso una delante de él.

—Lo siento, es que..., hice el juramento de salvar vidas y ahora lo único que quiero es ir a buscar a ese hijo de puta y arrancarle el hígado —murmuró unos momentos después, sin quitarse las manos de los ojos.

—Tú mismo me dijiste que antes o después saldría de la cárcel.

—Sí, pero esperaba que se hubiera olvidado de Scott, que la policía nos ayudara y no... —Miró a su amigo—. Tengo miedo por él, por Charlotte; Mark está derrumbándose y yo..., ¿y si nos estamos equivocando?... Todo esto es una puta locura.

—No puedes librar todas tus batallas en un solo día.

Jack puso los ojos en blanco.

—No necesito frases de calendario, Bill.

—Tienes que vivir día a día, ¿te vale Rambo?

Rio a su pesar y bebió un sorbo de té.

—Lo que quiero decir es que te estás agobiando de verlo todo en bloque. Tienes que pensar en lo que toca ahora, y después en el siguiente paso, el siguiente, y el siguiente. Yo te entiendo, entiendo lo que sientes, pero tienes que canalizar esa rabia. —Abrió uno de los armarios bajo el

fregadero, sacó un balón de rugby blanco y azul y, cogiéndolo con ambas manos, se lo lanzó a Jack, que lo hizo girar entre las suyas.

—No estoy de humor —rechazó, devolviéndoselo con fuerza.

—Precisamente por eso. —Miró el rostro cansado y preocupado de su amigo—. Necesitas reiniciar el sistema; y tienes que hacerlo antes de coger ese avión.

Su amigo se frotó los ojos.

—Quizá no debería ir.

—Sabes que sí. No solo por las niñas, sino por Scott y el resto. Por ti. Necesitas desconectar y oxigenarte para pensar con claridad.

Le miró, indeciso. Se sentía culpable ante la idea de dejar de preocuparse en todos ellos, de no estar alerta, temiendo que, si dejaba de hacerlo, algo saldría mal. Pero le atraía la idea de olvidarse de todo por un rato y centrarse sólo en correr, placar y rodar por el suelo.

—Scott y Charlotte estarán bien con tu cuñado. Venga, solo media hora. Los de trauma nos deben la revancha. Después nos duchamos y nos vamos al aeropuerto.

Se mordió el labio superior, pensativo.

—Hecho.

Tawny, siguiendo el consejo de Jack, se quedó en el despacho hasta que se encontró bien para salir. Se detuvo tras cruzar la puerta del hospital, sin saber dónde ir, luchando contra aquella angustia sorda que se había ido apoderando de ella durante la conversación. Había conseguido controlarla mientras estuvo acompañada pero ahora, estando sola, los miedos amenazaban con estrangularla una vez más.

Comer, eso era. Comer la calmaría, la ayudaría a aliviar el dolor, la pena, la rabia, por Scott y por ella misma, cuando retazos de la historia de Mark conectaron con recuerdos de su matrimonio; a hacer desaparecer la imagen de Scott niño, temblando ante los golpes del adulto, aterrorizado por saber cuándo se produciría la siguiente paliza. Se dobló en cuclillas junto a un árbol, en un vano intento de eliminar la serpiente negra que se retorció en su estómago. Tardó unos minutos en poder levantarse. Siguió caminando sin rumbo, sin ser consciente de quienes pasaban a su lado, sólo pendiente de dar un paso, y otro y otro. Si se detenía, no podría continuar.

Aliviada, vio a lo lejos una pastelería; entró en ella, y el aire entró de nuevo en sus pulmones. Por fin podría comer hasta asfixiar a aquel monstruo que la devoraba por dentro.

—¿Qué desea? —preguntó la dependienta.

—Quiero tres de chocolate, cuatro de arándanos, dos de canela, cuatro palmeras de chocolate... —Fue señalando los *cupcakes* a través del cristal según los enumeraba—. Mis sobrinos vienen a visitarme —mintió, nerviosa, avergonzada de que la dependienta adivinara que todo era para ella.

Se quedó en silencio al girarse para mirar otra de las vitrinas, atónita al verle, sentado en la más lejana y oculta de las mesas, atiborrándose de pastel.

NO TIENES QUE HACERLO SOLO

Scott dejó sobre la mesa los diez libros sobre entomología forense que llevaba entre las manos. Necesitaba documentarse para la novela y había encontrado en la sección de criminología de la biblioteca de la universidad de Charlotte varios libros con toda la información que necesitaba.

Le hubiera gustado poder sentarse en una de las mesas a leer y tomar sus notas; se sentía bien en aquel ambiente silencioso, roto tan solo por alguna risa o murmullo de algún estudiante, rodeado de libros. Solía hacerlo los domingos por la mañana, entrar en alguna biblioteca pública, siempre que no fuera época de exámenes, buscar una mesa apartada en la sección menos concurrida y escribir o documentarse hasta que alguien recorriera la silla que tenía frente a él o a su lado. Entonces el miedo le secaba la boca y la escalada de ansiedad y pánico era inmediata. Algunas veces, pocas, conseguía, como Nina le recomendaba, permanecer un par de minutos allí, respirando profundamente, para demostrarse que no ocurría nada, que no le harían daño; lo habitual era que cogiese su ordenador y su cuaderno de notas y saliera casi corriendo del edificio, maldiciendo aquel miedo, aquella maldita ansiedad que le perseguía desde niño, que le hacía sentirse diferente, defectuoso, incapaz de hacer lo que para otros resultaba tan sencillo. Ya fuera del edificio, caminaba y respiraba hondo, tratando de calmarse y centrarse en los pequeños avances, como haber sido capaz de entrar y estar allí durante unas horas.

Pero desde el incidente en Nueva York no había sido capaz de entrar en ninguna. De hecho, no había salido de casa o del apartamento a menos que fuera necesario, habitualmente para reunirse con Mark o Valerie. Se mareaba y sentía que le faltaba el aire cuando se acercaba a la calle, o se aproximaba a alguien, aunque fuera tan inofensivo como Tawny.

Desde entonces, Charlotte había estado trayéndole los libros que necesitaba, hasta que su padre le recordó que, aunque su intención era buena, no le estaba haciendo bien. Pero si no se concentraba en algo, si no detenía su cabeza, se volvería loco. Resultaba agotador reestructurarse una y otra vez, convencerse de que todo eran imaginaciones suyas, de que sus temores eran infundados. Si seguía así, acabaría volviéndose loco. Por ello, había pedido a Roger, el asistente de Mark, que le acompañara a por los libros; le resultaba humillante, pero solo no hubiera podido entrar solo. El miedo le clavaba en la puerta; paralizado ante la idea de verse rodeado de gente, de tener que acercarse al bibliotecario, de que se acercaran a él, de sufrir otro ataque de pánico hasta que, casi sin poder respirar, se daba la vuelta y se volvía a casa, frustrado y hundido, con aquella devastadora sensación de ser una carga para todos.

Odiaba aquella vulnerabilidad, sentirse tan limitado otra vez, que los recuerdos infantiles se colaran de nuevo en sus sueños, transformándolos en vívidas pesadillas que le despertaban gritando aterrado, temblando, confuso, desorientado y asustado, hasta que el abrazo de Jack, su voz ronca por el sueño le devolvía al presente.

Jack. Habían pasado ocho años desde aquel horrible día que, perdido y desesperado, sin entender lo que ocurría, le gritaba a Mark que le quitaran aquel temor insidioso que le acompañaba mañana y noche, el terror paralizante que le hacía llorar de pura angustia, las fobias, las pesadillas, la desesperación, hasta que su hermano, sin saber qué hacer, llamó a urgencias.

Le tranquilizó su tono, profesional, afectuoso y calmado; se sentó en el suelo de la habitación, en el rincón opuesto al que él se había refugiado, esperando que el sedante le hiciera efecto; aquella noche y en todas sus conversaciones por teléfono. El primer extraño que no le juzgó, ni le culpó o le consideró débil o defectuoso. Desde el primer momento, le trató con la mezcla perfecta de comprensión, paciencia y firmeza; a veces se desesperaba, sobre todo cuando él se encerraba en casa; entonces dejaba de atender sus llamadas, y pasaba días y noches sin comer o dormir, pegado al ordenador, su dique de contención ante miedos y recuerdos; pero ni siquiera entonces desapareció en busca de una relación más sencilla. Se mantuvo a su lado, al igual que Charlotte, borrando, poco a poco, años de miedo, angustia y soledad.

No siempre fue un camino fácil. A menudo tenía la sensación de que daba un paso hacia delante y dos hacia atrás. Le agobiaba sentirse una carga para todos: Jack, Charlotte, Mark, Johanna...; le hacía sentirse culpable, avergonzado, pero allí siguieron ambos a pesar de las pesadillas, los *flashbacks*, las fobias, la depresión, la irritabilidad, el aislamiento, los ataques de pánico y angustia, la desesperación. Y el pasado se volvió, poco a poco, menos angustiante y amenazante.

Hasta ahora.

En un principio no le extrañó demasiado que Jack insistiera en mudarse a aquel apartamento para que Young no diera con ellos. Aceptó por él y por Charlotte, para evitar un nuevo encontronazo con aquel tipejo, y no le dio más importancia. La alarma saltó el día que quedó con Mark cuando ya se habían ido al apartamento, viéndole recolocar con cuidado los bolígrafos en la bandeja de *El bosque negro*, a cinco centímetros uno del otro, paralelos entre sí y en relación al borde. Mark estaba haciendo terapia para mejorar de su TOC y había empezado a tolerar cierto..., no desorden, eso era algo que aún no podía soportar, pero sí a evitar el impulso incontrolable de reordenar lo que se había descolocado. También le obligó a repasar varias veces la agenda de la nueva novela, le regañó por la camiseta dada de sí, el boli mordido, el pelo..., y tuvo que contenerse para no darle un manotazo y que dejara de ordenar las malditas carpetillas en columna sobre la mesa. Aun así, se convenció a sí mismo de que era debido al estrés del trabajo, el caso de Tawny...; el autoengaño funcionó hasta el día anterior, cuando Jack le obligó a irse a casa de su hermano mientras él viajaba a Italia para ayudar en una delicada cirugía. Se dio cuenta entonces que la elección del apartamento no fue casual; lo hizo para que Charlotte fuera a casa de Mark, donde la seguridad del edificio la mantendría a salvo, lo mismo que estaba haciendo ahora con él.

Algo iba mal. Intuía lo que era, pero se negaba a darle forma; hacerlo supondría liberar a aquella criatura negra que se retorció y se arrastraba en aquel rincón y, si lo hacía, le devoraría de nuevo. Pero, incluso amorfa, aquella intuición despertó miedos y recuerdos que debería controlar, como había hecho siempre, manteniendo la mente ocupada. Bebió con avidez la botella de agua que había sobre la pesa, pero su garganta siguió igual de seca. Angustiado, abrió el libro que tenía más cerca, su cuaderno de notas y se zambulló en los diferentes grupos entomológicos asociados a la materia orgánica de origen animal en descomposición.

Un par de horas después, Charlotte asomó la cabeza por la puerta.

—Scott, necesito ayuda con el caso de Tawny.

—¿De Tawny? —repitió, sorprendido. No era inusual que ella le pidiera ayuda para algún trabajo, pero sí para un caso que su hermano llevaba personalmente.

Apartó los libros, para dejarle espacio en la mesa.

—He intentado hablar con el tío Mark, pero me ha dicho que está muy ocupado —explicó, leyendo su desconcierto.

Asintió, mordiéndose el labio inferior, pensativo. Mark llevaba dos días prácticamente sin salir de la habitación contigua a su dormitorio, la que usaba como despacho. Solía hacerlo cuando tenía casos complicados y el ajeteo y el caos de la oficina le crispaba los nervios. Pero quizá significara que...; se llevó la mano al estómago, apretádoselo para calmar el espasmo de dolor y abrió y cerró la otra para desentumecerla. Charlotte le miró, preocupada, y él forzó una sonrisa.

—Pues, a menos que Tawny haya asesinado a su exmarido, no creo que pueda ayudarte.

—¡Qué bruto eres! —rio aliviada al ver desaparecer la tensión de su rostro—. Esto es todo lo que figura en el expediente: el acuerdo de divorcio, el documento de la cesión de la casa y la aceptación de su exmarido de hacerse cargo de la hipoteca. —Los fue dejando encima de la mesa según los nombraba—. Su abogado me lo ha confirmado.

—¿Y la denuncia por bigamia?

Negó con la cabeza.

—¿Y por qué le cedió la casa?

Ella se encogió de hombros.

—Él sigue viviendo allí. Es lo único que tiene, porque la empresa está a nombre de sus padres.

—¿De sus padres?

Scott mordisqueó el lápiz, pensativo. Ella asintió, entendiendo lo que quería decir.

—Vamos al juzgado y después al Registro —decidió. Se puso la cazadora, y metió la libreta de notas y el móvil en el bolsillo.

Charlotte sonrió y recogió sus papeles, contenta por haber logrado que la acompañara. Le gustaba investigar con él y no le había pasado desapercibido que no había salido de casa de Mark desde que llegó hacía dos días. Sabía que no le sería fácil pero también que no la dejaría en la estacada.

—Ve bajando —pidió Scott, cuando llegaban a la puerta—. Me he dejado el móvil.

Ella asintió y salió al descansillo. Scott entró de nuevo y golpeó con los nudillos la puerta del dormitorio de su hermano.

—¿Mark?

—¡Un momento! —Le oyó responder; el sobresalto era evidente en su voz.

Maldijo entre dientes al oír escuchar el crujido de bolsas de plástico y escuchar cómo se movía rápidamente por el dormitorio. Abrió y le sorprendió arrodillado junto a la cama, inmóvil, avergonzado y culpable, sosteniendo un par de cajas vacías de pizza que no le había dado tiempo a esconder junto al resto de otros envases del atracón.

Sin decir nada se acercó a él y le quitó los cartones de la mano, que dejó en el pasillo. Su hermano se sentó en el borde de la cama, cabizbajo.

—¿Qué ocurre, Mark? —preguntó con suavidad, sentándose a su lado.

—Nada.

La respuesta rápida, refleja, le confirmó lo contrario. Desde pequeños, su hermano se acostumbró a hacerse el fuerte delante de él, a aparentar que no sucedía nada; sabía que, cuando su hermano elevaba muros de comida a su alrededor, se volvía impenetrable.

—Estoy preocupado por ti. Llevas dos días prácticamente sin salir de la habitación.

—Tengo mucho trabajo.

Asintió en silencio.

—¿Has hablado con Violet?

Vaciló y finalmente negó con la cabeza. Mentir no tenía sentido. Debió haberlo hecho cuando

salió del despacho de Jack, desesperado por comerse los recuerdos, lleno de rabia y odio porque, después de tanto tiempo, su padre aún pudiera reventar su vida de aquel modo. No sería capaz de llamarla hasta que comiera un poco y se sintiera más calmado, hasta haber recuperado un poco el control. Pero entonces apareció Tawny y Mark se sintió tanta vergüenza y asco de sí mismo que salió corriendo, desbordado, desesperado, humillado y asustado. No podría volver a mirarla a la cara. Cuando llegó a casa, se encerró en la habitación a comer, rezando porque la comida le embotara, por dejar de sentir.

Había sido un estúpido. Tenía que haber previsto que su hermano reconocería las señales y aparecería en la habitación.

Scott se levantó, cogió el teléfono de su hermano de la mesilla y se lo dejó al lado, sobre la cama.

—Voy a salir con Charlotte. Si quieres hablar, llámame. O a Violet, ¿de acuerdo? No tienes que hacerlo tú solo.

Asintió, agradecido. Su hermano salió de la habitación, cerrando la puerta con suavidad. Mark cogió el teléfono, decidido a hablar con su madrina, pero, al ver las llamadas perdidas de Tawny, se le cayó el mundo encima de nuevo. Hundido, metió la mano debajo de la cama y sacó una de las cajas de pizza familiar que le había dado tiempo a esconder, la abrió y comenzó a comérsela.

Scott se quedó mirando la puerta de la habitación. Sabía que debía darle tiempo, pero también que a su hermano no le resultaba fácil pedir ayuda. Aun así, mandó un mensaje de WhatsApp a Violet. No era la primera vez que, tras un mensaje suyo, ella llamaba a Mark porque «casualmente» se había acordado de él. Salió al descansillo y tomó el ascensor, que bajó con una velocidad asombrosa los cuarenta y cinco pisos hasta el vestíbulo, donde encontró a Charlotte sentada en uno de los bancos del jardín. Ella se levantó y caminaron hasta la puerta, donde esperó a que él saliera primero.

Scott inspiró con fuerza, nervioso, pero no asustado. Salir a la calle resultaba mucho más sencillo teniendo a Jack o Charlotte a su lado. Pero Nina le había advertido de que no podía utilizarlos como muleta emocional. Cerró en un puño la mano que se le había quedado rígida y se relajó cuando notó que Charlotte le empujaba con suavidad. Bajó la cabeza, agradecido y avergonzado. Tras cruzar la alta verja negra que separaba los jardines del portal del edificio de la calle salieron a la bulliciosa Nine Elms.

Apoyado en un árbol en la acera de enfrente de la verja de *The Tower*, Zachary escupió el chicle con fastidio cuando, por segunda vez aquel día, tuvo que indicarle a su tirador para que no disparase. ¿Es que aquel tipo no salía nunca solo de casa? Cumplir con el encargo de Korke se estaba complicando mucho más de lo que supuso en un principio.

Era un hombre paciente. Sabía que era una virtud necesaria para que no dejar ningún cabo suelto. Pero su paciencia se estaba agotando, después de que su hombre se pasara dos días esperando frente a un puto apartamento vacío. Al contrario de lo que les aseguró el encargado; no solo se marchó el hombre rubio, sino que su objetivo tampoco apareció. Pocas cosas le enfurecían tanto como la inexactitud, aunque se lo había temido desde el principio. Imbécil. Le había dado dos oportunidades para que reconsiderara la información, para que se asegurara de que era así. Fiarse de él le había supuesto un cliente enfadado, un objetivo perdido y un cadáver del que deshacerse. Malditos días de mierda en que todo salía al revés.

Le salvó el culo otro de sus deudores, que solía robar carteras a los turistas que miraban embobados el imponente edificio de apartamentos conocido como *The Tower*, un rascacielos de casi doscientos metros de altura, cerca del río Támesis, que le avisó de que le había visto bajarse

de un coche y entrar en el edificio acompañado de una joven. Aquello complicaba un poco más las cosas, porque era una zona bastante más vigilada, pero la altura y los sofisticados artilugios de las azoteas de los edificios adyacentes eran el escondite perfecto para dispararle en cuanto abandonara el edificio.

Habían pasado tres días sin que el objetivo asomara la nariz fuera. Y hoy, cuando por fin salía, iba siempre acompañado. Aquel comportamiento, además de intrigante, suponía un problema. Zachary tenía por norma eliminar a sus objetivos cuando estaban solos. De ese modo, la víctima se derrumbaba en el suelo tras un certero disparo y, en tanto que los demás eran conscientes de lo ocurrido, ambos abandonaban el lugar sin levantar sospechas y, más importante aún, sin dejar ningún rastro. Disparar a alguien acompañado suponía una inmediata algarabía de gritos y un tiempo de reacción mucho menor, que le haría perder segundos preciosos. Solo elegía esta opción cuando el objetivo tenía escolta o servicio de seguridad y era imposible encontrarlo a solas. Pero no pensó que aquel fuera el caso. Tendría que avisar a Jimmy.

Se frotó los labios con el dedo índice, pensativo. Korke no le había hablado en ningún momento de ninguna joven, y no estaba del todo seguro de que no se lo hubiera ocultado intencionadamente. Pero la niña, la hija del marido del objetivo, a juzgar por el evidente parecido físico, era un imprevisto. Y no le gustaban los imprevistos.

Los siguió a distancia, sacando fotos de cuando en cuando, cuidándose de no acercarse demasiado a ellos, desconcertado por el curioso comportamiento del hombre, que, mientras avanzaba, se movía de derecha a izquierda para evitar a los paseantes que caminaban hacia él, bajándose de la acera cuando el grupo era muy numeroso, seguido por la niña, a la que aquello no parecía llamar la atención.

Unos doscientos metros más adelante, tomaron un taxi. Dudó unos instantes si seguirlos o no; no era necesario, porque volverían al edificio. Levantó la mano y su conductora, que siempre le seguía a corta distancia, se acercó. Subió al coche y le ordenó que le llevara a la estación de tren abandonada; mientras, haría varias llamadas tras enviar un mensaje a Samuel y otro a Korke.

—¿No podemos quedar en otro sitio? —preguntó este último, acercándose por el andén cuatro horas después. Aquel maldito apeadero le resultaba cada vez más nauseabundo y no entendía la insistencia del otro en verse allí.

—¿Por qué no me ha dicho que tenían una hija?

—No sea estúpido. No pueden.

—Que sean gays no significa que no puedan ser padres —replicó Zachary, observando a Korke torcer el gesto ante la palabra «gays».

Viendo que el hombre se disponía a replicar, Zachary le alargó la fotografía del objetivo, su marido y la niña. Korke los contempló con asco para después fijar su vista en ella, sorprendido.

—¿Está seguro de que es hija suya?

—Charlotte Ann Evans, diecisiete años, hija de Jack y Ann Evans. Estudia un doble grado de Criminología y Medicina en la universidad...

Korke le detuvo con un gesto. Su boca se curvó en una sonrisa torva, fría y despectiva, al tiempo que su mirada se perdió tras Zachary, desenfocada, llena de odio y de aquella ira contenida que, desde el principio, le alertó.

—Hija suya —musitó, lamiéndose el labio inferior—. ¿Diecisiete años?

El ansia y la fruición con la pronunció aquellas palabras revolvió las tripas del otro.

—Quiero que sigas vigilándolo, pero no hagas nada de nada. No hasta que yo te diga. —Miró la foto de nuevo—. No puedo creerlo. Veinte años después.

Rio quedamente.

—Mañana te diré lo que quiero que hagas a partir de ahora.

Zachary torció el gesto. No le gustaba ir a remolque, pero necesitaba el dinero.

QUEEN, CUPCAKES Y LÁPICES DE COLORES

Tawny cerró los ojos con fuerza, bloqueando el recuerdo del estupor con el que Mark la miró durante unos segundos para después dejar caer el trozo de pastel y huir por la puerta trasera del local. Se había esforzado por olvidarlo, pero una semana después, la imagen continuaba tan nítida en su memoria como aquella noche.

Se cubrió la cara con la almohada, recordando cómo le siguió hasta un estrecho callejón por el que él corría hacia una avenida más amplia, mientras ella le llamaba a gritos, pidiéndole que esperara, que la escuchara, pero él la ignoró y aceleró aún más hasta llegar a su coche, en el que se alejó a toda velocidad. Tawny corrió unos metros tras él, llamándole, pero el vehículo, con un chirrido de frenos, dobló una esquina y desapareció.

Se vio a sí misma detenerse en la mediana de la avenida y doblarse, jadeante, sintiéndose estúpida, gorda, rechazada y hundida. Todo había sido culpa suya. Si no hubiera entrado en la pastelería, si hubiera contenido el ansia de comer...; disgustada y asqueada consigo misma, volvió a la tienda, compró los *cupcakes*. En la oscuridad de su estudio, deprimida, desesperada y sin poder parar de llorar, devoró los quince que había comprado. Justo cuando su vida parecía enderezarse, su glotonería lo había mandado todo al traste. Mark no quería saber nunca nada de alguien que se atracaba como ella.

«¡Comer y comer, eso es lo único que sabes hacer! ¡¡¡Me das asco!!!».

Las palabras de Alex resonaban en su cabeza, empujándola a comer más. Perdida la noción del tiempo, desconectada de todo, comía y lloraba, lloraba y comía, encogiéndose sobre sí misma; podía notar incluso como le creía la tripa. Más gorda, estúpida e inútil que nunca, solo deseaba desaparecer.

No había vuelto a saber nada de Mark. Le llamó cuatro veces, sin obtener respuesta y no lo hizo más. No quería saber nada de ella. ¿Cómo iba a querer? Solo se había ocupado de ella por compasión, porque su hermano le había pedido que ayudara a la gorda loca. Tampoco había oído ruido en el apartamento de Scott y Jack; seguro que la habían abandonado sin decirle nada.

Los ojos le dolían de tanto llorar. Se incorporó con esfuerzo para sentarse en el catre, y decenas de bolsas y envases de comida vacíos cayeron al suelo. Descalza y aferrada a su ejemplar de *No mires atrás* y a su osito, cogió de la nevera una botella de agua que se bebió de un tirón, intentando aliviar la sequedad y quemazón de su garganta.

El olor de los restos de comida pegada a los platos y de los envases medio vacíos diseminados por el suelo empeoró sus náuseas; se cubrió la cara con las manos y ahogó un sollozo, asqueada de sí misma. Se había prometido tantas veces no volver a caer en los atracones, no comer de nuevo sin control... No tenía fuerza de voluntad. No valía para nada.

Apretó el libro contra su pecho. Durante aquellos días llegó a preguntarse si no habría sido todo producto de su imaginación, si la soledad y la desesperación no la habrían empujado a soñar todo. Quizá estaba perdiendo la razón. Su ex solía gritarle que estaba loca, que se inventaba las cosas; giró sobre sí misma, jadeando, asustada. ¿Y si tenía razón? ¿Y si lo había

imaginado todo? ¿A Mark, Scott, Jack..., incluso a Charlotte? Aterrada por aquella idea, se echó a llorar de nuevo, con tanta fuerza que casi no podía respirar.

Irónicamente, la prueba de que eran reales, fueron los mensajes que comenzó a recibir de Alex desde que le notificaron que iba a apelar la sentencia de divorcio; WhatsApp que, incesantes, llegaban cada vez que el bufete de Mark presentaba un escrito o respondía a una de las muchas demandas pendientes.

Al principio, eran conciliadores: «No podemos acabar así después de cinco años, nuestra historia merece un final más feliz, has sido el amor de mi vida...» pero, al no recibir respuesta, se habían ido volviendo más airados «Vas a lamentar haber apelado, tú no sabes con quién te la estás jugando, quién te crees que eres, tendrías que agradecer que alguien como yo haya estado con alguien como tú...». Cuando comenzaron a ser amenazadores, dejó de leerlos, y ahora se estremecía cada vez que sonaba el teléfono.

Temiendo que el miedo la partiera en dos, abrió la nevera para terminarse la última tarrina de helado de chocolate belga que le quedaba. Cuando hundió la cuchara en ella, se detuvo al escuchar los acordes de guitarra que comenzaron a sonar en el apartamento contiguo, y, cuando entró la batería las paredes retumbaron con fuerza.

Scott estaba escuchando *Highway to Hell* a todo volumen. Sabía que era él porque le oía cantar a gritos sobre Brian Jackson, imitando la desgarrada voz del vocalista de AC/DC, convencido de que el volumen de la música ahogaba su voz. Tawny le imaginó tocando una guitarra inexistente, balanceando su cuerpo y su cabeza adelante y atrás mientras cantaba.

Se enderezó, lamentando no tener la cámara para poder verlo. El escritor sonaba furioso, más aún en la segunda estrofa:

*Hey Satan,
Payin' my dues
Playin' in a rockin' band
Hey mumma
Look at me, I'm on the way to the promised land.*

Instintivamente, comenzó a moverse al ritmo de la música. Le encantaba aquella banda, la canción era una de sus favoritas. Al principio, solo movía ligeramente la cabeza adelante y atrás, pero, al poco tiempo, la música se apoderó de ella. Dejó la tarrina y saltó al centro del estudio, arrastrada por los potentes acordes de guitarra, tocando una batería imaginaria, vocalizando en un micrófono inexistente, moviendo el cuerpo con energía. Le hubiera gustado cantar en voz alta, gritar con la misma rabia que lo estaba haciendo Scott, pero temía que la oyera, aunque dudaba mucho de que pudiera hacerlo con el volumen de la música. Pero, incluso sin cantar, sintió cómo se disipaba parte de la angustia que había acumulado a lo largo de aquella horrible semana.

Tenía suerte de estar donde estaban, porque la música se debía oír en todo el edificio; en cualquier otro lugar, la policía ya estaría aporreando la puerta de Scott, alertada por las quejas de los vecinos. Pero en aquel cementerio de almas rotas, era tan raro escuchar música que estaba segura de que más de uno estaba haciendo como ella, movido por la inyección de energía de aquella autopista directa hacia el infierno, donde muchos de ellos ya habían llegado.

Durante un segundo todo quedó en silencio, pero pronto sonaron los acordes de *Back in Black*, la banda sonora perfecta para su vida en ese momento, a todo gas de vuelta a la oscuridad del infierno. Pero incluso con ese triste pensamiento, se sentía más animada. El helado había quedado olvidado en el suelo de la habitación, derretido sobre el suelo y le apetecía dibujar,

como hacía de niña cuando se sentía sola o triste, especialmente tras la muerte de sus padres. A veces dibujaba la calle que tenía delante; otras, los mundos mágicos con los que soñaba a menudo, las increíbles aventuras que quería vivir o los personajes de sus películas favoritas. Trazo tras trazo, pincelada tras pincelada, sus penas se disolvían como acuarelas en el agua.

Se sentó ante el caballete, cogió el carboncillo y, dejándose llevar, esbozó el rostro de Mark. Su mirada inteligente, sus labios finos, sus ojos hundidos y pequeños y su nariz aguileña; su gesto altivo, decidido e inquisitivo. Duro, frío y distante a primera vista, pero a ella le tranquilizó. Recordó las palabras de Jack contándole la primera vez que él y Scott caminaron cogidos de la mano: «Algo tan mundano, tan cotidiano, pero que para nosotros fue un gran paso». Exactamente lo que le ocurrió a ella. Nunca estuvo tranquila al lado de Alex; algo de lo que no fue consciente hasta que se sentó en aquel coche frente a Mark.

No entendió el por qué hasta la conversación en el despacho de Jack, donde vislumbró el corazón que él se esforzaba por proteger. Desde el primer momento su instinto le dijo que Mark nunca le haría daño. Al contrario, su presencia la equilibraba, sosegándola, incluso cuando lanzaba aquellas miradas capaces de fundir el hielo o prácticamente ladraba con aquel tono cortante.

Pero ahora, todo había desaparecido. Lo supo al ver la mezcla de vergüenza, angustia y estupor en la mirada de él cuando ella le sorprendió en un momento en que se permitió sentirse vulnerable y asustado.

AC/DC dio paso a *One Vision* de Queen, y Tawny se echó a reír al escuchar a Scott cantarla una octava más baja que el vocalista para adaptarla a su tonalidad, emulando a la perfección el inimitable estilo de Freddy Mercury.

Queen era otro de sus grupos favoritos; dejó el carboncillo y tomó su guitarra imaginaria para acompañar a Scott y Freddy en su canción, que inmediatamente cambió por la batería cuando Roger Taylor comenzó su solo. La energía de la música corría por sus venas, llevándose con ella la negrura de aquellos días, más aún cuando se unió a Scott y Mercury al final de la canción para gritar: «Just gimme, gimme, gimme, gimme fried chicken!».

Sonriente, se sentó de nuevo, tarareando *Hammer to Fall*, que llenaba ahora sus oídos. Al lado del Mark actual, dibujó a Scott de niño, imaginándolo a la edad de ocho o nueve años. Sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, tecleando en una pequeña máquina de escribir antigua que tenía sobre las rodillas. A su alrededor, un montón de páginas escritas; algunas arrugadas, otras en blanco, y el actual Mark, de pie junto a él, mirándole con una mezcla de afecto y reproche por el desorden que estaba creando.

Esbozó el rostro del Scott niño envuelta por *Princess of the Universe*, sonriendo divertida al escucharle desgañitarse a dúo con Freddy Mercury sobre las notas endiabladamente rápidas de la guitarra de Brian May, mientras se lo imaginaba corriendo por la habitación; ella moviendo la cabeza sin perder el trazo:

*I know that people talk about me, I hear it every day.
But I can prove them wrong 'cause I'm right first time.
Yeah, yeah
Alright, let us go, let's go, ha.
Yeah, watch this man fly, wooh.
Bring on the girls, c'mon, c'mon, c'mon.
Here we are.
Born to be kings, we are the princes of the universe*

Here we belong

Mientras dibujaba los detalles de la cara del niño, totalmente concentrado en lo que estaba escribiendo, pensó en cuán fuerte había sido su vocación, su deseo o, mejor dicho, su necesidad casi vital de escribir; tanto que había logrado ser escritor a pesar del miedo y de todos los obstáculos que había tenido que superar. Al dibujar su desaliñado pelo rizado, muy similar al que llevaba ahora, se preguntó qué horrores le perseguían cada noche al acostarse, dando forma a sus pesadillas, como le ocurría a ella.

Mientras difuminaba algunos rizos con la yema del dedo anular, pensó en cómo, desde que se casó, se limitó a actuar como Alex esperaba de ella, renunciando a contradecirle, para evitar discusiones y confrontaciones, siempre tratando de complacerle, con miedo a que la rechazara, la abandonara. Lo cual, viéndolo en perspectiva, era algo completamente disonante, porque muchas veces deseó justamente eso: que él desapareciera para siempre de su vida y cumpliera sus amenazas de irse y no volver jamás. Entonces, ¿por qué sentía aquel miedo? ¿Por qué la paralizaba aquel temor de no sobrevivir sin él cuando deseaba con todas sus fuerzas lo contrario? Dios, él tenía razón. Estaba mal de la cabeza.

La música en el piso de Scott cambió radicalmente, dando paso a una de las pocas piezas de ópera que conocía, el aria de *la Reina de la Noche*, de *La Flauta Mágica* de Mozart. Cogió el carboncillo blanco e iluminó algunas áreas del boceto sorprendida del ecléctico gusto musical del menor de los Toren; la potencia y la fuerza del aria entraron en ella, catapultadas por la maestría de la soprano al cantar esos fraseos y escalas imposibles.

Justo en el clímax, cuando la Reina cantaba: «Hört!, ¡hört!, ¡hört! Rachegötter»^[2], acompañada de los fuertes acordes de la orquesta, dejó de dibujar, inflamada por la grandiosidad y la fuerza del aria. Si Scott había sido capaz de superar a su padre y convertirse en escritor, ella haría lo mismo con Alex; lo superaría, le dejaría atrás y comenzaría una nueva vida. Ya estaba bien de esconderse en aquel agujero; empezaría de cero y le demostraría a aquel capullo arrogante que podía salir adelante sin él.

Necesitaba pensar, meditar cuidadosamente lo que iba a hacer; algo que no podía hacer en aquella atmósfera asfixiante y maloliente. Se puso la ropa deportiva que por fin había encontrado en una de las cajas, cogió los auriculares y, con el aria sonando en bucle en el móvil, salió a correr. Pero esta vez, porque quería sentirse mejor, no porque el capullo de su ex no dejara de gruñir que estaba engordando.

Salió y caminó a paso rápido hacia el parque. Eran las once de la mañana y esperaba que no hubiera mucha gente, para que no la vieran haciendo el ridículo o la miraran con aquel gesto ofensivo de «pero ¿qué hace esa gorda corriendo?», que en tantas ocasiones le hizo volverse a casa, roja de vergüenza.

Cuando llegó, buscó una zona lo más apartada posible, huyendo de los grupos de jubilados que practicaban taichi y marcha nórdica a aquella hora y empezó a correr. Se detuvo un minuto después, jadeando como una locomotora vieja, tratando de recuperar el aliento, presionándose el costado. Estaba en mucha peor forma de lo que pensaba y se le había revuelto el estómago.

—¡Hola, Tawny!

La alegre voz de Charlotte la hizo enderezarse y adoptar una postura lo más digna y deportiva posible, luchando por ignorar el dolor de flato y por regular su respiración. El gesto sonriente de la joven mientras se acercaba a ella cerró por fin el agujero negro de su pecho.

—Hola, ¿qué haces aquí? —preguntó, y sintió ganas de darse una patada a sí misma por su propia estupidez.

—He quedado con Scott. Vamos a ir al juzgado y, como está soleado y no hace demasiado frío, he aprovechado para venir dando un paseo. ¿Y tú?, ¿has salido a correr? —preguntó, recolocándose la bolsa del portátil en el hombro.

Trató de detectar la ironía en la pregunta, pero no, no había la más mínima. Se lo preguntaba de verdad.

—Sí, más o menos. —Se sonrojó.

Charlotte rio divertida e hizo una mueca.

—A mí tampoco me gusta correr. Si has terminado, podemos volver juntas —ofreció.

Sonrió.

—Me encantaría.

Se sentía bien. La sonrisa franca de Charlotte reflejaba que le caía bien, que no la consideraba alguien sin valor que solo sabía comer.

—Hace mucho que no te veo —comentó mientras caminaban, sin saber cómo enfocar la conversación hacia donde quería llevarla.

—Papá tuvo que ir a Italia para una operación y no quería que Scott se quedara solo. Cuando escribe se olvida de comer, de dormir..., y por eso vino a casa del tío Mark conmigo.

Asintió, aunque supuso que estaba más relacionado con que su padre le estuviera buscando. Debía recordar que Charlotte no sabía nada.

—Creí que tu padre estaba de vacaciones.

—Sí, pero le pidieron ayuda para una operación bastante complicada, separar a dos siamesas unidas por la cabeza, y no podía dejar de ir. Vuelve esta mañana y por eso Scott ha regresado al apartamento.

Acababan de salir del parque cuando escucharon unos pasos que se acercaban a ellas con rapidez. Se giraron y Charlotte frunció el entrecejo con disgusto al ver al hombre alto, robusto y moreno que se acercaba a ellas a paso rápido.

—Samuel, vete al infierno —gruñó, dándose la vuelta y acelerando el paso.

—Vamos, Charlotte, esa no es forma de hablarle a tu tío —regañó él, poniéndose a su altura.

Tawny los miró, sorprendida. ¿Samuel Young era su tío? Si ya cuando le veía en la tele no le soportaba, aún le cayó peor ahora por su simpatía forzada y la meliflua condescendencia con la que se dirigía a la hija de Jack.

—No eres mi tío. No eres nada mío. Déjame en paz.

—Te ha dicho que la dejes en paz —intervino Tawny, interponiéndose entre ambos.

—¿Y tú quién coño eres? —Samuel le espetó agresivamente, haciéndola retroceder.

—No te preocupes, yo puedo encargarme perfectamente. —Se volvió hacia Samuel—. Vete a la mierda —gruñó de un modo que a Tawny le recordó a Jack.

—Tus padres deberían enseñarte modales, Charlotte.

—«Señorita Evans-Toren para ti». Te recuerdo que tienes una orden de alejamiento y no puedes estar a menos de quinientos metros de mí. Lárgate o...

—¿O qué?, ¿vas a llamar a Scott para que te ayude? Quizá me pueda gritar desde la otra acera —replicó, burlón e hiriente.

El rostro de ella se volvió tormentoso. Apretó los puños con rabia, irguió la cabeza y continuó andando a grandes zancadas, seguida por Tawny, dejando atrás al presentador. Este, envalentonado, corrió tras ella y le puso una mano en el hombro para obligarla a darse la vuelta.

Con un rápido movimiento, Charlotte le apartó la mano, puso su pierna detrás de la de Samuel y le hizo perder el equilibrio. Ante el asombro de Tawny, se arrodilló sobre él y le sujetó por la nuca, aplastándole la cabeza contra el pavimento.

—Me haces daño —gruñó, tratando de zafarse de la mano de ella, sin conseguirlo.

—Daño es lo que te haré si vuelves a molestarnos a mi padre, a Scott o a mí —amenazó Charlotte, soltándolo.

—Eres igual que tu padre —gruñó Samuel con desprecio, levantándose con esfuerzo. Ella sonrió con orgullo.

—¿Quieres denunciarle? —intervino Tawny.

—¿Denunciarme? —avanzó hacia ella, amenazador—. ¡Debería ser yo quien la denunciara! Me ha tirado al suelo y me ha...

—Si te vuelvo a ver acosándola, yo misma lo haré, ¿entendido? Estoy segura de que a Mark Toren le encantaría tener otro motivo para llevarte a juicio.

La mención del abogado le hizo retroceder. Intentando conservar la poca dignidad que le quedaba, se golpeó el pantalón para limpiarlo, se irguió y se ajustó la chaqueta. Se alejó unos pasos y, cuando estuvo a una distancia segura, se volvió.

—Dile a Scott que le daré un gran y fuerte abrazo en la presentación —prometiéndole, burlón.

—¡Hijo de...! —gritó Charlotte, lanzándose hacia él.

Tawny la detuvo.

—No dejes que te provoque, no le des ese gusto. Ignórale.

—¿Por qué hace eso? —Charlotte se apartó con la mano las lágrimas de rabia—. ¿Por qué no nos deja en paz? ¡Mi padre no le ha hecho nada!

—¿Tu padre?

—Hace dos años, Samuel le sacó en su programa. A papá le dio igual, aunque aquello le causó problemas en el trabajo; siempre hay algún homófobo por ahí que piensa que por el mero hecho de ser gay o bi ya, estás deseando darle por culo.

Tawny rio, sorprendida por su lenguaje.

—El tío Mark le demandó y ganó y, a partir de entonces, muchos de los que había sacado en su programa, le pidieron que los representara, y ha ido ganando todos los juicios.

—Mark me dijo que representaba incluso a quienes no podían pagarle.

Charlotte asintió.

—Samuel ha hundido las vidas de mucha gente: despidos, divorcios, demandas...; acabaron sin nada —sonrió con orgullo—. Mi tío los defiende por justicia, no por dinero, por pararle los pies de una vez al puto envidioso de mierda ese.

Tawny se mordió el labio para no reírse por el rudo lenguaje de aquella chica de rostro angelical

—¿Dónde aprendiste a hacer eso? A tumbarle con tanta facilidad, me refiero. Ha sido genial.

—Acompañé a Scott en sus clases de defensa personal. Él no podía entrenar con un extraño y papá pensó que sería muy útil para mi trabajo como detective. Fue muy divertido.

—¿Me enseñarás?

Charlotte la miró, sorprendida. Tawny era alta y fuerte y no parecía el tipo de mujer que necesitara aprender a defenderse.

—Me encantaría.

—Genial, gracias.

Estaban llegando al edificio. Si no se lanzaba, no tendría oportunidad para hacerlo después. «Venga, se dijo, sin pensar, como cuando te tiras a bomba».

—¿Y qué tal tu tío? —preguntó por fin, intentando no sonar demasiado interesada.

—¿Mi tío? Con mucho trabajo —respondió, extrañada; pensaba que ambos seguían en contacto por el caso y no le pasó desapercibido el temblor de la voz de ella al preguntar

Caminaron unos metros más. Charlotte la miró de reojo, indecisa. Se detuvo en la puerta del edificio.

—Tawny, yo..., no quiero que pienses que soy una entrometida, pero..., el tío Mark siempre se hace el fuerte.

La miró sin comprender.

—Lo que quiero decir es que... nunca pide ayuda, pero, a veces, hay que darle..., no sé, un pequeño empujón en la dirección correcta.

Al escucharla y ver su rostro preocupado y amable, decidió que no quería perder la extraña segunda oportunidad que le estaba dando la vida. La idea que se le ocurrió le asustó un poco; quizá todo se fuera al infierno si forzaba las cosas, pero llevaba demasiado tiempo a la deriva. Tragó saliva, reuniendo el valor para hablar, retorciéndose un mechón del cabello, mientras Charlotte la miraba, expectante.

—Tú..., tú ¿podrías darme la dirección de Mark?

Sonrió.

—¿Estás pensando en ir a verle?

—Algo así, pero primero tengo que ducharme y cambiarme de ropa.

—Sí, será mejor —rieron, entrando en el ascensor—. Cuando estés lista, pasa por el apartamento. Scott te dará una nota para Roger.

—¿Roger?

—Ya lo entenderás —replicó, guiñándole un ojo y llamando con los nudillos a la puerta.

Tawny se quedó mirándola unos minutos; parpadeó, volviendo a la realidad. Si se lo pensaba, se echaría hacia atrás. Una hora más tarde, duchada, con el pelo limpio y sus mechones más descontrolados que nunca, embutida en sus vaqueros y la ancha camisa a cuadros, llamó a la puerta de al lado. Reconoció los rápidos pasos de Charlotte acercándose; esta abrió, sonriente. Entró despacio, tímidamente y saludó con la mano a Scott. Este bajó la música, esta vez de violín y orquesta y la saludó con una inclinación de cabeza.

—Perdonad que os interrumpa —se excusó. Sé detuvo, y se frotó las manos, nerviosa, la inseguridad envolviéndola—. Charlotte me dijo...—Se aclaró la garganta.

El se volvió hacia la mesa y cogió un papel. Tawny miró la pared donde había visto la lista de objetivos, sin poder reprimir una sonrisa al recordar cuando pensaba que eran víctimas reales. Había muchas más notas adhesivas que antes en todos los colores: azul, verde, rosa, naranja, y ahora amarillo; escritas en mayúsculas, con letra clara. Las notas azules correspondían a los personajes. Las moradas, a sus relaciones: compañeros de trabajo, pareja, expareja, detective, forense, etc.; las verdes mostraban lugares: la casa de Chris, la morgue, la casa del estudiante, la casa del adivino; las naranjas, los objetivos: Phoebe King, Anne Adam..., y las amarillas contenían añadidos a la trama. Las miró, embelesada, sin poder creer estaba presenciando la gestación de una de las novelas de Kriger, tal y como se iba construyendo paso a paso, desde una pequeña idea en su cabeza hasta un mural que cubría por completo una de las paredes.

Pero parecía no ser suficiente, porque en la pared de enfrente había más notas de colores alrededor de una hoja en blanco, aunque con letra diferente, seguramente de Charlotte.

Sonrió para sus adentros, imaginándose a ambos hablando de la novela, quizá añadiendo una nueva trama, porque en la hoja del centro aparecía el título «Expediente».

Volvió la vista a la mesa, donde, junto al portátil, había un cuaderno abierto, lleno de garabatos incomprensibles, apuntes tomados a toda prisa por Scott que luego utilizaría para su libro; en una hoja vacía, aparecía la misma palabra, escrita en mayúsculas, pero, antes de que pudiera leer qué había anotado debajo, el escritor la cerró de golpe, sobresaltándola.

—Aquí tienes —gruñó molesto.

Tawny miró el papel que le había dejado sobre la mesa.

—¿Qué es eso?

Scott puso los ojos en blanco.

—La dirección de Mark, obviamente.

—Roger —recordó Charlotte.

—Dale esto a Roger cuando te diga que no está en casa —ordenó, garabateando otra nota rápidamente.

—¿Roger?

—Su asistente. Tu solo dale esto.

—¿Esto?

La miró, exasperado.

—Y ahora vete. Estamos trabajando.

—Scott...

Tawny la miró, divertida. El tono de Charlotte era el mismo que utilizaba Jack cuando su marido se volvía rudo e ineducado. Él arrugó la nariz y se encogió de hombros a modo de disculpa. Ella sonrió.

—Estamos investigando un caso —explicó afablemente.

—Oh, os dejo seguir, entonces. Gracias. —Alzó el papel.

Abrió la puerta y estaba a punto de salir cuando la voz de Scott, esta vez en un tono mucho más suave y tranquilo, la detuvo.

—Tawny, Mark no es tan fuerte como parece.

Asintió, conmovida, captando el ruego no formulado que contenía aquella frase: «No le hagas daño».

Excitada por su idea, convencida de que era una locura y desconcertada por su determinación en llevarla a cabo, caminó hasta la estación de Brixton y treinta minutos después salió en la estación de Tower Hill. Cuando llegó a la dirección que Scott le había dado, echó la cabeza hacia atrás, intentando observar el imponente edificio por entero, sin conseguirlo. Bajo la dirección, Scott había apuntado la contraseña para abrir la verja negra que daba acceso a los jardines. Se sintió fuera de lugar, sus vaqueros baratos y su vieja camisa desentonaban totalmente con la exclusividad de aquel lugar. Pero había llegado hasta allí y no se iba a echar atrás; tomó aire, introdujo la contraseña y la verja se abrió con un zumbido. Caminó hacia la puerta de entrada al edificio, temiendo que en cualquier momento alguno de los numerosos miembros de seguridad que vigilaban el jardín la echaran.

Cerró los ojos cuando el ascensor acristalado del edificio subió con rapidez los cincuenta pisos hasta llegar al ático, donde las puertas dieron paso a un pequeño vestíbulo blanco, sin ventanas, amueblado con una pequeña cómoda de madera azul rústica y un sillón, al lado de una gran puerta de doble hoja que daba a una gran puerta oscura de doble hoja. Se secó la mano sudorosa en la camisa y pulsó el timbre.

Un hombre de unos cincuenta años, vestido con traje y corbata, abrió y la miró de arriba abajo con ojo crítico.

—Me gustaría ver a Mark Toren —pidió, deseando que su voz temblara un poco menos.

Él permaneció en silencio y ella se pasó la mano por el cabello, atusándose, tratando de estar lo más presentable posible.

—El señor Toren no está —respondió con sequedad.

—Scott, su hermano, me ha dado esto para usted. —Le tendió la nota.

El hombre enarcó una ceja, dejando claro que no la creía; al leerla, su expresión se dulcificó.

—Espere un momento, por favor.

Asintió, preguntándose si era costumbre de Mark hacer esperar a los invitados en la calle. Unos instantes después, él volvió con gesto de disculpa.

—Lo siento, señorita, el señor Toren tiene mucho trabajo y no podrá recibirla.

Se le hizo un nudo en la garganta. Lo había fastidiado del todo. «Estúpida, estúpida». Aún así...

—Esperaré —afirmó, haciendo ademán de sentarse en el sillón.

—Me temo que no puede estar aquí. El vestíbulo es propiedad privada.

Le miró, incrédula. ¿En serio la iba a echar a la calle? De acuerdo, Mark era más testarudo de lo que había esperado, pero ella también.

—Dígale que esperaré en el portal. Supongo que no será propiedad privada —replicó con retintín.

El hombre negó con la cabeza y desapareció dentro de la casa. Ella bajó y se sentó en uno de los bancos de los jardines de los soportales, mirando pasar a los transeúntes, pensando en cómo lograr que Mark le dejara entrar. Era obvio que él estaba demasiado avergonzado de que ella le hubiera visto comer así...

Aquel pensamiento le dio una idea. Ante la mirada suspicaz del portero, subió de nuevo al vestíbulo y llamó.

—El señor Toren... —comenzó Roger casi antes de abrir la puerta.

—Lo sé, lo sé. ¿Podría prestarme algunos folios y lápices de colores?

Si le hubiera pedido un unicornio azul, el hombre no la habría mirado con tanto desconcierto.

—No estoy seguro de que tengamos eso en casa, señorita. Déjeme comprobarlo, pero...

—Esperaré abajo.

Había pasado casi una hora y Roger no había aparecido. Al principio, se lo imaginó registrando cada cajón de la enorme residencia, buscando lo que menos esperaba encontrar en la casa de su jefe. Pero poco a poco fue perdiendo la esperanza; quizá se había limitado a ignorar su petición, por muy solícita que fuera su actitud. Cansada de estar sentada, salió a la calle y caminó arriba y abajo delante de la puerta, sin alejarse demasiado, por si Mark o Roger aparecían.

En uno de sus breves paseos, vio un coche aproximándose despacio. Se acercó a la verja, temiendo que fuera parte del equipo de seguridad, alertado por los vecinos tras verla merodear por allí tanto tiempo. Como temía, el vehículo se detuvo frente a ella. Pero en lugar de un hombre uniformado, se bajó un chico de unos veinte años, vestido con traje azul y corbata, con un voluminoso paquete en las manos.

—¿Tawny Walker?

Asintió.

—Esto es para usted —indicó, dándoselo.

—¿Para mí? ¿Cómo...?

—Mis instrucciones son entregárselo, nada más —respondió alejándose hacia el coche.

Tawny cruzó de nuevo la verja con el paquete bajo el brazo y se sentó en el banco. Rompió el papel que envolvía el paquete, y miró la caja rectangular de madera negra desconcertada, intentando adivinar qué había dentro. En fin, solo había un modo de averiguarlo.

Se quedó casi sin aliento al ver los ciento veinte lápices de colores Faber Castell Polychromos, dispuestos en dos niveles. Cogió uno de ellos con devoción, casi temiendo romperlo. Había soñado millones de veces con tener una caja así, pero cuando era joven se salía de su presupuesto y cuando... sacudió la cabeza. «No. Fuera, fuera». No quería pensar en ello.

Cubrió el banco con uno de los papeles del envoltorio para evitar que la caja se dañara y la colocó encima con cuidado, para ver qué más había en el paquete: un sacapuntas, dos gomas de borrar blancas, un juego de lápices de grafito de dibujo artístico y un bloc de dibujo.

Se frotó la boca, desconcertada, casi asustada, mirando boquiabierta el material: el sueño de cualquier artista. Desde pequeña, le encantaban los lápices de colores, pero aquello era otro nivel. El nivel al que Mark Toren hacía las cosas: al instante y lo mejor.

Extendió una mano y rozó los lápices con las puntas de los dedos, temiendo estropearlos. Sentía ganas de llorar y reír al mismo tiempo, sin estar segura del todo de que no fuera un sueño. Si lo era, no quería despertar.

Con mano temblorosa cogió uno de los lápices de dibujo de grafito y abrió el bloc. Se acomodó en el banco lo mejor que pudo, intentando encontrar la posición más adecuada para dibujar; dobló la pierna, apoyó el tobillo sobre el muslo y el bloc en su pierna doblada y, bajo la curiosa mirada del portero, comenzó a dibujar.

Unas horas más tarde, tras terminar ocho diseños diferentes, sacudió la mano para relajarla y miró a su alrededor. Empezaba a oscurecer y tenía hambre, pero no se movería de allí hasta que Mark la dejara entrar. «Resistencia pasiva», como Gandhi.

Dejó el bloc con cuidado sobre el banco. Las hojas de papel cebolla entre las hojas de dibujo evitarían que los diseños se emborronaran. Se levantó para desentumecerse, sacudiendo los brazos y las piernas.

Acababa de sentarse de nuevo cuando Roger apareció ante de ella. Le miró, esperanzada, pero él negó con la cabeza. Suspiró, abatida y cabizbaja, preguntándose si tenía algún sentido lo que estaba haciendo; al ver la bandeja con sándwiches y una botella de agua que él le tendía se le hizo la boca agua; no había comido nada y la comida la ayudaría a calmarse. Pero no. La rechazó con un gesto.

—Dígale que no comeré ni beberé hasta que me deje entrar.

El hombre suspiró.

—Señorita, usted no se imagina lo obstinado que puede llegar a ser el señor Toren.

—Ni él lo cabezota que puedo ser yo.

Él asintió, esforzándose por mantenerse serio, aunque su mirada dejó traslucir cierta admiración. Cuando se fue se notó sedienta. «Debí haber cogido la botella de agua», se reprochó.

De dónde venía aquella determinación, no tenía ni idea. No era la clase de mujer que se crecía ante las dificultades o, mejor dicho, dejó de serlo cuando se casó. Se volvió cada vez más pusilánime, temerosa y reacia a enfrentarse al día a día; se encogía ante cualquier reto y aún más ante cualquier rechazo.

Pero seguir dibujando la ayudó a no pensar, a evitar que el miedo creciera y la anulara, como había ocurrido tantas veces; se dejó guiar por su instinto, que la animaba a seguir con su plan.

Absorta en su siguiente dibujo se dio cuenta de que, durante días, cada vez que pensaba en Alex, era para recordar algo querido que había perdido junto a él: la pintura, los amigos, el valor..., pero entonces no fue consciente de ello. Lo tomaba como un sacrificio necesario, exigido por el amor que sentía por él. Durante todos aquellos años, se sintió, más o menos, feliz en su matrimonio, al menos los días que él no se enfadaba, cuando recuperaba al hombre del que se había enamorado, y volvía a hacerse ilusiones de que todo iría bien a partir de entonces, de que él no volvería a enojarse porque la amaba con la misma intensidad que ella lo hacía. Hasta que volvía a enfurecerse.

Con los recuerdos, volvió la ansiedad. Respiró profundamente, tratando de concentrarse en el dibujo, insegura de lo que estaba haciendo. Quizá era una tontería; quizá debiera volver a su

agujero, de donde nunca debió salir. Su estómago se encogió por el miedo, al imaginarse a Mark agarrándola del brazo y arrastrándola a la calle.

No dejó de dibujar. Los lápices la anclaban a la realidad, un ojo tranquilo dentro del huracán de pensamientos, mientras plasmaba los múltiples y diminutos pliegues de la figura que estaba dibujando, deshaciendo el miedo entre ellos.

* * *

—Estas son todas las propiedades a nombre de Marvin y Elizabeth Carter —anunció la encargada del Registro de la Propiedad, entregándoles las tres notas registrales que Scott y Charlotte le habían pedido. Esta las cogió y salieron del edificio y, en taxi, se dirigieron al Vicky Park, donde caminaron hasta sentarse en una de las mesas de madera, alejadas del bullicio, donde podrían trabajar tranquilos.

—Una casa en la playa y dos pisos, uno en Londres y otro en Luton...; a los padres de Alex no les iba nada mal para tener una pequeña ferretería en un pueblecito perdido —ironizó Scott.

—Y el más pequeño, el de Luton, tiene doscientos cincuenta metros cuadrados. El de Londres es un chalet de tres plantas con más de cuatrocientos metros cuadrados —informó Charlotte, consultando el catastro—. Quizá los compraba para blanquear ganancias de la empresa. Después los ponía a nombre de sus padres y el ex de Tawny ya no tenía nada.

—Pero son demasiado grandes y caros para comprarlos al contado. Hubiera despertado las sospechas de Hacienda. El dinero debía blanquearlo de otro modo. Incluso así, según la información sobre la empresa que tenían en el expediente del juzgado, los beneficios que obtienen del negocio no alcanzarían para comprar esos aquellos dos pisos, y la ferretería del pueblo, aún menos.

Los dos estudiaron la documentación, pensativos.

—Ni siquiera están cerca del pueblo de sus padres, Branton, sino en Londres, Luton, Kent...; diseminadas por toda Inglaterra —observó Scott—. Veamos una por una, por si podemos encontrar algo que nos pueda resultar útil.

Charlotte asintió. Pasaron dos horas cotejando lugares y nombres, sin encontrar nada que les llamara la atención, hasta que llegaron a la vivienda de Luton.

—Esta está a nombre de una tal Wendy Knight y la madre del ex de Tawny. —Se sorprendió Charlotte, haciéndose una coleta con una goma que llevaba en la muñeca.

—¿En qué proporción son titulares?

—Al cincuenta por ciento, como si la hubieran comprado juntos.

—¿Cómo se llamaba la mujer que apareció en la puerta de Tawny? No era Wendy, ¿verdad?

Charlotte negó con la cabeza y consultó sus notas.

—Tania, Tania Davidson. No tengo nada que haga referencia a esa tal Wendy. Y ni Tawny ni el tío Mark han hablado de ella, de eso estoy segura.

El escritor frunció el ceño, pensativo.

—¿Sabemos quiénes eran los anteriores propietarios?

Su hijastra leyó con rapidez la nota registral.

—Timothy Harris y Wendy Knight.

—O sea que el tal Timothy le vendió su parte a Alex, o se la cedió, y este luego a su madre. Pero no tiene sentido. No se puede vender media casa.

—Quizá firmaran una extinción de condominio que no está en el expediente.

Scott sonrió.

—Eres un genio. —Ella le devolvió la sonrisa, encantada—. Vámonos al Registro de la Propiedad de Luton. Quizá allí tengan algo que nos pueda servir.

* * *

Jack entró en el apartamento y dejó la pequeña maleta en la entrada. Se estiró, cansado de las largas horas de operación y del viaje, aunque satisfecho porque todo había ido bien y las dos siamesas podrían vivir una vida independiente, sin que ninguna de sus funciones cerebrales se viera comprometida. Se estiró de nuevo, moviendo el cuello de lado a lado, dejando sonar las cervicales. Cuando todo aquello acabara, tendría que visitar de nuevo a su fisioterapeuta.

Scott le había avisado de que él y Charlotte estarían en el juzgado, investigando sobre el caso de Tawny. No le tranquilizaba la idea de que ambos correttearan por ahí solos ahora que Michael estaba suelto, pero sabía que obligarle a marcharse a casa de su hermano mientras él estaba de viaje había despertado las sospechas de su marido, y para evitar que acabara descubriendo el porqué, decidió abrir un poco la mano. Por eso y porque sabía que una línea muy fina separaba la protección de la sobreprotección, y la segunda no le hacía ningún bien a Scott. Además, estando en los juzgados, no correrían peligro. Aprovecharía para descansar un poco, darse una ducha y después iría a encontrarse con ellos.

Le extrañó cuando llamaron a la puerta; nadie sabía que estaba allí. Cuando la abrió, el pasillo estaba desierto. Iba a cerrar cuando vio un gran sobre blanco en el suelo; lo recogió y lo dejó sobre la mesa, con la intención de verlo después, pero le llamaron la atención las dos palabras escritas con rotulador negro y letra picuda: Samuel y Charlotte.

Apretó los labios con rabia y asco. Al rasgar el sobre, cayeron varias fotos cayeron sobre la mesa, en las cuales Charlotte y Tawny caminaban juntas por la calle. Alarmado, sacudió el sobre y salieron otras donde Samuel estaba con ellas. Al llegar a aquella en la que aquel bastardo ponía la mano en el hombro de su hija, la cogió y la arrugó con fuerza, los nudillos blancos. Las metió con rapidez en el sobre, bajó a la calle y llamó a un taxi. Estaba tan furioso que se le saltaban las lágrimas, incapaz de creer que aquel capullo se hubiera atrevido a acercarse a ella de nuevo. Creyó haberle dejado muy claro lo que le ocurriría si volviese a hacerlo.

Nunca soportó al hermano de Ann. Quizá al principio, cuando él era aún un reportero que soñaba con presentar un programa en la televisión nacional. Un poco pagado de sí mismo y con un aire de superioridad que, lo supo al primer vistazo, escondía un enorme complejo de inferioridad, pero no parecía un mal tipo. Charlotte y su madre mantuvieron siempre contacto mientras ella estuvo en el extranjero y ambas tenían una muy buena relación. Cuando Ann volvía de Francia, de vacaciones o para ver a su hija, se alojaba en casa de su hermano, donde Charlotte iba a visitarla. El periodista y la niña se llevaban bien, hasta que le contrataron en aquella televisión nacional. Comenzó, entonces, a quejarse de que la niña le molestaba para preparar sus programas, que un presentador de su talla no podía pasarse los fines de semana haciendo de niñera y varias chorradas por el estilo, hasta que Ann le paró los pies. Él dejó de hacer comentarios, pero la hacía rabiar con normas absurdas y comentarios hirientes hasta que llorosa y dolida, volvía con su padre. La primera vez lo dejó pasar; la segunda fue a advertirle que se la vería con él si volvía a hacerla llorar.

Samuel, acobardado, no volvió a meterse con ella. En su lugar, hizo lo que se había acostumbrado a hacer con quienes consideraba que le hacían de menos: un mes después, comenzó a hablar de Jack en su programa, de su vida privada, su bisexualidad; acusándole de traumatizar a su hija al criarla junto a otro hombre y mil barbaridades más, echando mano de todos los más sórdidos y zafios tópicos sobre homosexuales y bisexuales que encontró.

Por consejo de Mark, no contestó a sus acusaciones. Tampoco le afectaban; cuando su padre se enteró de que era bisexual, le llamó cosas peores: depravado, invertido, desviado, sodomita, pervertido...; en el ámbito profesional, aunque algún homófobo dejó de relacionarse con él, no hubo mayores cambios y la tormenta pronto amainó.

Pero, para Samuel, aquello significaba que perdería la audiencia que había conseguido, con lo que decidió cambiar de táctica, y esperó a Charlotte a la salida de su instituto. Jack apretó los puños con furia, recordando el rostro asustado y desconcertado de su hija de quince años al verse rodeada y perseguida por las cámaras, mientras el presentador corría tras ella, haciéndole preguntas sobre cómo le afectaba la vida sexual de su padre.

Sonrió al recordar cómo el muy idiota se quedó con un palmo de narices cuando Scott apareció en su coche unos minutos después. Mientras corría, Charlotte le llamó y él salió disparado a por ella. La imagen de él con su gorra y sus gafas negras y ella sentada a su lado, haciéndole ambos una peineta por su ventanilla se hizo viral, para deleite de los detractores de Samuel. Jack, en el quirófano, no supo lo ocurrido hasta varias horas después; al enterarse, fue a casa del presentador y, de un fuerte puñetazo le hizo saltar dos dientes, advirtiéndole que jamás volviera a acercarse a su hija.

Más furioso por las chanzas y los memes a su costa que por los implantes dentales, Samuel le denunció por lesiones; convirtió, como en todas las ocasiones anteriores, la sala del juzgado en un plató de televisión y el juicio en un circo mediático, en un intento de amilanar a los abogados de la parte contraria; el espectáculo creció aún más cuando el cirujano apareció solo con un abogado defensor, un tal Mark Toren, que, a partir de entonces, se convertiría en su bestia negra.

Jack saltó del taxi y aporreó la puerta del periodista.

* * *

Estaba oscureciendo cuando Tawny terminó el último dibujo que tenía en mente. Con cuidado, arrancó la última página del bloc y comenzó a escribir. De cuando en cuando miraba a la calle, ya desierta, salvo por los pocos taxis y coches que circulaban a aquella hora, mientras luchaba por encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que quería decir. No le resultaba fácil escribir aquello; debía conectar con sus propios sentimientos y eso la hacía sentirse vulnerable, asustada y avergonzada, e insegura de cómo reaccionaría Mark. Quizá le dijera cosas hirientes, quizá la despreciase o se burlase de ella; aún así, tachó, emborronó, reescribió y solo cuando estuvo completamente satisfecha con lo que había escrito, copió el texto en una nueva hoja.

Subió de nuevo al ático y llamó suavemente a la puerta. No estaba segura de si podrían oírla porque era casi la una de la madrugada, pero, al cabo de unos instantes, Roger apareció detrás de la puerta. ¿Aquel hombre no dormía nunca?

Le mostró los dibujos, la hoja escrita escondida entre ellos para que solo Mark pudiera leerla.

—¿Podría darle esto, por favor?

—Señorita...

—Tawny.

—Tawny, váyase a casa.

Negó con la cabeza. El asistente sonrió ligeramente, el mismo brillo admirado en los ojos y desapareció tras la puerta. Ella se acurrucó en el sillón, lamentando no haber cogido el abrigo; no creía que la echaran de allí, ahora que era noche cerrada y hacía un frío del demonio. Arrullada por una extraña tranquilidad, se quedó dormida.

CONFESIONES

Mark, aún despierto, trabajando en el escritorio de su habitación, miró a Roger y después los dibujos que él había dejado sobre la mesa.

—¿Aún sigue ahí fuera? —preguntó, impresionado.

—Se ha quedado en el sillón.

Asintió y su asistente salió de la habitación.

Observó el paquete de hojas con recelo. Cuando Roger le dijo que Tawny estaba allí, no podía creerlo. No había podido olvidar su cara de desconcierto y disgusto cuando le vio comiendo en la pastelería, perdido por completo el control de sí mismo.

No creyó volver a verla. Le llamó un par de veces, pero después dejó de hacerlo. Lógico. No quería saber nada de él. ¿Quién iba a querer relacionarse con alguien tan repugnante y deprimente como él? Nadie soportaría estar a su lado. Cerró los ojos y escondió la cara entre las manos, recordado su barbilla y sus manos llenas de chocolate y nata, después de haberse comido con ansia varios trozos enormes de pastel; la mesa llena de otros tantos pedazos y varios *cupcakes* que iba a devorar hasta que desaparecieran el miedo, la angustia y los recuerdos avivados por la conversación en el despacho de Jack.

Lo había tirado todo por la borda: las reuniones de comedores compulsivos anónimos, las sesiones de terapia con un experto en trastornos de la alimentación...; ahora, cuando había superado su trastorno por atracón y, solo de tanto en tanto, comía más de lo habitual; nunca cantidades tan desorbitadas como entonces y siendo en todo momento consciente de lo que comía, de que se estaba refugiando en la alimentación emocional.

Y ahora, veinte años después, su trastorno había vuelto al enterarse de que Michael había sido puesto en libertad. Al principio, había logrado controlarlo gracias a las llamadas a Violet, su madrina en comedores compulsivos, y a las reuniones casi diarias a las que volvió pero, al recordar lo vivido de niño las emociones se desbordaron de nuevo y la comida volvió a ser el único modo de superar aquello.

Casi había conseguido calmarse cuando Tawny entró en la cafetería. Se maldijo por estúpido, por haberse metido en el primer sitio que encontró a mano. Lejos quedaban aquellos tiempos en los que comía a escondidas y recorría kilómetros en coche porque le daba vergüenza que los dependientes de las pastelerías y tiendas de comestibles le reconocieran. Había cometido un error de principiante. El estupor, el horror con el que ella le miró... aquello fue lo que más daño le hizo.

No fue capaz de dejarla entrar cuando Roger le dijo que estaba en su puerta. ¿Cómo iba a mirarla a la cara? Ella era inteligente, valiente, divertida, empática, generosa y él..., él solo sabía comer cuando las cosas se ponían feas.

No entendió por qué pidió los lápices, pero recordó que Scott había dicho algo sobre que ella dibujaba. Decidió regalarle la mejor caja de lápices que uno de los pasantes del bufete encontró en el mercado; de ese modo, se acordaría de él cada vez que cogiera uno. Le dieron ganas de darse un puñetazo a sí mismo. ¿Cómo se podía ser tan estúpido? ¿Cómo podía haberlo

estropeado todo así?

Ordenó con cuidado los papeles y bolígrafos de la mesa que Roger había movido para dejar los dibujos. Todo en orden, todo debía estar en orden, cada cosa en su sitio, equidistante de la otra, o estallaría el caos.

Se mordió el labio superior, pensativo, dudando si mirar los dibujos o no. ¿Qué serían? ¿Y por qué había dibujado? Inspiró, temiéndose lo peor. Había soportado muchas burlas, gritos y miradas llenas de desprecio en el pasado. De acuerdo, echaría un vistazo solo a un par de ellos; si eran hirientes u ofensivos, tiraría el resto.

Miró el primero, desconcertado. «¿*Cupcakes?*». Se le llenaron los ojos de lágrimas al darse cuenta de que eran los de aquella maldita pastelería, los mismos que él se estaba comiendo. Nunca pensó que Tawny pudiera ser tan cruel. Le había parecido sensible y empática, con la suficiente fuerza como para, estando hundida, intentar ayudar a alguien que no conocía. Pero ahora...

El siguiente papel estaba escrito; no estaba seguro de querer saber lo que ponía, pero lo había escrito para él. Con esa idea, aún temeroso, comenzó a leerlo, escéptico y temeroso al principio, incrédulo y boquiabierto después. Mientras leía, miró uno a uno los dibujos. Al ver el último, soltó una carcajada, los ojos llenos de lágrimas. Miró la hora; seguramente ella se habría marchado, pero quizá... Corrió hacia la puerta y la abrió. Se quedó parado, sorprendido de encontrarla durmiendo en el sillón, bajo la manta con la que Roger la cubrió para protegerla del frío.

Carraspeó, y se recolocó la camisa. Aun en casa, siempre vestía un pantalón de traje y camisa. Su máxima concesión era quitarse la corbata. Se acercó a ella.

—Por el amor de Dios, Tawny, ¿quieres entrar de una vez?

Ella se despertó al oír el gruñido sorprendido de él. Parpadeó, deslumbrada por la luz del amanecer que inundaba el vestíbulo, y se giró a mirar al mayor de los Toren, que la observaba con una mezcla de alegría, desconcierto e incredulidad.

Sin esperarla, volvió a entrar; ella se levantó y le siguió por el largo pasillo. Cuando cruzó la puerta por la que había desaparecido Mark, se detuvo en seco, contemplando la enorme biblioteca de dos alturas, construida enteramente en caoba, incluida la elegante escalera de caracol que unía ambas plantas.

—¿Es cierto? —preguntó él, señalando una mesa baja, donde había colocado sus dibujos uno al lado del otro y, la hoja manuscrita delante de estos.

En el primero, podían verse tres *cupcakes* de chocolate, cuatro de arándanos y dos de canela, cuatro palmeras de chocolate y tres donuts, exactamente lo que había comprado en la pastelería después de salir detrás de Mark. En el siguiente, galletas de chocolate y patatas fritas. En el resto, hamburguesas, diferentes platos de pastas, bocadillos, quesos, mayonesa, puré de patatas y pizzas mezclados sin concierto. En el penúltimo El Principito y en el último, diez líneas rojas verticales paralelas que no supo descifrar.

Tawny asintió.

—Esto es lo que comí aquella noche cuando llegué a casa. —Señaló los dos primeros—. El resto es lo que he estado comiendo esta semana sin poder controlarme, hasta sentirme enferma y casi no saber quién soy. Y no es de ahora; desde que me casé con Alex, ha sido lo habitual en cada atracón.

Lo soltó de un tirón, sin respirar, intentando no pensar en lo que estaba diciendo. Cuando terminó se mordisqueó la uña del pulgar, nerviosa, temerosa de su reacción. Pero él parecía en shock, mirándola a ella y a los dibujos; los ojos llenos de lágrimas por un instante, que hizo

desaparecer con un rápido parpadeo.

—Siento..., siento no haberte dejado entrar. Pero..., estaba seguro de que habías venido a decirme que no querías volver a verme —confesó casi en un susurro, mirando al suelo, avergonzado y abatido.

—¿Por qué?, ¿por unos pasteles? ¿Porque cuando sientes tanto dolor que temes que te vaya a partir en dos comes hasta hacerlo desaparecer? ¿Porque cuando la depresión te aprisiona y sientes que te ahogas, te refugias en el azúcar? ¿Porque cuando estás tan asustado que lloras de miedo buscas consuelo en comida caliente y suave? Bienvenido al club, bobo.

La miró desconcertado y ella temió haber ido demasiado lejos. Dudaba que mucha gente se hubiera atrevido a hablarle de aquel modo, pero no pudo contenerse, lo dijo del golpe, sin pensar, tal como le salió.

Tras reponerse de la impresión, la invitó con un gesto a sentarse en un sillón frente a él. Permanecieron en silencio hasta que, comprendiendo que Mark no sería capaz de comenzar, decidió hablar ella.

— Empecé a darme atracones poco después de casarme. Al principio no eran muy grandes: tan solo un par de tarrinas pequeñas de helado, una hamburguesa por aquí, un trozo de pizza por allá..., nada alarmante. Pero, cuando discutíamos, él me decía cosas horribles que me hacían sentir muy mal y yo..., descubrí que la comida me ayudaba a no sentir el dolor, la decepción, el miedo, la culpa, la incertidumbre; pero cada vez necesitaba comer más. Desde entonces, y especialmente desde que descubrí lo de su matrimonio con Tania, no puedo parar. Lo he intentado, pero..., la ansiedad, la angustia, la pena, el miedo... todo me asfixia. Sólo dejo de sentirme así cuando estoy tan llena, tan abotargada por todo lo que me he comido, que no sé ni quién soy.

Mark la observó en silencio. Sabía lo difícil que le estaba resultando abrirse y confesar su secreto más vergonzoso y la admiraba por ello. A él también le costó, aun rodeado de otros que lo padecían, que sabía que le comprenderían.

No tuvo valor para mirarla cuando comenzó a hablar.

—Hace ya más de diez años que me di mi último atracón. He estado en terapia, tengo una madrina a la que llamo cuando siento que no puedo manejar la situación de otro modo, pero..., el otro día..., demasiados recuerdos. No podía pensar en otra cosa que no fuera comer hasta..., ¿cómo has dicho?, hasta sentirme tan abotargado que desapareciera el dolor. Y cuando te vi allí, mirándome... pensé que no querrías volver a verme.

Tawny sonrió con tristeza.

—Cuando te llamé y no me cogiste el teléfono..., creí que te daba asco. Pensé que sabías que me iba a comer todo aquello y te resultaba repugnante.

Arrugó el ceño, dolido.

—No digas eso. No hables así de ti misma.

—Era lo que me decía Alex cuando me sorprendía en medio de un atracón. Pocas veces, porque me convertí en una maestra de comer a escondidas. Cuando te vi, te miré así porque sentí vergüenza de que vieras todo lo que iba a comer y porque me sorprendió..., es decir..., nunca pensé que tú...; quiero decir, creí que solo te había ocurrido ayer.

Sonrió, triste, negando con la cabeza.

—Comenzó cuando vivíamos en casa de mis padres y comíamos todos juntos. Como cualquier niño, lo hacíamos despacio o no teníamos hambre o algo no nos gustaba y no lo queríamos. Mi padre perdía la paciencia y comenzaba a gritar y dar fuertes puñetazos en la mesa. Scott, temiendo que aquello fuera el preludio de una paliza, vomitaba en el plato de puro pánico.

Mi padre le obligaba comérselo; le metía las cucharadas a la fuerza en la boca, sin esperar a que tragara, hasta que se terminaba el plato. Scott lloraba, se atragantaba, tosía, vomitaba de nuevo...; aún no entiendo cómo no se ahogó.

—Dios mío —murmuró, horrorizada.

—Era espantoso, tanto que incluso mi madre intentaba detenerlo. Pero él no paraba hasta que el plato quedaba vacío; llegó un momento en que Scott apenas podía tragar, y la comida solía terminar en una paliza. Para evitar que siguiera haciéndolo, se me ocurrió comerme lo que había en mi plato y en el suyo; engullía lo que había en el mío a toda velocidad y desarrollé habilidad de prestidigitador para coger comida del de Scott y ponerla en el mío sin que mi padre se diera cuenta. Así fue como descubrí que atiborrarme de comida hacía desaparecer el miedo y la ansiedad. Yo comía cada vez más y Scott cada vez menos.

Sacudió la cabeza con tristeza.

—Empecé a comer a escondidas, sobre todo por la noche; esperaba a que todos se durmieran, iba a la cocina y comía todo lo que podía hasta que me sentía físicamente mal, pero emocionalmente tranquilo. Entonces volvía a la cama y conseguía dormir un poco.

Tawny asintió.

—Yo también lo hacía así, sobre todo, cuando habíamos discutido. Cuando él estaba dormido, o se había marchado, yo bajaba al sótano; allí, entre los trastos viejos y mis cuadros y pinturas, tenía escondido mi botín de comida. No podía parar hasta que me sentía más relajada, o, al menos, no tan mal, y entonces volvía a la cama; de otro modo no podía dormir, no hubiera podido seguir soportándolo. Los atracones se fueron haciendo cada vez más frecuentes y mayores.

Mark asintió, sintiendo una pena infinita por ambos. Nadie que no lo hubiera experimentado sabía lo que era aquel infierno de comer sin control, de comerse incluso lo que habías tirado a la basura una hora antes, cuando habías decidido que no volverías a darte un atracón.

—Yo, mal que bien, conseguí controlarlo hasta los dieciséis años. Dos años después cuando nos fuimos de casa, a los dieciocho, pesaba más de ciento cincuenta kilos; de hecho, no sabía cuál era mi peso real, porque la báscula de casa no pasaba de aquella cifra.

Ella le miró, sorprendida. Aunque no tan delgado como Scott, en Mark no quedaba rastro aquella obesidad. Él miró al suelo y suspiró, alisando una pequeña arruga de sus pantalones.

—En mi casa, por supuesto, nadie hablaba de ello. Mi madre se limitaba a comprarnos ropa de tallas cada vez más grandes a mí y más pequeñas a Scott. Como si fuera lo más normal del mundo; como si no fuera obvio lo que estaba ocurriendo.

Tawny asintió; resultaba reconfortante poder hablar por fin de ello abiertamente, sin miedo al rechazo, descubrir que no era la única a la que le ocurría. Avergonzada, nunca se lo contó a nadie.

—Alex me criticaba cuando ganaba peso, me insultaba, me humillaba, entonces yo me mataba a hacer dieta y ejercicio, porque si no él... —Miró hacia arriba, intentando contener las lágrimas, sin terminar la frase—. Cuando estaba con él o con los demás, yo comía raciones normales, pensando en que, en cuanto tuviera oportunidad, bajaría al sótano y tragaría hasta hacer mi vida soportable. En el supermercado, hacía nuestra compra por un lado y le pedía a la cajera que me cobrara por separado lo que compraba para mi escondite, porque mi ex vigilaba todos los tickets para ver lo que yo había comprado. Me convertí en una artista del engaño, de comer a escondidas. Metía comida en mis bragas, en el sujetador, en la bolsa de deporte cuando salía del gimnasio...; aprovechaba sobre todo cuando él se iba de viaje. Pero, cuanto más comía peor me sentía y cuanto peor me sentía, más comía. Era un círculo infernal. A veces me

desesperaba tanto que... —Miró de reojo el último dibujo.

Mark esperó, con el corazón encogido. Tenía una ligera idea de lo que representaba, y la mirada angustiada de ella se lo confirmó. Al ver que ella no se decidía a continuar, él tomó la palabra, mirando el cielo a través de la ventana.

—Cuando Johanna me contrató, empecé a mejorar, a tener menos atracones, pero todo se fue al infierno con el juicio. No podía parar de comer, sobre todo cuando las fobias y pesadillas de Scott empeoraron. Tenía pánico por haberme equivocado, pánico por seguir engordando...; estaba aterrado porque había perdido totalmente el control aunque, como tú, a los ojos de los demás, excepto por mi obesidad, yo no parecía tener ningún problema con la comida. Y la gente..., bueno, ya lo sabes, te tacha de tragaldabas, te insulta, y no se plantea más.

Asintió. Era una de las muchas razones por las que prefería no salir a la calle.

—¿Cómo lograste salir de ello?

—Tras el juicio, cuando metieron a mi padre en prisión, Johanna nos aconsejó ir a terapia, pero yo estaba demasiado avergonzado como para pedir ayuda. Demasiados años escuchando que lo que me ocurría era que no tenía fuerza de voluntad, que solo tenía que ponerme a dieta y memeces como esas. Solo busqué un psicólogo para Scott. Sus fobias, al igual que mi adicción a la comida y su rechazo por ella, también hablan empeorado. No hablaba con nadie, nadie podía acercarse a él, no podía ni salir a la puerta de casa, y mucho menos ir a la universidad o a dar un simple paseo, a menos que alguien le acompañara. Y, aun así, no era raro que volviera con un ataque de pánico. Pero ninguno de los psicólogos consiguió ayudarlo y dejó de ir. Tras conocer a Jack, este le recomendó ir a terapia con Nina, que acababa de incorporarse al departamento de psicología de su hospital.

Tawny le miró, absorta.

—Ella le explicó que no podía ayudarlo a menos que se abriera a ella, pero mi hermano no decía nada. No podía. Se pasaba la hora de consulta sentado, con la mirada fija en un punto de la pared, dejando pasar el tiempo.

Sacudió la cabeza y esbozó una media sonrisa.

—Después de tres sesiones, Nina me pidió entrevistarse conmigo, para ver si podía ayudarla a encontrar un modo de que mi hermano se abriera a ella. Yo pesaba entonces casi ciento ochenta kilos. Estuvimos hablando de Scott y, cuando me iba a ir, me aconsejó ir a la unidad de trastornos de la alimentación porque mi relación con la comida no era sana.

Tawny le miró, sorprendida; nunca había oído algo así.

—¿Y fuiste a alguna reunión de comedores compulsivos anónimos o algo así?

Mark enarcó tanto una ceja que ella temió que se le escaparía de la frente.

—¿De verdad me ves contando mi vida a un grupo de desconocidos?

Sonrió, negando con la cabeza.

—¿Y entonces?

—Lo que dijo me hizo pensar. Todo el mundo me hablaba de dietas, fuerza de voluntad, ejercicio extenuante, de que el problema es que yo no quería cambiar..., pero nadie hizo referencia a una relación poco sana con la comida. Yo estaba seguro de que mi problema era la falta de fuerza de voluntad; en cuanto la recuperara, podría controlarme y dejaría de comer. «Yo controlo», la gran mentira que nos contamos todos los adictos. No nos damos cuenta de que son las adicciones: drogas, alcohol, juegos de azar o la comida las que nos controlan a nosotros; un par de semanas después, la llamé y le pregunté qué me recomendaba hacer para mejorar mi relación con la comida.

Sonrió, inclinando la cabeza.

—Estuvimos hablando y me aconsejó que leyera varios libros sobre la adicción a la comida y el trastorno por atracón, y me dijo que pidiera una cita. Ella no podía tratarme, porque era la terapeuta de Scott, aunque él seguía sin hablar. Continuamos charlando sobre él y, en cierto momento le comenté que, de pequeño, le gustaba escribir. No se me había ocurrido mencionarlo antes porque él llevaba años sin hacerlo hasta poco antes del juicio, y dejó de hacerlo después. En la siguiente sesión, Nina, le pidió que escribiera lo que no podía contarle, tal y como había sucedido o como una historia con otro como protagonista: como él quisiera, siempre que fuera a mano, por la conexión mente-mano que permite al cerebro procesar las experiencias traumáticas al escribirlas, según dijo ella.

Sonrió al recordarlo.

—Le compré a un paquete de hojas y un bolígrafo. Durante dos meses no los tocó. Seguía yendo a verla cada semana sin abrir la boca, pero ella fue paciente. Hasta que, un día, empezó a escribir.

Tragó con esfuerzo.

—No sé cómo Nina pudo entender lo que él escribía. Su letra ya de por sí es casi ilegible, pero, además, lloraba mientras escribía y las lágrimas emborronaban la tinta.... Yo... no estaba seguro de que aquello le estuviera haciendo bien; estaba muy decaído, lloraba a mares mientras escribía y a menudo, rompía las hojas... Jack me aconsejó que continuara y Nina me explicó que aquello formaba parte del proceso de sanación. Necesitaba sacar todo el dolor, la rabia, la culpa..., todo. Ella le respondía por escrito, porque, según dijo, la lectura también tiene un impacto terapéutico, y así llevaron a cabo la terapia. Y funcionó porque Scott mejoró de sus fobias, de los ataques de pánico, incluso del miedo a tragar; empezó a comer alimentos sólidos y hasta fue capaz de coger la mano de Jack.

Inhaló profundamente.

—Cuando vi su cambio, yo empecé también a escribir. Como él, no podía parar cuando lo hacía. Con la ayuda de Anthony, mi terapeuta, poco a poco fui tomando conciencia de todo lo que quería tapar y enterrar bajo la comida. Entendí por qué me daba atracones, por qué mi cabeza parecía desconectarse de mi cuerpo cuando empezaba a comer, hasta el punto de que no sentía que era yo quien comía. Me horrorizaba darme cuenta que a veces ni sabía lo que había comido, o la cantidad que había ingerido. Comprendí que no tenía nada que ver con mi fuerza de voluntad o mi firmeza de seguir una dieta o no y entendí por qué las dietas empeoraban el problema. Comencé a procesar todas las emociones negativas intensas que se escondían bajo la comida. Dejé salir el dolor, el miedo, la rabia, la pena, la frustración...

»No fue fácil, pero Scott me ayudó mucho. Cuando yo había tenido un atracón, venía y me preguntaba qué lo había provocado, sin juzgar, sin recriminar. Por primera vez hablamos de lo que habíamos vivido de pequeños, de cómo nos sentíamos, lo compartimos realmente. Estaba pendiente de mí y aprendió a ver las señales que indicaban que yo estaba sufriendo una recaída, habitualmente cuando escondía comida bajo la cama. Hasta que, un día, me di cuenta de que un paquete de galletas llevaba más de un mes en el armario de la cocina y yo, que lo veía todos los días cuando sacaba el café, no lo había tocado, mejor dicho, no lo había necesitado. Un paquete que, en otra época, me hubiera durado medio minuto en la boca.

—Yo jamás lo conseguiré —musitó Tawny, mirando los dibujos.

—Yo pensaba lo mismo. Intenté controlarlo mil veces; nombra cualquier dieta y te aseguro que la he hecho, sana o estúpida. A veces durante un mes, a veces un día, pero siempre acababan en un atracón. Después aprendí que, cuando sufres trastorno por atracón y adicción a la comida, las dietas son contraproducentes. Lo que más me costó entender fue que pedir ayuda cuando te

das cuenta de que no puedes superar algo tú solo no es debilidad, aunque no siempre soy capaz de hacerlo. Y que no debía avergonzarme. Empecé a ir a las reuniones de comedores compulsivos anónimos, y me encontré con gente que me escuchaba, me comprendía y entendía por lo que yo estaba pasando, porque ellos también habían estado allí, sin críticas, sin ultimátums, sin herirte, pero sin dejar que te hundas.

Tawny bebía sus palabras; había deseado tantas veces encontrar algo así...; un par de veces buscó en internet el grupo de Comedores Compulsivos Anónimos, pero la vergüenza le impidió ir.

—¿Y por qué la semana pasada? Quiero decir, si ya sabías que tu padre está buscando a Scott... —Se detuvo al darse cuenta del por qué mientras hablaba. Había algo que Mark no les había contado, algo que, por la infinita tristeza que bañó sus ojos, quizá ni Jack sabía.

—¿Por eso Scott dejó de escribir?

Asintió; dudó unos instantes, cuando pareció que se había armado de valor para responder, llamaron a la puerta y, sin esperar respuesta, Roger entró en la biblioteca.

—Mark, tu hermano está esperándote abajo —anunció, nervioso.

—¿Mi hermano? ¿Por qué? —Se levantó, alarmado.

—Han detenido al doctor Evans.

Mark cogió su chaqueta y salió corriendo, seguido por Tawny. En la calle les esperaba un todoterreno negro, con un preocupado y ansioso Scott al volante. Charlotte, desde el asiento del copiloto, lanzó a Tawny una mirada encendida y acusatoria.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Mark abrochándose el cinturón cuando los dos se acomodaron en la parte trasera; Scott había arrancado casi sin darles tiempo a cerrar la puerta.

—Ha llamado Jack. Le han detenido.

Charlotte se volvió hacia Tawny, furiosa.

—Si no hubieras contado nada a papá, esto no habría ocurrido —le espetó con dureza.

—Vigila tu tono —le reprendió Mark.

Su hermano le miró de reojo a través del retrovisor.

—Además, no ha pasado nada. ¡Estáis haciendo una montaña de la nada! Ya me he encargado yo de ese hijo de...

—¡Charlotte Ann Evans-Toren, no te atrevas a terminar esa frase! —gritó su tío, furioso.

Se giró y se cruzó de brazos, enfurruñada, mirando el parabrisas con tanta rabia que Tawny temió que lo derritiera.

—Sabes que deberías habérselo contado —intervino Scott en tono suave, aunque firme, deteniéndose en un semáforo—. Quedamos en que, si Samuel te molestaba de nuevo, deberías decírnoslo. Porque esto ha ocurrido alguna vez más, ¿me equivoco?

Charlotte, aún furiosa, negó imperceptiblemente con la cabeza, sin apartar los ojos del cristal.

—¿Y qué pensabas que iba a hacer tu padre cuando se enterara?, ¿invitarle a tomar el té? —continuó el escritor, arrancando de nuevo el motor.

La chica se encogió de hombros, pero su expresión de enfado dio paso a una más contrita. Se mordió el labio superior y arrugó la frente.

—Sé mejor que nadie que puedes defenderte perfectamente —continuó Scott y ella sonrió a medias, recordando las veces que lo había derribado sobre la lona durante las clases —pero eso no es lo importante, lo sabes, ¿verdad?

Asintió de mala gana.

—¿Cómo se ha enterado papá? —preguntó.

—No lo sé, Jack me ha dicho que Julia nos dará los detalles. Lo que sí sé es que cuando

Samuel fue a poner la denuncia, también se quejó del daño que le habías hecho —respondió, sin disimular su regocijo.

La joven resopló, burlona.

Mark puso los ojos en blanco y Tawny sonrió. Eran tal para cual.

—Pero ahora no es el momento de discutir con tu padre —advirtió el escritor aparcando delante de la comisaría.

Si Tawny tuviera que describir a Julia, la inspectora Clark, «amable» y «simpática» no serían dos de los adjetivos que utilizaría, dado su gesto adusto, ceñudo y enojado. Tampoco «cobarde» o «asustadiza» porque, antes de entrar al despacho, la oyeron discutir con un furioso Jack, que se obligó a calmarse un poco cuando ellos entraron. Sí usaría «inteligente», por la mirada perspicaz con la que la recorrió de abajo a arriba cuando entró, imperturbable mientras Jack se paseaba por el despacho como un león enjaulado. Mark, Tawny y Charlotte se sentaron en las sillas frente a la mesa y Scott, de pie, se apoyó en la pared, cerca de la silla de esta última.

—¿Puedo saber de qué se acusa a mi cliente, inspectora? —preguntó Mark en tono profesional.

—Aquí, Harry el Sucio, ayer volvió a atizar a Samuel Young.

—Ese imbécil acosó a mi hija —gruñó—. Y según me ha contado Ann, lleva algún tiempo dándole la lata, algo que ella ha decidido callarse —zanjó, lanzándole una mirada incendiaria, sin que Charlotte se inmutara.

—Pues ahora ese imbécil te ha denunciado por agresión y amenazas. —Julia le tendió a Mark la copia de la denuncia—. Según su declaración, el doctor Evans se acercó a él cuando estaba a punto de entrar en su coche, le agarró por las solapas de la chaqueta, le estampó contra el coche, le dio un puñetazo y le amenazó con arrancarle la cabeza si volvía a acercarse a un kilómetro de su hija.

—No fue una amenaza, fue una promesa —gruñó.

—El doctor Evans solo quería proteger a su hija —Mark le lanzó una mirada de advertencia—. Por otro lado, el señor Young ha quebrantado la orden de alejamiento que tiene hacia la señorita Evans-Toren, que se dictó para evitar situaciones similares. La señorita Walker, —hizo un gesto hacia Tawny— fue testigo de lo que sucedió y puede prestar declaración, aunque no creo que sea necesario.

Julia se inclinó hacia delante en la mesa.

—Mira Jack, sé que este es un momento difícil —comenzó en tono conciliador—. Sé que solo quieres proteger a tu hija, no hace falta que me lo explique tu abogado. Extraoficialmente, te diré que yo habría actuado igual si hubiera sido mi hija, pero no puedes ir por ahí partiendo la cara a todo el que se acerque a ella o a cualquiera de tu familia —terminó con una mirada elocuente.

Este torció el gesto, pero no replicó. Sabía que ella tenía razón. La detective le miró de reojo y él, captando lo que quería decir, se volvió hacia Scott.

—¿Puedes llevar a Charlotte al coche?

—¡Pero papá!

—Jack...

—¡Llévala al coche! —gritó, exasperado.

Scott apretó los labios.

—Vámonos, Charlotte —se limitó a decir, y ambos salieron del despacho de la detective.

Una vez hubieron salido, Jack se frotó la cara, abatido. Miró a Mark.

—Odio hacerle eso —murmuró en tono de disculpa.

—Lo sé. Lo entenderá, no te preocupes —aseguró su cuñado.

Ambos se volvieron hacia Clark.

—¿Sabéis ya quién ha hecho las fotos?

—¿Las fotos?

Ella se las tendió al abogado que las miró, alarmado.

—Pero esto significa...

—Creemos que ha sido obra del entorno de Zachary. Si estamos en lo cierto y le ha contratado Michael, ambos saben ya de la existencia de Charlotte. Dado que ha sido Samuel quien abordó a Charlotte, está claro que él y Zachary y, por tanto, Michael están, si no confabulados, al menos relacionados de algún modo.

Jack chasqueó la lengua, preocupado. Hasta aquel momento se había sentido bastante tranquilo con respecto a Charlotte porque no había modo de que Michael supiera que Scott tenía una hijastra. Sin embargo, había algo que no cuadraba en todo aquello.

—Pero, ¿por qué las fotos? ¿por qué mostrar así sus cartas? —preguntó, preocupado y enfadado.

—Michael está jugando con nosotros —respondió Mark—. Le encantan los juegos de poder, de control. Un juego sádico: quiere que sepas que puede hacer daño a tu hija, cuando y donde quiera.

—¿Por qué?

—Para que abandones a Scott. Eres un obstáculo para sus planes y quiere aislarlo para que vuelva a ser vulnerable, porque sabe que, mientras estés a su lado, no lo es.

—Pues si cree que a mí me va a obligar a dejarle, ese hijo de puta no me conoce. ¿No podrías encerrarlo ya? El otro sabe donde está. Podríamos encerrarlo por acoso, por asociarse con el asesino ese, por seguir a Charlotte... —La angustia y el enojo palpables en su voz.

—Zachary nunca nos dirá dónde está; y, en el improbable caso de que lo hiciera, no tenemos nada firme contra Michael.

—Por ahora sería tan solo un abuelo que quiere ver a su nieta y ha contratado a alguien para encontrarla porque su hijo no le permite hacerlo —intervino Mark, resignado—. No te puedes imaginar el juego que le daría eso ante un tribunal, más tratándose de mi padre; podrías encontrarte con una orden judicial para que ella fuera a verle cada semana o cada mes.

—No permitiré que se acerque a ella.

—Jack, me siento tan impotente como tú. Me encantaría detenerlos, pero no tenemos nada, solo suposiciones y pruebas que no se tendrían en un juicio porque no pasan de ser circunstanciales. —Julia miró a Mark, que asintió—. Como te he dicho, sé que esto está siendo complicado, pero ya falta menos. Ahora, más que nunca, es importante mantener la calma. Lo mejor, por el momento, es que salga lo menos posible de casa y, desde luego, nunca sola. No sabemos hasta dónde puede llegar Michael en este juego.

—Charlotte está bien en mi casa —le tranquilizó Mark—. Con la seguridad del edificio es imposible que le suceda nada. Quédate tranquilo.

Su cuñado asintió.

—¿Podemos irnos ya?

—Por supuesto. No hay nada que os retenga aquí.

Salieron del despacho, bajaron a la calle y subieron al coche, Jack en el asiento del copiloto y Charlotte entre Mark y Tawny. Scott arrancó en silencio y se dirigió a casa de su hermano. Unos segundos después, el neurocirujano se volvió hacia su hija.

—Estás fuera del caso.

—¡Pero papá! ¿Por qué?, ¿solo porque ese idiota...? ¡No es justo!

—He dicho que estás fuera. Fin de la discusión.

Charlotte lo miró y se cruzó de brazos, enfurruñada. Scott miró a su marido y se mordió el labio inferior. No era habitual que se mostrara tan tajante y poco razonable con su hija. Solían chocar, porque ambos tenían un fuerte carácter, pero, por ello, Jack solía ser dialogante con ella y razonar sus decisiones. Aquella idea trató de nuevo de abrirse paso, pero la rechazó de nuevo.

—Tawny, en unos días te avisaré para que comencemos a preparar el juicio —anunció Mark cuando Scott detuvo el coche frente a su edificio de apartamentos.

Ella asintió con la cabeza, tragando saliva. Le aterraba la idea de encontrarse con Alex.

—Yo estaré a tu lado —aseguró, comprendiendo su angustia.

Ella sonrió, agradecida. Le resultaría mucho más fácil sabiendo que contaba con su apoyo. Mark carraspeó y se volvió hacia su hermano, que lo miraba con gesto divertido; era la primera vez que le veía tan próximo a alguien. Mark preservaba mucho su espacio personal y no permitía con facilidad que alguien traspasara aquellos muros, que, por lo visto, Tawny había sabido sortear con facilidad.

Mark se volvió hacia él.

—La próxima semana también comenzaremos los ensayos para el encuentro con los lectores.

Su sonrisa se desvaneció y rezongó.

—¿No podríamos...?

—No —respondieron Mark, Jack y Charlotte a coro.

El neurocirujano salió del vehículo, seguido por su marido. Charlotte suspiró, se bajó y se acercó a ellos, cabizbaja.

—Lo siento, papá.

El relajó el rostro.

—Sé que solo querías que no nos preocupáramos, pero es importante. Luego te llamo y hablamos más tranquilos, ¿de acuerdo?

Ella asintió, arrepentida. Entendía la reacción de su padre, después de todo aquel barullo mediático. Nunca se sabía por dónde podía salir Samuel; aunque lo que no lograba entender era su empeño en mostrarse cercano en los últimos días, cuando había renegado tanto de ella. Respondió con un gesto al saludo de Scott, que desapareció detrás de Jack.

Mark y Tawny salieron del vehículo y se quedaron frente a frente, cortados.

—Gracias... por... bueno, por todo lo que has hecho.

Ella sonrió.

—A ti por abrirme la puerta.

Rieron quedamente, mirando el sedán negro que venía a recogerlos, a él y a Charlotte. Ambos se dirigieron hacia el vehículo. Antes de entrar, Mark se volvió hacia ella.

—Tawny, ¿te suena el nombre de Wendy Knight?

Ella frunció el ceño, pensativa.

—No, ¿por qué?

—Nada importante. Te llamaré mañana.

Ella asintió y sonrió tímidamente, y desapareció en el interior del edificio.

Mark se quedó unos segundos mirando la puerta y sonrió para sí mismo al entrar en el coche. Recobró la seriedad al darse cuenta de que su sobrina le estaba mirando.

—¿Qué?

—Nada.

—Estás castigada.

Charlotte rio, divertida.

DÉJÀ VU

—Levántate; tenemos que irnos.

Tawny cerró los ojos con fuerza, ignorando el comienzo de otra pesadilla. Era la única explicación posible para que la profunda voz de Scott resonara junto a su cama.

—Voy a hacer una foto de tu piso y se la voy a enseñar a Jack la próxima vez que se queje de lo desordenado que soy —continuó la pesadilla, burlona.

Parpadeó. No era un sueño. Scott recorría el estudio a grandes zancadas, evitando pisar los envases de comida a medio terminar desperdigados por el suelo, vestido con una americana negra sobre una camiseta azul eléctrico vaqueros oscuros y botas negras estilo militar, las mangas de la chaqueta subidas hasta los antebrazos.

—¿Qué diablos...? —gritó, tratando de cubrirse con la sábana al recordar que solo tenía puestas las bragas.

—Soy gay, ¿recuerdas? —se burló él.

—¿Cómo..., cómo has entrado?

—Investigando para mi tercera novela aprendí a abrir puertas con una ganzúa. Las de este edificio están chupadas.

Rebuscó entre los cacharros amontonados en el fregadero, moviendo con cuidado los vasos y platos con restos de comida pegados, buscando una cafetera.

—Vístete; tenemos que irnos —repitió.

Tawny se sonrojó, mortificada porque Scott la viera en aquel estado. Tras su estampida el tercer día de preparación del juicio contra Alex, no había tenido fuerzas para hacer nada. «Deprimente» y «asqueroso» eran los adjetivos más suaves que podían aplicarse a su estudio. Vivía en una pocilga.

Jack no había exagerado al afirmar que la capacidad de trabajo de los Toren era sobrehumana. Mientras Tawny, Irene y otros miembros del bufete se iban a descansar, agotados, Mark continuaba, sin acusar la fatiga física o mental, diseccionando hasta el último detalle del proceso. Si no fuera porque Irene o Charlotte la habían rescatado de vez en cuando, Tawny no habría podido mantener su ritmo de trabajo.

No había sido solo el impacto emocional de recordar lo vivido junto a Alex lo que la hundió; la actitud de él la desconcertó y la hirió. Aunque trató de concentrarse en lo que le decían y aconsejaban, y centrarse en lo que se le venía encima, no pudo. Dolida, decepcionada y desconcertada, no entendía por qué el mayor de los Toren se comportaba como si algo especial no hubiera surgido entre ellos después del día que ella estuvo dibujando delante de su puerta y, especialmente, tras haberse sincerado ambos sobre sus atracones.

¿Se habría equivocado? ¿Habría tomado por atracción mutua lo que solo era cortesía profesional para él? No lo creía, sobre todo, después de cómo se despidió tras volver de la comisaría.

Pero cuando acudió al día siguiente al despacho tras la llamada de Irene, se encontró con un Mark frío como un témpano, cuya relación con ella no iba más allá de la de cliente-abogado; más

distante incluso que el día en que se conocieron, ni un gesto de afecto, ni una palabra de ánimo. De hecho, cortó toda comunicación entre ellos. Era Irene quien la llamaba para organizar las próximas citas o hacerle alguna pregunta.

Su rechazo la hundió. Se devanó los sesos intentando averiguar en qué había fallado, qué había hecho que pudiera molestarle tanto. Fue capeando la angustia como pudo hasta el tercer día, devastador para ella. Tras gritarle a Irene que no quería saber nada más de las demandas, huyó de la oficina para esconderse en su piso. Desde entonces, la inseguridad, la ansiedad y el rechazo la devoraban mientras, a oscuras, se atiborraba de comida.

Para empeorar las cosas, cuatro días después, Scott se colaba en su sucio apartamento, testigo en primera línea de su miseria y su deprimente existencia.

Era evidente que él no la dejaría en paz hasta que se levantara, por lo que fue a darse una ducha, mientras Scott, que milagrosamente había conseguido rescatar la cafetera de la pila de platos sucios, fregaba una taza, tratando de contener la mueca de asco mientras se negaba a adivinar qué había pegado en el fondo.

Aquella sensación de no valer nada continuaba oprimiéndole el pecho, pero el agua la ayudó a sentirse un poco mejor después de aquella semana atroz. Diez minutos después, salió del baño, envuelta en su albornoz. Se detuvo, los pies encharcando la madera, al verle de pie frente a su caballete mirando el dibujo de él y su hermano.

«Mierda, mierda, mierda».

—¿Es... soy yo, de niño? —murmuró, ronco y asombrado.

Por un momento, se sintió tentada a decir que no. Pero era tan evidente que sería una tontería intentar negarlo.

—Mark me contó que escribes desde niño.

—¿Solo eso? —preguntó con brusquedad.

—Sí —mintió, tratando de sonar convincente.

Él se giró a mirarla, y, por su expresión, supo que no la creía. Él bajó los ojos, atravesados por sombras oscuras y se obligó a volver al presente; miró de nuevo el dibujo y después a ella.

—Tienes mucho talento.

—No, no es bueno; faltan muchos detalles y he perdido...

—Es excepcional, Tawny, créeme. Cuando termines, me gustaría comprártelo.

Le miró, boquiabierta durante unos segundos y sonrió, despectiva. ¿Le estaba tomando el pelo?

—Te lo estoy diciendo en serio.

Ella hizo un gesto de fastidio. No lograba acostumbrarse a aquella maldita capacidad de aquel hombre de leer mentes, por mucho que lo negara.

—Soy escritor. Sé que es difícil creer que lo que uno escribe es bueno, o, en tu caso, lo que pintas. Los artistas tenemos muy arraigado el síndrome del impostor, que nos hace sentirnos inseguros ante nuestro propio trabajo; nos cuesta ser objetivos y la subjetividad con la que nos examinamos suele ser negativa. A mí me ocurre desde siempre. Si no hubiera sido por Mark, mis libros seguirían en un cajón. Sé bien de lo que hablo —susurró, sonrojándose.

Le miró, sorprendida, incapaz de entender cómo alguien tan dotado para la escritura podía dudar de su talento, pero sentía que era sincero.

—Alex siempre decía que yo no tenía talento —musitó, retorciendo el cinturón del albornoz.

—¿Por eso dejaste de pintar?

—Decía que era una pérdida de tiempo; no entendía que yo me pasara las horas delante de un cuadro.

—Pero a ti te gustaba.

Se encogió de hombros, sin responder.

—Mark también lo cree, que tienes talento, quiero decir —sonrió.

—Eran solo magdalenas; cualquiera podría haberlas dibujado —replicó en un susurró, la angustia volviendo con fuerza al oírle mencionar a su hermano.

—No, no como tú lo haces. Cada uno de nosotros le da a su obra un toque personal, único que la hace diferente a la de los demás; tú en tus dibujos, y yo en mis novelas. Miles de pintores dibujarán magdalenas, pero ninguna será exacta a la tuya; miles de escritores crearán thrillers, pero ninguno será igual al mío. Eso es lo que hace que el arte sea tan especial, que todos tenemos algo que aportar.

Aquella era la parrafada más larga que le había escuchado decir desde que le conocía. Pero hablaba con tanta pasión que una pequeña parte de sí misma aceptó que quizá, quizá, sus dibujos no eran tan malos. Escucharle valorar lo que ella pintaba, su vocación, exactamente lo opuesto a lo que hacía su ex, mitigó un poco la negrura que le rodeaba.

—Puedes quedártelo.

—No, no. Cuando seas una pintora cotizada, podrás regalarme tus obras. Por ahora, quiero comprarlo. Es increíble. Cualquiera diría que me conociste de niño. Y Mark..., no es solo que hayas reproducido sus rasgos tan perfectamente, sino... su expresión, sus ojos... Es exactamente así como me sigue viendo, como el niño al que tiene que proteger.

Bajó la cabeza y se mordió el labio inferior tan fuerte que se hizo sangre.

—¿Te hablé de la máquina de escribir?

—No, te imaginé así en mi cabeza, no sé por qué.

Scott la miró, admirado.

—¿En serio?

Asintió.

—Tienes una sensibilidad increíble; eres muy perceptiva. Pero no se lo enseñes a Mark, ¿de acuerdo? Este, quiero decir.

—¿Por qué?

—Porque no —terminó con brusquedad—. ¿Dónde demonios guardas el pan?

—En la nevera.

Lo cogió y le preparó un sándwich de queso, lo único que quedaba en la nevera. Se lo había comido todo.

—No..., yo ya...

—Lo peor que puedes hacer ahora es no comer. Olvídalo. —Hizo un gesto hacia el suelo—. Y date prisa; nos vamos en diez minutos.

—¿Dónde?

—A una reunión —respondió, dejando el apartamento.

Dando un sorbo al café, se quedó mirando la puerta abierta, perdida, más aún cuando él volvió con una enorme bolsa de basura negra y un par de guantes de vinilo. Ante su asombro, comenzó a recoger los envoltorios vacíos de comida, las cajas y las bolsas esparcidas por el suelo y los echó en la bolsa, donde también tiró sin contemplaciones los platos y vasos de loza con restos de comida, cubiertos...; todo lo que encontró, arrugando la nariz ante el olor a podrido.

—No tienes que... —pidió, la cara ardiéndole de vergüenza.

—He vivido con Mark —replicó, arrodillándose a mirar debajo de la cama, donde encontró más envases y bolsas que también tiró a la basura—. Sé el efecto que tiene. Además, es bueno para mí; hoy es un día complicado.

Le miró sin entender bien qué quería decir. Recordó entonces el mensaje que le envió Charlotte, invitándola al ensayo del encuentro con los lectores que habían organizado aquella tarde. Por supuesto, no tenía la menor intención de asistir, sin entender muy bien por qué la había invitado. Se dio cuenta de que lo que había juzgado por impaciencia de él no era sino nerviosismo.

—¿Complicado?

—Es una forma de hablar.

Tawny asintió, agradecida de que él no la juzgara. El desorden, los desperdicios y restos de comida acumulados en su apartamento, la hacían sentirse fracasada, un desastre y se sintió mejor al verlos desaparecer. Recordó que Mark dijo que su hermano lo había ayudado mucho, y le imaginó haciendo aquello mismo en la habitación de su hermano cuando él aún luchaba con su trastorno.

—Te espero en el coche. Diez minutos —anunció en un tono que garantizaba que no aceptaría un no por respuesta; cerró la bolsa con un gesto firme y salió.

Tawny asintió, tratando de tragarse el nudo en la garganta con el último sorbo de café. Se vistió con la ropa de siempre y, ya en la puerta, se preguntó si Jack o Mark sabían que iba a salir. Decidió no avisarle. No tenía el número de Jack y, si Mark no respondía a su llamada, se hundiría por completo. Agradecida por tener algo que hacer aparte de rumiar su miseria, cogió el dibujo, lo enrolló, asegurándolo con una goma, y lo dejó a un lado en un rincón. Colocó una nueva hoja en el caballete y bajó a la calle, donde Scott al volante del todoterreno, escribía en su móvil.

Iba a abrir la puerta del copiloto, pero Scott le hizo un gesto para que se sentara en el asiento trasero. Obedeció y se puso el cinturón de seguridad.

—¿Adónde vamos? —volvió a preguntar.

—A ver a Wendy Knight —respondió, arrancando el vehículo.

Tawny frunció el ceño. Aquel era el nombre por el que le había preguntado Mark, pero estaba segura de que no la conocía.

—Charlotte y yo estuvimos investigando las propiedades de Alex, las que puso a nombre de sus padres antes de nuestro divorcio para evitar tener que repartirlas contigo —contestó Scott, respondiendo a su muda pregunta.

—¿Así que Jack la ha dejado seguir en el caso? —Sabía que el escritor no se desviaría del tema fácilmente, pero tenía que intentarlo.

Scott asintió.

—Los dos tienen genio y discuten, pero saben arreglar sus diferencias. Como te decía, investigamos sus propiedades y vimos que una era propiedad de su madre y de Wendy Knight, ubicada en Luton; la mitad de la vivienda, antes de pasar a ser propiedad de la madre de Alex, estaba a nombre de Timothy Harris, el marido de Wendy. ¿Te suena de algo?

—No, de nada.

—En el Registro de Luton nos permitieron ver el expediente de inscripción y encontramos una copia de un contrato privado firmado entre ambos, Wendy y Timothy.

—¿Y qué tiene eso de importante? —preguntó; se le estaba secando la boca.

—No existía ningún documento en el que constara la extinción de condominio que indicaba que Timothy compraba la parte de Wendy; tampoco pruebas documentales de la donación, pero sí un contrato privado en el que le cedía el uso y disfrute de la vivienda a cambio de la condonación de su parte de la hipoteca; un contrato redactado en los mismos términos que el que tú firmaste en tu divorcio.

El nudo en el estómago de Tawny se tensó.

—¿Y cómo accediste a esa documentación?, quiero decir, ¿es legal? ¿Puedes buscarlo sin ser abogado?

—He estudiado derecho, aunque no ejerzo, y figuro como asistente de Mark en su bufete. Eso me permite investigar en aquellos casos que me interesan para mis novelas en cuanto a procedimientos policiales, procesos judiciales, etc., y ayudar a Charlotte con sus estudios.

—Te tomas muy en serio la documentación de tus libros.

Scott se encogió de hombros.

—Aprender, estudiar, documentarme..., todo eso me ayuda con la ansiedad.

—¿Entonces sabes hacer todo lo que hacen tus personajes, Lena, Renata y los criminales? —preguntó, recordando las retorcidas, y crueles formas en las que los asesinos que creaba mataban a sus víctimas.

Por no hablar de los amplios conocimientos que Lena demostraba tener en diversos campos como criminología, psicología criminal, química, balística, medicina forense y muchos más.

—Por supuesto. Pero no se lo digas a Julia —bromeó.

Ella rio, cada vez le caía mejor. Él se puso serio y la contempló durante unos instantes por el retrovisor.

—Tú y Alex comprasteis vuestra casa poco después de casaros; te hiciste cargo de la mitad de la hipoteca..., lo que significa que la mitad de la casa es tuya. ¿Por qué firmaste ese papel?

Dio un respingo al escuchar la pregunta. Cerró los ojos y sacudió la cabeza mientras el nudo del estómago le empujaba la bilis hacia la garganta.

Scott continuó hablando, aparentemente ajeno a su malestar.

—Tampoco hay indicios de que el contrato entre Alex y Wendy no se firmara voluntariamente, pero según el Registro de la Propiedad, ambos fueron copropietarios de ese piso durante más de ocho años antes de firmarse. Durante ese tiempo, la vivienda se alquiló y el importe total del alquiler fue a parar a una de sus cuentas bancarias, exactamente igual que en tu caso hasta el divorcio.

—Es más fácil para el inquilino que pagar a dos caseros —respondió con un hilo de voz; deseando saltar del coche, que avanzaba a toda velocidad por la carretera.

—Sí, podría ser, pero no hay registro de ninguna transferencia bancaria de ninguna de las cuentas de Alex a Wendy. Y el alquiler no era barato, como en el caso de la tuya. Y tampoco consta ninguna transferencia que te hiciera tu ex por la mitad del importe del alquiler.

Volvió a mirarla por el espejo retrovisor. Sabía que estaba siendo duro con ella, y no le resultaba fácil, pero había reconocido las señales casi desde que el primer momento.

—Mark pidió al juez un requerimiento, y el banco le proporcionó toda la información bancaria de Alex; así fue como lo supimos.

Ella lo miró, procesando esa información, sintiendo una extraña mezcla de angustia, alivio, asombro y malestar. La vergüenza la ahogó, y cerró los ojos, preguntándose si sabría lo ocurrido cuatro días atrás, cuando simularon el interrogatorio del abogado de Alex para prepararla de cara al que tendría lugar en el juicio.

El ensayo tuvo lugar en la sala de juntas del despacho, en la cual habían distribuido los muebles de forma similar a la del juzgado. Cuando entró, Tawny se detuvo, paralizada, ante la figura de cartón a tamaño real de Alex que alguien había puesto en una de las sillas. Miró de reojo a Irene, que sonrió para animarla y la acompañó hasta un atril de madera situado en el centro de la estancia.

Un par de minutos después entró Mark, ignorándola abiertamente, y se sentó junto a la figura

de Alex. Como Tawny no tardó en comprobar, si en su labor como abogado era duro, como abogado de Alex se volvió despiadado. Detrás de él entró Lorna, una de las asistentes de Irene que haría el papel de juez.

El abogado, la mano derecha en el bolsillo del pantalón del traje, se levantó y se paseó frente a ella durante unos minutos, leyendo sus notas mientras tarareaba por lo bajo una melodía que ella no reconoció. Su actitud le destrozó los nervios, y tuvo que sujetarse al atril para controlar el temblor de sus manos, y cerrar los ojos para escapar de la mirada de la figura de su exmarido.

—En resumen. —La fuerte voz de Mark resonó en toda la habitación. Dejó los papeles sobre la mesa y se volvió para mirarla fijamente—. ¿Realmente quiere hacernos creer que durante los cinco años que duró su matrimonio no se dio cuenta de que mi cliente le era infiel? Por decirlo suavemente.

Se le secó la boca, dolida por su tono y la pregunta. Negó con la cabeza, incapaz de responder; aunque Irene le había asegurado que no habría nada personal en aquel interrogatorio y que era el único modo de que ella estuviera preparada, su tono frío e inquisitivo se le clavó dentro.

—Responda a la pregunta, señorita Walker —ordenó Lorna.

—No, nunca.

—¿Ni un atisbo de sospecha? ¿Ninguna llamada inoportuna a la que respondiera desde otra habitación? ¿Viajes sorpresa? ¿Interminables reuniones en la oficina hasta horas intempestivas?

—Sí, pero...

—Entonces usted lo sabía pero decidió ignorarlo.

—No..., yo..., no lo sabía —susurró, sintiéndose estúpida.

—Pero usted acaba de confirmar que su marido tenía conductas que cualquiera hubiera catalogado como indicios de infidelidad.

—No.

—¿En serio? Todo el mundo lo hace de vez en cuando, más aún cuando sospecha de que su pareja le engaña.

—Yo... confiaba en él —susurró, apenas audible.

—¿En alguna ocasión le llamó a la oficina y su secretaria le dijo que no estaba allí?, ¿que la reunión había terminado y su marido se había marchado hacía horas?

—Sí, pero...

—Y cuando descubrió que su marido estaba casado, no lo denunció por bigamia, ¿por qué? Yo se lo diré: porque usted lo sabía.

—¡Yo no sabía que Tania existía! —gritó, desesperada.

—Pero mi cliente no ocultó su otra relación matrimonial. Estaba en Facebook, e Instagram, incluso intercambiaba frecuentes correos electrónicos y mensajes de WhatsApp con la señorita Tania Davidson, y usted conocía las contraseñas de su teléfono y su ordenador, ¿no es así?

No pudo responder. Le fallaron las piernas y sintió que se ahogaba de nuevo en aquellas aguas negras y espesas, en aquel miedo oscuro y odioso que lo invadía todo, unido a la sensación de ridículo y vergüenza que el desdén y la petulancia con los que Mark hablaba solo acrecentaban.

—Tal vez los tres tenían una relación abierta, y cuando usted se dio cuenta de que el interés de su marido por ella aumentaba, se puso celosa y decidió divorciarse de él.

—No fue así.

—No luchó en absoluto durante el divorcio. No le acusó de bigamia y no rechazó el despido sin indemnización, ni la cesión voluntaria de la propiedad de la casa, ni el acuerdo para que él no

le pasara la pensión alimenticia, a pesar de que usted se quedaba en el paro y sin nada; ¿por qué?
Cerró los ojos y sacudió la cabeza, turbada por el certero ataque, directo a su línea de flotación, que la hundía más y más en aquella oscuridad que la aterraba.

—Yo... no...

—Porque usted engañó a mi cliente haciéndole creer que no lo sabía, para manipularlo emocionalmente.

Se llevó la mano al pecho para mitigar el dolor casi físico que aquella afirmación le causó.

—Y aunque mi cliente le prometió que dejaría a Tania, aunque le confesó que le tenía miedo, usted no le dio ninguna oportunidad; se divorció cuando él se sentía más vulnerable, causándole un gran daño moral.

—¡Eso es mentira! —gritó Tawny, lágrimas de rabia y vergüenza rodando por su rostro—. Él...

Mark se volvió hacia ella, mirándola a los ojos por primera vez.

—¿Él qué, señorita Walker?

Bajó la cabeza, incapaz de sostenerle la mirada, de articular el menor sonido mientras el miedo la devoraba de nuevo.

—¿Niega que le pidió tiempo para arreglar la situación?, ¿que mi cliente le aseguró que usted era el amor de su vida, la única a quien amaba?

Tawny sacudió la cabeza, derrotada.

—Pero no, usted no quería solucionarlo, porque tenía un plan: divorciarse y quedarse con la mitad de los bienes de mi cliente, aprovecharse de su vulnerabilidad emocional, ¿no es así?

Mark se detuvo delante del atril, echando el cuerpo hacia adelante, acercando su cara a la de ella.

—Accedería a renunciar a todo hasta que mi cliente se hundiera, deprimido, abandonado y solo. Entonces contrataría a un despacho de abogados para apelar la sentencia de divorcio y destruirlo financiera, psicológica y moralmente. En todo este proceso hay una víctima, ¡y no es usted, señorita Walker!

—Eso no es cierto, eso no es cierto —sollozó con fuerza, ocultando la cara entre las manos, temblando de pies a cabeza.

Se desplomó en una silla, asustada por el abismo que se abría de nuevo ante sus pies, aquel miedo que se enrollaba alrededor de su estómago con tanta fuerza que temió que la partiría en dos.

Lo peor fue verle salir sin dirigirle una palabra de consuelo, sin mirarla. No le importaba haberle hecho daño. Irene trató de tranquilizarla, asegurando que lo estaba haciendo muy bien, pero ella sabía que mentía. No necesitaba abogado para saber que sus respuestas eran patéticas, que todo lo que Mark había dicho era plausible y que cualquier juez lo consideraría válido.

El suyo sería el primer caso que perdería, y él lo sabía. Por eso se había distanciado de ella; no dejaría que aquello sucediera. Tras gritar a Irene que no quería seguir adelante, se escondió en su apartamento, deseando morir, hasta que Scott la despertó.

Conocerle a él, a Jack, a Charlotte y, sobre todo, a Mark, le hizo sentir la ilusión de que podría enfrentarse a Alex, pero comprobó que el pánico seguía atenazándole con la misma fuerza que cuando vivía con él, aun siendo una simple figura de cartón. No quería pensar en lo que podría pasar cuando se encontrara con el verdadero.

—Si ahorauviéramos un accidente y yo sufriera un edema cerebral como consecuencia de un traumatismo craneoencefálico, Jack no podría operarme.

Aquellas palabras de Scott la sacaron de su ensoñación; le miró, sin entender de qué demonios iba todo aquello. Él arrugó la nariz, molesto, al darse cuenta de que no le había entendido.

—Porque él está emocionalmente ligado a mí —explicó, poniendo los ojos en blanco.

Tawny no pudo evitar sonreír ante el eufemismo utilizado para decir que Jack estaba enamorado de él. Aun así, no entendía qué quería decir.

Él suspiró.

—Lo que quiero decir es que si Mark se involucrara más contigo —hizo un vago gesto en el aire con la mano—, no podría ser tu abogado. La defensa de Alex podría recusarlo y no podría defenderte.

Le miró, incrédula y enfadada. Aunque así fuera, Mark no tenía motivos para haber sido insensible.

—Por muy duro que te pareciera, los abogados de tu ex serán aún peores. Intentarán invalidar tu testimonio, que retires la demanda, y no dudarán en, hundirte y machacarte. No tienes ni idea de lo que es un juicio así. Eso es lo que quiere evitar que ocurra, quiere prepararte para que sufras lo menos posible. Mark es un gran abogado y pero algo incompetente desde el punto de vista emocional.

Tawny le miró, boquiabierta. Desprecio, rechazo, vergüenza ajena, decepción...; todos esos posibles motivos habían pasado por su cabeza durante aquellos días escondida en su catre, pero no se le había ocurrido ni por un momento que fuera lo que sentía por ella lo que había llevado a Mark a actuar así durante el ensayo.

—¿De verdad?

—Solo quiere protegerte. Le importas mucho.

Tawny le miró sin comprender. El escritor tragó saliva.

—Mi padre no toleraba la debilidad. Cualquier muestra de emoción que hiciéramos de niños, llorar, estar tristes, mostrar miedo, era severamente castigada por él. Pero también nos... se..., nos regañaba si nos reíamos viendo una película o si disfrutábamos haciendo algo.

Se mordió el labio superior, luchando por continuar hablando, apretando el volante con fuerza, temiendo acercarse demasiado al abismo. Pero sentía que debía explicárselo.

—Mark quería protegerme de eso, de todo, quería que yo..., pero..., algo sucedió, algo que no ha conseguido perdonarse. Aún está convencido de que fue culpa suya, de que podría haberlo evitado. Teme que a ti ocurra lo mismo. Por eso se porta así contigo, porque está asustado.

No se atrevió a preguntar qué había pasado. Scott guardó silencio durante un par de segundos.

—Tiene miedo de cometer el mismo error. Fue entonces cuando se volvió obseso del control. Necesita asegurarse de que controla hasta el más mínimo detalle, de que nada se le escapa, porque ello le da confianza de estar haciendo las cosas bien, de que aquello no se repetirá.

La estudió atentamente a través del espejo retrovisor.

—Eso es lo que le gustaría poder decirte, pero no sabe cómo. Teme que, si te enterases de lo que ocurrió, no quieras volver a saber nada de él.

Tawny se recostó en el asiento, sorprendida. Incluso después de sincerarse, le costaba creer que estaba tan asustado como ella, que se sintiera tan culpable y poco válido como ella, que tuviera miedo de perderla. Él no podía saber que ella también tenía muchos motivos para estar asustada de todo lo que se le vendría encima si continuaba con la apelación.

Rodaron en silencio durante los últimos kilómetros, siguiendo las indicaciones del navegador, hasta que llegaron a un barrio solitario y mal iluminado, con grandes huecos en los adoquines de las aceras, y boquetes en las calles, que no habían sido reasfaltadas hacía tiempo. Cerca de una

vía férrea se veían varias casitas viejas y estrechas, de paredes ennegrecidas y pequeños ventanucos enrejados.

—¿Cómo encontraste a Wendy?

—La investigamos a partir de la dirección que dio en el juzgado cuando se divorció. La dueña nos remitió a un hotel, pero no estaba, como tampoco en los siguientes, las pensiones... Entre los testigos que ella había llevado al juicio, estaba Antonia Knight, su hermana. Al principio, no quiso hablar conmigo o con Charlotte, porque pensaba que éramos abogados del tal Timothy o cobradores. Le escribí explicándole por qué la buscaba y por fin me dio su teléfono. Entonces la llamé y quedé con ella.

Tawny miró nerviosa a su alrededor.

—¿Estás seguro de que es aquí? No es un lugar muy tranquilizador —musitó, bajando del coche, preguntándose si lo encontrarían entero cuando volvieran. Hasta entonces, no creía que hubiera en Londres un barrio peor que donde ella vivía.

Él no respondió. Pulsó la llave electrónica y echó a andar mientras el coche emitía un par de pitidos y se cerraba. Le sorprendió su tranquilidad, como si estuviera familiarizado con el ambiente. Recordó entonces que, en otra de sus novelas, *En la oscuridad*, gran parte de la acción se desarrollaba en un barrio similar, y dada la meticulosa preparación de sus libros, debió recorrer muchos lugares similares

Scott se detuvo frente a una de las casas y golpeó la puerta con los nudillos. No hubo respuesta.

—Scott Toren —gritó.

Se oyeron pasos y después se hizo un silencio, roto por el desbloqueo de varios pestillos. Unos segundos después, la puerta sujeta por una cadena, se abrió unos centímetros, tras la que apareció la cara enjuta y pálida de una mujer, que los observaba con recelo.

—Soy Scott Toren —repitió—. Ella es Tawny Walker, la mujer de la que la hablé.

Los observó durante unos instantes y asintió. Cerró la puerta, desbloqueó la cadena y les invitó a entrar. Scott esperó hasta que estuvo a una distancia segura y entró tras ella, seguido por Tawny.

La vivienda era casi tan pequeña como el estudio de Tawny y estaba igual de desordenada, descuidada y sucia. Ella les invitó a sentarse, pero ambos declinaron la invitación por la cantidad de mugre acumulada en las viejas sillas blancas plegables. Tawny buscó un lugar más o menos limpio en el que apoyarse y él se quedó de pie, a cierta distancia de ambas.

—¿Quieren un poco de té?

—No, gracias —respondió, mirando de soslayo la pequeña cocina, mientras Tawny contenía una arcada al ver algo moverse por los cacharros que se acumulaban en el fregadero.

Scott dejó un papel sobre la mesa. Ella se puso unas gafas para leerlo. Después los miró, molesta.

—¿Es una broma?

Negó con la cabeza.

Wendy se quitó las gafas y se pellizcó el puente de la nariz, cerrando los ojos. Al cabo de unos segundos, comenzó a hablar, en un tono monocorde, tratando de ocultar la rabia.

—Unos cuatro meses después de casarnos, Timothy, mi marido, insistió en que debíamos comprar una casa nueva. Grande y cara, muy cara, demasiado para nosotros, porque tendríamos que pagar una hipoteca enorme; no tenía sentido, vivíamos en un piso bastante céntrico y grande, que yo había heredado de mis padres cuando murieron. Estábamos bien y yo no quería mudarme; pero él se quejaba de que no era feliz allí, de que los muebles eran feos, de que no podíamos

comenzar una nueva vida en una casa que no fuera nuestra, o de que había demasiado ruido, contaminación... Al final, cedí, ya saben, para hacerle feliz. Tuve que vender mi casa, porque no teníamos dinero para la entrada, el notario y el resto de los pagos para comprar la que él quería. Todo lo di por bueno, pensando que allí volveríamos a estar bien.

Tawny la miró, incrédula, invadida por una angustiada sensación de *déjà vu*.

—Más o menos fuimos felices hasta que apareció aquella maldita mujer. — Wendy sacudió la cabeza y sonrió con tristeza—. Justo el día de nuestro quinto puto aniversario de boda. Yo estaba sola en casa; mi marido, que también era mi jefe, me aconsejó que me tomara unos días libres, porque necesitaba descansar después de varios meses de mucho trabajo.

Suspiró. Tawny sintió ganas de vomitar.

—Ese día..., una mujer alta, morena llamó a la puerta; preguntó por Timothy y le dije que no estaba. Le pregunté si quería que le diera algún mensaje; podría ser un cliente y mi marido...

Se detuvo, enjugándose con furia las lágrimas con el dorso de la mano.

—Me dijo: «Por favor, dígame a Timothy que su mujer le está buscando». Al principio no la creí, pero después me envió el certificado de matrimonio por correo y, a partir de ahí, todo se fue a la mierda. Timothy me echó de casa y, poco después, nos divorciamos.

—¿Por qué le cedió su parte de la casa? Eso supondría quedarse sin nada después del divorcio —intervino Scott.

Su rostro se contrajo con furia y desprecio.

—Él no se hizo cargo de la hipoteca y el banco comenzó a reclamarme los pagos. Al poco me embargaron las cuentas y día tras día recibía notificaciones demandas y denuncias de él a las que no podía hacer frente. Me dijo que se lo debía, por todos los años que perdió a mi lado. Sus abogados me aseguraron que no tendría que pagar la hipoteca ni ninguna otra deuda si firmaba el papel. Yo no quería, pero..., estaba sola, endeudada hasta las cejas y asustada. Solo quería que todo acabara. Por eso firmé.

Una lágrima rodó por la mejilla de Tawny.

—¿Tiene alguna foto de Timothy? —preguntó el escritor.

Ella se rascó el corto, sucio y enredado cabello pajizo, pensativa.

—Creo que las quemé todas, pero..., déjeme ver.

Se acercó a un polvoriento armario, del que, al abrirlo, cayeron varias botellas de vino barato que rodaron por el suelo. Cogió algo y lo puso sobre la mesa.

—Me quedé con esta, para no olvidar jamás la cara de ese cabrón.

En la imagen, Wendy y otro hombre estaban sentados en un banco de un parque, sonriendo a la cámara, él tras ella, abrazándola. Tawny se tapó la boca con la mano para ahogar un gemido y se desplomó en una de las sillas.

—¿Es Alex? —preguntó Scott.

Él ya sabía la respuesta. De hecho, junto con la carta, envió a Antonia una foto de él, preguntándole si le conocía, lo que la llevó a darle el número de su hermana. Aun así, debía confirmarlo.

Tawny asintió, sacudiendo la cabeza, incapaz de entender lo que estaba pasando, de aceptar la única explicación posible para todo aquello.

—Sí, en esta foto tiene pelo castaño y perilla, pero... Es él.

Scott sacó otra foto del bolsillo interior de su chaqueta y la puso junto a la que Wendy había dejado sobre la mesa. En ella aparecían Tawny y un Alex rubio y afeitado, en el mismo banco del parque, sonriendo a la cámara, el sentado tras ella, abrazándola, casi en un calco de la primera. Wendy la miró y luego a ellos, tan sorprendida como Tawny.

—¿Qué demonios...?

—El hombre al que conocías como Timothy se llama ahora Alex y estuvo casado con ella durante cinco años —explicó, señalando a Tawny.

Wendy se pasó la mano de dedos amarillentos por el tabaco por los labios cortados y secos, mirando de nuevo las fotos y luego a ella.

—Creo que necesitamos un trago —murmuró Wendy.

Tawny asintió.

Sacó tres pequeños vasos de cristal del armario y una botella de vodka medio llena. Scott lo rechazó con un gesto, pero ellas se lo bebieron de un solo trago. Wendy tosió y se golpeó el pecho, sintiendo que el brebaje le quemaba por dentro, al igual que la pesadilla.

—¿También renunciaste a la casa? —preguntó Wendy.

Tawny asintió. No era capaz de articular palabra.

—No estarás pensando en apelar, ¿verdad?

Nuevo asentimiento.

—No lo hagas. Los cinco años con ese cabrón serán un juego de niños al lado de lo que te espera si lo haces. —Volvió a llenar el vaso con mano temblorosa y lo vació de nuevo de un trago—. Yo cometí ese error, y mírame ahora. Al principio me enviaba mensajes conciliadores, «no podemos dejar que cinco años maravillosos acaben así, piensa en lo que teníamos», y otras mierdas así, pero poco a poco se fue volviendo más amenazante. Ya sabes a qué me refiero.

Tawny se estremeció.

—¿Te ha enviado alguno? —preguntó Scott.

Asintió, sin atreverse a mirarlo.

—¿Lo sabe Mark?

Sacudió la cabeza, llena de vergüenza, rabia y de una amarga sensación de derrota. Alex le aseguró que era la única persona con la que había conectado. Le aseguró que era única, especial, que los dioses la habían puesto en la Tierra para él. Solo ella le complementaba. Si asimilar la existencia de Tania ya le había resultado difícil, descubrir que todo, desde el principio, había sido mentira, resultaba devastador y, al mismo tiempo, extrañamente liberador.

Scott sacó su teléfono y tecleó con rapidez.

—¿Quién es usted, su abogado? —preguntó Wendy.

—Algo así.

Wendy encendió un cigarrillo y exhaló el humo, observando a aquel tipo larguirucho y desgreñado.

—Se lo comerá vivo —advirtió a Tawny—. No aguantará ni el primer asalto. Sacará toda su artillería legal; una panda de buitres rastreros, sin escrúpulos, que tergiversaron cada detalle de mi vida, mintieron, me calumniaron y consiguieron que Timothy apareciera como una pobre e inocente víctima.

Rio tras pronunciar aquellas palabras, mostrando sus amarillos dientes por el tabaco; una risa seca y amarga, intercalada con silbidos al respirar y movimientos incrédulos de la cabeza.

—La víctima..., será hijo de puta. Tuve que pagar las costas del tribunal e indemnizarle. Me condenaron por denuncia falsa y me quitaron todo lo que tenía; intenté buscar trabajo, pero él contactaba con los empresarios y les contaba que yo era una empleada vengativa y problemática. Si tengo un techo es porque mi hermana me lo paga, a escondidas, para que él no se entere. Y aquí estaré hasta el día en que muera, bebiendo y maldiciendo el maldito día en que conocí a ese bastardo.

—¿Estaría dispuesta a testificar? —preguntó Scott.

La sonrisa irónica se desvaneció de su rostro, sustituida por el miedo. Expulsó el humo de una larga calada, torciendo la boca y aplastó la colilla con fuerza sobre la mesa, dejando una quemadura negra.

—No tienes mucho que perder —observó el escritor, mirando a su alrededor.

—Usted no lo entiende, no sabe de lo que él es capaz. Ese hombre es el mismísimo diablo.

Tawny notó cómo Scott se tensó ante aquella afirmación, pero no dijo nada.

Wendy la señaló.

—Tú puedes decírselo tan bien como yo.

No pudo más. Se levantó, salió corriendo de la casa y se agachó a vomitar junto a una farola. Scott salió tras ella; cuando terminó, le tendió un pañuelo. Se limpió en silencio y se sentó en la acera.

—¿Qué ha querido decir con eso?

—Nada.

—Mark no puede ir a juicio sin saberlo todo.

—No me importa, no iré a juicio. Ya se lo dije a tu hermano cuando me fui de allí y ahora con más razón. Ya la has oído. Me va a destrozar. A mí y a Mark.

—No podrá con él.

—No voy a ir a juicio.

—No puedes....

—¿Estás sordo? ¿Qué quieres?, ¿qué acabe como ella? —aulló, levantándose y alejándose de él—. ¿A qué mierda estáis jugando?

Scott cerró los ojos, se levantó y retrocedió un par de pasos.

—No me grites —gruñó entre dientes.

—¿Por qué?, ¿porque todo el mundo tiene que proteger al pobrecito niño maltratado por su padre? Pobrecito Scott, no le gritéis, no le toquéis, no le digáis nada porque le va a dar un puto *flashback* —repuso con desprecio, la burla palpable en su voz aflautada y ñoña que en las últimas palabras se volvió ronca por la ira.

Scott se quedó mirándola, anonadado y dolido y aquella actitud la enfureció aún más.

—¡No sabes una mierda de Alex! ¡No sabes nada de mí! ¿Quién demonios te crees que eres para decirme lo que tengo que hacer?

Él, que había cerrado los ojos mientras ella gritaba, se dio la vuelta, murmurando para sí mismo. Corrió hacia el coche y subió en él, aferrándose con fuerza al volante y soltándolo, balanceando el cuerpo adelante y atrás.

—Mierda —gruñó, echando a correr detrás de él.

Cerró de un fuerte portazo y permaneció en silencio en el asiento trasero, la vista fija en su ventanilla, odiándole a él, y a sí misma.

Un poco después, escuchó la voz apagada y algo temblorosa de Scott.

—Es cierto, no sé nada de ti. Pero sé lo que es tenerle tanto miedo a alguien que, cuando se acerca, se te hiela la sangre en las venas. Sé lo que es estar seguro de que acabará matándote y vivir cada día con ese miedo. Sé lo que es que te golpeen con el puño, un cinturón o un bastón, y no poder hacer nada para evitarlo. Sé lo que es llorar de puro terror, ese que te impide respirar e invade cada pensamiento, cada latido, cada segundo de tu vida. Ese que, una vez que se pega a ti, no te abandona jamás. No sé lo que fue vivir con Alex, pero sé todo eso.

Un silencio, más pesado que el anterior, invadió el coche. Tawny bajó la cabeza; deseando marcharse de allí, pero él permaneció inmóvil, la mirada fija en el parabrisas, la nube de vaho de su respiración el único signo de vida.

UN RELÁMPAGO EN LA OSCURIDAD

Media hora después, arrancó el vehículo y sin moverlo, puso en marcha el reproductor. Segundos después, para sorpresa de Tawny, los acordes de guitarra del inicio de *Hammer to fall* de Queen llenaron en el coche; él empezó a mover la cabeza al ritmo de la música, con los ojos cerrados, vocalizando la letra y subió el volumen al máximo. Tras la primera estrofa, se dirigió a la carretera a toda velocidad, los graves de la batería retumbando en los altavoces del coche, la potente voz de Mercury llenando el habitáculo, a la que pronto se unió la de Scott.

Tawny empezó a moverse instintivamente al ritmo de la música, primero solo la cabeza, tímidamente, para después comenzar a golpear con las manos el asiento delantero al ritmo de la batería; aquello la hizo sentirse mejor, más aún cuando se puso a cantar con él, a pleno pulmón, sorprendida de lo identificada que se sentía con la letra:

*Convinced our voices can't be heard
We just wanna scream it louder and louder
What the hell we fighting for?
Just surrender and it won't hurt at all
You just got time to say your prayers
While you'r waiting for the hammer to Hammer To Fall*

Cuando terminó la canción, el coche volvió a quedar en silencio durante unos segundos.

—Nina me recomendó la música para controlar la angustia —se limitó a explicar él para, un segundo después, unirse a Freddy Mercury en el inicio de *Breakthrough*, golpeando el volante al ritmo de la música, mientras Tawny descargaba puñetazos en la parte de atrás del asiento del copiloto. La tal Nina tenía razón; gritando de rabia más que cantando, inmersa en la canción, dejándose llevar por el ritmo, el miedo, la vergüenza, la ira, la culpa se disolvían entre los acordes de la guitarra para ser pulverizados por la batería.

Así continuaron el resto del camino, sin reparar en las miradas sorprendidas o burlonas de otros conductores cuando se detenían en los semáforos hasta que, desgañitándose con *Living on a Prayer de Bon Jovi*, se detuvieron frente a Seshat.

Empezaba a oscurecer y la librería parecía cerrada, la verja de la puerta bajada y las cortinas grises echadas en las ventanas, ocultando el interior. Scott aparcó y ambos salieron del coche.

Miró a Tawny y señaló hacia la librería.

—Hoy es solo un ensayo; conozco a todos los que están ahí dentro y sé que no tengo nada que temer y, aun así, me aterra entrar. Pero si no lo hago, si no venzo el miedo y entro, Michael habrá ganado, y yo habré perdido.

Fijó su mirada en uno de los escaparates cubierto por una cortina gris.

—Cuando Mark me dijo que íbamos a denunciarlo, me negué; «terror» no basta para definir lo que sentí ante la idea de volver a estar cerca de él. Pero Johanna advirtió que los monstruos no desaparecen solo con cerrar los ojos; tienes que encender la luz y abrir el armario o mirar debajo

de la cama. De lo contrario, te persiguen durante el resto de tu vida, aunque no estén a tu lado.

Tawny bajó la cabeza; se sentía despreciable por lo que le había gritado antes.

—Scott, yo...

El rugido del motor de un deportivo rojo que se acercaba a ellos ahogó su voz. El rostro de él, serio y angustiado, se relajó y sonrió, saludando con la mano a Jack y Charlotte, que llegaban en él.

—Aparcamos y volvemos en un minuto —dijo el primero.

Scott se giró para verlos alejarse, dando la espalda a Tawny.

—Michael me está buscando, ¿verdad? —preguntó cuando estuvo seguro de que no podían oírle.

Tawny tuvo la sensación de que la pregunta fue formulada a coro por el Scott adulto y el niño. El primero, en un tono que demostraba que conocía la respuesta. El niño envolviendo su vocecita asustada en la esperanza de que Tawny le asegurara que no era así, que estaba salvo, que el monstruo no había vuelto.

Dudó un segundo.

—No sé de qué estás hablando.

Él sonrió, triste.

—Buen intento, Tawny. Empecé a sospechar cuando Jack me envió a casa de Mark, y más aún cuando golpeó a Young y me gritó en la comisaría, y Mark me evita con la excusa de que está demasiado ocupado con tu apelación.

Arrugó la frente, el labio inferior sangrando de nuevo por la fuerza con la que se lo mordía.

—Tu dibujo ha sido la pieza que me faltaba. Tras verlo, llamé a uno de mis contactos, quien me confirmó que Michael había salido de la cárcel. Y tú ni siquiera parpadeaste cuando te hablé del miedo o del juicio, lo que implica que Mark te lo había contado todo.

Tawny lo miró, atónita. Él se encogió de hombros.

—Bueno, no es exactamente un tema para la primera cita: Hola, soy Mark, soy abogado, me gusta leer y tengo fobia a la oscuridad y a los espacios pequeños y cerrados porque, cuando era niño, mi padre me encerraba en un cuartucho sin luz mientras pegaba a mi hermano pequeño.

Tawny se llevó las manos a la cabeza, horrorizada. ¿Cómo había podido ser tan idiota? Acababa de tirar por la borda todos los esfuerzos de Jack y Mark por protegerle, y roto el secreto que prometió guardar. La odiarían, al igual que Charlotte, que Alex, que Mark. Se lo tenía merecido.

—Jack y Mark te protegerán. —Trató de tranquilizarle, notando que la respiración de él se volvía agitada.

Sacudió la cabeza, la angustia palpable en su voz al responder.

—Tú no lo entiendes. A Michael le gusta infligir daño físico, pero disfruta con el sufrimiento psicológico. —Inhaló con esfuerzo, casi con un estertor—. Sabe que es mucho más destructivo que cualquier castigo físico. Los huesos rotos se arreglan, los moratones desaparecen, pero las heridas del alma... Venir a buscarme y matarme a golpes sería demasiado directo, demasiado, y ese no es su estilo. Mi sufrimiento y su diversión terminarían demasiado pronto.

—Podéis iros de Londres hasta que Julia le detenga en el encuentro con los lectores —sugirió Tawny, para después hacer una mueca y levantar las manos al cielo, furiosa consigo misma. ¿Cómo podía ser tan bocazas?

—¿Es eso lo que están pensando hacer? —preguntó con voz aguda, bordeando el pánico—. No sería justo para ellos, ya han adaptado demasiado sus vidas a mí. Y no serviría de nada; Michael es como un tiburón: una vez que huele la sangre, sigue el rastro hasta que devora a su

presa —afirmó observando a Jack y Charlotte, que se acercaban a ellos con paso tranquilo; su marido hablando y su hija riendo.

Tawny tragó saliva. Tenía que avisar a Jack. Dio un paso hacia él pero, ante su sorpresa, Scott la agarró, del brazo, deteniéndola, para soltarla con rapidez.

—No les digas nada —pidió.

—Pero...

—Por favor, no ahora. Yo hablaré después con él.

Le miró dubitativa. El escritor se apoyó en un árbol cercano y se inclinó, la mano en el pecho.

—No..., puedo..., respirar —gimió.

Tawny, impotente, se apartó al ver a Jack correr hacia ellos, seguido de Charlotte.

—Scott, tranquilo, estás bien —le dijo con suavidad, deteniéndose junto a su marido—. Respira por la nariz, la nariz; eso es, sigue mi ritmo —aconsejó Jack suavemente, respirando él mismo profunda y lentamente por la nariz.

Se volvió hacia su hija.

—Trae un vaso de agua.

Ella asintió y golpeó la persiana metálica, que comenzó a elevarse. Cuando tuvo hueco suficiente, se deslizó hacia el interior de la librería y reapareció al cabo de unos segundos con un vaso lleno.

Jack le hizo un gesto para que no se acercara, indicándoles a ella y a Tawny que les dejaran espacio.

—Scott, respira conmigo, por la nariz, sí, así, eso es —pidió de nuevo con voz pausada y tranquila, respirando él lenta y profundamente.

Notando su mirada desenfocada, perdido en su pesadilla, le cogió la mano con suavidad y se la puso en su pecho, para que le resultara más fácil acompañar su respiración.

—Ahora, vamos a hacer un ejercicio de resta —anunció un minuto después, en el mismo tono calmado. Se movió despacio hasta ponerse frente a él y esperó hasta que fijó la vista, aún perdida, en él.

—¿Cien menos siete?

El escritor no respondió. Jack esperó un par de minutos más, esperando a que la respiración de él, aunque aún rápida, comenzara a ser menos dificultosa.

—¿Cuánto es cien menos siete, Scott? —repitió en el mismo tono tranquilo y amable.

Su marido cerró los ojos, concentrándose en su voz.

—Noventa y tres.

—¿Noventa y tres menos siete?

—Ochenta..., ochenta y seis —jadeó, aunque su respiración empezó a ser un poco más fluida.

—¿Ochenta y seis menos siete?

—Setenta y nueve.

—¿Setenta y nueve menos siete?

—Setenta y dos.

—En medio de un ataque de pánico, la mente salta de un miedo a otro, cada uno más terrible que el anterior; eso refuerza el círculo vicioso del pensamiento negativo y la ansiedad, que a su vez retroalimentan el pánico —explicó a Tawny una mujer morena que había salido de la librería y se había situado entre ella y Charlotte, notando su desconcierto—. Al pedirle que reste, le ayuda a poner en marcha la parte lógica del cerebro, para quitar el control a la irracional y, de ese modo, romper ese ciclo.

Tawny la miró, estupefacta, y ella sonrió, asintiendo. La técnica de Jack parecía estar

funcionando porque la mirada de Scott poco a poco se enfocaba más y su respiración se volvía más regular.

—¿Dieciséis menos siete? —continuó su marido.

—Nueve.

—¿Menos siete?

—Dos —pronunció el número con un gran suspiro de alivio, los ojos llenos de lágrimas. Miró a su alrededor—. Lo..., lo siento —susurró.

—No hay nada de lo que disculparse.

Jack le cogió la muñeca. En un primer momento, a Tawny le pareció que le estaba tomando el pulso, como hizo con ella el día de la lasaña, para darse cuenta después de que hacía presión en el pliegue de la muñeca con la yema del pulgar, lo que lo ayudó a relajarse más.

—¿Cómo te encuentras? ¿Quieres que volvamos a casa?

Dudó durante unos instantes y negó con la cabeza.

—No, solo necesito un minuto.

Su marido asintió.

—No hay prisa. Tenemos todo el tiempo del mundo.

—Pero ... —Miró hacia la librería, preocupado.

—No te preocupes, esperarán. —Hizo un gesto a Charlotte para que le diera el vaso de agua y se lo tendió a Scott, que lo cogió con las dos manos, para evitar que se le cayera—. Eso es, bebe, despacio, así. ¿Quieres que caminemos?

Asintió. Jack devolvió el vaso a Charlotte, que, tras sonreír afectuosamente a Scott, cogió a Tawny de la mano y tiró de ella hacia el interior de la librería, seguidas por la mujer morena, mientras ellos se alejaban despacio por la acera.

Dentro, la librería bullía de actividad. Johanna, Valerie e Irene, junto con otra mujer alta de pelo teñido de azul a la que Tawny no conocía y dos chicas de la edad de Charlotte, a quienes se unió la mujer morena, charlaban alegremente mientras colocaban grandes *rolls-up* de las portadas de las novelas de Scott detrás de una larga mesa situada en la planta baja de la librería. Frente a ellas, un grupo de hombres colocaban sillas entre charlas y risotadas.

—Hoy es el ensayo final —explicó Charlotte, al verla girar sobre sí misma, deslumbrada—. Todos son conocidos, para que sea un entorno seguro y familiar para Scott.

Johanna se acercó a ellas con gesto preocupado.

—Han ido a dar un paseo, pero ha dicho que quería empezar —explicó su nieta.

La dueña sonrió, aliviada, más aún cuando los vio llegar, unos veinte minutos después. Los allí reunidos les saludaron cordialmente, sin acercarse a ellos. Nada más entrar, Scott se presionó un punto en el dorso de su mano izquierda con los dedos índice y pulgar de la derecha, y se relajó visiblemente.

—Es un anclaje emocional. —Oyó que le decía una voz a su espalda. Tawny se dio la vuelta y se encontró con la mujer morena.

—Soy Nina, la terapeuta de Scott —se presentó, sonriendo abiertamente y tendiéndole la mano.

Se la estrechó, sorprendida. No se correspondía con la imagen que se había hecho de ella; una mujer seria y adusta, con el cabello gris recogido en un moño, que escuchaba al paciente con el ceño fruncido. Por el contrario, tenía un aire juvenil y cercano; camisa rosa palo, los vaqueros con flores bordadas y una larga melena ondulada.

—He oído hablar mucho de ti —afirmó.

—Espero que bien.

—Muy bien —respondió ella, lanzando una mirada burlona a Mark, que revoloteaba por la parte trasera de la librería, lo más lejos posible de Tawny.

—¿Qué es un anclaje emocional?

—Es un estímulo que nos devuelve a un estado emocional más relajado. Cada vez que Scott, después de practicar técnicas de relajación en casa o en la consulta, se siente totalmente relajado, presiona ese punto. De ese modo, crea un recuerdo en su mente y en su cuerpo, un anclaje, que le lleva a ese estado de relajación en segundos.

—Debería aprender a hacerlo yo —sonrió Tawny—. ¿Es lo mismo que con Queen?

Nina rio.

—Sí y no. Gritar ayuda a eliminar bloqueos, tensiones y angustia. Es muy terapéutico, pegar un buen grito de cuando en cuando, siempre a solas. —Tawny rio asintiendo—. Pero hay pacientes, como Scott, a quienes les resulta más fácil gritar cantando; darle un contexto, digamos. La energía de la música, además, ayuda a mejorar el estado de ánimo; por ello tienen que ser canciones poderosas, enérgicas. Una balada no te valdría.

—Pero sí *La reina de la noche*.

—También es poderosa.

—¿Y no le denuncian los vecinos?

—Habitualmente lo hace con los auriculares puestos, excepto en el coche. El sitio perfecto para gritar sin consecuencias.

Ambas rieron. La mujer de pelo corto teñido de azul, se acercó a ellas.

—No sabía que ibas a venir —saludó a Nina.

—No me quedará mucho. Jack me pidió que viniera, por si hacía falta, pero como Scott lo está gestionando bien; me iré pronto. Oh, Tawny, perdona, esta es Violet. Violet ella es...

—La defensora de las víctimas inocentes, lo sé. —Sonrió y se le formaron un par de hoyuelos en las mejillas, que acentuó el aire juvenil que las pequeñas coletas le daban.

Ella se la estrechó, esbozando una sonrisa avergonzada, aún impactada porque aquella mujer fuera la madrina del adusto Mark.

—Eh, deberías estar orgullosa. —Su sonrisa se hizo más amplia, mientras sus ojos brillaban con un entusiasmo casi infantil—. No quisiera meterme donde no me llaman ni amargarte la velada, pero, si lo necesitas, aquí es donde nos reunimos.

Le tendió una tarjeta con las iniciales CCA; Tawny la miró, sin decidirse a cogerla. Aún no se veía capaz de contar sus atracones a un grupo de desconocidos.

—Darnos cuenta de que no somos los únicos a quienes nos sucede ya es una gran ayuda. Nadie te criticará, es un espacio seguro para contar lo que quieras. En el otro lado tienes mi teléfono, por si necesitas hablar.

La cogió, sin poder ni siquiera murmurar un agradecimiento; las ganas de llorar inundándola de nuevo. Tras años de críticas y reproches, no terminaba de acostumbrarse a la comprensión y aceptación plena que mostraban todos, fueran conocidos o no.

—Por fin encuentro a mi mujercita. —Oyó decir a Irene, que se acercó y abrazó a Violet, que sonrió, devolviéndola el abrazo.

—No me acordaba de que estabais casadas.

—No me extraña. Con todas las horas que pasa trabajando con Mark, a veces me pregunto si realmente lo estamos —bromeó Violet.

—Nos conocimos poco tiempo después de que Mark y yo abriéramos el despacho. Violet iba a menudo a verle; a veces, si tenía que esperar a que Mark acabara alguna reunión, yo la invitaba a un café y charlábamos.

—Y tras cuatro años de café, nos casamos —. Sonrió tiernamente a Irene, que le devolvió la sonrisa y la besó.

Valerie se acercó a ellas, pidiéndoles ayuda para colocar algunos libros. Scott, Mark y Jack se acercaron a la larga mesa que presidía el acto. El escritor observó la distancia que separaba su mesa con la primera fila de sillas con el ceño fruncido.

—¿No están demasiado cerca de la mesa?

—Tres metros, exactamente lo que pediste, ni un milímetro menos —respondió uno de los hombres que las colocaba.

Se acercó a ellos, sonrió a Scott y le dio una fuerte palmada en la espalda a Jack—. Supongo que luego nos invitarás a unas pintas por el esfuerzo, capitán.

—No lo dudes —sonrió Jack. Se volvió hacia Tawny—. Este es Bill, mi mejor amigo y mano derecha en el quirófano. Ella es Tawny.

—Su esclavo, mejor dicho —bromeó este, haciéndoles reír.

—¿Capitán? —preguntó Tawny, mirando a Jack.

—Soy el capitán del capitán del equipo de rugby de neurocirugía del King's College, pero sólo porque soy el director del departamento —explicó Bill.

—Puede que tengamos más de cuarenta años, pero hemos dado una paliza a más de un equipo de residentes confiados, ¿verdad? —afirmó otro de ellos, y el resto se echó a reír, asintiendo con la cabeza.

—Más de uno ha salido con el rabo entre las piernas —rió un tercero.

—Todavía estamos esperando a que vengas a jugar con nosotros —bromeó Bill, guiñándole un ojo a Scott.

—El deporte de mis sueños; quince tipos tirándose encima de mí.

Lo celebraron con una nueva risotada. Cuando Valerie se acercó a hablar con él, Jack apartó a Tawny detrás de una estantería.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó, preocupado, haciendo un gesto hacia el escritor—. El ataque de pánico no ha sido por esto.

Tawny dudó si contárselo o no. Pero al ver a Scott charlando tranquila y animadamente con Valerie y Charlotte decidió no hacerlo. No quería romper su promesa ni estropearles el día. Ya habría tiempo más tarde.

—No, nada. Me dijo que hoy era un día complicado.

La miró, dubitativo.

—¿Solo eso?

—Nada más.

Asintió, no convencido del todo y Tawny soltó todo el aire que había estado reteniendo sin darse cuenta.

—Eh, no secuestréis a mi nueva chica —pidió Johanna, que arrastraba consigo a un irritado Mark—. Todo está perfecto, Scott, tal y como habíamos hablado. Valerie te dará los últimos detalles. —Se volvió hacia ella—. Tawny, me alegro mucho de que al final hayas decidido venir.

Al verla, recordando todo lo que Mark le contó, no pudo contener el impulso de abrazarse a ella con fuerza. Los días de preparación del juicio, aquellos pasados en la soledad de su habitación y la conversación con Wendy Knight le habían pasado mucha factura emocional.

La librería pareció sorprendida por un instante y después la abrazó con fuerza, reconfortándola.

—Oh, ¿el malvado Mark te está haciendo trabajar demasiado? —preguntó, engolando la voz con cariño, como si le hablara a un niño pequeño.

Tawny rio y negó con la cabeza mientras prácticamente podía oír al abogado poner los ojos en blanco.

Más tranquila y sintiéndose mejor, se separó de ella. La librera dirigió a Mark una mirada divertida que se transformó en preocupada.

—Intenta relajarte un poco —le aconsejó, solícita.

—Estoy perfectamente —replicó con sequedad.

—Mark, Scott está bien. Deja de actuar como el imperturbable hermano mayor y admite que estás preocupado. Jack lo está, y yo también. No pasa nada por admitirlo.

Mark se tensó.

—¿Quién...? Ah, te ha venido Julia con el cuento —gruñó, mirando de reojo a la detective, que entraba en aquel momento.

Johanna sonrió, traviesa.

—No era necesario. ¿Qué pensabas?, ¿que no me daría cuenta de que la policía estaba vigilando mi librería? —Le dio una palmadita cariñosa en el brazo—. Habla con Violet o tu terapeuta.

El abogado gruñó algo incomprensible y se escabulló hacia la segunda planta, Ella suspiró, miró a Tawny y sonrió.

—Espero que algún día comprenda que vulnerabilidad y fragilidad no son lo mismo. —Suspiró—. También debe cuidar de sí mismo, y espero que tú le ayudes a hacerlo. —Se giró y cogió una pila de libros— ¿Podrías ayudarme?

Asintió, encantada de poder ser útil y feliz de formar nuevo parte de todo aquello; aliviada, se olvidó del juicio, la comida, Wendy Knight y Alex. Scott tenía razón cuando decía que Mark aún lo veía como un hermano pequeño al que debía proteger. Parecía temer que si dejaba de estar alerta una milésima de segundo, ocurriría algo catastrófico. Lo mismo estaba haciendo con ella. No quería dejar ningún resquicio por el que los abogados de Alex pudieran hacerle daño. A su manera distante, brusca y fría, la estaba protegiendo.

Tras terminar de colocar los libros, vio que Jack y Scott miraban una de las muchas fotos que cubrían las estanterías, en las que se mostraban distintos escenarios en los que se ambientaban las novelas: los bosques solitarios y misteriosos, lugares emblemáticos de la ciudad o un pequeño restaurante italiano. Se acercó a la foto para verla mejor, sin reparar en el hombre bajito y regordete, de barba entrecana y pelo en un moñito que las miraba también.

—Tawny, él es... —comenzó Jack.

—¡Usted es Bruno Sacchetti! —gritó, emocionada; le había reconocido gracias a la descripción que Scott hizo de él en su primera novela—. ¡El dueño del restaurante al que siempre van Lena y Renata después de los casos!

Él se irguió, henchido de orgullo y sonrió ampliamente, haciendo una reverencia para casi besarle la mano, mientras Jack y Scott observaban la escena, divertidos.

—No puedo creer que sea usted. No se imagina las veces que he intentado reservar mesa en su restaurante, pero siempre ha sido imposible.

—La culpa es de él. —Señaló al escritor, que se mordió el labio y sonrió tímidamente—. Solían venir juntos a mi restaurante cuando él aún no era famoso. Se le ocurrió sacarlo en su primera novela, y, puf, nos convertimos en uno de los restaurantes de moda.

—¿Sigue usted cantando al servir los platos?

—Por supuesto. Y mi comida sigue siendo de la mejor calidad, casera y hecha con mimo. La próxima vez que quieras reservar, llama diciendo que vas de parte de Scott; te daré una mesa junto a la ventana.

Tawny le miró emocionada. Había intentado ir cientos de veces con sus amigos o con compañeros del grupo de lectores de Kriger, pero nunca fue posible. Lo más que pudieron hacer fue ir a visitarlo por fuera, un pequeño restaurante en una callejuela céntrica, las ventanas con las típicas cortinillas de cuadros rojos y blancos, con no más de diez mesas, tres de ellas junto a la ventana. Iluminado solo por unas pocas lámparas de techo y las velas de las mesas, se veía cómodo y tranquilo y el delicioso aroma que emanaba de la cocina te invitaba a quedarte allí para siempre.

—Cuando vengas, te contaré cómo Scott le pidió a Jack que se casara con él.

—¡Bruno! —le regañó el escritor.

—Siempre hubiera dicho que había sido Jack —repuso ella, sorprendida.

—¿Por qué nadie cree que te lo propuse yo? —protestó.

—Porque eres tan romántico como un cactus —replicó su marido.

El escritor le sacó la lengua mientras el resto reía a carcajadas.

—Elegí ese restaurante para pedírtelo porque allí tuvimos nuestra primera cita. ¿Ves como sí soy romántico?

—No era una cita. Yo entonces solo era tu médico.

—No les hagas caso. Se veía a la legua que estaban ya colados el uno por el otro —intervino Bruno.

—Eras mi médico, pero me pediste una cita —se burló Scott.

—Era tu médico, pero no idiota —repuso Jack y se echaron a reír de nuevo.

Tawny siguió ayudando en todas las tareas que le pedían, feliz de sentirse útil, disfrutando del ambiente amistoso y relajado que reinaba en la librería, donde todos, en pequeños grupos, estaban haciendo algo: moviendo muebles, colocando libros, quitando el polvo, haciendo sitio para más sillas; todos charlando animadamente. Todos, excepto Kevin, de quien todos parecían haberse olvidado. Medio escondido en un rincón, bolígrafo en mano, revisaba una lista con gesto hosco, mirando de vez en cuando al resto y murmurando para sí mismo.

Cuando todo estuvo listo, comenzó el ensayo. Scott se sentó en el centro de la mesa, Valerie a su derecha, Jack a su izquierda, Mark junto a él y la señora Morgan junto a Valerie.

Tawny se sentó en la primera fila de sillas, entre Charlotte y Violet, emocionada. Se sintió como cuando se convirtió en uno de los miles de devotos fans de Kriger, tras leer su primera novela. Hizo muchos amigos, algunos reales, otros virtuales, todos compartiendo la pasión por el misterio, tratando de saber más sobre el autor, sus novelas, encontrándose en los lugares donde estas tenían lugar... Uno de los mejores momentos de su vida.

Quién iba a pensar que poco después conocería a Alex y todo cambiaría...

Tras el ensayo, Scott y Jack se marcharon en compañía de los amigos de Jack. Tawny buscó a Mark con la mirada, pero el abogado debió haberse escabullido en algún momento, porque no lo vio por ningún lado. Decidió quedarse un rato más en la librería, tomando un té con Charlotte, Valerie, Johanna, Irene y Violet. Se sentía segura y protegida con ellas y la energía tranquila que irradiaban le hacía sentirse bien.

Mientras charlaban, sus ojos se posaron en uno de los libros apilados en una mesa, *Un relámpago en la oscuridad*. No fue la portada lo que le llamó la atención, sino el nombre que aparecía en ella, Kevin Roth.

—Sí, mi sobrino es el autor —aclaró Johanna, siguiendo la dirección de su mirada.

Tawny recordó entonces haber leído hacía tiempo sobre la primera novela de un tal Kevin Roth, pero en ningún momento lo relacionó con el sobrino de la librera. Si la memoria no le fallaba, no se llamaba así.

—Su primera novela tuvo bastante éxito —continuó Johanna.

Se acordó entonces, de repente; la segunda, la segunda, la que estaba encima de la mesa, fue un estrepitoso fracaso, vapuleada por crítica y lectores.

—Esta es la segunda. Apareció al mismo tiempo que la primera de Scott —añadió la librera rápidamente.

—¿Decidió publicar al mismo tiempo? —preguntó notando el evidente esfuerzo de ella por no hablar del libro de su sobrino.

Sacudió la cabeza, sonriendo al recordarlo.

—No. Scott guardaba todo lo que escribía en un cajón y solo dejaba que su hermano lo leyera, como hacía desde niño, con la promesa de no mostrárselo a nadie. Un día Mark me trajo uno de sus manuscritos; le parecía bastante bueno, pero quería una opinión objetiva, y sabía que yo lo sería. Era excepcional, tanto que, incluso antes de terminar de leerlo, hice varias copias y las envié a un montón de agentes, como hice antes con la novela de Kevin.

—¿Y qué hizo Scott cuando se enteró?

—Puso el grito en el cielo, diciendo que no teníamos derecho a invadir su intimidad y no sé cuántas tonterías más. En el fondo, le daba pánico enfrentarse a la posibilidad de que sus libros no fuesen buenos. Significaría que su padre tenía razón cuando le decía que todo lo que escribía era basura.

Su rostro se volvió serio.

—Cada vez que un agente devolvía un manuscrito, el cartero lo empujaba por el buzón y caía con un ruido sordo que retumbaba por toda la librería. Scott nos miraba acusadoramente y se escondía durante horas en la trastienda. Cada devolución lo hundía un poco más. Tampoco ayudaba que Kevin, que en aquel momento estaba teniendo mucho éxito con su primera novela, le dijera, que, en efecto, sus libros eran una basura que no gustaban a nadie. Esto, aunque Scott lo negaba, le afectó profundamente. Ciertamente que escribía para sí mismo, para sentirse mejor, para escapar del pasado, pero aun así...; mi sobrino daba voz a sus miedos, y Scott sentía que no valía nada, como le repetía su padre.

Mirando de reojo a Kevin, que rebuscaba algo en la trastienda, añadió:

—Desde que los acogí, sentí celos de Scott. No sé por qué; quizá no supe hacerlo bien, tal vez me preocupé demasiado por ellos y se sintió desplazado. No lo sé. Fuera como fuera, su animosidad era mutua, y cada vez iba a peor.

Suspiró, sacudiendo la cabeza.

—Nos habían devuelto casi todos los manuscritos cuando un agente accedió a representarle y consiguió que publicara en una pequeña editorial.

—Debió ponerse contento —afirmó Tawny.

—¿Contento? Todavía le recuerdo enseñándonos la carta, emocionado, dando saltos de alegría, incrédulo, nervioso, y asustado. Kevin le decía que la editorial era una mierda, que nadie leería su libro, pero a él le daba igual. El día que recibimos los ejemplares impresos... Nunca le había visto tan feliz; no solo por el libro en sí, sino por lo que significaba. Aquel libro era un símbolo, el culmen de todo por lo que había luchado. Por eso no le importaba el tamaño de la editorial ni nada de lo que pudiera decir Kevin.

Sonrió.

—La novela tuvo más éxito del esperado y, en poco tiempo, se agotaron los doscientos ejemplares de la primera tirada. Pero entonces la editorial insistió en que Scott hiciera giras promocionales, presentaciones..., y todo se fue al garete. Lo intentó, pero..., la sola idea le causaba tremendos ataques de pánico. Fue entonces cuando conoció a Jack. Cuando Scott se

negó a seguir con la promoción, la editorial lo demandó por incumplimiento de contrato. La demanda no prosperó gracias a la defensa de Mark y a un informe médico de Nina, pero se corrió la voz de que Scott era un bicho raro, asocial, que era difícil de tratar, un escritor orgulloso y pagado de sí mismo que se creía el mejor del mundo.

—Algo en lo que Kevin tuvo mucho que ver —apuntó Valerie.

Johanna frunció los labios.

—Eso no lo sabemos, querida.

La editora, Charlotte, Violet e Irene intercambiaron una mirada elocuente, pero Johanna decidió no entrar en disputas.

—El agente dejó a Scott; nadie quería representarlo, por lo que Mark decidió hacerlo. Pero su carrera parecía acabada. Ningún editor quería publicar sus libros después de lo ocurrido con el primero; la mala fama que se había granjeado y su incapacidad para aparecer en público. Y así habría sido de no ser por Valerie.

—Cuando leí su primera novela, me encantó. Cierto que me llegaron los rumores sobre su mal carácter, pero Scott no es el primer escritor que prefiere mantenerse aislado, sobre todo por timidez. Emily Dickinson, Marcel Proust, o Jack Kerouac y otros tantos también trataron de evitar que su éxito invadiera su vida privada. Por ello, me armé de valor, llamé a Mark y me ofrecí a publicar la novela, aceptando sus condiciones. Cuando me dijo que sí, no podía creerlo. Mi editorial era muy pequeña, pocos títulos y tiradas no muy grandes, tanto que no pude ni darle un anticipo; pero confieso que un par de veces estuve a punto de mandar a Scott a la porra.

—Estaba muy afectado por lo que pasó con la primera editorial, y temía que sucediera lo mismo —explicó Johanna—. Fue bastante..., antipático y maleducado con ella, como suele hacer cuando quiere apartar a la gente para protegerse. Pero ahí estaba Jack, haciendo que se disculpara cuando se ponía grosero, ayudándolo a entender que Valerie realmente admiraba su trabajo; al final, se convenció de su buena fe, y firmaron el contrato, aunque creo que, si ella hubiera sabido lo que se avecinaba, se lo habría pensado dos veces.

La editora asintió, divertida.

—¿Por qué?

—Como he dicho, mi editorial era muy pequeña. Una veintena de autores, pocas tiradas, pero era maravilloso. Estábamos llenos de ilusión por los libros que publicábamos. Todos, los escritores y yo, aprendimos a hacer de todo: maquetábamos, diseñábamos las portadas, las correcciones, los anuncios en redes sociales, organizábamos encuentros, lecturas... Era maravillosa la pasión con la que trabajábamos juntos. Scott participó en todo como uno más, con una salvedad: nunca se reunía con nosotros, y era yo la intermediaria entre él y los demás. Pero se involucró en su proyecto y en los del resto.

—Dos semanas después de publicar su novela, realizamos una lectura conjunta y, gracias a varias reseñas de *bloggers* y *bookstagrammers*, comenzó a hacerse popular. Tres meses después entró en la lista de los libros más vendidos. Al poco, figuraba entre los diez más leídos y dos meses más tarde, llegó al primer puesto. Nosotros, que rara vez imprimíamos más de cien ejemplares, nos encontramos con que nos pedían tiradas casi semanales de veinte mil ejemplares. Hubo que contratar imprentas, personal...; ninguno de nosotros estábamos preparados para aquello, mientras crecíamos hasta ser la editorial que somos ahora pero lo asumimos como un nuevo reto. Actualmente, seguimos los mismos al frente, cuidando todo con la misma pasión de entonces.

Sonrió, soñadora.

—Y no fueron solo los libros. La gente se volvió loca buscando el Bosque de las Brujas, la

Cascada de la Dama Blanca, El Caldero del Diablo, el restaurante de Bruno, la panadería donde Lena y Renata desayunaban todos los días y el resto de las localizaciones que aparecía en la novela, las lecturas aquí en la librería... No dábamos abasto.

Tawny asintió. Ella participaba en las rutas que recorrían los distintos escenarios de la novela. Allá donde iba, los aficionados sacaban fotos, leían el pasaje en el que se describía el lugar o donde la escena sucedía..., fue uno de los mejores momentos de su vida.

La asaltó el recuerdo de Alex criticando continuamente su afición y a sus amigos hasta que lo dejó todo, borrando su alegría. ¿Cómo pudo estar tan ciega? ¿Cómo no se dio cuenta entonces de la manera en que él le fue quitando todo lo que le hacía feliz, volviendo su vida cada vez más pequeña y agónica?

—Scott no podía hablar cara a cara con los lectores, pero les respondía por carta o por correo electrónico, participaba en chats con ellos, cualquier medio que no implicara interacción directa —continuó Valerie que, al igual que el resto, había notado el repentino cambio de humor de Tawny—. A ellos les encantaba que le rodeara el mismo misterio que a sus libros y, de ese modo, Scott se sentía protegido y pudo continuar escribiendo. Johanna, Mark y yo hemos sido su cara visible.

La librería miró con pesar a su sobrino.

—Kevin no pudo soportarlo. Cuando Scott empezó a rechazar las entrevistas de televisión, las giras, las firmas de libros..., empezó a llamarle bicho raro, a decirle que estaba loco... Siempre consideró sus fobias como una llamada de atención y un modo de lograr protagonismo. Su enemistad creció hasta el día en que, en medio de una fuerte discusión, Kevin le dijo que se merecía las palizas que le daba su padre. Desde entonces, no se hablan y ambos actúan como si el otro no existiera.

—¿De verdad le dijo eso? —preguntó, horrorizada.

Ella asintió.

—Sabía que le haría mucho daño, como así fue. —Suspiró—. Mark, furioso, le prohibió participar en nada relacionado con los libros de Scott, excepto aquí en la librería. Intenté interceder por él; a Kevin le habría venido muy bien para relanzar su carrera literaria, pero se mostró inflexible.

—No fue solo por eso Johanna —puntualizó Charlotte.

Se frotó las sienes.

—Me duele la cabeza. Creo que deberíamos ir a descansar.

Se levantó, lanzándole una mirada de advertencia. Ninguno se atrevió a contradecirla. Devolvieron las sillas al sótano y, salieron en silencio.

Una hora después, Tawny llegó a su estudio, preguntándose qué habría querido decir Charlotte. No se había atrevido a hacerlo en la librería, por el ambiente tenso que se había creado tras sus palabras. Encendió la luz y se detuvo en la entrada, boquiabierta, preguntándose si se habría equivocado de apartamento. Salió al pasillo para asegurarse de que era el suyo y volvió a entrar. Lo habían limpiado a fondo, ordenado, y repuesto los platos, cubiertos y vasos que Scott había tirado aquella mañana.

Sobre el caballete, un sobre de color crema con su nombre escrito. Reconoció la letra de Mark y dudó si abrirlo. Lo rasgó sin pensar y sacó la nota que había dentro. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero esta vez de alegría y alivio al leerla:

«Suscribo punto por punto todo lo que Scott te ha dicho. Mañana a las nueve en la librería».

Sonrió, y, abrazada a la carta, diciéndose que parecía una niña, se metió en el catre.

VETE DE AQUÍ

Se despertó antes del amanecer, inquieta por su cita con Mark. Él había actuado de modo tan desconcertante, dando bandazos de aquí para allá, que no sabía muy bien qué se iba a encontrar y no se sentía capaz de soportar otra decepción o aparente rechazo.

Se duchó, se vistió y puso la cafetera, recordando la visita a Wendy Knight mientras veía borbotear el líquido negro. Con el ensayo, se había olvidado completamente de ella, de Alex que antes era Timothy...; si Wendy había estado casada con él hacía once años, significaba que llevaba más de ocho con Tania; la descripción que hizo de ella dejaba poco lugar a la duda. Pero entonces, llevaban más tiempo juntos del que le habían hecho creer, ¿por qué? ¿Qué más daba ocho o veinte años? El efecto era el mismo.

Se apoyó sobre la mesa del microondas y hundió la cabeza entre los hombros, abatida. Por mucho que lo hubiera negado ante Mark, no se podía mentir a sí misma. Claro que sospechó de las reuniones hasta altas horas de la noche o de las llamadas intempestivas, como había sugerido él, al igual que todos aquellos viajes a los que ella, casualmente, nunca pudo ir por tener demasiado trabajo, o los fines de semana que él supuestamente pasaba en la oficina. No era estúpida. Pero no podía confesarle a Mark que esperaba todos aquellos momentos con ansia porque, cada viaje, cada marcha de él era un respiro para ella. Los únicos momentos en que podría estar tranquila, sabiendo que, durante unas horas o unos días, no habría enfados, gritos... miedo. Pero incluso cuando él se marchaba, debía estar alerta porque la seguía vigilando: llamaba al teléfono fijo para saber si estaba en casa o no, o escondía el router para que ella no pudiera conectarse a Internet. Tampoco podía llamar a nadie porque él examinaba después la factura, y si aparecía un número desconocido, le exigía explicaciones. Aun así, solo con no tener que soportar su presencia, cerrar los ojos cuando él se acercaba y contener un escalofrío, hacían aquellos momentos valiosos.

Nunca hubo una amenaza explícita, pero, por alguna razón que desconocía, nunca se atrevió a dejarle. Sólo pudo hacerlo cuando él la echó, e, incluso entonces, abandonó la casa, con la garganta seca y las piernas que apenas podían sostenerla por el miedo a que él la detuviera; convencida de que por fin escapaba del infierno, nunca pensó que le esperaba otro peor.

Sentía pena por Wendy, mucha. Sabía, como ella misma dijo, de lo que Alex/Timothy era capaz. No necesitaba mucho para hacer daño, para hundirte en la miseria y hacerte sentir que no valías nada, que no eras nada. Una palabra y todo dentro de Tawny se derrumbaba; ante su silencio, sus frases cortas e hirientes. Algo debía ir mal en su cabeza porque, devorada por la culpa, volvía a él una y otra vez, pidiéndole que la perdonara, que la quisiera de nuevo. Como la polilla que, hipnotizada por la luz, vuela hacia la destrucción, ella volvía, más sumisa, más culpable, más asustada y perdida, creyendo, como él aseguraba, que no volvería a ocurrir.

Hasta la siguiente discusión.

Decidió caminar hasta la librería. Estaba a casi una hora de distancia, pero el paseo la ayudaría a tranquilizarse y a ordenar sus ideas; nada que no hubiera pensado durante aquellos

cinco años, pero que nunca dejó fluir, estrangulándolas nada más nacer, convencida de que no podía hacer nada por liberarse de él. Por ello vivía contando las horas que quedaban hasta el próximo viaje de él, deseando que, después de cada uno, le dijera que se iba con la otra mujer. Solo podría ser libre si él la liberaba. No tenía más salida. Nunca la tuvo. Su destino se sentenció el día que comenzó a salir con él.

Cruzó la calle, casi desierta a aquella hora. ¿Qué habría sido de ella si no hubiera conocido a Scott y Jack y, por ende, a Mark? Seguramente hubiera terminado como Wendy. Alex solía llamarla cobarde, pero demostró ser valiente al investigar a Jack y Scott para prevenir los asesinatos. Tampoco fue una estupidez recuperar su pasión por dibujar, como él la llamaba. Sentía como si la imagen que Alex había creado de ella se empezara a resquebrajar y de aquella Tawny, estúpida, cobarde, ignorante, que no valía nada, comenzara a reaparecer quien había sido antes de conocerle.

Se dio cuenta entonces que había esperado de Mark que mostrara la misma confianza abrumadora, de la que hacía gala en su trabajo, en todos los ámbitos de su vida. No se le ocurrió que aquella firmeza encubriera miedo a mostrarse cercano y vulnerable, un escudo para protegerse del dolor.

Cruzó el parque, respirando con deleite el aroma de la hierba fresca de la mañana mientras su mente se relajaba, contemplando la multitud de verdes que componían el paisaje que tenía ante sí: los más oscuros de la hierba, los claros y oscuros de las hojas de los árboles en todas sus formas, las notas de color aquí y allá de las flores. Estaba, además, bastante tranquilo a aquella hora: un par de niños paseando a sus perros, algún paseante y varios corredores.

Inmersa en sus pensamientos, no se percató del hombre que había comenzado a seguirla desde que entró en el parque, siempre a una distancia prudencial que ahora que ella se internaba en la zona más arbolada y solitaria, acertaba con cada zancada.

Tawny sonrió, consciente de cómo Mark tomaba las decisiones por ella; a menudo sin preguntar, pero adivinando lo que quería hacer en cada momento. Ella en ningún momento le dijo que quería seguir con el recurso, pero lo había dado por hecho sin...

Gritó, asustada, cuando sintió una mano que le tapaba la boca, al tiempo que era arrastrada hasta un lugar oculto por la vegetación.

—¿Por qué no contestas a mis mensajes? —siseó, amenazante, zarandeándola.

Tawny se encogió de miedo al escuchar la voz de Alex. Cerró los ojos y sacudió la cabeza, incapaz de hablar, temblando de miedo. Él la soltó y la empujó contra un árbol, haciendo que su espalda chocara con fuerza contra el tronco.

—¿Quién te ha dado permiso para hablar con Wendy Knight?

Le miró horrorizada; él soltó una risotada desdeñosa y burlona.

—¿Qué creías?, ¿qué no me iba a enterar? Siempre fuiste una estúpida. Me llamó en cuanto te fuiste, porque ella sabe lo que le conviene. —Acercó su cara a la de ella—. Y tú, Tawny Walker, ¿sabes lo que te conviene?

No se movió ni habló. Ni su cuerpo ni su mente le respondían

—Te he hecho una pregunta —gruñó, amenazador.

—Yo... No sabía, lo juro, no sabía que...

—¿Qué es lo que no sabías?

Sacudió la cabeza, lágrimas de miedo rodando por sus mejillas.

—Por favor... —musitó

—¿Cómo diste con ella?

Nueva negativa.

—Fue ese abogado entrometido quien la encontró, ¿verdad? Ese pijo de mierda a quien te estás follando. Aunque no entiendo cómo tiene estómago para follarse a alguien como tú.

Temblaba, con la cabeza gacha, incapaz de mirarlo. Sabía que su actitud aumentaría su ira, pero no quería comprometer a Scott ni a Mark.

Alex volvió a empujarla con fuerza contra el árbol, los nudos del tronco se clavaron de nuevo en su espalda con fuerza y gimió de dolor.

—Primero, te atreves a apelar nuestro divorcio y ahora metes tus narices en mis asuntos —masculló entre dientes con rabia—. ¿Acaso no has aprendido nada en estos cinco años?

Asintió, aterrada. Él le cogió la cara con la mano, clavándole el pulgar y el índice con fuerza en sus mejillas, hasta hacerle daño.

—Ahora mismo, vas a ir a hacer las maletas, a retirar la demanda y a desaparecer. Sé dónde vives y, si intentas jugármela, me enfadaré de verdad. Supongo que recuerdas lo que te ocurre cuando me haces enfadar.

Se llevó la mano al estómago y asintió.

—¿Por qué me obligas a hacerte daño? Has visto a Knight. ¿tú también quieres terminar como ella?

Negó con la cabeza. Alex le soltó la cara y ella se dejó caer lentamente al suelo, y se encogió, protegiéndose con los brazos, tratando de ahogar los sollozos.

—Sigue llorando. Es lo único para lo que sirves: llorar y comer. No has hecho otra cosa en cinco años. Retira la apelación y vete. ¡Ya!

Se alejó, sus pasos crujiendo en el lecho de hojas secas acumuladas bajo los árboles.

No supo cuánto tiempo estuvo allí sentada, inmóvil, temiendo que volviera. No sería la primera vez que, cuando parecía que todo había terminado, volvía a por ella. Sacó el teléfono del bolsillo del pantalón y, a duras penas consiguió escribir y enviar un corto mensaje. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en las rodillas, llorando con amargura, rezando porque el pánico desapareciera, por tener fuerzas para levantarse y marcharse.

Se le erizaron los pelos de la nuca al escuchar los pasos que volvían hacia ella.

—¿Me vas a explicar de una vez lo que está pasando?

Se le escapó un sollozo de alivio al escuchar la voz de Mark. Abrió los ojos y, entre lágrimas, vio sus ojos grises que la observaban, preocupados. Se preguntó cómo sabía que estaba allí, pero concluyó que, de algún modo, lo sabía todo.

Miró con prevención la hojarasca húmeda y llena de tierra sobre la que estaba Tawny. Se sentó y se removió un poco, acomodándose con una mueca de disgusto al sentir las hojas y ramitas secas crujiendo bajo él.

—Tawny, no quiero presionarte. Si quieres que tumbemos la apelación, lo haré ahora mismo. Es tu decisión y la respeto, pero sí me gustaría saber qué me estás ocultando.

Bajó la cabeza, incapaz de responder, avergonzada por fallarle de esa manera. «Cobarde, estúpida», se dijo.

—¿Es por las amenazas?

Le miró, estupefacta. «¿Cómo diablos...?».

—Scott me lo contó ayer. De hecho, me extrañaba que tu ex no lo hubiera hecho. Y créeme, no dejará de hacerte daño porque tú te sometes a él. Esto nunca va así.

Se estremeció, la respiración todavía agitada.

—Estuvo aquí —consiguió decir con un hilo de voz.

—¿Alex?

Asintió con la cabeza.

—Sabía lo de Wendy Knight. Le llamó en cuanto nos marchamos de su casa. Dijo que acabaría como ella, que... Dios, no entiendo, no entiendo cómo pude ser tan estúpida, cómo no fui capaz de darme cuenta la primera vez que lo conocí de qué... —Lloró de nuevo, con fuerza, cubriéndose los ojos con las manos, avergonzada y asqueada de sí misma.

Mark se levantó, se sacudió las hojas de su pantalón, sacó un paquete de toallitas húmedas del bolsillo interior de su chaqueta y se limpió las manos con una.

—Ven conmigo.

Tawny miró la mano extendida del abogado y luego su rostro serio, similar a como lo pintó el día anterior, con una mezcla casi imposible de firmeza y ternura.

Él acercó más su mano. Ella, aún dudando, la cogió y él tiró de ella, ayudándola a levantarse, y sin soltarla, echó a andar. Sorprendida por el gesto afectuoso, tan impropio de él, se acomodó a su paso.

—¿A dónde vamos?

—A tu estudio.

—¿Por qué?

—Ya lo verás.

Sonrió para sí misma. Como buen abogado, no podía evitar dar pequeños toques de teatralidad a todo lo que hacía. Llegaron a su edificio de apartamentos. Tawny abrió puerta y se dirigió al ascensor, pero él tiró de ella en dirección a las escaleras.

—¿Estás de broma? Son quince pisos.

—Espérame arriba, entonces —replicó él, subiendo ágilmente las escaleras.

Suspiró y le siguió, preguntándose cómo haría para llegar arriba si tras los tres primeros tramos ya estaba jadeando como una vieja locomotora.

—Coge el ascensor en el siguiente piso —ofreció él, sin detenerse.

—Si tú vas por las escaleras, yo también.

Se volvió a mirarla, sorprendido, al escucharle decir aquello. Aparte de su círculo cercano, el resto solía criticar sus «rarezas». Ella, por el contrario, no solo las comprendía, sino quería compartirlas, aceptándole tal y como era. Sonrió, agradecido, se giró y continuó subiendo.

En el sexto piso, Tawny se dobló por la mitad, tratando de recuperar el aliento, mientras él, que ni siquiera respiraba rápido, la esperaba pacientemente en uno de los rellanos, cerca de uno de los ventanucos, incómodo en aquellas estrechas escaleras, cuidándose de respirar con calma para no hiperventilar. Cuando ella se recuperó, reanudó la subida sin esfuerzo hasta llegar al decimoquinto piso y abandonó la escalera, mientras Tawny sentía que sus piernas no podrían subir el último tramo.

Se le cayó el alma a los pies al salir al pasillo y ver varias cajas en la puerta del apartamento que ocupaban Scott y Jack. Había olvidado que no pertenecían a aquel lugar y que, tarde o temprano, volverían a sus vidas. Sintió miedo y ansiedad ante la idea de quedarse allí sola, ahora que Alex sabía donde vivía, tanto que ni siquiera pudo saludar a Jack cuando este salió con una gran caja entre las manos, esquivando con agilidad las acumuladas en la entrada. Sonrió al verla.

—¿Os..., os vais?

Asintió.

—Ya no tiene sentido que nos quedemos aquí, ahora que Scott ya sabe que Michael está fuera.

Ella bajó la cabeza, avergonzada. Le sorprendía que ninguno le echara en cara haber sido ella la que, aun sin querer, le había puesto sobre aviso. Jack sonrió, comprensivo.

—No te preocupes, tenía que ocurrir. En cierto modo, ha sido mejor así, que se entere por sí

mismo; ha tenido tiempo de procesarlo. Y tenemos ganas de volver a casa.

—¿Hay muchas más cajas? —preguntó Mark, levantando una llena de libros y acercándola al ascensor.

—No, solo estas. Scott está quitando las cosas de la pared, lo que significa que me toca cargarlas a mí —gritó hacia dentro, volviendo a la puerta a por más.

—Porque eres el más fuerte de los dos —le halagó el escritor, que salía en aquel momento. Estaba pálido y cansado, pero parecía tranquilo. Le besó en los labios y dejó un par de libros sobre la última caja que Jack acaba de dejar en el suelo.

—Tus zalamerías no te librarán de ayudarme.

El escritor desapareció dentro sin replicar. Jack ríe, sacudiendo la cabeza, metiéndolos dentro.

—¿Puedo ayudar? —se ofreció Tawny.

Tenía que hacer algo para mantener a raya el miedo, sobre todo, ahora que se iba a quedar allí sola.

—No, tú y yo vamos a que cojas lo que quieras llevarte. El resto lo llevarán después a casa —respondió Mark.

Parpadeó sorprendida.

—¿Llevarme?

—No vas a quedarte aquí sola, y menos aún ahora que ellos se van. Como no hay sitio para ti en su casa, te he preparado una habitación en la mía —murmuró al tiempo que levantaba la ceja derecha en aquel gesto de suficiencia que, Tawny lo sabía ahora, ocultaba su turbación.

—Siempre puedes ir con Valerie o Johanna, pero Mark prefiere que vayas con él. —Sonrió Scott, guiñándole un ojo e ignorando la mirada asesina que le lanzó su hermano.

Tawny se mordió los labios para no reírse, agradecida.

—Mientras, yo llevaré las cosas de Su Majestad al ascensor —terció Jack, en tono resignado.

—No seas quejica —se burló el escritor, besándole y quitándole la caja de las manos, para llevarla al ascensor.

Jack le revolvió con ternura el pelo, gris por el polvo; su marido sonrió, encantado, y desapareció dentro de nuevo.

Tawny entró en su apartamento, seguida de Mark. Aparte de su cuaderno de dibujo, sus útiles de pintura y su osito de peluche, no quería llevarse nada más.

Lo metió todo en una caja, asegurándose de que el osito estuviera bien escondido bajo los cuadernos de dibujo para que Mark no pudiera verlo; le daba vergüenza que pensara que era una niña. Con la caja en la mano, giró sobre sí misma. Podría parecer que había ido a peor. Llegó con diez cajas y se iba con solo una. Pero era todo lo contrario. Dejaba allí una pesada carga que arrastraba desde hacía demasiado tiempo, un lastre asfixiante y deprimente.

Allí, encerrado en esas nueve cajas, estaba su pasado, el recuerdo de los cinco años que pasó con el hombre que creía su alma gemela, del que estaba enamorada y, como creía erróneamente, le correspondía. Ahora Tawny lo veía bajo una nueva luz, bajo la cual ya no podía ignorar todo lo que siempre trató de no ver en él. De repente, la idea de llevarse el resto de las cosas le pareció repulsiva.

—¿Podrías destruirlas?

—Haremos algo mejor.

Mark había percibido la miríada de sentimientos que cruzaban su rostro mientras las observaba y entendía perfectamente su deseo de deshacerse de ellas para siempre.

Se perdió en el recuerdo de aquella fría noche de invierno de hacía más de veinte años, la noche en que huyeron de la casa de sus padres, llevando consigo solo una bolsa con parte de su

ropa, un poco de comida y algo de dinero. Ninguno de los dos necesitaba nada más. No echarían nada de menos; cada cosa que había en aquella casa, por muy cara y bonita que fuera arrastraba amargos y dolorosos recuerdos.

Se sobresaltó con el fuerte golpe metálico del portón de hierro al cerrarse tras ellos, el mismo de siempre, pero que aquella noche le pareció atronador, aterrador como la calle que se extendía frente a ellos, húmeda y oscura, la misma que recorrían todos los días, pero diferente; una vez que dieran el primer paso, no habría vuelta atrás.

Se detuvo, inseguro. Miró a Scott que, a sus once años, tan delgado, parecía mucho más pequeño; su hermano se aferraba con fuerza a su mano y con la otra sujetaba contra su pecho el perro de peluche que él le había comprado un par de meses antes, en un intento de hacerle sentir mejor. Lo miró, preocupado. ¿Y si estaba cometiendo un error? ¿Y si, por muy mal que estuvieran en casa, lo que les esperaba era peor? ¿Y si le pasaba algo a su hermano pequeño por su culpa? ¿Y si no salían adelante?

Scott, al notar su vacilación, tiró de su mano.

—Vamos, Mark —suplicó, girando la cabeza para mirar la casa al final del camino.

Al leer en su carita pálida y demacrada el pánico a que su padre saliera detrás de ellos, recuperó el valor para dar el primer paso y adentrarse en aquella calle repentinamente desconocida e insegura. Por muy malo que fuera lo que les esperaba, nunca sería tan horrible como lo que habían dejado atrás.

Por ello sabía lo que tenía que hacer con las cosas de Tawny. Él y Scott hicieron lo mismo con todas sus pertenencias en su casa cuando su padre entró en prisión.

Suspiró. Antes de tomar una decisión sobre la apelación, ella debía que saber algo más, que no le resultaría fácil de asimilar. Lo último que quería era hacerle daño, pero no podía dejar de contarle lo que habían descubierto.

—La furgoneta está esperando abajo —anunció Jack—. Iremos primero a nuestra casa, supongo que no te importa.

Tawny negó con la cabeza. Le hubiera dado igual dónde ir con tal de abandonar aquel lugar, pero no podía ocultar el entusiasmo que sentía porque él la hubiera invitado. Sonrió, encantada, y le abrazó con fuerza, besando en la mejilla a un sorprendido y encantado Mark, que le devolvió el abrazo un instante después. Cerró los ojos y, armándose de valor, le dio un rápido beso en los labios, tratando luego de librarse del abrazo de ella. Pero ella no le dejó ir y, mientras Mark se sonrojaba como un adolescente, sintió una inmensa ternura al darse cuenta de que era la primera vez que se atrevía a besar a alguien.

A sus cuarenta y tres años, Mark se había enamorado por primera vez.

—Yo... Lo siento —tartamudeó, preocupado porque Tawny se hubiera molestado.

Sonrió, negando con la cabeza. En cierto modo, ella también estaba descubriendo su primer amor. Se estaba dando cuenta de que lo que había tomado por amor, lo que había sentido por Alex, no era tal. Quizá admiración, o dependencia; fuera lo que fuera, no tenía nada que ver con aquella felicidad tranquila que la envolvió cuando abrazó a Mark. No había miedo, ni angustia ni culpa. Aunque no pudo evitar sentir cierto vértigo, no lo cambiaría por nada.

Pasaron unos minutos mirándose intensamente hasta que Mark carraspeó y miró a su alrededor, pero Scott, Jack y Nina habían desaparecido dentro de su apartamento.

—Tenemos que... —musitó.

No quería dejar de abrazarla; si hubieran estado a solas y en cualquier otro lugar, la habría besado mucho más apasionadamente, pero no quería que su primer beso fuera en aquel lúgubre edificio. Ella asintió y deshizo el abrazo con la misma reticencia, comprendiendo lo que quería

decir. Se sonrojó y sonrió tímidamente cuando Jack salió, mirándolos divertido, seguido de Scott, que dejó una voluminosa carpeta en manos de su hermano para desaparecer en el ascensor con su marido, mientras ella y Mark bajaban por las escaleras.

En la calle les esperaba una furgoneta negra, y entre todos, cargaron las cajas. Jack se instaló en la segunda fila de asientos, mientras Mark y Tawny se acomodaban en los asientos del conductor y del acompañante. El escritor se había quedado en la acera, tecleando algo en el teléfono.

—¡Scott! —gritó Jack por la ventanilla—. ¡Nos vamos!

Asintió, se guardó el teléfono en el bolsillo y corrió hacia la furgoneta, a la que se subió mientras Mark arrancaba, para detenerse una hora después ante una vivienda individual de dos plantas en el barrio de Chiswick, donde les esperaba una sonriente y ansiosa Johanna, mientras un gran sedán oscuro aparcaba un poco más allá.

—Nos echabas de menos, ¿eh? —Sonrió, abrazando a Charlotte, que prácticamente saltó del coche para salir a su encuentro.

Asintió, sonriendo. Quería mucho a su tío, pero tenía ganas de volver con sus padres. En casa de Mark había demasiadas normas y horarios que cumplir, y no podía evitar sentirse un poco agobiada a veces. Por otro lado, intuía que, en todas aquellas idas y venidas de casas, el que su padre la ordenara dejar el caso, la vuelta a casa...; todo apuntaba a que ocurría algo que nadie quería contarle. Hasta ahora le había cuadrado que estuvieran evitando que Samuel diera con ellos, pero, tras la advertencia de su padre, no le había vuelto a decir nada, luego había algo más. Se soltó del abrazo de Johanna y se acercó a coger de la mano a Tawny, para llevarla al interior, mientras su tío y sus padres se quedaban charlando con la librera.

—Ven, esto te va a gustar —Sonrió, tirando de ella escaleras arriba. Abrió la puerta de una habitación con una gran mesa de caoba junto a la ventana con vistas al jardín. Las paredes estaban cubiertas de estanterías llenas de libros, carpetas y folios, excepto una, presidida por un gran corcho donde se amontonaban notas y fotografías que reconoció al instante: recogían los distintos lugares donde se desarrollaban las novelas de Kriger. Bajo el corcho, una pequeña mesa auxiliar con una potente impresora y un escáner.

Sobre una gran mesa rectangular de madera descansaban un par de pantallas de ordenador y varias pilas de manuscritos. Los libros y papeles también ocupaban el suelo junto a las estanterías.

Tawny sonrió, divertida al ver junto al teclado una taza negra con el lema «Por favor, no molestes al escritor. Puede meterte en un libro y matarte», impreso en blanco en ambas caras; dentro de la cual se entremezclaban lápices, bolígrafos y rotuladores de diferentes colores, formas y tamaños.

A un lado de la mesa, varios bloques de notas adhesivas, rotuladores y folios de diferentes colores; en una pequeña bandeja decorada con la portada de uno de sus libros, un revoltijo de gomas de borrar, sacapuntas, clips y chinchetas; todo ello junto a un organizador de escritorio que solo acumulaba polvo.

—Se lo regalé con la esperanza de que organizara un poco la mesa. —Suspiró Mark tras ella—. Pero el orden excesivo le recuerda la casa de nuestros padres, donde todo era orden, pulcritud, horarios, rutinas... Nada podía estar fuera de su sitio, aunque fuera unos minutos. Por eso es tan caótico. El orden le resulta asfixiante.

Tawny comprendió entonces de dónde venía a Mark su obsesión por el orden. Su casa era, por supuesto, el perfecto reflejo de la de sus padres, perfectamente ordenada al igual que su vida, correctamente programada hasta el más mínimo detalle.

—Me gustaría que no fuera así —murmuró el abogado, adivinando sus pensamientos— pero..., no puedo evitarlo. Antes era peor. Cualquier alteración del orden, aunque fuera un cuadro ligeramente torcido, me creaba una angustia insoportable. Gracias a la terapia he hecho bastantes progresos, al igual que Scott, aunque no lo parezca.

Ambos rieron.

—Cuando vivíamos juntos, no podía entrar en su habitación. El caos absoluto que reinaba en ella me provocaba ataques de ansiedad; ahora puedo soportar ver esto y controlar el impulso de organizarlo, aunque reconozco que está bastante ordenado en comparación a como estaba antes. Otra cosa que tengo que agradecer a Jack, además de ayudarme con mi obsesión por el control.

—Pareces muy tranquilo —observó Tawny.

Suspiró, encogiéndose de hombros.

—No es fácil para mí. Estoy reestructurando mi mente y utilizando todas las técnicas de relajación que me enseñó mi terapeuta. Pero tengo que aprender a confiar en que los demás pueden hacer las cosas bien sin tener que supervisarlos todo continuamente. Es agotador y estresante. Y la idea de ser como mi padre me resulta odiosa. Tengo que ser ordenado y, al mismo tiempo, odio serlo. A veces tengo la sensación de que me voy a volver loco.

Tawny le apretó afectuosamente el brazo, comprensiva. El abogado sonrió, pero, al poco, su rostro se volvió serio de nuevo. No podía retrasarlo más.

—Vamos abajo. Como te dije, seguir con la apelación o no es tu decisión, pero creo que, antes de tomarla, hay algo que debes saber.

Le angustió su tono preocupado. No estaba muy segura de querer saber de qué se trataba. Pero él, sin añadir más, desapareció escaleras abajo. Suspiró y le siguió.

Scott, que estaba sentado en el sofá, hablando con Jack y Charlotte, se levantó y cogió su portátil.

—Esta jovencita y yo nos vamos a deshacer las cajas —anunció su marido. Charlotte se levantó, asintió y ambos salieron del salón.

Tawny los observó, aprensiva. Sabía que no tenían necesidad de hacerlo ahora. Miró a Scott que abrió una carpetilla y le tendió una fotografía.

—¿Le reconoces?

Claro que le conocía. Era una foto de ficha policial y había sido tomada hacía tiempo, pero no le cupo la menor duda.

—Es Alex. —Tragó saliva, nerviosa.

—Sí y no. Su nombre es Scott Morris. Esta foto es de cuando tenía dieciocho años y fue detenido por primera vez por intento de fraude —explicó Mark.

Tawny parpadeó, tratando de asimilar la información.

—No..., no lo entiendo.

El abogado abrió su maletín de cuero y sacó un expediente.

—Tras ser detenido y cumplir seis meses de prisión, Morris no se reformó. Muy al contrario, reanudó su actividad delictiva con el nombre de Duncan Ross, que más tarde cambiaría por el de Archie Thomas, luego Timothy Morris y por último...

—Alex Carter —terminó ella casi sin voz—. Pero..., pero..., entonces..., nosotros..., todo..., nada...

Mark inhaló profundamente, frunciendo los labios.

—Todo fue un plan perfectamente orquestado que elaboró con su mujer y cómplice, Tania Davidson, cuyo verdadero nombre es Jackie Clay, a la que conoció poco después de salir de prisión. Ella tenía antecedentes por hurtos de poca monta, aunque no había cumplido condena.

—Pero yo no tenía nada. Quiero decir, Alex me contrató, trabajaba en su empresa y él sabía perfectamente que yo no era rica ni....

Se detuvo y miró por la ventana, pensativa. Despacio, se volvió hacia Mark.

—La casa de mis padres.

Asintió y le entregó a Tawny la foto de la casa que había comprado con Alex y que ahora poseía su ex.

—La misma vivienda que Duncan Ross compró con su primera mujer, Romy Aldair, que se divorció al enterarse de que ya estaba casado. La misma que compró al casarse con Wendy Knight y, años después, contigo.

Tawny sacudió la cabeza, incapaz de comprender del todo lo que Mark le estaba diciendo. Pero, en algún lugar remoto de su cerebro, sabía que tenía sentido, que encajaba con lo vivido con Alex; pero aquello implicaba que...

—¿Todo fue una mentira, entonces? ¿Nunca estuvo enamorado de mí?

—Me temo que no. Todo fue una estafa, desde el principio.

Sintió una extraña mezcla de tristeza y alivio. Tristeza porque los cinco años que pasó con la persona que creía que la amaba habían sido falsos, por todo lo que había sufrido en vano, pensando que no era ni sería nunca suficiente para él. Alivio porque saberlo la liberó. Durante los dos últimos años de matrimonio, se preguntó muchas veces si estaba realmente enamorada de él, o era el miedo lo que le hacía permanecer a su lado, pero nunca tuvo el valor suficiente para sincerarse consigo misma.

—¿Estás bien? —preguntó Mark solícito.

No estaba muy segura de cómo se sentía, pero saber que toda su relación con Alex había sido falsa la hizo sentirse más real. Por fin pudo escuchar a esa vocecita que, tras cada enfado de Alex, le repetía que él no le quería, que aquello no podía ser amor; una vocecita que se negaba a escuchar, porque si él no la quería, ¿quién lo haría?

—Pero..., ¿cuál es el fraude?, ¿qué sacaba él, ellos?

—Sencillo. Tus padres, al fallecer, te habían dejado en herencia la vivienda familiar, valorada en alrededor de quinientos mil euros. Al igual que en el caso de Wendy y Romy. Después de casaros, os fuisteis a vivir a ella. Pero, al poco, el comenzó a quejarse porque no sentirse a gusto allí, porque la casa estaba llena de recuerdos para ti, porque no era de los dos, porque sentía que no te estaba dando lo que tu merecías y bla, bla, bla.

Cerró los ojos, sonriendo con tristeza e incredulidad, recordando aquellos momentos. Nunca entendió el empeño de él en cambiarse de piso. Era perfecto. No tenían que hacer frente a la hipoteca y la vivienda era grande, con suficientes habitaciones para los hijos que pudieran llegar. El sueño de cualquier pareja de recién casados. También a él pareció gustarle hasta que, a los seis meses, comenzó a quejarse, a estar cada día más a disgusto allí, lo que implicaba más y más enfados, broncas y peleas. Ella, con la esperanza de que las cosas mejoraran y que él volviera a ser el hombre cariñoso con el que se casó, accedió a comprar la vivienda unifamiliar con la que él se había encaprichado.

—Pero no había dinero suficiente para el notario, la entrada y el resto de los gastos a menos que tú vendieras la tuya, de lo que él te convenció.

Casi lo había olvidado. Había llegado a pensar que había sido idea suya. Al final, desesperada y asustada, accedió y la vendió para hacerle feliz a él.

—Con ese dinero comprabais la casa de él, pero, como la casa ya era de su propiedad, todo el dinero de la venta de tu casa, más los gastos del notario, iba directamente a la cuenta que compartían Alex y Tania —explicó Scott.

—Pero... no tiene sentido. Firmamos una hipoteca ante notario el día que compramos la casa la nueva. ¿Dónde estaba el beneficio si pagábamos una hipoteca?

Mark le tendió otra foto, de un hombre también fichado por la policía y se la entregó a una Tawny cada vez más desconcertada.

—Lionel Stone. Un falsificador de poca monta que redactó el poder que le firmaste a Alex el día de la venta, a la que no pudiste asistir porque no te encontrabas bien. El poder y el resto de documentación que Alex llevó tras la supuesta venta, que, por supuesto, nunca se produjo; esa hipoteca nunca existió. Las mensualidades que tú pagabas iban directas a una de sus cuentas. Las supuestas demandas por falta de pago de la hipoteca también eran falsas. Y en el acuerdo de divorcio no tuvo problema porque la mitad de la casa nunca estuvo a tu nombre. Figuraba como único comprador. Los embargos del banco tampoco fueron reales. Era él quien, con tus claves, retiraba el dinero de tu cuenta en el momento que tú hacías un ingreso. Después sólo tenía que inundarte de cartas falsas en las que se te notificaba el embargo de tu cuenta. Sabía que, con tu autoestima tan hundida, no serías capaz de presentarte en la entidad.

Le miró, boquiabierta. No..., no, no podía ser. Ella vio la documentación, era legal. Se frotó las sienes, aturdida, recordando entonces el nombre del vendedor. Timothy Harris.

—Pero, entonces, ¿por qué el acuerdo de cesión?

—Para evitar que sospecharas o que intentaras reclamar después la propiedad de la mitad de la vivienda. Sabía que tú, como antes hicieron Romy y Wendy, la firmarías.

—Todas las falsas identidades de Alex fueron minuciosamente creadas desde la nada: certificados de nacimiento, número de la seguridad social, permiso de conducir...; todo falsificado, por supuesto, también por Stone. Y allí vivisteis hasta que apareció Tania. Que lo hiciera a los cinco años, como en el caso de Wendy o Romy, no era casual. En Inglaterra es necesario que transcurra un año desde el matrimonio para poder divorciarse, pero además necesitaba que tú dependieras de él, que... —Mark dejó la frase en el aire—. Tras el divorcio, habiéndote dejado sin nada, no tenía de qué preocuparse.

—Pero Wendy Knight —continuó su hermano— había heredado de sus padres otra propiedad, además de la vivienda familiar, de la que Alex no tenía constancia. Como regalo para su quinto aniversario, en un intento de que las cosas mejoraran, puso la vivienda a nombre de los dos en el Registro, pero la aparición de Tania precipitó los acontecimientos y él nunca se enteró. Después, animada por su hermana, que le prestó el dinero, recurrió la sentencia de divorcio. Pero si su demanda hubiera prosperado, se habría revisado el acuerdo, incluida la cesión de la vivienda, lo que hubiera destapado el fraude. Por ello, no pararon hasta, como ella dijo, hundirla psicológica y emocionalmente, para que retirara la demanda. Es algo común en los procesos de divorcio y los jueces no sospecharían. Se aseguraron, además, de que se le quitaran las ganas de volver a hacerlo.

—Por ello, cuando se le notificó que tú ibas a apelar, puso en marcha el mismo mecanismo que utilizó con ella. Al darse cuenta de que el chantaje emocional no te hacía desistir, comenzaron las amenazas, primero por mensaje, y hoy, en persona.

Tawny los miró, consternada, tratando de asimilar toda aquella información. No. No era posible. Pero, por el relato de Wendy, sabía que tenían razón. Por eso y por aquella discusión que Alex se sacó de la manga la noche antes de ir a firmar la compra de la casa.

—Pero, la empresa..., ¿por qué...? ¿por qué contratarme?

—Alex la heredó de su primera mujer, Romy Aldair, que murió en un accidente poco después de su divorcio. Hoy podemos suponer que aquella muerte no fue accidental, pero el homicidio ha prescrito, por lo cual no podemos inculparle por él. En un principio pensó en venderla, pero se

dieron cuenta entonces de que era el modo ideal de encontrar a su siguiente... —Mark hizo una pausa, buscando el término que menos la hiciera sufrir— objetivo.

Le miró sin comprender.

—En la entrevista, te preguntaban por tus padres, con la excusa de saber si eras una mujer familiar, valor que se suponía que apoyaba la empresa. Después era fácil. En el trabajo, con los compañeros, se suelen compartir datos de la vida privada, gustos, aficiones..., una vez sabido todo eso, Alex se convirtió en tu alma gemela, fabricando un personaje que concordara con tu hombre ideal, por así decirlo. Como buen estafador, se preparó el papel a conciencia y se convirtió exactamente en eso. En esa situación, era imposible que no te enamorasas de él. Cualquiera lo hubiera hecho; la manipulación era perfecta.

Tawny miró por la ventana sin responder. Todo cuadraba. Eso era Alex cuando le conoció: su alma gemela; se complementaban, tenía lo que ella siempre había buscado en un hombre, la apoyaba en todo... El destino parecía haberla puesto en su vida al hombre perfecto para ella.

Sacudió la cabeza, recordando las dudas que tuvo al principio, preguntándose cómo pudo ser tan estúpida. Pero ellos tenían razón. Hubiera sido imposible verlo: Alex se convirtió en el hombre con el que siempre había soñado.

Hasta que se casó con él.

Escondió la cara entre las manos, abochornada por haber sido tan crédula, tan tonta como para caer en aquella trampa. Scott cogió su cuaderno y salió, dándoles espacio e intimidad. Mark dudó durante unos instantes hasta que por fin se acercó a ella y le cogió la mano.

—No te culpes; no podías saberlo. Era un engaño perfecto, preparado hasta el último detalle.

—Mis amigos —susurró, las lágrimas rodando por sus mejillas—. Mis amigos me decían que Alex era demasiado perfecto; no les gustaba..., y yo..., no les hice caso. A ninguno. Los dejé por él, lo dejé todo por él —sollozó con más fuerza al decir la última frase.

—No es culpa tuya —repitió, dudando unos instantes hasta que puso su mano en el pelo de Tawny, acariciándolo con cierta torpeza, tratando de reconfortarla—. Todos nos volvemos un poco estúpidos cuando nos enamoramos.

Se tensó tras decir aquello, sin creer lo que acababa de confesar. Pero se tranquilizó al comprobar que Tawny, aún bajo el shock de lo que había escuchado, no las había procesado. Se soltó lentamente de su abrazo, y ella se sintió rechazada, hasta darse cuenta de que Mark, tras quitarse la chaqueta y dejarla perfectamente colocada en el respaldo de una de las sillas, le servía una taza de una infusión que, no supo cuándo, alguien había dejado allí.

—Es una infusión relajante de melisa y no sé qué más Jack pensó que te vendría bien. Tienes mucho que asimilar.

Sonrió, enjugando sus lágrimas, tranquilizada por el afecto que percibió en su voz. A pesar de estar un poco más tranquila y de aceptar lo que él le decía, no podía evitar sentirse avergonzada de sí misma.

—¿No podemos acusarle de fraude? —preguntó al cabo de un rato, después de dar algunos tragos a la bebida y sentirse un poco más calmada.

—Podríamos, pero nos llevaría mucho tiempo construir el caso, tiempo que no tenemos si queremos pillarle desprevenido. Tu exmarido no es estúpido. Tras la visita a Wendy, supondrá que hemos continuado investigando, y podría ocultar pruebas, huir o ponerse nervioso y llevar a cabo sus amenazas. Varios miembros del bufete continúan con las investigaciones de Scott y Charlotte, y tendré toda la documentación lista para la apelación. Algunos delitos ya han prescrito, pero podremos utilizar el resto contra él. —Hizo una pausa—. Por supuesto, solo si tú decides seguir adelante.

Tawny meditó durante unos instantes. Su estupefacción se iba transformando en rabia, por todas las mentiras, por todo el dolor, por todos aquellos años de...

—Quiero que machaques a ese hijo de puta.

—Estoy deseando hacerlo.

OTRA VUELTA DE TUERCA

—¿Estás seguro de que era ella? —preguntó Korke.

Estaba con Zachary en el apeadero, porque él le había comunicado que tenía una información importante que darle. Los teléfonos móviles, correos electrónicos..., la policía podría interceptarlos con facilidad. Por ello siempre prefería el cara a cara.

—Completamente. Mi informante no se equivoca.

Si hubiera sido tan solo Young quien se lo hubiera dicho, no se hubiera mostrado tan seguro. Pero su hombre, apostado en las cercanías de la librería le había confirmado que, efectivamente, la detective Julia Clark había asistido al ensayo de aquel encuentro con los lectores.

—¿No podría ser casualidad?

—Nada es casualidad. Y menos cuando está ella por medio —replicó.

Saber que le seguía de cerca excitaba en él, por un lado, la necesidad de ser precavido; por otro, su gusto por el riesgo, el peligro, ese chute de adrenalina que da situarse un poco más cerca del borde del abismo. Y si Korke lograba su objetivo sin que ella pudiera evitarlo, se la quitarían de encima sin que él tuviera que hacer nada. Las casualidades no existen, pero, a veces, el universo se ponía de tu parte.

—¿Qué crees, entonces?

—Que el encuentro es una trampa, un señuelo. Están esperando que ocurra algo.

—¡Joder!

La fuerte patada llena de rabia que Korke dio a uno de los pocos y desvencijados bancos que aún quedaban allí le sobresaltó, obligándolo a recurrir a toda su sangre fría para no dar un paso atrás. No era buena idea demostrarle a aquel tipo que estaba asustado.

Korke maldecía para sus adentros, paseando a grandes zancadas por el sucio andén. Aquello hacía saltar por los aires toda su estrategia. Había planeado hasta el más mínimo detalle de su aparición en la maldita librería, pero ahora, sabiendo que la policía ya estaría sobre aviso, se desvanecía la ventaja del factor sorpresa. Aunque...

Se detuvo, pensativo. Se volvió hacia Zachary, que le observaba más alerta que nunca. Esbozó media sonrisa perversa.

—Llama al cretino de Young. Vamos a dar otra vuelta de tuerca.

COMO SI NADA HUBIERA CAMBIADO

Tawny leía atentamente todos los documentos que le había dado Mark. Una parte de su cerebro aún no podía convencerse de que todo había sido una mentira orquestada desde el principio, que había sido víctima de un fraude durante cinco años para quitarle todo. Le dolía inmensamente haber vendido la casa de sus padres; lo hizo por Alex, porque fuera feliz, y aquel pensamiento la había ayudado a sobrellevarlo; pero ahora... Por muy increíble que fuera, allí, entre los papeles que casi estrujaba entre las manos, estaba la evidencia: las condenas de Alex, sus matrimonios con distintos alias y diferentes apariencias físicas...; no era solo que le hubiera mentado, sino todo el tiempo que había mantenido el engaño, hasta sumirla en una profunda desesperación. Sus humillaciones, amenazas...; había sido una estúpida que lo había dado todo por él para nada. Pensó en los primeros dos años, en los que aún tenía fuerzas para marcharse, convencida de que él cambiaría, como le prometía una y otra vez. Después, no pudo abandonarle, aplastada por el miedo a que todo empeorara.

Miró a Mark, que seguía a su lado, callado mientras ella leía todo, sabiendo que necesitaba tiempo, que no era fácil asimilar que tu vida había sido una mentira. No hizo preguntas, ni comentarios, y ella agradeció aquel apoyo tácito y sincero, tan diferente de lo que conocía. Jack, Scott y Charlotte habían subido al piso de arriba para dejarle espacio.

Llamaron a la puerta. El abogado se levantó a abrir, dejando a entrar a unas angustiadas Valerie y Johanna.

—Mark, tenemos un problema —anunció la primera.

Daba la impresión de que había llegado corriendo desde la editorial, cuya sede no estaba muy lejos de allí.

Él la observó, desconcertado, y después, a su hermano, su cuñado y su hija, que habían bajado al escuchar la voz de la editora. Antes de que pudiera empezar a hablar, sonó su teléfono.

—¿A qué demonios está jugando, señor Toren? —El grito enojado de la inspectora se oyó perfectamente sin necesidad de manos libres.

—Julia, ¿qué...?

Johanna dejó sobre la mesa una tablet, en la que aparecía el canal de televisión ESC, que ofrecía un especial de su programa *Yo te lo cuento*. La imagen que aparecía en aquel momento, aunque un poco oscura, permitía ver con claridad a Scott, aún pálido tras el ataque de pánico, entrar en la librería acompañado de Jack. En la parte baja de la imagen, un rótulo: «W. Kriger preparando el encuentro con los lectores», mientras mostraba al escritor recorriendo la sala.

—No, no, no, no, no —musitó Scott, mirando la imagen con los ojos desorbitados, caminando hacia atrás.

—¿Quién demonios ha grabado eso? —preguntó Mark, su gesto de sorpresa transformándose en furia.

—Ninguno de los invitados —aseguró Johanna.

—Mis amigas no lo hicieron, desde luego —aseguró Charlotte.

—¿Bruno?

—Bruno nunca haría eso, ni mis compañeros del equipo —respondió Jack—. Pondría la mano en el fuego por ellos.

—Ha sido Kevin —masculló Mark con los dientes apretados—. Ha tenido que ser él.

—No, él no fue —rechazó Johanna con voz temblorosa—. Estuvo a la vista toda la reunión y no tuvo en ningún momento el teléfono entre las manos.

—Además, la altura con la que está tomada la imagen... A menos que pusiera un teléfono en ese ángulo, no hubiera podido hacerlo —terció Julia desde el teléfono.

En la pantalla, bajo un rótulo de «Directo», apareció la librería de Johanna frente a la cual un reportero del programa entrevistaba a uno de los varios agentes que intentaban organizar a los cientos de personas que se agolpaban a la entrada, para evitar que irrumpieran en ella.

—Han ido porque creían que aún estabas allí —explicó Johanna—. Yo he podido salir por la trastienda.

Miró de reojo a Charlotte y luego a Valerie.

—Charlotte, querida, vamos a... —comenzó la editora.

—No me voy —interrumpió ella con firmeza, cruzando los brazos y afianzándose en el suelo—. Estoy cansada de que me dejéis a un lado solo porque...; además, sé lo que Michael les hizo a Scott y al tío Mark —añadió apresuradamente, viendo que su padre se disponía a hablar—. Samuel me lo contó todo.

—Dios —murmuró Scott, horrorizado, frotándose la cara, desesperado.

Desde el principio, se había negado a que Charlotte conociera la existencia de Michael. No quería que le afectara lo más mínimo, que la negrura de su padre empañara la luz de la niña. Jack estuvo de acuerdo en hacerlo así. Y ahora aquel cretino de Young lo había estropeado todo.

—¿Por qué no nos dijiste nada? —preguntó Jack, sorprendido y enfadado.

—Se lo conté a Julia —repuso ella.

—¿A Julia? —El enojo de su padre era mayor ahora.

—Le aconsejé que no te dijera nada —explicó la inspectora al teléfono—. No quería tener que arrestarte de nuevo.

—Eso no es importante ahora —intervino la señora Morgan con una firmeza no exenta de afecto.

Se volvió hacia Scott, que continuaba con los ojos fijos en la pantalla y parecía a punto de echarse a llorar, su respiración acelerándose cada vez más.

—¿Por qué lo hace? ¿Por qué no me deja en paz? —musitó, tratando de controlar el temblor de sus manos.

—¿Crees que ha sido cosa de Michael?

—¡Claro que ha sido él! —gritó—. Samuel lleva meses detrás de mí. Y ahora, justo cuando... —Se echó a llorar, respirando con dificultad, los ojos desenfocados, el pánico reflejado en el rostro.

Jack se acercó a él.

—Estoy aquí, Scott —hablaba despacio y en tono calmado—. Estás a salvo. Estamos aquí.

El escritor negó con la cabeza.

—De acuerdo. Vamos a respirar juntos hasta que puedas decírmelo. Inhalaremos y exhalaremos con la lista, ¿de acuerdo?

Jack inspiró con fuerza y su marido le imitó, aunque menos profundamente, y ambos murmuraron al exhalar:

—Io, Europa, Ganímedes, Calisto.

—Eso es, muy bien —le animó su marido.

Inspiraron de nuevo; Charlotte se acercó a Scott, sin tocarle, y uniéndose al ritmo de la respiración de sus padres, recitó con ellos:

—Adrastea, Aitné, Amaltea, Ananké, Aoédé.

Tawny no reconoció estas últimas, pero sí las cuatro primeras, el nombre de las cuatro lunas más grandes de Júpiter. Inspiraron y exhalaban de nuevo, el escritor esta vez visiblemente más tranquilo.

—Arché, Autónoe, Calírroe, Calisto, Carmé.

Se dio cuenta entonces de que Mark, en silencio, vocalizaba los nombres de los satélites, mirando a Johanna, que hacía lo mismo. Despacio, como había visto hacer a Jack, acercó su mano y la puso sobre la de él, que sonrió, agradecido y reconfortado. Ella no se sabía la lista, pero se cuidó bien de adaptar el ritmo de su respiración a la de Jack y Charlotte, para ayudar a Mark a regular la suya, lo que también la relajó a ella, mientras Julia había permanecido en silencio al teléfono. Le gustó aquella comprensión, aquel ser capaz de hacerse cargo unos de otros, sin devaluar, minimizar o despreciar las sensaciones del otro.

—Lo primero que tenemos que hacer es averiguar cómo han conseguido esas imágenes, sean obra de Kevin o no —decidió Mark, unos minutos después, cuando tanto él como su hermano se hubieron tranquilizado.

—Sé que es una pregunta estúpida —intervino Julia por el teléfono— pero ¿visteis a alguien extraño rondando la librería? ¿Algún cliente que te llamara la atención, Johanna?

La librería negó con la cabeza.

—Entiendo lo que dices, pero no; nadie especialmente llamativo. Por allí pasan una centena de personas al día, todas diferentes. Nadie me pareció sospechoso.

Se volvió a Scott.

—¿Qué quieres que hagamos?

El escritor se encogió de hombros y miró a su marido y a su hija, mordisqueándose el labio inferior hasta hacerlo sangrar. No lo sabía. De pronto, todo el anonimato sobre el que había construido su vida y su carrera había desaparecido, exponiéndolo a sus fantasmas.

—Seguiremos tal como estaba previsto —decidió su hermano.

—Pero ya sabe que le estamos esperando, o eso parece —replicó Jack, preocupado — ¿Crees que acudirá?

—Sí, lo hará.

Se volvieron hacia Scott, sorprendidos por la seguridad con la que había hablado.

—Está intentando asustarme para que lo anule. Seguir adelante es desafiarle, y él no. —Tragó saliva con dificultad—. Él no deja un desafío sin castigo.

—Precisamente por eso deberíamos pensarlo —musitó Johanna, preocupada.

—Scott, ¿estás seguro de que quieres ser la cabra? —preguntó la inspectora. Suspiró al percibir el desconcierto general—. Antiguamente, en la India, para cazar a los tigres, los aldeanos ataban una cabra a un poste y esperaban a que el tigre intentara cazarla y así atraparla. Scott quiere ser la cabra atada al poste. Aunque a veces se quedaban sin cabra y sin tigre —gruñó.

—¡Clark! —gruñó Scott, sintiendo un escalofrío recorriendo su columna—. Eso no pasará. Jack estará conmigo y no dejará que me pase nada, al igual que Mark y los demás —aseguró, intentando tranquilizar a los demás y a sí mismo.

—¡Lo prohíbo terminantemente! —gritó la librería, asustada—. Jack, tú eres un hombre razonable —le miró, buscando su apoyo.

Este se frotó, las sienes, pensativo; miró a Mark, que asintió. Inspiró con fuerza y se irguió.

Era hora de acabar con aquello.

—Julia, ¿podemos contar contigo y tus hombres?

—Por supuesto. Alguien cuerdo tiene que haber en todo este jaleo. Puedo llevar a cuatro hombres, no más. Tengo a los jefes de uñas con todo esto.

—Gracias, Julia.

—¿Y ahora? —preguntó la librera, ya repuesta del susto. Su mirada, antes preocupada, se había vuelto decidida y desafiante, igual que la del resto.

—Deberíamos intentar comportarnos con la mayor normalidad posible —decidió Jack—. Tú deberías volver a la librería.

Asintió; miró la televisión, donde aún aparecía bastante gente arremolinada en torno a la misma.

—¿Y cómo arreglamos eso?

—Podríais organizar un sorteo —sugirió Tawny, enrojando cuando todos se volvieron a mirarla. Carraspeó—. La gente ya sabe que hay un evento, pero no cuándo, y se quedará allí hasta averiguarlo. Si decís la fecha y que las plazas son limitadas, y organizáis una especie de sorteo o concurso, la gente se irá, porque ya sabe la fecha y cómo participar en él.

—A mí me parece buena idea. No tienen que ser muchas plazas, cinco o diez. Eso no representará mucha diferencia. Necesitamos despejar la librería.

Scott torció el gesto, pero al final asintió.

—Iré a la editorial para pedir que saquen un comunicado en la web —anunció Valerie—. Así lo haremos oficial.

—Yo tengo que irme a la librería, o me la destrozarán —suspiró Johanna, levantándose.

—Yo iré contigo —decidió Charlotte.

—Gracias, querida —sonrió la librera.

—¿Y nosotros? —preguntó Tawny.

—Tú y yo nos vamos. Tenemos que ultimar el juicio de mañana —respondió Mark.

Toda su determinación se esfumó. Con toda la conmoción, lo había olvidado.

—Nosotros también nos vamos, tenemos mucho que hacer —anunció Jack.

Charlotte se volvió hacia él.

—¿Estaréis bien? —preguntó, sin conseguir disimular del todo su preocupación.

—Por supuesto. Vete tranquila.

Lo abrazó con fuerza. Se volvió hacia Scott y le besó la mejilla.

—Haz caso a papá, ¿eh? —aconsejó con cariño.

El escritor puso los ojos en blanco.

—¿Por qué todos me tratáis como si fuera un niño?

Riéndose por toda respuesta, salieron del piso.

Cuando se quedaron solos, Jack miró a Scott, cuyo rostro reflejaba ahora claramente la angustia que había tratado de disimular delante de los demás.

—¿Preparado? —preguntó con ternura, acariciando su mejilla.

Sabía la respuesta de antemano, pero quería darle la opción de decir que no, hacerle saber que podría echarse atrás en cualquier momento. Su marido asintió, abrazándolo con fuerza, relajándose al sentir el fuerte cuerpo de Jack contra el suyo, transmitiéndole, como siempre, seguridad, apoyo y ánimo.

—Gracias por estar a mi lado —murmuró, cerrando los ojos y apoyando la barbilla en el hombro de Jack.

Este, por un momento, se preguntó si no debería haberse negado. En el fondo, estaban

bailando al son que Michael tocaba; podía ver ahora que cada paso que había dado estaba perfectamente calculado. Como un depredador eficiente, había intentado aislar a su hijo, amenazando a Charlotte, intentando provocar que él, para protegerla, abandonara a Scott. Al no haberlo conseguido, había lanzado un zarpazo para debilitar a su presa. Michel Toren no se estaba vengando de su hijo, le estaba cazando.

—Todo saldrá bien —aseguró.

—Lo sé —murmuró el escritor, tratando de convencerse a sí mismo.

En el fondo, no estaba seguro de lo que pasaría cuando, después de tantos años volviera a verle. Enfrentarse a su padre en su mente, como había hecho en las sesiones con Nina, era muy diferente a hacerlo en la realidad, con la multitud de recuerdos y miedos que la sola visión de él le traería. Pero no tenía otra opción. Tenía que proteger a Charlotte y a Jack de la crueldad de Michael. Tenía que deshacerse de él de una vez por todas.

Se aferró a Jack con fuerza. A su lado se sentía capaz de hacerlo. Este, al darse cuenta del torbellino de pensamientos y emociones que bullían en el interior del escritor, lo abrazó aún más fuerte.

—Lo siento —murmuró Scott.

—¿El qué?

—Ser tan problemático. Tendrías que haberte buscado a alguien más normal.

—Lo normal está sobrevalorado. —Sonrió.

El escritor rio entre dientes.

—Bobo.

Jack rio y le besó en los labios.

—Yo también te quiero.

Le dolía verle así, asustado y encogido sobre sí mismo, con los miedos de entonces visibles de nuevo en su rostro. Pero sabía también que era una batalla que solo podría librar él.

Se sentaron en el sofá con un pequeño espacio entre ambos. Jack esperó a que él siguiera hablando.

—Tengo miedo. Y lo odio —murmuró su marido—. Odio que solo pensar en él todavía me asuste. Como..., como si nada hubiera cambiado.

Apoyó el codo en el respaldo y se pasó la mano por el pelo, abatido.

Jack le cogió la mano y la entrelazó con la suya.

—Tú no eres el mismo de entonces. Es el miedo el que te hace creer que sí, pero no es cierto. Todo ha cambiado.

Scott suspiró y le echó una mirada de reojo.

—Ojalá tengas razón.

BIOQUÍMICA CEREBRAL

El coche se detuvo a la entrada del parking del imponente rascacielos y Tawny y Mark bajaron de él. Durante el trayecto, el abogado no le había dicho nada, concentrado en enviar un montón de correos y mensajes. Solo cuando estuvieron delante del ascensor acristalado que los llevaría al ático, sonrió tímidamente, un brillo de entusiasmo en sus ojos que Tawny no supo interpretar.

Roger les abrió la puerta.

—¿Está todo listo? —preguntó el abogado.

—Tal como usted lo ha dispuesto.

Asintió y recorrió el largo pasillo acristalado. Tawny sonrió a Roger y corrió tras Mark, hasta que este se detuvo frente a una gran puerta corredera doble de madera.

—Espero que te guste —anunció separando las hojas.

Al entrar, no pudo evitar una exclamación de sorpresa. Grandes ventanas iluminaban una espaciosa habitación circular de paredes blancas; pero lo que más le llamó la atención fue una de las estanterías en la que, perfectamente organizadas, pudo ver sus lápices y carboncillos, así como el resto de sus escasos materiales de pintura. Alguien había colocado con cuidado sus dibujos en otro estante y el caballete sostenía un lienzo en blanco.

En otra balda, la caja de lápices que Mark le había regalado, varios blocs y lienzos de todos los tamaños. En las siguientes, temperas en una gama infinita de colores, pinceles de diferentes grosores, una paleta, carboncillos nuevos, polvo de carboncillo, lápices blancos, negros, grises...; su cerebro no daba abasto para procesar todo lo que estaba viendo.

Cerca de uno de los grandes ventanales, una mesa de dibujante con una cómoda silla. En el rincón opuesto de la pared, varios tableros de dibujo apoyados en el suelo.

Tawny se giró sobre sí misma, extasiada, incapaz de hablar. Un segundo después rompió a llorar. Se cubrió la cara con las manos mientras intentaba controlar los sollozos.

—¿No..., no te gusta? —preguntó Mark, desconcertado.

No era en absoluto la reacción que esperaba.

Ella negó con la cabeza. El abogado, sin entender del todo lo que ocurría, se acercó y la abrazó. Ella se acurruco en él; escondió la cara contra su pecho sin dejar de llorar, mientras Mark, a su modo torpe e inseguro, le pasaba la mano por la espalda o le acariciaba el pelo, dándole su tiempo para que se calmara.

—Lo, lo siento —logró decir al fin entre hipidos y sollozos—. Es que..., nunca..., nadie... ha hecho algo así por mí... y..., no te puedes imaginar, después de tener que encerrar todas mis cosas en el sótano, después de no poder pintar durante años..., lo que esto significa para mí.

—¿Entonces te gusta? —Sonrió él, sus ojos brillando de nuevo con entusiasmo, como los de un niño.

—¿Qué si me gusta?, ¿estás de broma? Siempre he soñado con tener un estudio así. Cuando estaba en la facultad, nos prometíamos que algún día... —le miró con los ojos llenos de lágrimas—. Gracias, gracias, de verdad, no sé cómo agradeceréte, de verdad. Pero, esto es demasiado. Yo no me merezco todo esto.

—No digas tonterías; por supuesto que te lo mereces. Y coincidirás conmigo en que la diseñadora de la portada de la nueva novela de W. Kriger no puede tener otro estudio.

Le miró, estupefacta.

—¿De la nueva...? ¿Scott quiere que yo...? —preguntó, temiendo haberle entendido mal.

Mark asintió sonriendo.

—Dice que lo harás genial. Y yo no puedo estar más de acuerdo.

Tawny se tapó la boca con la mano, alucinada, a punto de explotar de excitación, conteniendo el impulso de dar saltos por la habitación.

—No te emociones tanto. No tienes ni idea de lo quisquilloso que es a la hora de conseguir que las portadas reflejen exactamente lo que quiere. Tendrás que retocarla cientos de veces.

—¡Como si son mil! —replicó casi gritando, emocionada.

—Menos mal que no está aquí; le habría abrazado.

Mark rio entre dientes. Se había sorprendido cuando, el día anterior su hermano se lo propuso. No sabía que él había visto alguno de sus dibujos, pero aceptó y decidió darle una sorpresa. Además de hacer feliz a Tawny pensó, junto con Jack, que a Scott le vendría bien concentrarse en otra cosa que no fuera Michael hasta la presentación.

—¿No te olvidas de algo? —preguntó, burlón y afable, tendiendo el grueso paquete que su hermano le había dado cuando dejaron el edificio de apartamentos.

—¿Algo? —preguntó, sorprendida. Abrió los ojos de par en par, y lo cogió casi con reverencia—. Dios, esto es ¿Voy a ser la primera en leerla?

—Bueno, es complicado dibujar la portada de un libro sin haberlo leído —replicó el abogado, divertido y encantado al verla, ahora sí, dando saltos de emoción por la habitación, abrazada al manuscrito—. Todavía no es más que un borrador, pero te ayudará, aunque siento decirte que serás la segunda. Jack es su sufrido lector beta. Cuando lo leas, dínos si crees que la mujer debe morir o no.

Tawny rio, recordando aquella conversación, mientras hojeaba rápidamente los folios escritos a ordenador, plagado de anotaciones en los márgenes o entre líneas en las que reconocía la horrible letra de Scott y la, sorprendentemente para un médico, pulcra y legible letra de Jack.

Se detuvo, horrorizada.

—Dios, debes pensar que soy un ser horrible. Con todo lo que está ocurriendo con Michael.

Sacudió la cabeza.

—A todos nos vendrá bien distraernos un poco. —La preocupación era palpable en su voz.

Tawny asintió, contrariada por haber borrado su alegría de un plumazo. Él, notándolo, suspiró con fuerza y se obligó a sonreír.

—Vamos; te enseñaré el resto de la casa y tu habitación.

Al escucharlo, sintió una punzada de decepción. De algún modo, había esperado que pudieran dormir juntos. Soñaba con acostarse a su lado, sentir aquella intimidad con él, aunque no condujera al sexo. Pero Mark le había preparado una habitación para invitados.

Bajó la cabeza. ¿Qué había esperado? Recordó, mortificada, cuando Alex le decía que su cuerpo le resultaba repulsivo después de haber ganado unos cuantos kilos por sus atracones; cuando le reprochaba que su deseo desaparecía al verla desnuda, o que no soportaba sentir su asqueroso cuerpo gordo junto al suyo. Humillada, se iba a dormir a otra habitación, sintiéndose repugnante y defectuosa, comiendo para hacer desaparecer el dolor, la vergüenza, y todos aquellos sentimientos, y odiándose aún más al no poder para de comer.

Mark apretó los puños, leyendo todo aquel dolor e inseguridad en su mirada. Le arrancaría las tripas a ese Alex. Se acercó a ella y, mirándola a los ojos, le cogió las manos.

—Tawny, tienes que saber que... —carraspeó, nervioso—. Me encantaría dormir contigo, sentirte a mi lado. Créeme; lo deseo más que nada. —Ella no se movió, incapaz de creerlo, la mirada clavada en el suelo—. Pero..., hasta que termine el juicio, será mejor mantener cierta distancia. De lo contrario..., no podré pensar en nada que no sea en ti y en el deseo que tengo de besarte y hacerte el amor...

Ella sonrió tímidamente, aún sin atreverse a mirarlo.

—¿De verdad? —susurró.

Mark asintió y volvió a aclararse la garganta.

—Yo..., yo nunca... y no sé... —Puso los ojos en blanco ante la mirada sorprendida de ella—. No me refiero a eso. No soy virgen. Pero nunca he sentido esto por nadie, y tú..., tú cortocircuitas la bioquímica de mi cerebro, Tawny Walker.

Ella rio ante el azoramiento de él.

—Eso es lo más romántico que me han dicho nunca.

—Búrlate todo lo que quieras, pero..., te aseguro que cuando esto termine, no te librarás de mí. Quiero que sepas que, si..., después decides que no..., que no soy lo que buscas, yo ...

Tawny sonrió, aliviada y divertida.

—Deja de decir bobadas. Puedo esperar a que termine el juicio. De hecho, será mejor que lo hagas, o tampoco podré pensar en nada más que en ti.

Él sonrió, rojo hasta las raíces del pelo, asombrado por la facilidad con la que le había abierto su corazón, compartiendo con ella lo que jamás pensó que diría a nadie. Recordó la involuntaria punzada de celos y la sensación de abandono que le sobrevino cuando Scott encontró a Jack. Hasta entonces ambos habían sido inmunes a cualquier tipo de enamoramiento y se tenían el uno al otro. Pero cuando ellos empezaron a salir, se sintió solo y perdido, diferente, seguro de que nadie lo miraría nunca como Jack miraba a Scott. Hasta el día en que Tawny subió a su coche, rompiendo aquella creencia en un segundo, al mirarlo con aquellos ojos tristes y asustados entonces, pero también nobles y amables. Cuando Mark se perdió en ellos, supo que nada volvería a ser igual.

Se aclaró la garganta, volviendo a la realidad.

—Vamos; te enseñaré tu habitación. Si echas algo en falta, díselo a Roger.

Tawny le cogió la mano. Mark observó sus manos entrelazadas durante un momento y, sonriendo, caminó junto a él por el pasillo.

UNA PROMESA QUE CUMPLIR

Valerie cerró la puerta de su despacho en la editorial a sus espaldas y se apoyó en ella, intentando calmarse y recuperar el aliento. Se atusó el cabello y llamó a sus colaboradores para que organizaran el sorteo acordado. No más de diez plazas y que quedara muy claro que el aforo era limitado.

La fecha del evento, para el que faltaba una semana, sí se haría pública en el sorteo, pero el lugar permanecería en secreto hasta el día del encuentro, que se revelaría a través de un mensaje de WhatsApp a todos los participantes, para lo cual debían facilitar su número de teléfono.

Había sido idea de Julia. De ese modo, comprobaría los números para ver si alguno podría relacionarse con el entorno de Zachary, aunque dudaba que, al sugerirlo, se le hubiera pasado por la cabeza los cientos de miles que tendría que comprobar. Solo rezaba para que Scott y Jack lo tuvieran todo tan bien controlado como parecía.

Cuando le informaron de que el sorteo ya aparecía en la página web de la editorial, llamó a Johanna.

La librería bullía de gente. Incluso después de que muchos participaran a través de la página web y se marcharan, pasaron tres horas antes de que Johanna, Kevin, Charlotte, a las que se habían unido Violet e Irene, anotaran el último número de teléfono. La mayoría de los admiradores de Kriger querían hacerlo allí; la librería de Johanna era un punto de referencia al que acudían regularmente los fans para asistir a los distintos eventos y lecturas de los libros del escritor.

La librera sonrió al recordar la primera, hacía años, poco después de que Scott publicara su primera novela. Entonces no era muy conocido y solo asistieron unas quince personas, aparte de los habituales de la librería, algunos amigos y Valerie, a quien conoció entonces, dueña de una pequeña editorial interesada en la obra de aquel nuevo y escurridizo autor.

Por supuesto, él no apareció. Se debatió entre quedarse en la trastienda escuchando o irse a casa. Le daba pánico que el libro no gustara, o más, bien, que su padre estuviera en lo cierto. Un pánico que acompañaba cada palabra que escribía.

Mark, Johanna y algunos lectores ya le habían asegurado que no era así, pero él no pudo controlar la ansiedad. Al final, decidió que no podía quedarse allí y volvió su apartamento. No quería escucharla. No podría volver a pasar por aquella incertidumbre, aquel infierno. No volvería a publicar un libro.

Suspiró, entristecida, recordando el ambiente festivo de aquella primera lectura, tan diferente al tenso de ahora. Notar los evidentes esfuerzos de Charlotte por sonreír y ser amable con los clientes, sin conseguir que la preocupación desapareciera del todo de su rostro le hizo odiar a Samuel Young con la misma intensidad con la que antes solo había odiado a un hombre: Michael Toren.

La observó charlar animadamente con uno de los admiradores, recordando la primera vez que Scott la llevó a la librería. Aquella niña de entonces nueve años la conquistó de inmediato, con

sus inteligentes y expectantes ojos azules y su amplia sonrisa. Más aún cuando la adoptó casi inmediatamente como su abuela; Jack no tenía relación con sus padres y los de Ann, su mujer, habían muerto, por lo que ella se convirtió en lo más parecido a una abuela en la vida de la niña.

Le gustó la naturalidad con la que aceptó las fobias del escritor, esa que permite a los niños aceptar lo diferente sin reservas, pero que se pierde cuando crecen. Los observaba desde la trastienda, mientras reía para sí misma, viendo cómo se sentaban cada día un poco más cerca, bien en el suelo de la librería mientras leían, una costumbre que Scott no había perdido, o en la mesa a hacer los deberes de ella mientras él escribía. Cómo Charlotte, perspicaz, se acercaba a él milímetro a milímetro, con el mismo cuidado con el que te acercas a un animalillo perdido para evitar que huya despavorido.

Desde entonces, pasaron muchas tardes juntas en la librería, a veces solo ellas dos, a veces con Scott; un Scott que había cambiado mucho desde que conoció a Jack. Se había vuelto más alegre, más vital, como si de repente, la vida le pesara menos.

Lo supo desde el principio, desde la primera vez que los vio juntos, incluso cuando aseguraban ser solo amigos; vaya par de bobos. Estaban hechos el uno para el otro y no se habían dado ni cuenta. Pero sabía que el escritor necesitaría tiempo, y que quizá Jack no fuera capaz de manejar la pesada y complicada carga emocional que Scott arrastraba consigo.

Pero lo hizo. Desde el principio, fue capaz de ver, a través de la niebla de sus miedos y fobias al ser humano excepcional y sensible que era Scott; Pudo hacerlo porque, a su manera, era tan único como Scott.

En aquellos momentos, no podía por menos de asombrarse de lo inesperada que resultaba a veces la vida. Cuando, poco después de casarse, enviudó y heredó la librería, estaba segura de que pasaría el resto de su vida sola, sin familia o, como mucho, en compañía de Kevin, su sobrino, con quien su relación nunca había sido fácil.

Pero, unos años después, aparecieron Scott y Mark, y se convirtieron casi en sus hijos. Después vinieron Irene, Violet, Valerie y, por último, Jack y Charlotte, formando aquella familia diferente, extraña y única que tan feliz la hacía. Más ahora, tras la aparición de Tawny, que, como Jack hizo con Scott, se había ido infiltrando en silencio y para siempre en el corazón del huracán Mark.

Pero justo ahora, cuando todo era perfecto, reaparecía aquel maldito bastardo.

Apretó con rabia el libro que tenía entre las manos. No. No lo permitiría. No permitiría que hiciera daño a su familia. Se lo prometió a sí misma aquel día en que, tras preguntarle a Scott qué estaba escribiendo, el chico dejó caer el cuaderno, se llevó las manos a la cabeza y rompió a llorar, absolutamente aterrado.

No necesitaba ser psicóloga para saber que esa reacción implicaba que el niño había sido golpeado o que ambos hermanos habían sufrido maltrato psicológico. Lo sospechó desde el principio, pero el menor de los hermanos estaba demasiado traumatizado para hablar de ello y Mark se envolvió en un hosco muro de silencio imposible de penetrar.

Por las noches, de cuando en cuando, aún soñaba con el testimonio de ambos en el juicio, con los gritos de Scott por la noche en sueños, para después escuchar a Mark intentar calmarlo, los dos hablando en asustados susurros durante horas, aunque Mark siempre intentara ocultarlo para no atemorizar más a su hermano. Tenían miedo a que nadie les creyera, a que Michael saliera absuelto y volviera a sus vidas. Fue allí, en aquella sala de juicio, cuando se reafirmó en su decisión de no permitir que aquel animal volviera a hacerles daño, a ninguno de los dos.

Perdida en sus pensamientos, no se había percatado de que el local se había quedado vacío. Se apresuró a cerrar la puerta antes de que alguien más pudiera entrar.

—Estoy muerta —murmuró, tratando de sonar despreocupada—. Creo que nos hemos ganado un chocolate caliente.

—Descansa, Johanna, Charlotte y yo lo prepararemos —se ofreció Violet.

La librera sonrió, agradecida, aunque exhausta por la montaña rusa de emociones que había vivido en las últimas horas.

—Kevin, ¿puedes recoger esos libros y ponerlos en la habitación de atrás? —le pidió, ignorando su gesto de fastidio al cogerlos e ir hacia allá. Su tía, mirando de reojo a las otras mujeres, le siguió.

—¿Has tenido tú algo que ver con la grabación de hoy? —le espetó.

Kevin, de espaldas a ella, se esforzó por ocultar la media sonrisa que el recuerdo de la grabación le provocó. Hubiera dado cualquier cosa por ver la cara del escritor al verla, pero habría estropeado su coartada. En su lugar se giró y la miró, dolido.

—Por supuesto que no. Pero ellos me culpan a mí, como siempre, ¿verdad?

—Explícame entonces cómo han podido hacerlo.

—Pudo ser cualquiera. Alguno de los amigos del doctor o de la niñat... —La mirada de reconvención de ella le detuvo — o Charlotte. Mucha gente entra y sale cada día de aquí. —Sacó su móvil del bolsillo y se lo tendió—. Puedes comprobarlo por ti misma; yo no he grabado nada.

—Debió ser el propio Samuel, aunque no entiendo cómo ha tenido valor de hacerlo después de que Jack fuera a verle. ¿De verdad no tienes nada que ver con esto?

—Siempre de su parte, ¿eh? Nunca me has apoyado, siempre estuvieron ellos primero, él. ¿No te has parado a pensar que puede haber sido un truco publicitario? ¿Que te están engañando?

—Eso es imposible. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

El rostro de él se endureció.

—No sé quién lo ha hecho, pero me alegro. Ya está bien de tratarle entre algodones.

Su tía sacudió la cabeza. Siempre pensó que con el tiempo su inquina contra los hermanos desaparecería, pero había ido a más. Se dio media vuelta y entró en la trastienda.

—¿Cuándo viene Roger a buscarte? —preguntó Violet a Charlotte.

—Le he dicho que venga en hora y media. Así puedo ayudarte con lo que haga falta. —Se volvió hacia Johanna, que se reunía con ellas de nuevo.

—Oh, no te preocupes por mí. En cuanto terminemos el chocolate, cerraré. Ya hemos trabajado suficiente por hoy.

Irene asintió y preparó las tazas, en las que su mujer sirvió el chocolate. Las cuatro se sentaron a la mesa.

—¿Nos acompañas, Kevin? —preguntó Johanna.

—Tengo que terminar con la contabilidad —gruñó, acercándose a coger la taza de chocolate y llevándosela a la trastienda de la planta superior.

Su tía, por un momento, pareció tentada de decirle algo, pero cambió de opinión. Él ya parecía bastante enfadado por la conversación anterior y no quería empeorar las cosas.

El teléfono de Irene vibró. Leyó el mensaje y frunció el ceño, preocupada.

—Lo siento, tengo que ir a ver a Mark. —Se volvió hacia Violet y la besó en los labios—. No me esperes despierta.

Ella asintió, preocupada. Se había acostumbrado a pasar las noches sola, mientras Mark e Irene trabajaban hasta altas horas de la madrugada, pero nunca la noche antes de un juicio. Era el único día que ambos desconectaban y dormían bien, para estar despejados ante el tribunal. No necesitó preguntar. La expresión de su mujer no dejaba lugar a dudas. Algo iba mal.

—¿Te acompaño, Irene? —preguntó Charlotte, que también se había dado cuenta,

levantándose.

—No, no es necesario, cariño. Es solo un asunto de última hora que tenemos que resolver. Tú vete a casa y descansa. Mañana es un gran día para ti también.

Salió sin decir más. Charlotte se removió en la silla, molesta porque no quisiera compartir algún detalle del caso con ella. Se mordió el labio, pensativa, preguntándose qué podía haber ocurrido. Se encogió de hombros, diciéndose que su tío tendría sus motivos para mantenerla al margen; de lo contrario, no lo hubiera hecho.

Siguió tomando su chocolate y charlando con la librera y Violet, aunque no tardó en percatarse de que la primera lanzaba continuas miradas hacia el piso de arriba, donde Kevin seguía absorto en su contabilidad. ¿Sabría Johanna algo que no les había contado? Al fin y al cabo, Kevin era su sobrino y ella siempre había tratado de interceder por él. Estaba claro que él no había grabado el vídeo, pero podría haber ayudado a quienes sí lo habían hecho. Aunque no había nadie extraño en la librería, todos los que había eran...

Se detuvo a punto de llevarse la taza a los labios. Solo había una explicación posible: Kevin había dejado entrar a quien había instalado una cámara en la librería y después, aprovechando el alboroto creado por la noticia, la había quitado, porque al llegar, aunque habían registrado la librería palmo a palmo, no habían encontrado nada. Aunque Johanna, si no estaba segura de ello, claramente lo sospechaba, porque no dejaba de vigilarle, por mucho que tratara de disimularlo.

Un rato después su teléfono vibró, al tiempo que un coche se detenía en la entrada.

—Johanna, ¿quieres que te llevemos a casa de Valerie? —preguntó Charlotte.

La librera había decidido irse con ella para hacerle compañía.

—No, gracias, querida. Ya le he enviado un mensaje para que venga a recogerme dentro de un rato. No mucho, pero quiero organizar un poco este desbarajuste.

Charlotte asintió y la besó en la mejilla. Ella y Violet salieron y subieron al coche, que las esperaba en la entrada.

—Yo también me voy —anunció Kevin unos minutos después—. Estoy agotado.

Su tía asintió.

—Sí, vete a descansar. Ha sido un día muy largo para todos.

Él se alejó unos pasos y se volvió, inquieto por su tono decaído, tan raro en ella.

—¿Necesitas algo, tía? ¿Estarás bien? Si quieres me quedo.

—No, no te preocupes, no hace falta. Estaré bien. No me quedará mucho tiempo. En un rato vendrá Valerie.

Se sentó a la mesa, concentrándose en el documento que había dejado a medias, mirándolo de reojo mientras él deambulaba por la tienda, hasta que se despidió y salió.

Se levantó entonces, corrió a por su capa y esperó junto a la puerta, impaciente. Cuando consideró que su sobrino se había alejado lo suficiente, salió de la librería y le siguió a una distancia prudencial.

NO, Y LO SIENTO

En su despacho, Mark, con la corbata aflojada y las mangas de la camisa arremangadas, leía atentamente el documento que le acababa dar uno de sus pasantes mientras Irene buscaba información en su portátil.

—¿Qué pasa con Charlotte? —preguntó de pronto la abogada.

—¿Qué quieres decir?

—¿Vas a dejar que siga interviniendo en el proceso?

Mark suspiró.

—No, y lo siento. Ha trabajado mucho en el caso de Tawny, y sería bueno para su formación, pero..., creo que no. La aprecia mucho, y..., es una chica fuerte y valiente, pero creo que es mejor que no.

Se frotó los ojos, emocionalmente agotado. Seguía preocupado por Scott, y ahora, la demanda de Alex que acababa de traerle su pasante les obligaba a cambiar en una noche toda la estrategia del juicio, justo cuando estaba seguro de tenerle cogido por los huevos.

—Tawny me va a odiar. Esto la va a destrozar. —Suspiró, abatido.

Irene le acarició el brazo, en un intento de reconfortarle.

—Será duro para ella, pero no hay otro modo. Si no lo hacemos así, ella y Wendy acabarán en la cárcel y su ex saldrá impune. Lo entenderá.

Mark asintió, tratando de convencerse a sí mismo y volvió a centrar su atención en los documentos.

LA PEQUEÑA CHARLOTTE

Charlotte, oculta tras un kiosco a escasos metros de la puerta de la librería, arrugó la frente al ver a Johanna seguir a Kevin. Tal como había sospechado, él sabía algo. Por ello, tras decirle a Violet que lo había pensado mejor y que quería hacer compañía a su abuela, se había ocultado tras el kiosco para observar sin ser vista. Ajustó el paso para seguirla a una distancia prudencial por la otra acera. La calle, no muy ancha y casi sin tráfico a aquella hora, no sería un obstáculo si tenía que cruzarla para no perderlos.

Una sombra se hizo visible tras ella, siguiéndola sin que se percatara. Su trabajo era esperar a que Kevin saliera de la tienda y seguirle, para asegurarse de que cumplía con lo pactado, pero se había detenido después de ver a la librera salir tras él. Su desconcierto aumentó tras ver a la niña detrás de ambos. Envió en el teléfono un mensaje pactado y se unió a la persecución.

Charlotte se detuvo. Por un momento, tuvo la sensación de que la estaban siguiendo, pero, aunque aguzó el oído, no escuchó pasos. Al girarse despacio, haciendo como que miraba un escaparate para echar un vistazo tras ella, no vio a nadie. Sabía que lo mejor sería esconderse en algún portal para así asegurarse, pero corría el riesgo de perder a Johanna. No se dejaría amilanar por su imaginación. Era una chica valiente, siempre lo había sido. Jack le había enseñado a no tener miedo a lo que pudiera ocurrir, a afrontar el futuro como una operación quirúrgica, planificar los detalles en la medida de lo posible y prepararse para lo inesperado, confiando en que podría afrontarlo, sola o con ayuda.

También había visto a Scott luchar contra su pánico y superar sus fobias; de hecho, se convirtió en un apoyo para él, con el que sintió una gran afinidad desde el momento en que le conoció. Le gustó el aire tímido con el que se apartaba cuando, a sus nueve años, ella intentaba abrazar sus piernas o sentarse a su lado en el sofá. No se sintió rechazada en ningún momento porque su padre le explicó, con palabras que ella pudiera entender y sin entrar en detalles, lo que le ocurría, por qué se comportaba de aquel modo y, cómo, con el tiempo, cambiaría.

Pasaron mucho tiempo juntos mientras su padre trabajaba, horas en las que él jugaba con ella, le leía o creaba juegos y puzles para que se entretuviera mientras él escribía. A menudo, sin embargo, se sentaba junto a él en la mesa, dibujando o tecleando en su tablet, imitándole; o le pedía que le contara las enrevesadas tramas de sus novelas, que hicieron que el mundo de los detectives, las pruebas forenses y los casos sin resolver le resultara fascinante y atractivo. Le encantaba escucharle cuando leía párrafos de sus novelas o de otras novelas, ignorando las protestas de Johanna de que no eran lecturas para una niña.

La única desavenencia entre ellos fue que Scott se negara a que le llamara papá. Lo hizo desde el principio, tajantemente, sin ninguna explicación, por lo que se resignó a no hacerlo, sin entender por qué, hasta hace unos días, después de que Young la acosara por la calle. Horas después, a través de la dirección de correo electrónico de su madre, le envió toda la información sobre el juicio del padre de Scott y Mark.

Sorprendida y horrorizada tras leer todos los documentos, al principio, no supo qué hacer. Sabía que, si se lo contaba a su padre, este podría acabar dándole una paliza a Young; y se lo

tendría merecido. Tampoco quería hablar con Scott, por lo que decidió llamar a Julia. Ambas acordaron no decirle nada a Jack. Charlotte por fin comprendió por qué a Scott se le nublaban los ojos y se le hacía un nudo en el estómago cada vez que lo llamaba papá. Demasiados recuerdos amargos, miedos y dolor asociados a aquella palabra. En contra de la intención de Young al enviar el correo, admiró aún más al escritor.

Al igual que a Mark; desde el principio, fue un hueso más duro de roer. También prefería mantener las distancias, pero en aquel aparente rechazo, percibió el miedo a encariñarse con ella. Con el tiempo entendió que era porque temía que, a la larga, la relación de su padre y Scott no funcionara. Solo cuando estuvo seguro de que su relación era estable, se permitió ser afectuoso y cariñoso con ella, aunque nunca en público, lo cual nunca le molestó. Lo entendía y lo aceptaba, sobre todo, porque él se comportaba así con todo el mundo.

Se detuvo en seco cuando Johanna lo hizo unos pasos más adelante. Kevin se dirigía directamente a su casa, lo que significaba que sus sospechas eran totalmente infundadas. La vio contener la respiración, aliviada de que así fuera. Pero, en lugar de entrar en su portal, pasó de largo y aceleró el paso, lo que obligo a ambas a hacer lo mismo.

Casi una hora después, Johanna se detuvo, a unos veinte metros de la puerta por la que su sobrino acababa de desaparecer. Por un momento, mientras le seguía, había respirado aliviada, pensando que, como él le había asegurado, no tenía nada que ver con lo ocurrido. Pero cuando su sobrino se encaminó hacia aquella parte de la ciudad reservada a los muelles y las transacciones furtivas, se le cayó el alma a los pies.

Se arrebujó en su capa, tratando de protegerse del frío, mirando la calle oscura y solitaria, dudando sobre qué hacer. Decidió esperar a que saliera y preguntarle. Necesitaba saber por qué, necesitaba saber cómo podía haber hecho algo así.

Sintió que se le paraba el corazón cuando una mano se apoyó en su hombro. Se giró despacio y respiró al ver a su nieta, esperando a que su viejo corazón recuperara el ritmo normal.

—¿Qué haces aquí? —susurró

—Lo mismo que tú —repuso ella en el mismo tono.

—Vete a casa ahora mismo o llamaré a tu padre.

—No pienso dejarte aquí sola.

Suspiró, dudando. En el fondo, se sentía más tranquila con ella a su lado.

—¿Qué hace Kevin aquí? —preguntó Charlotte.

—No lo sé.

—Yo sí.

Se quedaron heladas al escuchar aquel susurro, al tiempo que notaban la presión del cañón de un arma sobre sus nuca.

—Un solo grito y su sobrino morirá, señora Morgan. Lo mismo te digo, Charlotte —advirtió en un susurro la misma voz.

Ambas se miraron, mientras esta última calculaba las posibilidades que tenía de reducir a quien les estaba apuntado. Desistió al ver sobre la frente de su abuela la luz roja de una mirilla láser.

Levantó despacio las manos, furiosa por haberse dejado atrapar de un modo tan estúpido, por haberse confiado. Debió estar más atenta cuando notó que alguien la seguía. Pero no era el único. Alguien las estaba esperando. ¿Se habría enterado Kevin de que les estaba siguiendo y les había avisado? Miró a Johanna, cuyas manos también levantadas temblaban ligeramente, aunque no había perdido su gesto decidido.

—Moveos.

Charlotte dudó un momento, pero la luz roja continuaba titilando sobre la frente de la librera. Alguien la empujó sin miramientos, al igual que a su abuela. Resignadas, se dirigieron hacia la puerta que Kevin había cruzado unos minutos antes.

Se detuvieron ante ella. Una mano enguantada la golpeó tres veces despacio. Se abrió y las empujaron dentro. Caminaron por un largo pasillo en semioscuridad, hasta llegar a una estancia solo iluminada por un fuego. Cuando vio al hombre sentado al fondo de la habitación, Johanna ahogó un grito y tiró de Charlotte, intentando que se pusiera detrás de ella.

—Señora Morgan, cuanto me alegro de volverla a ver —saludó él en tono melifluido y frío. Se levantó y se acercó a ellas, clavando los ojos en la joven—. Tú debes ser la pequeña Charlotte.

Johanna sintió un escalofrío al escuchar de nuevo aquella voz después de tanto tiempo. Se irguió y tratando de mantener la calma, se interpuso entre él y Charlotte, mirándole desafiante. Él enarcó una ceja y se hizo ligeramente a un lado. Sentados en un par de sillas junto al fuego, Kevin y Samuel Young las observaban; el primero con horror, el segundo con desprecio.

—Tía, ¿qué...?

Se volvió hacia el hombre, sin pestañear, intentando que su mirada transmitiera todo el asco y el desprecio que sentía por él. No había cambiado mucho, salvo por el hecho de que su pelo se había vuelto gris y unas cuantas arrugas y cicatrices poblaban su rostro.

—¿Ves, Zachary? —dijo, burlón—. Cuando sabes esperar, todo lo que necesitas viene a ti. Incluso más. Te dije que tarde o temprano ese idiota de Kevin nos iba a venir bien, y nos ha traído a la zorra que hizo que mis hijos me denunciaran y a mi querida nieta.

Charlotte se agarró a Johanna, asustada, mirándole con el mismo desprecio que la librera. Zachary, enfundando las armas, se situó junto a Michael, y asintió, mascando su chicle, satisfecho. Cuando Korke le pidió que le llevara a la niña, nunca pensó que sería tan fácil.

—Y lo volvería a hacer, mil veces —gruñó Johanna—. La prisión es donde debe estar la escoria como tú.

La falsa sonrisa abandonó su rostro y fijó sus ojos en ella. Los mismos que le pusieron los pelos de punta en el juicio la primera vez que los vio, los mismos ojos que aterrorizaban a Scott de niño cuando le miraba fijamente. «Ojos fríos, casi sin vida, que te atravesaban»; así se los había descrito el niño, y en el juicio, se dio cuenta de que tenía razón. De un gris muy similar a los de Mark, pero que, al contrario que los del abogado, solo transmitían odio, y crueldad.

Michael continuó mirándola fijamente, sin apartar la mirada, como hacía con su hijo pequeño, hasta que este se echaba a llorar. La señora Morgan tragó saliva, asustada, y desvió la mirada, pero no se movió; Charlotte se aferró más a ella. Uno de los hombres reunidos en la habitación se acercó a ellas y las cacheó, quitándoles los teléfonos.

Kevin miró a Samuel, desesperado.

—Samuel, esto no fue lo que acordamos.

Ambas lo miraron, Charlotte con desprecio y su tía horrorizada y abatida. No, no podía ser. Kevin no podía estar compinchado con Michael.

—Cállate —ordenó este último.

Kevin se encogió y bajó la cabeza, asustado. Johanna suspiró, un poco más aliviada. Era evidente que él tampoco había contado con encontrarlo allí.

—Scott y Mark saben que estamos aquí —aseguró—. Y la policía. En breve...

Michael soltó una risotada burlona, sorda y siniestra, sin alegría alguna.

—No se esfuerce mi querida señora Morgan. Su sobrino acaba de enviarle a la editora un mensaje diciéndole que se quedará en casa de su hermana los próximos dos días para descansar y que ella se queda con usted. Le aseguro que...

—¡Déjala en paz! —gritó Charlotte.

Michael inclinó la cabeza y la observó sorprendido durante un instante, furioso después. Dio un par de grandes zancadas y le asestó un puñetazo, tan fuerte que la hizo trastabillar y hubiera caído al suelo de no ser porque Johanna la sujetó.

—¡Eres un animal! —gritó la librera, furiosa—. ¡No vuelvas a tocarla! Si lo haces, te mataré. ¿Es que tu familia no ha sufrido ya suficiente?

Zachary se giró hacia ella, sorprendido.

Michael miro a Johanna desafiante.

—¿Sufrir? ¿Sufrir? Yo no los hice sufrir. Los crie, los vestí, nunca les faltó nada. Les di todo lo que un niño podía desear: buenos colegios, ropa cara, buena comida, una gran casa, dinero...; lo tenían todo. Pero ese..., ese bastardo me desafió—silabeó con los ojos desorbitados.

—¡Era un niño! ¡Y casi lo matas! —bramó la señora Morgan.

—Oh, sí. Eso fue lo que le contó al jurado. No dejó de mentir y lloriquear durante el juicio y aquella panda de estúpidos le creyó —replicó, lleno de odio—. Desde que nació, no me dio más que problemas; se rebelaba, me desafiaba... Si hubiera seguido mis reglas, no habría tenido que castigarlo. Lo hice por su propio bien. Pero todos creyeron sus mentiras. Nadie entendió lo difícil que era...

—¿Y Mark?, ¿También él le creyó?

El hombre entrecerró los ojos al oír el nombre de su hijo mayor.

—Mark era como yo —repuso, lleno de orgullo, alzando la cabeza—. Recto, trabajador, intachable. Pero su hermano lo puso en mi contra. Lo pervirtió, como hacía con todo —terminó con desprecio.

—No fue así. Yo le oí testificar. Vi los videos —replicó Charlotte tras reponerse del susto.

La observó con detenimiento durante unos instantes, los ojos entrecerrados. Sonrió.

—Scott te ha llenado la cabeza de mentiras, igual que a su hermano. Le obligó a marcharse con él y yo le perdí... Nunca le hice daño. Solo quería hacer de él un hombre de provecho, pero su hermano lo estropeó, siempre perdiendo el tiempo con aquellos cuentos... Manipuló a todos para que le compadecieran, poniéndolos en mi contra: su hermano, esta zorra, el médico ese y ahora, tú. Pero gracias a ti, querida, eso se acabó.

—Nunca te ayudaré a...

Él la agarró del brazo con fuerza y la arrastró fuera de la habitación.

—¡No! Déjala, le haces daño, suéltala, ¡suéltala! —suplicó Johanna, mientras Charlotte se retorció, tratando de librarse de él, mirándola asustada.

Michael la ignoró y la arrastró a la calle, donde la metió a empujones en la parte trasera de una furgoneta que les estaba esperando. Cerró la puerta con fuerza.

—¡Suéltala, déjala ir, Michael, por favor, es solo una niña! —gimió la librera, oyendo los gritos y golpes de Charlotte desde dentro.

Michael apretó los labios, furioso, e hizo un gesto a Zachary, que abrió la puerta de golpe, tanto que la joven casi cayó al suelo.

—Escúchame bien, niña. Si gritas, le pegaré un tiro a la vieja. Si causas problemas y no te estás quietecita, le pegaré un tiro a la vieja.

Charlotte miró a su abuela y se sentó en el suelo de la furgoneta. Había visto en los ojos de aquel tipo que no tendría el menor reparo en hacerlo. Zachary cerró de nuevo e hizo un gesto, para después subir a la furgoneta junto a Michael y Samuel. Los hombres de Zachary metieron a empellones a Johanna y Kevin en la casa y los hicieron bajar al sótano, donde los encerraron.

—¿Adónde se la llevan? —preguntó en un susurro, frotándose los brazos para entrar en calor.

—No lo sé, tía —murmuró, cabizbajo.

El sótano estaba totalmente a oscuras. Con los brazos por delante, Johanna se movió por la habitación, hasta llegar a una de las paredes, con la esperanza de encontrar una ventana o rejilla que les permitiera, si no salir, al menos pedir ayuda, pero sus manos solo palparon los fríos muros de la casa, demasiado gruesos para que alguien les oyera gritar.

—¿Por qué? —preguntó un poco después.

No había ninguna nota acusadora en su voz, tan solo miedo, desesperación y abatimiento.

Kevin negó con la cabeza y escondió la cara entre las manos.

—Yo solo hice un trato con Samuel. No sabía que estaba con Michael.

—¿Con Samuel? ¿A cambio de qué?

—De salir en su programa.

Johanna sacudió la cabeza, derrotada.

—¿Por eso nos has puesto a todos en peligro?, ¿por una entrevista?

—Yo solo estaba en tratos con Samuel —repitió, desesperado—. Nunca os habría puesto en peligro, tía, ni a ti ni a nadie. Solo queríamos reventar la presentación de Scott, de verdad... No sabía que estaba con Michael. ¡Te lo juro! Solo queríamos...

Suspiró, derrotada y asustada, pero más tranquila. Sabía que él decía la verdad.

—Todo irá bien, tía —murmuró, sentándose a su lado e intentando cogerle la mano, pero ella la apartó, dolida.

—No Kevin, nada irá bien. Ese animal ha secuestrado a Charlotte y se la ha llevado Dios sabe dónde. Tú no tienes ni idea de lo que es capaz ese hombre.

Aquello le hundió aún más. Cuando llegó a la casa aquella noche y Samuel le condujo hasta Michael, se quedó sin palabras. De haber sabido que estaba en tratos con él, se hubiera negado a colaborar; incluso el propio periodista parecía un poco descolocado, aunque seguía las órdenes del tal Zachary sin rechistar. Él nunca les habría vendido así. Por mucha inquina que le tuviera a Scott y las cosas que le dijo e hizo, nunca le habría vendido así; pensaba que solo se estaban divirtiendo a costa del escritor

Se dejó caer al suelo y escondió la cabeza entre las manos.

—Solo queríamos putear a Scott... —repitió, desesperado.

Se lo pasaron en grande planeando cómo reventar el encuentro; dejar entrar a Samuel por la noche para poner la cámara y grabar el ensayo fue una jugada magistral, mucho mejor que lo que hicieron en Nueva York. De ese modo, él tendría el camino despejado para retomar su carrera como escritor, saliendo por fin de la sombra de Scott.

Ella le miró, abrumada. Hasta aquel momento no fue consciente de todo el resentimiento que acumulaba su sobrino. Sabía que para él había sido duro vivir el éxito de Scott, sobre todo después de su estrepitoso fracaso. Recordó como él le echó en cara que no le ayudara, que siempre mirara por el escritor antes que por él, que nunca se pusiera de su parte. Nunca entendió que no fue así. Fue ella quien consiguió que Mark no le demandara, y con ello le evitó toda la humillación que conllevaría el juicio. No fue fácil hacer que el abogado cambiara de opinión.

—Todo irá bien, tía —repitió asustado, intentando tranquilizarla a ella y convencerse a sí mismo de que así sería.

Ella le miró con ojos tristes y angustiados y suspiró. Le cogió la mano y la apretó, tratando de calmarle. Kevin estaba arrepentido y asustado, y no quería hacerle sufrir más. Pero no saber qué ocurriría con Charlotte la estaba matando.

Un par de horas después, la furgoneta se detuvo con un chirrido de frenos. La puerta se abrió y la luz del atardecer invadió el hasta entonces oscuro habitáculo, obligando a Charlotte a

protegerse los ojos con las manos.

Bajó dócilmente cuando Zachary chasqueó los dedos; no había olvidado sus amenazas, y se detuvo, desconcertada. El amplio jardín de una villa de playa de dos plantas donde se habían detenido no le resultaba familiar en absoluto.

Durante el trayecto había intentado catalogar los posibles sonidos que pudieran servir de pista para hacer saber dónde estaba, pero no había escuchado nada distintivo. La idea de que nadie sabía dónde estaba le encogió el estómago con miedo. Hasta ahora, en sus correrías como detective, siempre había contado con el apoyo de alguien: Scott, su padre, Julia...; ahora estaba sola.

Se irguió, desafiante, cuando vio a Michael salir de la casa y caminar hacia ella. No le daría el gusto de hacerle saber que estaba asustada. Pero sentía que podía oler su miedo.

—Mi padre te matará —amenazó.

Esbozó una sonrisa torcida.

—Tu padre lamentará el día que conoció a mi hijo.

Charlotte le miró, más asustada aún por el tono frío y seguro de él, y dio un paso atrás cuando se acercó a ella. Gritó y trató de soltarse cuando él le cogió de las manos para arrastrarla y ponerla delante de la casa, pero no podía hacer nada contra la fuerza de él.

Él sonrió, satisfecho, y sacó el móvil de ella de su bolsillo.

—Por favor —pidió, los ojos llenos de lágrimas.

La boca de él se torció en una mueca más estremecedora aún, una extraña mezcla de deleite, furia y frialdad. Enfocó el teléfono hacia ella y empezó a grabar. Las lágrimas corrían por las mejillas de Charlotte, escuchando las palabras de él.

¿POR QUÉ, TAWNY?

Tawny se despertó, sobresaltada por la luz de la mañana que entraba a raudales por la ventana. Nerviosa, tanteó en busca de su teléfono. Se relajó al ver que eran las siete y aún faltaban más de dos horas para el juicio; no estaba acostumbrada a tanta luminosidad por la mañana. El ventanuco de su estudio apenas dejaba entrever el sol.

Fue al baño, se duchó y se peinó. Al volver a la habitación, se encontró una bandeja con café humeante, huevos revueltos y tostadas con mantequilla y mermelada encima de la cómoda. Admirando la diligencia de Roger, cogió una rebanada con mano temblorosa y la untó con mermelada. Intentó relajarse, debatiéndose entre la ansiedad de comerse todo lo que había en la bandeja y el nudo que tenía en el estómago.

Cuando terminó, se vistió con la camisa blanca y el traje de chaqueta y pantalón azul marino que colgaban de la puerta del armario, tal como Mark le indicó la noche pasada. Al colocarse la chaqueta, vio un trozo de papel sobresalir de uno de los bolsillos.

«Pase lo que pase, confía en mí».

Sonrió al reconocer la letra de Mark. Aquellas palabras consiguieron disipar su miedo, iluminando la oscura soledad en la que siempre caía cada vez que pensaba en estar cerca de Alex. Más tranquila, se estiró las mangas, se puso los zapatos de medio tacón y, tras mirarse por última vez en el espejo, casi sin reconocerse, salió de la habitación.

El abogado la esperaba en el vestíbulo, embutido en su habitual traje negro, la espalda recta, la cabeza alta. Sonrió al verla, una sonrisa tan opuesta a la mirada de desprecio que Alex solía dedicarle cuando se arreglaba si iban a salir juntos que sintió ganas de llorar.

Ya en la calle, subieron a uno de los coches aparcados en la puerta. En el otro, gracias a la ventanilla un poco bajada, estaban Nina e Irene, lo que la desconcertó un poco. No recordaba que Mark le hubiera dicho nada sobre que ella acudiría al juicio.

De camino al juzgado, se debatía entre el miedo y el júbilo. Miedo de enfrentarse a Alex, de volver a estar junto a él. Alborozo por poder cerrar por fin aquel capítulo de su vida, por dejar atrás todos aquellos horribles años, algo que nunca creyó posible.

—¿Todo bien, Tawny? —preguntó Mark, sentado frente a ella.

Asintió y esbozó una sonrisa pequeña y tensa. Él se inclinó hacia delante y le cogió la mano, y ella sintió la angustia de la duda en su estómago. Había aprendido a leer tras aquella máscara impasible y le notó agotado y nervioso, nada que ver con la suficiencia que mostró cuando preparaban el juicio. Esperaba que fuera tan solo miedo escénico. Miró por la ventana, intentando ignorar el miedo y la ansiedad que le acechaban de nuevo.

Ambos vehículos se detuvieron frente a la escalinata del juzgado. Sin intercambiar palabra, los cuatro subieron con prisa.

Guiados por Mark, caminaron a paso ligero por pasillos y puertas. Como ocurrió en el hospital, el abogado se limitó a saludar con la cabeza, sin detenerse a hablar con nadie. Irene lo hacía más efusivamente, pero sin perder el ritmo. Subieron un par de tramos más hasta llegar a un largo pasillo con muchas puertas a izquierda y derecha y bancos junto a ellas.

El abogado se dirigió a la segunda puerta y la abrió, sujetándola para que pasaran ella e Irene. Para su desconcierto, Nina, en lugar de entrar, se sentó en uno de los bancos al fondo del pasillo, esperando. Prefirió no pensar en ello mientras atravesaba los bancos del público, que permanecerían vacíos, hasta la mesa donde se sentarían. Cuando llegaron, se desplomó en la silla del medio, aferrándose a ella para ocultar el temblor de sus manos.

—Respira hondo —aconsejó Irene, sentándose a su derecha, mientras Mark lo hacía a su izquierda.

Cuando Alex entró en la sala, seguido por Tania y cuatro abogados, sintió que le faltaba el aire y le invadía el pánico al notar sus ojos airados y despectivos fijos en ella.

—No le mires —aconsejó Mark, sacando documentos de su maletín—. Solo quiere intimidarte; no se lo permitas. Ya no puede hacerte daño.

Trató seguir su consejo, pero le resultó imposible. La mirada de su ex siempre fue un oscuro imán para ella, aterrador y magnético, con el poder de crear una neblina que se expandía insidiosamente en su interior. Con el tiempo, aprendió a temerla, sobre todo cuando se volvía salvaje, un instante antes de dejarse llevar por la furia. Sintió náuseas al recordar cuando él le sujetaba la cara, obligándola a mirarlo, humillándola y aterrizándola aún más.

No, no podía; no podía hacerlo. Había sido un error. No podía respirar. Se ahogaba, el corazón le latía demasiado fuerte, demasiado rápido y la sala comenzó a girar en torno a ella. Tenía que salir de allí. No podía respirar, ella...

Mark dejó caer un grueso cuaderno de dibujo sobre la mesa con gran estrépito, sobresaltándola y rompiendo la espiral de pánico en la que se estaba sumiendo. Después dejó un par de lápices encima.

Por un momento, no supo si enfadarse o reírse; se sintió como una niña a quien le daban pinturas para que no molestara a los adultos; optó por coger el lápiz, asombrada por la perspicacia de él.

El dibujo siempre fue su escudo, su vía de escape, lo que la ayudó a mantenerse cuerda durante muchas de aquellas largas y amargas noches, escondida en la soledad y protección del sótano; dibujar a escondidas y luego romper los dibujos. Dios, ¿cómo había podido vivir así durante tanto tiempo?

No sabía qué dibujar. Su mirada se posó en Irene, la cabeza baja, repasando un documento, mientras algunos mechones de su melena ondulada caían sobre la hoja, ocultando su rostro.

Cerró los ojos y acarició el lápiz, sintiéndolo, disfrutando de la paz que sentía al recorrerlo; la firmeza de la madera, de la suavidad del pulido, los lados ligeramente rugosos que el sacapuntas había creado cerca de la mina... No era solo un trozo de madera. Era un ser vivo, lleno de energía, que se hacía uno con ella. Los abrió y comenzó a dibujar la melena de Irene; después de unos cuantos trazos, su ex, la sala, el juicio y el miedo..., todo se difuminó a su alrededor, aunque aún podía notar la mirada de Alex clavada en ella.

Con el rabillo del ojo percibió moverse a Mark, sacar su bloc de notas y dejarlo en la mesa. Se echó para atrás y buscó algo en su cartera, para después echarse hacia delante y anotar algo. Sin dejar de dibujar, sonrió para sí misma al darse cuenta de que sus movimientos no eran casuales; no sólo estaba bloqueando todos los intentos de su ex de establecer contacto visual con ella, sino también enfadándolo, de lo cual, a juzgar por la sombra de una sonrisa burlona que bailaba sus labios, él era perfectamente consciente.

Más tranquila, se concentró en perfilar la nariz de Irene. Cuando se dio cuenta de que ella miraba el dibujo, lo cubrió con la mano, avergonzada.

—Luego me dejas verlo —musitó ella, guiñándole un ojo.

Negó con la cabeza, tímida, pero también algo descolocada. Era la primera vez que no estaba sola frente a Alex, que alguien estaba de su lado frente a él. Una sensación totalmente nueva para ella, que le daba fuerza, pero también le hacía sentirse triste. Por tantos años de miedo, de creerle, de asumir que todas las cosas horribles que él decía eran ciertas. Por todos los años perdidos junto a alguien que, desde el principio, fue un fraude.

Se puso en pie con el resto al ver entrar al juez, que se sentó con un gesto hastiado y señaló a Mark.

—Señor Toren, espero que tenga una buena razón para recurrir una sentencia de divorcio de mutuo acuerdo —gruñó.

Este asintió, sin dejarse impresionar. Se levantó y se dirigió al centro de la sala.

—Señoría, queremos recurrir la sentencia de divorcio porque mi clienta la firmó bajo coacción. Por esa misma razón, exigimos que el demandado devuelva el importe de la venta de la casa, propiedad de mi clienta que se utilizó para la posterior compra de la vivienda de ambos cónyuges.

Tawny, sin levantar la vista de su bloc, arrugó la frente. No recordaba que Mark hubiera mencionado aquello cuando preparaban su defensa; se centraría en los delitos cometidos por su exmarido y Tania, de los cuales, además, tenían pruebas. ¿Por qué había cambiado de estrategia? Se tranquilizó, recordando la nota de la chaqueta: no debía preocuparse, sino confiar en él.

Se puso de pie y se acercó al atril cuando Mark la llamó, tratando de aparentar tranquilidad. Para su sorpresa, las preguntas de él solo versaron sobre el hecho de que ella no sabía que él estaba ya casado cuando se casó con ella. Aquello la desconcertó aún más. ¿Quizá la siguiente pregunta?

Pero entonces él se volvió hacia el juez.

—No tengo más preguntas, señoría —anunció, sin mirarla, y se sentó.

Sintió que se le secaba la garganta, allí, sola, de pie ante el atril, el centro de las miradas de todos, lejos de Mark e Irene, de todo aquello que le había dado seguridad, de nuevo a merced de su ex. Bajó la cabeza, humillada. Allí estaba ella; una idiota que no se había dado cuenta de que su marido le engañaba hasta cinco años después.

Su angustia aumentó cuando uno de los abogados de Alex se acercó a ella con paso tranquilo, abrochándose el botón de la americana.

—Buenos días, señorita Walker; ¿puedo llamarla Tawny? —preguntó en tono cordial y afectuoso.

—No —respondió con sequedad, satisfecha al verle torcer el gesto.

«A su abogado no le permitas familiaridades —le había aconsejado Mark—. Nada de Tawny, querida mía o estupideces parecidas. Intentará hacerte creer que está de tu lado, que cuida de ti. Todo lo contrario. Quiere pulverizarte. Cuando te haga preguntas, responde con frases cortas para no perder el hilo de lo que estás diciendo. Si te interrumpe, no respondas inmediatamente y escucha bien su interpelación, porque intentará liarte. Tómate tu tiempo para pensar y responder. Cuando te provoque, respira profundamente antes de responder; intentará herirte, avergonzarte y humillarte, pero no tienes nada de que avergonzarte. Si te acorrala, intervendré».

Y aunque no entendía por qué Mark actuaba así, confiaba ciegamente en él, como le había pedido.

—Muy bien, señorita Walker —repuso el abogado con retintín—. Usted afirma ahora que tanto la venta de la vivienda de su propiedad como la compra de la común las realizó bajo coacción ¿es así?

Tawny miró de reojo a Mark, quien, la ignoró; la mirada fija en el otro abogado.

—Sí, es cierto, él...

—Pero cuando el notario habló en privado con usted el día de la venta no mencionó ni dio a entender ningún intento de coacción por parte de mi cliente, ¿cierto? —le cortó el abogado antes de que pudiera responder.

Buscó de nuevo el apoyo de Mark, pero él continuaba sin mirarla. Se cogió las manos, tratando de contener su nerviosismo.

—Sí, pero...

Se sintió empequeñecer al escuchar la risa burlona y despectiva de Alex. A punto de llorar, vio a Mark concentrarse en sus notas, al igual que Irene. ¿Qué demonios estaba pasando?

—Y durante el juicio de divorcio, tampoco refirió haber sido objeto de coacción. Es más, ni siquiera hizo referencia a la bigamia de su marido, lo que hubiera conllevado la anulación del matrimonio.

—No, pero...

—En otras palabras, durante cinco años de matrimonio y después del divorcio, nunca adujo haber sido coaccionada, ni siquiera cuando firmó la renuncia voluntaria a la vivienda propiedad de ambos. Nunca, hasta ahora, casualmente después de iniciar una relación sentimental con su abogado —terminó, triunfante.

—Protesto, señorita, la vida privada de mi clienta no tiene relevancia aquí —intervino Mark.

—Denegado. ¿A dónde quiere llegar con esto, abogado?

—Quiero demostrar que las alegaciones de la denuncia son el resultado de un plan urdido entre mi colega y el denunciante para arruinar a mi cliente.

—No, no es así —tartamudeó Tawny.

Miró a Mark implorante, pero este continuaba concentrado en su bloc de notas. Tawny ahogó un sollozo a duras penas ¿Por qué la ignoraba así? ¿Por qué no hacía nada?

—Vamos, señorita Walker. Usted misma le dijo al notario que estaba deseando comprar la casa porque sabía que haría feliz a su marido. Tanto que incluso le firmó un poder para que la compra siguiera adelante aun encontrándose usted indispuesta ese día. Tengo aquí la declaración del notario si quiere consultarla —ofreció, tendiéndole un documento.

Sintió que se derrumbaba. Recordaba perfectamente aquella conversación; decir otra cosa o negarse le fue imposible. La nueva risita cínica de su ex la hundió aún más. ¿Por qué Mark no decía que todo había sido un fraude?

—¿Señorita Walker?

—No.

—¿No qué?

—No era cierto.

—¿No lo dijo?

—Sí, pero...

—Entonces supongo que cuando, durante el proceso de divorcio, dijo que cedía la vivienda común a su marido porque sentía que él se merecía quedarse con ella, ¿tampoco era cierto?

—No...

Quería llorar, mientras aquel miedo odioso la invadía de nuevo. El abogado la estaba dejando en ridículo. Podía oír cómo el juez se removía en su silla, molesto e incrédulo. ¿Por qué no protestaba Mark? ¿Qué ocurría con todas las pruebas que le mostró ayer?

—Pero usted no dijo nada. Sabiendo que mi cliente era bígamo aceptó el acuerdo de divorcio sin rechistar, sin la más mínima referencia a la coacción. Al igual que el despido sin indemnización o la renuncia a la pensión alimenticia, a pesar de que se quedaba en paro, sin

ningún tipo de ingreso. ¿Por qué?

Tawny cerró los ojos, recordando palabras similares en boca de Mark. Entonces se dio cuenta: Alex le había comprado o amenazado. Así era como solía salirse con la suya cuando encontraba algún obstáculo. Sabía ser muy persuasivo.

Se tiró del cuello de la camisa. No podía respirar. Solo quería salir de allí, desaparecer, desvanecerse y no volver jamás.

—Yo... No...

—¿Por qué no dijo nada? —insistió, sabiendo que la tenía acorralada.

Negó con la cabeza, incapaz de responder.

—Yo se lo diré. Porque, desde el principio, lo que usted buscaba era vengarse de mi cliente, hundirlo moral, física y financieramente, justo cuando él se encontraba en su peor momento anímico, tras un divorcio devastador. Eso es lo que usted y su abogado pretenden.

Tawny le miró incrédula.

—¡No es cierto! —gritó, lágrimas de rabia y vergüenza rodando por su rostro—. Yo...

El abogado se volvió hacia ella.

—¿Usted qué, señorita Walker?

Bajó la cabeza; ya había estado antes en aquella situación y sabía cómo terminaría. De hecho, ya había terminado. Mark e Irene seguían ignorándola, ajenos a lo que ocurría en la sala. No les importaba en absoluto. No le importaba a nadie.

—¿Usted qué, señorita Walker? —repitió el abogado, en un tono más apremiante, apoyándose en el atril frente a ella.

Sacudió la cabeza.

—Responda a la pregunta, señorita Walker —ordenó el juez.

—Le tenía miedo —susurró.

—¿Miedo? ¿A él? ¿Usted? No. Es él quien la teme. Porque usted manipuló a mi cliente fingiendo aceptar una sentencia de divorcio que después apeló. Todo formaba parte de un plan perfectamente orquestado, ¿no es así? Lo manipuló porque estaba dolida, enfadada y rabiosa, porque él la había engañado con otra mujer. Por eso quería hundirlo, destrozarlo.

—¡¡¡Él me pegaba!!! —gritó con desesperación, la voz quebrada—. ¡¡¡Me pegaba y yo le tenía miedo!!!

La sala quedó en silencio durante unos instantes, solo roto por sus sollozos, asustada tras confesar lo que había estado ocultando durante tantos años, temiendo cómo la verían los demás, sabiendo lo que ocurriría ahora.

—Es decir, su marido le pegaba y usted le tenía miedo. Me resulta difícil creerlo, porque cuando usted habló con el notario a solas no lo mencionó. Tampoco a los abogados durante el proceso de divorcio, ni siquiera a su abogado defensor o a sus amigos, a nadie.

La cruel risa de Alex la humilló aún más. Pero lo peor fue la certeza de que allí, en aquel momento, toda su defensa se disolvía como la sal en el agua, por haber sido demasiado cobarde para contarle a Mark o a cualquiera los abusos de Alex, para abandonarlo, para enfrentarse a él.

No respondió. Se sentía inútil, estúpida, dañada, rota.

—Acláremelo, por favor, señorita Walker, porque no lo entiendo. —La ironía era perceptible bajo la actitud amistosa del abogado—. Si alega que mi cliente la maltrataba maltrató, ¿por qué no dijo nada cuando él no estaba con usted? ¿Por qué no lo denunció? ¿Por qué no pidió ayuda?

No lo sabía. Nunca entendió aquel miedo, aquella parálisis que la inmovilizaba, aquella convicción de que, hiciera lo que hiciera, nada cambiaría, solo empeoraría las cosas. Por ello, solo buscaba que él no se enfadara, para evitar una nueva paliza, que le hiciera daño de nuevo.

Esta vez no miró a Mark. No quería leer la decepción en sus ojos.

—Su señoría, con la venia. Me gustaría llamar a Nina Cole para que declare en condición de perito. —Le oyó decir con voz calmada.

—¿Es relevante, abogado? —preguntó el juez.

—Sí, su testimonio servirá para responder a la pregunta de mi colega. —Señaló con un gesto ampuloso al abogado de Alex.

El juez suspiró.

—Puede volver a su asiento.

Tawny caminó despacio, mirando al suelo, derrotada. Como a cámara lenta, vio a Nina entrar y dirigirse al atril. Se sentó en su silla, la cara ardiendo de vergüenza y desprecio por sí misma. Su caso sería el primero que la firma de Mark perdería. Por su culpa, siempre por su culpa; «una inútil que no valía para nada», como solía decirle Alex.

—Señorita Cole, usted es terapeuta especializada en casos de maltrato físico y psicológico, ¿no es así?

Tawny se sobresaltó cuando notó a Irene cogerle la mano y apretársela para infundirle confianza. Aquel simple gesto pareció reconectarla con la realidad. Sonrió débilmente, agradecida.

—Sí, así es.

—Protesto, señoría, si la testigo no es la terapeuta de la señorita Walker, no veo la relevancia de su testimonio.

—Como he dicho, es importante para aclarar un aspecto de la declaración de mi clienta.

El juez suspiró y le hizo un gesto con la mano para que continuara.

—¿Podría explicar a este tribunal qué es la indefensión aprendida?

—Es una condición psicológica que sufren las víctimas de violencia, especialmente cuando esta se prolonga en el tiempo. Las lleva a creer que están indefensas, que no tienen ningún control sobre la situación en la que se encuentran y que cualquier cosa que hagan para salir de ella es inútil.

—¿Puede un adulto sufrir dicha indefensión?

—Por supuesto. Es habitual en las relaciones tóxicas de pareja y en la violencia de género.

—¿Cómo se produce?

—Cuando las víctimas de cualquier tipo de abuso, físico, psicológico o sexual se dan cuenta de que, hagan lo que hagan, el resultado siempre es una agresión, entonces dejan de defenderse. Sus intentos de detener la violencia, de enfrentarse a su agresor solo generan más violencia, por lo que asumen que no hay nada que puedan hacer para cambiar dicha situación y comienzan a pensar, sentir y actuar como si estuvieran realmente indefensas, como si realmente no tuvieran salida, porque es lo que su cerebro cree.

—¿Y es posible que esta indefensión aprendida lleve a las víctimas a no denunciar o hablar del maltrato incluso cuando el agresor no está presente? Es lógico suponer que aprovecharían esos momentos para hacerlo, como tan inteligentemente ha señalado mi colega —remató con ironía.

—No solo es posible. Es lo que ocurre habitualmente. Debemos tener en cuenta que la indefensión aprendida es el resultado de un proceso sistemático de violencia continuado en el tiempo. Y no podemos olvidar que el maltrato físico siempre va precedido o acompañado del maltrato psicológico, mucho más destructivo, porque lleva a la desintegración psicológica y a la devastación del equilibrio emocional de la persona que lo sufre. Al final, como mecanismo de defensa, las víctimas modifican su comportamiento y se comportan de forma sumisa, tratando de

apacar al acosador. Por ello adoptan comportamientos de afecto, cuidado, complacencia y sumisión con el agresor que resultan incoherentes para un observador externo, pero que para las víctimas, son un mecanismo de supervivencia, la única vía que han encontrado para ello.

—¿Y por qué no responden o luchan contra el maltrato psicológico desde el principio? ¿Por qué no abandonan al maltratador?

—El maltrato psicológico no siempre es explícito, sobre todo al principio. El agresor suele utilizar frases de doble sentido, críticas veladas y mensajes contradictorios que crean inseguridad en la víctima, porque este actúa siempre de un modo sibilino. Inmediatamente después, se muestra cariñoso, le quita importancia, le acusa de ser muy suspicaz... Todo ello crea en la víctima una disonancia cognitiva que las hace dudar de sí mismas, de su juicio, que se pregunten si todo está en su imaginación, que acepten que, efectivamente, son demasiado suspicaces, o sensibles.

—Pero otras personas pueden decirle que no es así, que algo va mal.

—Sí, y suele ocurrir, sobre todo al inicio de la relación, cuando la víctima aún no ha perdido contacto con amigos y familiares. El maltratador entonces los critica, no quiere estar con ellos y se comporta de un modo pasivo-agresivo cada vez que la víctima está con ellos o le echa en cara algo que ellos dicen, hasta lograr aislar a la víctima. De este modo, pierden cualquier referencia externa, cualquier punto de vista que no sea el del maltratador. Poco a poco, los comportamientos aleatorios del maltratador generan a las víctimas más dudas sobre sí mismas. Insinuaciones, silencios...; los maltratadores también culparán a la víctima de las reacciones que él mismo ha causado en ella, llevándolas a creer que son ellas las que gritan, faltan al respeto o son responsables de las discusiones y peleas. Hasta que, en un momento dado, aparece el maltrato físico. Un golpe, un puñetazo, tras el cual el maltratador utilizará la inversión de la culpa: «Me has hecho enfadar tanto que te he pegado, si no hicieras esto o aquello no tendría que castigarte», etc. Un instante después piden perdón, se arrepienten, piden a las víctimas que no les abandonen, prometen que van a cambiar, que no volverá a pasar y vuelven a ser los seres cariñosos que de quienes las víctimas se enamoraron.

—El ciclo de la violencia —apostilló Mark.

Nina asintió.

—Efectivamente. Suele haber un periodo de creación de tensión en el que las víctimas intentan hacer todo lo posible para aplacar al maltratador. Aun así, la tensión aumenta hasta la explosión aguda de violencia, física, verbal, psicológica o sexual. Después de eso, sobre todo si el maltratador percibe que la víctima podría intentar romper la relación, comienza la parte de luna de miel del ciclo, en la que el maltratador se disculpa por lo que hizo, llora, parece estar devastado, promete ir a un terapeuta, entrando en la fase que se conoce como «el bombardeo de amor», hasta que la víctima acepta quedarse con ellos, momento en que comienza de nuevo el periodo de construcción de la tensión. Sin olvidar que, durante todo el ciclo, el maltratador siempre niega el abuso: lo minimiza, actúa como si no hubiera sucedido o no fuera a suceder de nuevo; este refuerzo intermitente, produce en la víctima una disonancia cognitiva y una amnesia perversa que, sumadas a la culpa tóxica y al miedo, terminarán logrando que las víctimas se convenzan a sí misma de ser responsables de su propio maltrato, perpetuando así el ciclo de violencia hasta que estas quedan completamente anuladas. Es este refuerzo intermitente el que crea, además, la dependencia psicológica en la víctima, que refuerza la indefensión aprendida y con ello el ciclo de la violencia.

Mientras Nina hablaba, las imágenes de la vida junto Alex inundaban la mente de Tawny. Le resultaba difícil creer, aceptar, cómo su relación con él coincidía con la descripción que ella

estaba haciendo. Cómo la humillaba, menospreciaba, le hacía sentir culpable. Se tapó la boca con la mano mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas, recordando humillación tras humillación. Cuando él le decía que no sería nunca suficiente para él, que él había bajado mucho el listón al estar con ella. Ella, estúpida, no dejaba de hacer todo lo posible para complacerlo, aplacar, ser suficiente para él.

Lo cambió todo. Su forma de vestir, de caminar, incluso de reír. Dejó de reunirse con sus amigos, con su familia..., incluso de dibujar. Pero nada fue suficiente para él. Se volvió malhumorado, se pasaba días sin hablarle, y cuando lo hacía era para gritarle o criticarla. Las peleas se recrudecieron, los silencios se alargaron, las insinuaciones se volvieron más insidiosas, hasta el día en que, enfadado, en medio de una discusión, Alex le cogió la cabeza y se la golpeó contra la pared.

Se le revolvió el estómago, recordando la explosión de dolor, de miedo; se quedó paralizada, sin saber qué hacer, mientras su cerebro trataba de procesar lo ocurrido. Mareada, se dirigió a su habitación. Haría las maletas, se marcharía para siempre de allí. Pero él entonces se arrodilló delante de ella, le pidió perdón mil veces, se disculpó, llorando a mares, prometiendo que no volvería a ocurrir, asegurando que si ella se marchaba, él se moriría, que no podía vivir sin ella. Pero después vinieron más puñetazos y golpes, más disculpas... Ella acabó creyendo que tenía la culpa de que él la pegara: porque hacía ruido, porque reía fuerte, porque no se reía, porque no tenía la comida preparada, porque estaba fría o caliente... Se convenció de que, si hubiera sido una buena esposa, Alex no la habría tratado así. Ella hacía todo lo que podía por complacerle, pensando que aquello era una prueba de su amor por él, limitándose a hacer solo que él le permitía, lo que él quería. Insegura y deprimida, se encerró en sí misma, y mostró a todos solo la cara que él quería ver, lo que sabía que no conllevaría ningún castigo.

Pero el miedo, el dolor, el sufrimiento no cesaron. Tanto que, a menudo, el único modo de soportarlo, de hacerlo desaparecer, era clavarse las uñas en los muslos hasta hacerse sangrar, sin dejar de arañarse hasta que el dolor físico era tan intenso que hacía desaparecer al emocional. Después, en silencio, sin que él se enterara, se lavaba las heridas. Sabía que él no preguntaría. Hacía demasiado que, al mirarla, no la veía.

Intentó dejar de llorar, pero no pudo, desbordada por todo el dolor, el miedo y la culpa que había sentido durante tanto tiempo, mientras sentía el brazo de Irene rodearle los hombros, apretarla contra sí, la abogada luchando por contener las lágrimas.

—Las víctimas asumen que es culpa suya —escuchó decir a Mark.

—¡¡¡Por supuesto que era culpa suya!!! ¡Esa zorra me provocaba! —bramó Alex, levantándose y avanzando hacia ella, deteniéndose solo cuando Mark le cortó el paso.

—Abogado, controle a su cliente —ordenó el juez.

Tiró de Alex hacia su silla, diciéndole que debía calmarse. Solo cuando estuvo sentado, Mark se movió de donde estaba y se acercó de nuevo a Nina.

—Por favor, continúe —pidió el juez.

—Decía que las víctimas asumen que el abuso es su culpa —repitió Mark.

—Cuando un individuo está continuamente expuesto a situaciones de estrés, esto también afecta a su estabilidad psicológica y emocional. El cerebro suele desconectarse, se habitúa a la situación y asume que ha perdido el control de ella. Es entonces, cuando la víctima no ve ninguna salida, cuando se produce la indefensión aprendida. No saben cuándo será el próximo golpe, la próxima humillación, la agresión... Nunca hay un desencadenante claro. Lo que hoy se acepta, mañana se responde con un golpe, una humillación, un abuso sexual... No hay una relación causa-efecto que indique cuándo el maltratador les va a agredir. Al final, como

mecanismo de defensa, optan por lo único que él puede hacer, conductas de inhibición de la violencia de la pareja, provocadas por el miedo y la sensación de impotencia, que las llevan a no defenderse ni pedir ayuda.

—Protesto, señoría. La perita no ha sido aprobada por la defensa. Su testimonio es claramente tendencioso.

—Si cree que eso invalida su testimonio, puede traer a cualquier otro experto. Incluso elegirlo usted mismo —replicó Mark desafiante—. Estoy seguro de que cualquiera de ellos respaldará su opinión.

Un enfadado Alex y sus abogados susurraron entre sí durante varios minutos mientras Mark se apoyaba despreocupadamente en la mesa, los brazos cruzados, un tobillo sobre el otro, esperando, hasta que el abogado de la defensa asintió de mala gana.

Se volvió de nuevo hacia Nina.

—¿Y esa indefensión aprendida podría haber llevado a mi clienta a no revelar que estaba siendo maltratada o que actuaba bajo coacción, incluso cuando se le preguntaba directamente si era así, como en el caso del notario o en el juicio de divorcio?

—Por supuesto. El maltrato produce un miedo inmediato durante los incidentes violentos. En caso de violencia repetida, el miedo se vuelve crónico y el estrés asociado al mismo tiene graves repercusiones en la salud física y mental de la víctima de violencia. Es este miedo crónico lo que les impide buscar ayuda, denunciar a los agresores o abandonarlos. El caso de la señorita Walker no es aislado. Las víctimas de violencia de género tardan una media de diez años en poder denunciar el maltrato del que han sido objeto, y sólo lo logran cuando ese miedo y el trastorno por estrés postraumático complejo mejoran.

—Gracias; no tengo más preguntas.

—La defensa tampoco tiene preguntas, señoría.

Nina bajó del estrado y, tras sonreír a Tawny, se sentó en uno de los bancos del público.

—Muy bien. Aceptemos por un momento que lo que dice su perito sobre eso....

—Indefensión aprendida —recordaron a coro Mark e Irene.

—Indefensión aprendida —repitió a regañadientes— es cierto, y aceptemos que, efectivamente, su clienta sufrió maltrato. Supongo, entonces, que tendrá algún parte de lesiones que lo respalde. De lo contrario, además de invalidar su reclamación, mi cliente la demandará a ella y a usted por difamación, calumnia y falsa acusación de maltrato.

No había; Tawny lo sabía bien. Se armó de valor después de una de las primeras palizas para contárselo a Paul, un amigo de ambos, con el que tenía más confianza. Le mostró su ojo morado, sus moratones en la cara y en la cabeza, en los brazos...; pero, en lugar de ayudarla, se lo contó a Alex y la siguiente paliza fue aún peor.

Desde ese día, no se atrevió a contárselo a nadie. La sola idea de denunciarle a la policía le producía pánico. Aprendió a disimular sus moratones con maquillaje, a esconderlos bajo la ropa y a ganarse la reputación de torpe entre sus compañeros de oficina cuando les contaba que, una vez más, se había golpeado con las puertas o los armarios de la cocina. Al igual que Scott y Mark, vivía en un infierno paralelo, del que nunca pudo salir.

No tenía ningún documento podía probar el maltrato, pensó, descorazonada.

Alex había ganado.

* * *

Scott se levantó de la cama despacio, intentando no despertar a Jack. Habían estado hablando casi toda la noche, hasta que se sintió más tranquilo, y ya había amanecido cuando decidieron que deberían dormir un poco. Inquieto y preocupado, esperó a que la respiración de su marido fuera profunda y regular.

Sin hacer ruido, bajó a la biblioteca; estar rodeado de libros le hacía sentirse seguro. Jack, como él, era un gran lector y ambos cuidaban con esmero su biblioteca, que ya contaba con más de cuatro mil volúmenes, distribuidos por la amplia habitación que ocupaba todo el sótano de la vivienda.

Recorrió con el dedo los lomos, el cuero y los grabados de los antiguos, el papel plastificado de otros, el fino cartón de algunas ediciones de bolsillo... Ambos seguían prefiriendo leer libros en papel, aunque Jack en el día a día utilizara el libro electrónico, que le permitía llevar multitud de libros sin cargar peso. De los libros que más les gustaban, tras leer la versión digital, solían comprar la de papel.

Se sentó en uno de los dos amplios y cómodos sillones azul oscuro que había en el centro de la estancia, cruzó las rodillas y apoyó el portátil sobre ellas, leyendo lo que había escrito hacía un par de días para recuperar el hilo. Se puso los auriculares y dejó que las notas del concierto para violín en mi menor de Mendelssohn interpretado por Anne-Sophie Mutter le acompañaran mientras releía.

Llevaba unos veinte minutos escribiendo cuando le llegó la notificación de un mensaje que Charlotte había enviado a la dirección de correo electrónico de la editorial que Valerie le había asignado, y que él rara vez utilizaba. Extrañado, abrió el mensaje y pulsó el enlace al vídeo que aparecía en él.

—Hola, hijo.

Se quitó los auriculares de un manotazo y, junto con el portátil, los lanzó al suelo, la profunda voz de Michael resonando en su cabeza. Temblando, acercó las rodillas a su pecho, abrazándolas, y hundió la cara en ellas, aterrorizado, tratando de bloquear los recuerdos que aquella voz le traía. Dos palabras. Solo dos palabras y le había invadido el pánico. Pero no fueron solo ellas; conocía perfectamente ese tono, aquel saludo odioso que tantas veces escuchó de niño, duro, contenido, exasperado a veces, enfadado otras. El mismo que usaba antes de golpearlo después de encerrar a Mark.

Se balanceó de adelante a atrás, tratando de controlar su respiración, de evitar que el miedo y la angustia se desbocaran, intentando recordar lo que había aprendido en su terapia con Nina, lo que practicaba con Jack. Debía buscar algo en lo que concentrarse.

Cogió uno de los libros encuadernados de la estantería que tenía a su izquierda. Pasó la mano por la cubierta, sintiendo la aspereza del cuero. «Azul. No, no, azul. Azul de Prusia, eso era». Repasó con la yema del dedo los grabados dorados, concentrándose en el suave tacto de la fina lámina de pan de oro, el relieve de las letras del título, para pasar después al lomo, acariciar las prominentes costillas que realizaban los tejuelos que contenían el título del libro, *Los crímenes de la calle Morgue*, y el nombre del autor, Edgar Allan Poe.

Se ahogaba. ¿Cómo iba a enfrentarse a Michael si solo con escuchar su voz...? Borraría el mensaje, eso haría. Seguramente habría conseguido su dirección de correo a través de Young.

En medio de la espiral de pánico, un pensamiento le hizo levantar la cabeza. El mensaje procedía del correo personal de Charlotte. Se forzó a levantarse y a acercarse al portátil, con cautela, como si fuera un animal venenoso. Lo dejó sobre la mesa y apagó el sonido.

No necesitó escuchar. A pesar de la pantalla rota, la angustia y el miedo que se reflejaban en

el rostro de la joven le rompieron el corazón. Apretó los dientes con rabia, al ver el oscuro moratón en su pómulo derecho, que subía casi hasta el ojo, y la sangre seca en su labio partido. Sabía perfectamente quién lo había causado. Conocía la intensidad de aquel miedo.

En un momento dado, Charlotte miró desafiante a quien la estaba grabando y gritó algo. La imagen se cortó.

Cerró los ojos con fuerza. Había podido leer con claridad sus labios:

—¡Scott, no vengas!

Algo se retorció en su interior al ver su mejilla amoratada, el miedo y el desafío en sus ojos, al pensar que estaba a merced de él.

Caminó en círculos por la habitación, respirando profundamente, tratando de calmarse y pensar con claridad. Tenían que haber previsto que Michael podría ir a por Charlotte, que ella era su objetivo. Sabía que, por muy asustada que estuviera, no dudaría en enfrentarse a él; no tenía ni idea de lo peligroso que era. Tenía que ir a por ella.

Se vistió y salió sin ruido hacia el garaje. Subió al coche y, tratando de que el pánico no lo ahogara, arrancó; no necesitó encender el navegador. El infierno era un destino que conocía bien.

Jack se levantó y salió del dormitorio al escuchar la puerta de la calle. Algo le había despertado minutos antes, pero supuso que había sido su marido, buscando algo entre su eterno desorden.

—¿Scott? —llamó sin recibir respuesta.

Bajó a la biblioteca, donde estaba seguro de que lo encontraría. Abrió la puerta y se sorprendió al encontrarla vacía. Su mirada se posó en el portátil, abierto sobre la mesa, y un mal presentimiento se apoderó de él. Por muchas copias de seguridad, pendrives y archivos que guardara en la nube, su portátil era una de las pocas cosas que Scott cuidaba con celo, por miedo a perder todo lo que escribía.

Lo giró y se quedó paralizado, al ver la imagen congelada de su hija tras la pantalla rota. Cogió el aparato y corrió al garaje. El coche de Scott no estaba. Saltó al suyo y salió tras él, llamándole una y otra vez, sin obtener respuesta.

—¡Coge el maldito teléfono! —gritó, golpeando el volante, cuando le saltó el contestador automático por cuarta vez.

Media hora después, tras recorrer todas las calles adyacentes y las rutas de salida que Scott podría haber tomado, se dio por vencido. Era estúpido dar vueltas sin saber a dónde iba. Estaba perdiendo un tiempo precioso.

—¡Joder, Scott! —gritó enfadado y preocupado, golpeando de nuevo el volante con frustración. Si no daba con él, no podría encontrar a Charlotte.

Cambió bruscamente de dirección, ignorando el concierto de bocinas e insultos que la maniobra provocó, y se dirigió a toda velocidad hacia el juzgado mientras llamaba a Julia.

* * *

—Deseo llamar a declarar a Wendy Knight —anunció Mark en la sala del juzgado.

Tawny levantó la cabeza, creyendo haber entendido mal. ¿Wendy Knight?, ¿testificar contra Alex? No era posible, le tenía pánico

El abogado de su ex rebuscó frenéticamente en la lista de testigos y pruebas y se puso en pie.

—¡Protesto, señoría! Wendy Knight no figura en la lista de testigos proporcionada a la

defensa. El demandante no puede llamar a un testigo sin notificárnoslo antes.

—No está en la lista de testigos definitiva, pero sí en la de preliminares señorita —repuso Mark con calma—. Por tanto, la defensa sí está informada de la existencia de dicho testigo.

—¿Y por qué no está en la definitiva, letrado?

—No hemos podido localizarla hasta hoy, señorita. El acusado la amenazó para evitar que prestara declaración —explicó Mark.

—¡Eso es mentira! —gritó Alex, furioso, poniéndose en pie.

Su abogado se acercó a él y le pidió que se calmara. Se dirigió al juez.

—Su señorita, el señor Toren es...

—Abogado, estoy empezando a perder la paciencia. ¿Cuál es la relación de la testigo con este caso? —preguntó el juez.

—Estuvo casada con el demandado hace once años. El acuerdo de divorcio fue el mismo que el de mi clienta. Wendy Knight no solo apoyará las acusaciones de malos tratos por parte del acusado, que probará con partes médicos, sino ayudará a demostrar que, al igual que ocurrió con mi cliente, ha sido víctima de fraude y de extorsión.

El otro abogado frunció el ceño y rebuscó entre los papeles.

—Protesto, señorita. El señor Toren está haciendo acusaciones sin presentar ninguna prueba, creando indefensión en mi cliente; nada de esto aparece en la demanda.

—Como demostraré, es un hecho derivado del acuerdo de divorcio. Probaremos que mi clienta, fue, desde el principio de su matrimonio, víctima de un delito de fraude.

—De cualquier modo, no puede acusar al demandado de fraude sin conocimiento previo de la defensa de dicha acusación, señor Toren —rebató el juez.

—Con la venia, señorita, la defensa está debidamente informada.

—Señorita, repito que no hemos recibido ninguna documentación ni notificación al respecto —replicó, nervioso.

—Tiene razón, No figura nada al respecto en el expediente del caso. ¿En qué se basa para afirmar que la defensa está informada? No toleraré difamaciones en mi tribunal.

—La señorita Knight también podrá aclarar este punto. Por eso, su testimonio es esencial, señorita —respondió Mark.

—Muy bien, proceda, abogado —accedió el juez, intrigado.

Tawny sintió una pena inmensa por Wendy cuando esta entró en la sala, observando los moratones en su mentón y en los brazos, que ya iban adquiriendo tonos violáceos y amarillentos. No serían los únicos, estaba segura. A Alex le encantaba dar patadas cuando había caído al suelo, y lo único que podías hacer era encogerte y protegerte la cabeza con las manos. Había pasado muchas noches en vela por el dolor de costillas fisuradas o rotas. Aun así, la recién llegada no dudó en lanzarle una mirada de desprecio al acercarse al atril.

—Diga su nombre al tribunal, por favor —pidió Mark.

—Wendy Jane Knight.

—¿Ha estado casada con el demandado, el señor Carter?

—Sí, durante cinco años.

—¿Su marido la maltrataba física y psicológicamente?

Asintió.

—Protesto, señorita, el señor Toren está poniendo palabras en la boca del testigo.

—Denegada. Continúe, letrado.

—¿El maltrato comenzó desde el principio? —continuó Mark.

—No. Durante el noviazgo. Entonces parecía quererme, me hacía regalos, tenía buenos

detalles, me escuchaba, me entendía... Era el novio perfecto.

—¿Y qué ocurrió tras la boda?

—Cambió. A partir de ese momento, me decía que sin él no valía nada, que no era nada sin él, que era una estúpida, que era una tonta... Me ponía en ridículo delante de sus amigos, me mandaba callar, me decía que no dijera tonterías, me ridiculizaba en el trabajo... Un día, no pude aguantar más y tuvimos una gran discusión; me dio un puñetazo, el primero de muchos. Puñetazos, patadas, golpes, insultos...

Tragó saliva con dificultad y bebió con avidez del vaso que le acercó el ujier.

—¿Nunca se defendió?

—Si lo hacía, era peor. La siguiente paliza, sus palabras, los insultos, las humillaciones...; todo empeoraba.

—Tengo aquí tres partes de lesiones de la señorita Knight —Mark los dejó sobre el estrado del juez—. Dos son de los primeros meses de su matrimonio. Después de eso, no volvió al hospital. Hasta hace tres días, que es cuando está fechado este último parte médico. ¿Quiere explicarnos por qué fue al hospital, Wendy?

—¡Protesto! Podría haberse metido en una pelea, o causarse las lesiones ella misma. Incluso el señor Toren puede haberle dado una paliza para crear un falso testimonio —gritó el abogado de Alex, perdida toda su flema inicial.

—Denegada. Responda a la pregunta, Señorita Knight.

Wendy se aclaró la garganta y señaló a Alex con una mano temblorosa.

—Él me golpeó. Le llamé por teléfono para decirle que ella, —señaló a Tawny— y su abogado habían venido a verme. Entonces Alex vino a mi casa y me pegó, advirtiéndome que mantuviera la boca cerrada.

—¿Tenía usted una vivienda heredada de sus padres?

—Sí, mi madre murió al nacer yo y, quince años más tarde, mi padre falleció de un infarto, y me dejaron la casa en herencia.

—¿La conserva todavía?

—No, Alex me obligó a venderla para comprar la casa que con la que se había encaprichado. Me aseguró que, cuando viviéramos allí, todo cambiaría.

—¿Esta casa? —preguntó Mark, sacando una foto que puso sobre el escritorio del juez.

Wendy asintió, sorprendida.

—¿Estuvo usted de acuerdo en la compra?

Sacudió la cabeza.

—Al principio no. Era demasiado cara, pero..., él se había encaprichado. Se enfadaba cada vez que yo le comentaba del precio, dejaba de hablarme, me decía que ya no le quería, discutíamos y acababa pegándome. Después me aseguraba que todo cambiaría cuando viviéramos allí. Por eso acepté.

Tawny la miró, con los ojos inundados en lágrimas. Su vida había sido un calco de la Wendy y, como ella, le había creído, había esperado que él cambiara.

—Pero no cambió —aseguró Mark.

Wendy negó con la cabeza, con lágrimas en los ojos.

—¿Acudió al notario el día de la compraventa?

—Sí. Alex se enfadó por algo la noche anterior y me pegó. Me dolía todo, pero quise ir.

—¿Conoció a los compradores?

—No, solo a sus abogados. Tenían un poder o algo así.

—¿Los recuerda? A los abogados, quiero decir.

—Sí, fueron los mismos que representaron a mi marido en el proceso de divorcio; los mismos que me obligaron a firmar ese acuerdo de conciliación bajo amenazas.

—¿Puede identificar a alguno de esos abogados en esta sala?

Wendy asintió y señaló a dos de los abogados de Alex, el que había interrogado a Tawny y otro sentado a su derecha.

—Ellos dos y otro.

El juez asintió, comprendiendo a dónde quería llegar Mark, y echó un rápido vistazo al documento que acababa de entregarle.

—Estos son los contratos de compra de vivienda de los anteriores matrimonios del señor Carter. Como puede ver en las firmas, señorita, los socios de mi colega, el señor Miller, han participado en todos ellos, así como en los dos anteriores procesos de divorcio del demandado, excepto en el de mi cliente. Él preparó la documentación para la compra de la casa en las tres ocasiones que, como puede ver es la misma vivienda, recomprada una y otra vez.

Se dirigió al abogado.

—Vamos, señor Miller, no puede ser tan estúpido como para no haberse dado cuenta de que era la misma casa, ¿verdad? —preguntó, burlón.

—Tenías que estropearlo todo —gritó con desprecio Alex a Tawny, levantándose y luchando por soltarse de sus otros dos abogados, que trataban de sujetarle para evitar que se lanzara contra ella—. Tenías que ir a follarte a un abogado, llorando como la mierda que eres...

—Tania Davidson, Alex Carter, John Hawks, August Blonde y Marcus Clay —interrumpió el juez, mientras los alguaciles rodeaban a los nombrados—, quedan bajo arresto por repetidos cargos de asalto, agresión, coacción y fraude. El juicio se sustanciará en su debido tiempo. De éste procedimiento dictaré sentencia en cuarenta y ocho horas.

Los agentes esposaron y se llevaron a Alex, Tania y a los abogados bajo custodia.

Mark se acercó a Tawny, que le miró, admirada y dolida a partes iguales.

—¿Por qué no me avisaste?

Mark bajó la mirada, nervioso, perdida toda la seguridad que había demostrado durante el juicio.

—Lo siento. Si lo hubiera hecho, no habrías testificado. Anoche nos informaron de que Alex estaba preparando una denuncia contra ti y Wendy como cómplices e instigadoras del fraude, falsificadoras de la documentación. Había muchas probabilidades de que os condenaran y acabarais en prisión. Necesitaba que el juez entendiera por qué habías actuado así.

—¿Cómo...?

Se detuvo cuando Wendy se acercó a ella.

—Gracias —murmuró—. Gracias por testificar.

—No..., no me des las gracias. Estuve a punto de no hacerlo. Cuando Timothy vino a verme y me golpeó después de que os fuisteis..., me asusté aún más. Estaba a punto de marcharme, como me había ordenado, cuando pensé en ti; en que, a pesar del miedo, estabas siendo valiente y plantándole cara. Me di cuenta de que, si yo no lo hacía, si no te apoyaba en esto, nunca terminaría. Después de ti vendría otra y, en el siguiente juicio, volvería a mí. Fue tu valentía lo que me dio valor. Además, como dijo tu otro abogado, yo no tenía nada que perder.

—Yo tampoco hubiera sido valiente si no hubiera sido por ellos. —Señaló a Mark e Irene—. De hecho, cuando fui a verte, pensé en retirar la demanda.

—Me alegro de que no lo hicieras.

—Yo también.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Me iré a casa de mi hermana. No quería ir porque temía que él le hiciera daño, pero ahora... No sé. Hacer terapia y comenzar de nuevo, esta vez a vivir de verdad. —Le tendió la mano—. Buena suerte. Espero que volvamos a vernos.

—Sí, pero no en un juzgado.

Ambas rieron.

Tawny observó a Wendy caminar hacia la puerta, con un aire tranquilo y seguro, opuesto al que mostró al entrar. Pensativa, se volvió hacia Mark.

—¿Cómo..., ¿cómo lo supiste? Que Alex me... pegaba.

—Nina me hizo ver que presentabas características de una mujer maltratada; fue lo que Scott percibió al conocerte y que me confirmó, después de visitar a Wendy.

Tawny acarició el cuaderno de dibujo, cabizbaja, sin saber qué decir.

—Scott y yo sabemos lo que es el miedo. No tienes nada de lo que avergonzarte, sino estar muy orgullosa de ti misma; por haber hablado, por haberle denunciado. —Le tomó la barbilla con suavidad, alzándole la cabeza para que lo mirara a los ojos—. Hay una cosa que nunca debes olvidar: el único culpable de maltratarte es Alex; por mucho que te lo repitiera e intentara hacerte creer lo contrario, nada de lo que te hizo es culpa tuya. La culpa siempre es del maltratador. No dejes que nadie te convenza de lo contrario. Además...

—¡Tiene a Charlotte! —El fuerte grito angustiado de Jack, que acababa de irrumpir en la sala, seguido por Julia, los sobresaltó— ¡Scott ha ido a por ella!

—¿Qué? ¿Quién? —balbució Mark, notando un intenso miedo en la boca del estómago.

Jack le mostró el portátil; instintivamente, pasó el dedo por el moratón de la cara de Charlotte, como queriendo borrarlo, como hizo tantas veces con los de Scott cuando eran niños, sintiendo el mismo dolor, rabia, ira y odio que bullía dentro de él entonces.

—¿Sabes dónde está? —Jack le sacudió para sacarle del trance. No tenían tiempo que perder.

Sin responder, echó a correr en dirección a la puerta.

—Mark, ¿dónde está Charlotte? —preguntó de nuevo su padre, mientras bajaban las escaleras de dos en dos, seguidos de Tawny, Julia, Nina e Irene.

—En la casa donde pasábamos las vacaciones cuando éramos niños.

—¿Por qué quiere Michael que Scott vaya allí?

—Porque fue allí donde intentó matarlo por primera vez.

EN EL ÁTICO

Scott detuvo el coche frente al camino de grava. Durante unos instantes dudó si llamar a Jack; sabía que estaría muy preocupado por los dos y enfadado con él. Quizá lo mejor sería esperarle y entrar juntos. Pero Charlotte correría peligro si Michael los veía a los dos; debía hacerlo solo.

Centró su atención en la vivienda situada a unos doscientos metros detrás de la imponente valla negra y dorada, rodeada de altos y fuertes muros de piedra. Tragó saliva cuando esta comenzó a abrirse. Sujetó el volante con todas sus fuerzas, mientras su mente repasaba todas las listas y operaciones matemáticas que le ayudaban a mantener a raya el pánico.

Su padre le estaba esperando.

Cruzó la verja. Detuvo el coche y subió lentamente por el camino hasta la puerta de entrada. Un escalofrío le recorrió la espalda al llegar a ella. Cerró los ojos y presionó con fuerza las palmas de las manos contra ellos, tratando de bloquear los recuerdos que le trajo el lugar: gritos, golpes, dolor, desesperación, impotencia. Miedo, pánico, terror. Todos tan vívidos que apenas podía respirar.

Tratando de serenarse, su mente voló al día en que Mark le dijo que su padre había sido arrestado y que ya no podía hacerle daño. Se sintió tan aliviado que le fallaron las piernas y cayó al suelo, llorando. Un alivio que tuvo que guardar para sí mismo. Nadie entendía por qué se sentía así cuando su padre entraba en prisión. Nadie más que él, Mark y Johanna.

Para los familiares y amigos de sus padres fue una sorpresa. En el momento en que salía de su casa, Michael se convertía en un hombre simpático, encantador, afable y amigable; una máscara que lucía hasta que volvía a casa. Entonces se la quitaba, revelando el monstruo que se escondía tras ella.

Muchos le reprocharon que declarara contra su padre. Algunos, los menos, abiertamente, llamándole mal hijo, desagradecido, acusándole del daño que estaba haciendo. La mayoría se limitó a lanzarle miradas llenas de desprecio y reproche, reafirmando en la imagen que su padre había dibujado de él: un mal hijo que no se merecía el padre que tenía. Él, a sus trece años, no entendía por qué nadie le preguntaba por qué lo había hecho o si había algo de cierto en las acusaciones por las que se le juzgaba. Él, la víctima, se había convertido en culpable mientras que su padre, el maltratador, era a quien todos compadecían.

Declarar en el juicio resultó tan duro como terapéutico. Mark, siempre pendiente de él, pidió un biombo para que pudiera hacerlo sin tener que ver a su padre; de lo contrario, no habría podido testificar. Aun así, a través de él, percibió el odio, la ira y el desprecio con el que su padre lo miraba, aquellos ojos que siempre le aterraron, fríos, dañinos, fijos en él. Podía notarlo, a pesar de la barrera. Nunca le miró de otro modo.

Respiró con fuerza, conteniendo un sollozo. No podía entrar en pánico ahora. El veredicto. Después de que el jurado leyera el veredicto, Michael se alejó de los funcionarios de la prisión, se acercó a él y juró que la próxima vez que se encontraran, lo mataría a golpes. Mark se interpuso entre los dos, protegiéndolo, defendiéndolo como siempre había hecho, apartando a su padre de él, hasta que los funcionarios lo arrastraron fuera del tribunal mientras Michael gritaba

que todo lo hizo por el bien de su hijo.

Por su propio bien. Tardó mucho tiempo en sentirse capaz de contarle a Nina aquella escena. Cuando por fin se armó de valor y logró hacerlo, ella le observó en silencio, durante unos segundos que le parecieron una eternidad; temía que le dijera que su padre tenía razón; que había algo malo y defectuoso en él, que le pegaba y maltrataba por su propio bien, como no dejaba de repetir.

Pero, entonces, Nina le explicó que los niños maltratados se ven obligados a permanecer ajenos a su sufrimiento. Dependientes e indefensos, se ven obligados a amar a sus maltratadores porque dependen de ellos. «Un niño —explicó—, debido a su etapa de desarrollo, no puede permitirse pensar que sus padres o sus cuidadores adultos son malos y le rechazan, le pegan, le humillan o le agreden sexualmente sin motivo. Su cerebro no está preparado para aceptar que la persona de la que depende su supervivencia es la misma que le maltrata. Para mantener su salud psicológica, su única salida es dirigir hacia sí mismo todo el odio, la desconfianza y la rabia que debería dirigir a sus padres o cuidadores maltratadores. Entonces empiezan a cuestionarse a sí mismos, a asumir que se merecen lo que reciben, llegando a someterse al maltrato y atribuyéndoselo como una consecuencia de sus actos, asumiendo la culpa».

La culpa. El horror. El infierno. Con la mano temblorosa, Scott alargó la mano para coger el pomo de la puerta. La abrió lentamente, luchando contra las náuseas, y se obligó a entrar.

* * *

Jack empujó a su cuñado, que se había sentado en el asiento del conductor, obligándole a moverse hacia el del acompañante.

—Conduces como una anciana.

Mark suspiró resignado, y se cambió, mientras Tawny, Irene y Nina subían al asiento trasero.

—Mark, Jack, llamaré a mis compañeros de Sussex. Lo mejor sería esperar a que lleguen a la casa —aconsejó Julia, apoyándose en la ventanilla de Jack.

—De ninguna manera. Detendrían a Michael, pasaría unos meses en prisión y Charlotte y Scott volverían a estar en peligro —gruñó este.

—Eso si no consigues que culpen a Zachary del secuestro de Charlotte y lo dejen en libertad —añadió el abogado.

La inspectora abrió la puerta del coche, empujó a Tawny para hacerse sitio y se sentó a su lado. Los demás la miraron, sorprendidos.

—Julia, vuelve a comisaría o te vas a meter en problemas —aconsejó Irene.

—Ya dije que necesitabais a alguien que pusiera orden en toda esta locura. Si voy a arriesgar mi placa, al menos que sea por algo por lo que valga la pena. —Se dirigió a Tawny, Nina e Irene —. ¿Y vosotras?

—Yo voy donde va Mark —respondió la primera en tono decidido.

—Yo soy la terapeuta de Scott.

—Y yo la abogada de todos —terció Irene.

—Te van a necesitar. Estáis todos locos —murmuró la inspectora, sujetándose a la puerta con fuerza porque Jack, tras arrancar, aceleraba, zigzagueando con facilidad entre los demás vehículos, siguiendo las indicaciones de Mark.

—¿Qué ocurrió? —preguntó este cuando el coche enfiló por fin la autopista, a mucha mayor

velocidad de lo que el límite permitía, mirando de reojo a Mark—. Scott nunca habla de ello.

Bajó la cabeza. No necesitaba que especificara más la pregunta.

—Fue culpa mía —murmuró.

—Sabes que eso no es cierto, Mark —rebatíó Nina.

No respondió. Sí, lo sabía. Scott lo repitió mil veces. Nina, Johanna, su terapeuta..., pero por mucho que su cerebro lo entendiera, nunca pudo quitarse aquella sensación de culpabilidad cada vez que pensaba en aquel día. Su mirada se perdió tras la ventanilla.

—Cuando éramos pequeños, en cuanto terminaba el colegio, solíamos ir a pasar las vacaciones de verano a la villa de mis padres en Camber Sands, en East Sussex. Era una de las mejores épocas del año para Scott y para mí, porque mi padre se iba temprano los lunes a trabajar a Londres y no volvía hasta el viernes por la noche. Durante esos días, estábamos completamente tranquilos. Para nosotros era la vida.

»Aquel año mi padre había sido especialmente brutal con Scott y él estaba en estado de shock. Se pasaba los días en el ático, mirando al mar, sin hacer nada. No hablaba, no leía, no lloraba ni hablaba..., prácticamente no comía. Solo miraba el mar. Yo estaba muy preocupado, porque nunca lo había visto tan deprimido. Era como si se hubiera rendido, como si...»

Hizo una pequeña pausa, sin terminar la frase.

—Para animarlo, le compré una máquina de escribir, una Hispano Olivetti antigua que vi en una tienda de segunda mano en el pueblo. La elegí porque tendríamos que deshacernos de ella al volver y porque cabía debajo de unas tablas sueltas del suelo de una de las habitaciones de la casa de la piscina. Era el escondite perfecto, porque mis padres nunca iban allí, ni la utilizaban, porque la casa era lo suficientemente grande como para acoger a los amigos o familiares que venían a visitarnos.

Sonrió con tristeza.

—Eso animó a Scott, porque escribir era su forma de escapar de la realidad. Todas las mañanas, cuando nos preparábamos para ir a la playa, yo metía la Olivetti y las hojas en la bolsa, escondidas bajo las toallas, los aperitivos y las bebidas. Tenía que hacerlo así, porque mi padre, a veces, aparecía por sorpresa, para vigilar lo que hacíamos, y, si mi madre se enteraba, no dudaría en decírselo. Nunca hizo nada para ayudarnos. Al contrario, parecía que le gustaba echar más leña al fuego.

Se encogió de hombros.

—Cuando llegábamos a la playa, lo más lejos posible de la casa, Scott se ponía a escribir, mientras yo leía o hacía algún trabajo para el instituto. Cuando terminaba una historia, me la leía. Nos divertíamos mucho, porque yo le daba ideas absurdas sobre cosas que podrían hacer los personajes, que no tenían nada que ver con la trama, totalmente incongruentes... Me gustaba verle reír de nuevo. Después escondíamos todo en la bolsa y nos íbamos a nadar, hacíamos castillos de arena, buscábamos cangrejos o caracoles... como haría cualquier otro niño. Cuando volvíamos por la tarde, escondíamos todo en la casita de la piscina y nos íbamos a cenar.

»Así pasamos un mes. Algunos días no sacábamos la máquina y, en lugar de ir a la playa, nos íbamos a paseando hasta el Rye Harbour, que estaba a unos dos kilómetros, por un camino lleno de flores y plantas, cerca del mar. Yo compraba un par de helados y nos sentábamos en un banco a comérselos, mirando los veleros que cruzaban a lo lejos, soñando con marcharnos en uno. Scott sería el grumete y yo el capitán.

Su tono se volvió grave.

—Una de aquellas tardes, cuando volvimos, el coche de mi padre estaba aparcado en el jardín. La puerta de la casa de la piscina estaba abierta. Desde la entrada, oímos a mi padre

llamar a Scott, con aquel tono lleno de furia contenida. Nos quedamos quietos y él rompió a llorar, asustado. Esperamos un poco, pero volvió a llamarnos, aún más enfadado. No obedecerle era mucho peor; le cogí de la mano y subimos despacio al segundo piso. Mi padre estaba en el salón, sentado en una silla; esperándonos. Junto a él, sobre la mesa, la máquina de escribir y las páginas escritas. Nos quedamos petrificados de miedo.

* * *

Scott empujó lentamente la puerta principal de la casa para abrirla. Dio un par de pasos hacia el vestíbulo y se detuvo, procesando la multitud de sensaciones que le invadieron. La mayoría de la gente piensa que las casas eran objetos inanimados, pero no es así. Las casas guardan recuerdos, atmósferas...; solo con poner un pie en ellas se podía sentir si quienes las habitaban eran felices o, como en su caso, profundamente desgraciados. Miedo, pánico, lágrimas, desesperación... Scott notaba todo aquello adherido a las paredes, conformando aquella atmósfera opresiva que siempre impregnó la casa y que aún perduraba.

Entró en el comedor de la planta baja, tratando de no mirar el pequeño armario bajo la escalera, luchando contra la angustia que le atenazaba el estómago, tan profunda, tan olvidada y, sin embargo, tan familiar. Llegó a la ventana y la abrió de par en par, inhalando con ansia el aire limpio del jardín que llevaba a la casa de la piscina.

La casa de la piscina. Tragó saliva y cerró los ojos, aturdido por los fragmentos de recuerdos que su visión puso en marcha, se apartó, para evitar una nueva escalada de pánico.

No tenía que buscar a Michael. Sabía perfectamente donde le esperaría. Al igual que sabía donde encontraría a Charlotte.

Se acercó a la larga escalera de madera que conducía al piso superior. Cerró los ojos y, agarrando el pasamanos con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos, puso un pie en el primer escalón.

Al hacerlo, volvió al día en que su padre encontró la Olivetti que Mark le había regalado aquel verano: las súplicas y los forcejeos de este mientras su padre lo arrastraba a una de las habitaciones para encerrarlo; el estruendo de la pequeña máquina de escribir al hacerse añicos contra el suelo; el furioso desgarrar de las páginas escritas. Cómo él permaneció inmóvil, llorando en silencio, ahogándose en miedo y soledad, los ojos fijos en el bastón que su padre enarbolaba mientras se acercaba a él. No huyó, ni suplicó ni intentó defenderse. Había aprendido, por las malas, que hacerlo solo empeoraba el castigo.

Cuando empezaron los golpes, desconectó de su cuerpo. De algún modo, había aprendido a retirarse a algún lugar profundo de su mente, allí donde estaban las historias que escribía, y se refugiaba en ellas, amortiguando el dolor, el miedo, los golpes... «Disociación», lo llamaba Nina. Un mecanismo de defensa que le permitía escapar de su cuerpo y permanecer ajeno a todo lo que ocurría hasta que Michael, cansado de golpearle, le agarraba por el cabello y lo arrastraba a su habitación.

Subió otro peldaño. Aquella vez, sin embargo, su padre lo arrastró hasta el borde de la escalera; le asaltó el pánico ante el abismo de peldaños que se abrió ante él, el asco que sintió de sí mismo al aferrarse a su padre, las amenazas, el empujón, la caída, los golpes contra los peldaños de piedra mientras rodaba sin control por la escalera...; todo envuelto en un pavor absoluto, en la certeza de que iba a morir, el miedo a que el siguiente golpe fuera el último o

mucho más doloroso, entremezclado con el deseo de que todo acabara de una vez.

De pronto, el silencio lo envolvió todo. Tardó unos minutos en darse cuenta de que seguía vivo. Se echó a llorar.

Apretó los dientes y subió otro peldaño, recordando el lejano sonido de una cerradura abriéndose, la voz de su padre explicando que su torpe hermano se había caído por las escaleras, la angustia con la que Mark le llamó, el sonido de sus pasos apresurados deteniéndose, paralizado, en lo alto de la escalera.

Un escalón más, sintiendo de nuevo los dedos de Mark en su cuello buscando su pulso, hablándole suavemente. Aunque estaba arrodillado a su lado, en el rellano que separaba los dos tramos, su voz sonaba lejana, apagada. Otro peldaño, con el recuerdo de Mark preguntándole si podía mover las piernas, los brazos, el cuello. No lo sabía. No quería saberlo. Sí, podía moverlos, a pesar de los estallidos de dolor que recorrían su cuerpo con cada pequeño movimiento.

Otro, mientras Mark lo levantaba del suelo y lo llevaba al sofá de abajo.

Subió otro más, notando el frescor del vaso de agua que Mark le acercaba a la boca, viéndole mover los labios, hablando sin parar, con lágrimas de rabia, pena, desesperación e impotencia bañando su rostro. Scott quería decirle que estaba bien, que no se preocupara, pero no podía formular un pensamiento coherente; su cabeza parecía conectarse y desconectarse. Solo podía aferrarse a él y llorar incontroladamente en silencio, aterrorizado por si su padre, al oírle, le golpeaba de nuevo. Sintió a Mark pegar la boca a su oreja, decir algo en su oído, un murmullo que le costó descifrar, un murmullo que le liberó del infierno: «Te sacaré de aquí».

Milagrosamente, solo se había roto una clavícula, varias costillas y tenía un profundo corte bajo la rodilla izquierda, además de enormes hematomas por todo el cuerpo. Mark le puso el brazo en cabestrillo, le vendó las costillas y le curó las heridas. Tardó casi cuatro meses en recuperarse del todo. Dos meses después, en el decimooctavo cumpleaños de Mark, huyeron de casa de sus padres.

Cuando llegó a la mitad de la escalera, pudo ver por fin el rellano del piso superior. Como había supuesto, Charlotte estaba allí. Atada a una silla, lloraba en silencio. Se concentró en ella, en su mirada, asustada pero también decidida, en el hematoma de su cara.

Los ojos de ella le contemplaron con una mezcla de alivio y miedo. Se concentró en ellos para no mirar más atrás, donde sabía que él estaba, agazapado, esperando. Ella no estaba amordazada. El gran jardín y los gruesos muros de la villa impedían que cualquier sonido del interior se transmitiera al exterior.

—Scott —murmuró con voz trémula.

Su voz, teñida de aquel miedo que tan bien conocía, le encogió el corazón y le llenó de rabia. Michael no tenía derecho a hacerle daño, no tenía derecho a hacerle aquello a su hija, a acercarse a ella, a... Subió con rapidez los últimos escalones y la desató.

Ella se levantó y le abrazó con fuerza. Se le partió el corazón al notar la desesperación y el alivio con las que se agarró a su cuello, llorando y temblando de miedo, como nunca había hecho antes.

—¿Estás bien? —preguntó, separándola de él para poder observarla, aliviado al comprobar que no parecía tener más señales de golpes—. Baja al jardín, sube al coche y vete de aquí.

—No te dejaré solo.

—Vete, Charlotte, por favor —suplicó, poniéndole el móvil y las llaves en la mano.

Ella le miró, vacilante. Asintió. Lo último que necesitaba él era una discusión.

—Vete y llama a tu padre. Debe estar volviéndose loco de preocupación.

Ella tragó saliva, sonrió a través de las lágrimas y desapareció. Él avanzó un par de pasos.

—Hola, hijo.

Se le cortó la respiración al escuchar a su lado aquella voz que tanto había intentado olvidar, con aquella amenaza velada, aquella promesa de dolor y sufrimiento, la sonrisa cruel que se escondía tras ella. Y el placer. Su padre hablaba con deleite, sabiendo que, una vez más, su hijo estaba a su merced.

Tragó con fuerza, obligándose a respirar. Se giró despacio. Michael estaba detrás de él, de pie, bajo al dintel de la puerta del salón; tan alto como recordaba, su cabeza casi tocaba la parte superior. De espaldas a él, con las manos entrelazadas a la espalda, vestido con un traje negro de pies a cabeza, tan repulsivamente impecable y perfecto como siempre; la misma pulcritud que Michael había inculcado en Mark y por la que él sentía verdadera fobia.

Se volvió y fijó su fría y dura mirada en su hijo, que a duras penas controló el impulso de gritar de miedo. Haciendo acopio de todo su valor, Scott se irguió todo lo que pudo, en actitud desafiante. Nina le había hablado de la importancia de la postura, del mensaje que la postura del cuerpo enviaba al cerebro, de derrota o de lucha. Una postura erguida la ayudaría a mantener la calma. No podía dejarle saber que aún le tenía miedo.

Michael sonrió con una mezcla de desprecio y odio, mirando aquel rostro que tanto detestaba, el de aquel niño que se atrevió a desafiarle. Como intentaba hacer ahora. Pero él nunca dejaba nada al azar. Por mucho que intentara ocultarlo, su hijo tenía miedo, que se transformaba en pánico a medida que su mirada recorría el lugar. Cada mueble, cada pared, llevaba escrito un recuerdo aterrador; le había lanzado contra cada uno de ellos. Aquel hijo desagradecido que lo llevó a la cárcel. ¿Golpes? Por supuesto que le pegó. Se lo merecía. Un hijo debe ser y comportarse como su padre espera. Pero nunca dio su brazo a torcer. Nunca estuvo a la altura de sus expectativas, empeñado en aquella pérdida de tiempo de escribir. Los idiotas del jurado no entendieron que lo hizo por su propio bien. No entendieron que cada patada, cada puñetazo, cada golpe estaba destinado a mejorar a su hijo, a convertirlo en alguien de quien su padre pudiera sentirse orgulloso.

Pero no, sucumbieron a las mentiras que un niño tembloroso y lloroso lanzó detrás de un tabique, con la excusa de que tenía miedo de su padre. ¿Miedo? Debería estar agradecido a él. Gracias a él, vivía en una buena casa, iba a las mejores escuelas y nunca le faltó comida ni ropa. Nada. Pero seguía empeñado en hacer lo que quería, en seguir aquella estúpida vocación de chupatintas sin oficio que solo quieren presumir de artistas y no valen nada. Y no. No dejaría que su hijo se convirtiera en uno de ellos. No dejaría que le avergonzara así, después de todo lo que había invertido en su educación. Lo habría conseguido si no hubiera sido por aquel maldito jurado.

—¿O debería decir W. Kriger?

Al oírle pronunciar ese nombre, Scott sintió aún más asco, desprecio y miedo. Su seudónimo era su refugio. Una segunda identidad, ajena a la suya; sin infancia, sin recuerdos, sin heridas. Su padre le hizo incapaz de firmar sus libros con su propio nombre; debía ser otro para poder escribir.

Sintió que se hundía en la soledad e impotencia absolutas, en aquel miedo abrumador que invadía hasta la última célula de su cuerpo. De pronto, volvió a tener diez años. Todo lo que Nina le había enseñado, todo lo que había aprendido de Jack, todo lo que había avanzado durante los años que su padre estuvo en prisión, se desvaneció. Jack estaba equivocado. Nada había cambiado.

Impotente, levantó la vista y miró a su verdugo.

Su padre se acercó a él y levantó una mano, amenazante: Scott cerró los ojos, e

instintivamente se cubrió la cabeza con las manos y se encogió para encajar el golpe. En su lugar, escuchó aquella risa despectiva y burlona. Su padre aún disfrutaba de aquel juego cruel con el que le torturaba cuando era niño.

Michael se apoyó en el respaldo de la silla donde había atado a Charlotte. Se inclinó un poco, hasta que su cara quedó a milímetros de la de Scott.

—¿De verdad creías que ibas a librarte de mí? —preguntó burlón—. Siempre fuiste un estúpido. ¿De verdad creías que no volvería a por ti? ¡¡¡RESPONDE!!! —gritó con rabia.

Scott dio un respingo. Al igual que cuando le gritaba de niño, el miedo le congeló la voz en la garganta y no pudo contestar, lo que aumentaba más la furia incontrolada de su padre.

—¡Siempre fuiste insoportablemente terco! —gruñó Michael.

Con un fuerte puñetazo, le derribó al suelo. Aquello sacó a Scott de su ensoñación. Se levantó, viendo a Michael abalanzarse sobre él con los puños preparados en alto. Apenas tuvo tiempo de bloquear los dos fuertes ganchos que le lanzó, pero la violenta patada en el pecho le alcanzó de lleno, haciéndole caer de espaldas al suelo. Se quedó allí, asustado, inmóvil; su cuerpo agarrotado por el miedo se negaba a obedecerle.

—¿Ves lo que me obligas a hacer?, ¿te das cuenta? —bramó, propinándole una fuerte patada en las costillas, que le hizo gemir de dolor—. Te di todo, y nunca, nunca, cediste.

Scott apretó los dientes y, gritando de rabia, se levantó, y se lanzó hacia su padre, que bloqueó sus golpes con facilidad. Había boxeado todos los días en la cárcel, noqueando a tipos mucho más altos y fuertes que él, mucho más que su hijo. Tomó entonces la iniciativa, y Scott bloqueó como pudo la fuerte andanada de puñetazos y patadas de su padre, hasta que, con un potente rechazazo, lo hizo rodar de nuevo por el suelo.

Aulló de dolor y miedo cuando Michael lo agarró por el pelo y lo arrastró a una de las habitaciones, tratando de zafarse de su padre sin conseguirlo. Con un fuerte tirón, Michael le obligó a arrodillarse frente a él. Indefenso, asustado y perdido, maldijo no haber avisado a Jack.

Sonrió ante los fútiles intentos de su hijo por liberarse. Siempre fue un niño débil; «sensible», según su hermano. Y una mierda. Era un niño débil que, para mayor vergüenza, resultó ser maricón. Él, Michael Toren, padre de un bujarrón. La idea le devolvió todas las náuseas, la vergüenza y la rabia que sintió en prisión al enterarse de que se había casado con otro hombre. No había tenido ni la decencia de mantenerlo en secreto. Otro maricón que lo apoyó en su estupidez de escribir.

Le agarró por la nuca, como solía hacer cuando, rodeados de gente, su hijo pequeño le enfurecía. Un gesto pretendidamente cariñoso, que se volvía más y más doloroso a medida que él aumentaba la presión de su mano.

Le avergonzó aún más haciéndose escritor. «Con la ayuda de Mark, además», pensó con rabia, aumentando la presión sobre la nuca de su hijo, que, inmóvil, gemía de dolor, sin ya ni siquiera tratar de soltarse. Cuando, al salir de la cárcel, se enteró de que Mark se había convertido en su agente, no pudo creerlo. No, él no podía haberse puesto del lado de su hermano. Siempre pensó que llegaría a comprenderlo. Mark era como él, práctico, inteligente, recto... Perfecto. Pero Scott lo había contaminado, como hacía con todo. Al menos, tuvo la decencia de cambiarse el nombre para publicar aquellos libros estúpidos que le revolvió el estómago cada vez que veía uno de ellos en la biblioteca de la cárcel.

Scott abrió la boca, tratando de respirar. Podía sentir cada nervio, cada tendón, cada músculo en tensión, el pánico invadiendo hasta la última célula de su cuerpo. La mano de su padre se clavaba en su cuello, inmovilizándolo por completo; los músculos de su cuello tan tensos que temió que se le rompieran.

Por mucho que una parte de su cerebro le gritara que huyera, que se defendiera, que saliera de allí, no podía hacerlo. La voz del joven Mark resonaba en su cabeza, suplicándole que no se moviera, temeroso de que su padre le causara graves heridas al agarrarlo de esa manera, y Scott se quedaba quieto, casi inerte, hasta que su padre decidía liberarlo.

—Durante veinte años, noche tras noche, en mi celda, he estado imaginando cómo te mataría —gruñó con los dientes apretados—. Lo haría despacio, muy despacio. En mi cabeza desmenuzaba una y otra vez cada detalle. Seguirías vivo hasta que me suplicaras que te matara, porque el dolor sería tan insoportable que lo único que desearías sería acabar con él. Pero no lo haría. Te mantendría con vida un poco más, aunque solo fuera un minuto más. Porque cada minuto que sufieras, sería un minuto en el que me vengaba de los veinte años que me robaste.

Apretó los dientes con asco, cerrando la mano con tanta fuerza que Scott temió que sus dedos perforaran la carne y le rompieran el cuello.

—Pero, al salir, supe de la existencia de Charlotte, y cambié mi plan. Te mataré a ti y después a tu asqueroso cirujano. Entonces, junto con Mark, criaré como se debe a esa niña. No dejaré que también la echas a perder.

—Si tocas a alguno de ellos, te mataré —amenazó, tratando de contener el temblor de su voz. Su padre rio con desprecio.

—¿Tú? ¿Y qué vas a hacer para detenerme? ¿Escribir sobre ello? —gritó, lanzándolo con todas sus fuerzas hacia una de las paredes, contra la que Scott chocó con un golpe seco.

Gimió de dolor, respirando con dificultad, las palabras de Michael resonando en su cabeza. Se apoyó en las manos, intentando levantarse, pero no tenía fuerzas. Derrotado, se dejó caer al suelo, encogiéndose con cada patada de su padre.

En ese momento todo comenzó a disolverse a su alrededor, y lo que antes era el pasillo se transformó en la escalera que llevaba al ático. Él estaba en el último escalón, abriendo la puerta despacio. Allí, sentado frente al gran ventanal que daba al mar, inmóvil, con las manos entrelazadas alrededor de las rodillas y la cabeza hundida en ellas, pudo ver al Scott de diez años.

Cuando le oyó entrar, levantó la cabeza, asustado. Su rostro, bañado en lágrimas, estaba contraído por el miedo y la angustia. No emitió ningún sonido; siguió balanceándose adelante y atrás, temblando. El Scott adulto recordó el miedo, la soledad, la angustia, el dolor, su lucha por superar aquella realidad que amenazaba con destruirlo a cada minuto. El niño le observó en silencio y el adulto se sentó a su lado, un poco apartado de él, sin hacer ningún movimiento brusco para no asustarlo. Le sonrió, apartando los rizos rebeldes que caían sobre su frente y le enjugó las lágrimas con suavidad.

—No pasa nada, no llores —trató de consolarlo.

El niño ocultó de nuevo la cabeza entre las rodillas.

—Por mi culpa les hará daño a todos, a Mark, a Jack y a Charlotte. Michael tiene razón. No valgo nada. Les va a hacer daño por mi culpa. —Sollozó, desesperado.

El Scott adulto negó con la cabeza.

—No, eso no es cierto. Claro que eres valioso. Mucho. Y no es culpa tuya. Nada de esto es culpa tuya.

El chico asintió, arrepentido.

—Si hubiera sido distinto, si hubiera sido mejor..., nada de esto habría pasado.

—No, créeme. No tuviste nada que ver con las razones por las que Michael nos golpeó. Incluso si hubieras sido diferente, él se habría comportado igual. No dependía de cómo fueras o de lo que hicieras. No es culpa tuya que te pegara. Nunca lo fue. Él es un animal inhumano, siempre lo fue. Y nada podría haber cambiado eso. Hubieras hecho, lo que hubieras hecho, nunca

habría estado satisfecho. Nada fue culpa tuya.

El niño le miró, queriendo creerle, pero incapaz de hacerlo al mismo tiempo.

—Pero si no hubiera escrito, si no hubiera... —hipó, limpiándose las lágrimas con la manga.

—Si no hubieras escrito, quién sabe dónde estaríamos ahora o si seguiríamos vivos. Nos salvaste escribiendo; por ello pudimos aguantar todos esos años de terror, de soledad, de golpes. Tú lo hiciste muy bien, lo mejor que pudiste. No pudiste hacer más. Nada de esto es culpa tuya.

Negó con la cabeza, mirándole con los ojos muy abiertos, bebiendo sus palabras.

—Lo hiciste muy bien —repitió el Scott adulto, acariciándole el cabello—. Te mantuviste fuerte cuando no sabías cómo serlo, y nos mantuviste vivos incluso cuando estabas aterrorizado. No podías hacer más. Fuiste muy valiente. Sobreviviste. Nos hiciste resilientes. Y por todo eso te doy las gracias. Por lo que hiciste, por confiar en Mark, por ser quién y cómo eres. Gracias a ti ahora somos escritores. Gracias a ti tenemos a Jack, Charlotte, a Johanna, Valerie...; a todos. No eres estúpido, ni cobarde, ni nada de lo que decía papá. Fuiste y eres valiente, fuerte e inteligente. Eres perfecto tal y como eres. Nada de esto fue culpa tuya. Nunca fue culpa tuya.

El Scott niño se abrazó a él, estremeciéndose por la fuerza de sus sollozos, grandes lágrimas rodando por sus mejillas. El Scott adulto le acarició la espalda y el pelo, tranquilizándole, dejándole llorar todo lo que llevaba acumulando tanto tiempo.

—Pero no puedo luchar contra él. Me hace mucho daño. Me da miedo. Es muy fuerte —se lamentó, hipando desesperado, entre sollozos.

—Pero hemos crecido, y hemos aprendido mucho. ¿Has olvidado las sesiones con Nina, todo lo que nos quiere y nos ha enseñado Jack, o las veces que Charlotte nos tiró al suelo practicando en las clases de defensa personal?

Entre lágrimas, el chico soltó una risita divertida, negando con la cabeza; le miró esperanzado.

—Ahora estás a salvo. Tranquilo. Michael no te hará daño nunca más. Yo te protegeré. Tú, Jack, Charlotte, Mark..., todos habéis hecho suficiente. Ahora me toca a mí.

El niño se apartó de él y lo observó durante unos minutos. El Scott adulto le sonrió y le acarició el pelo de nuevo, asintiendo. El niño sonrió y volvió a sentarse a mirar el mar, ya sin llorar, tranquilo y confiado.

Scott parpadeó, mientras el ático se transformaba de nuevo en el vestíbulo del primer piso. Se levantó, despacio, con dificultad, apretando los dientes por el dolor de los golpes; ya de pie, se balanceó ligeramente hasta recuperar el equilibrio frente a Michael, que tras observarlo con desprecio y arrogancia; se dio la vuelta, para ir a buscar a Charlotte.

—En todo tu fabuloso plan, olvidaste algo.

El cambio en el tono de voz de su hijo, sin rastro de miedo, le hizo detenerse. Se volvió y, por primera vez en su vida, Scott le miró directamente sin bajar la vista. Michael clavó los ojos en él para amedrentarlo, como tantas veces había hecho cuando era niño.

—Olvidaste que todo lo que siempre has dicho de mí es mentira. Tus insultos, tus humillaciones, no tenían nada que ver conmigo. Solo son un reflejo de ti, de lo que eres.

—Cómo te atreves...

Lanzó otra fuerte lluvia de puñetazos, que Scott bloqueó, respondiendo a cada golpe con otro más fuerte, obligando a su padre a retroceder.

—¿Sabes por qué me pegabas cuando era un niño? Porque soy mejor que tú; porque valgo mucho más que tú.

Michael bramó enfurecido, sin comprender qué estaba ocurriendo. Lleno de rabia, se abalanzó sobre él de nuevo pero, una vez más, Scott bloqueó, esquivó y devolvió los golpes,

ahora que su cuerpo y su cerebro, libres de miedo, se movían con agilidad.

—Me golpeabas para reducirme a la mierda que eres. Para controlarme, para impedirme ser lo que soy —continuó, bloqueando los puñetazos de su padre, que se detuvo, jadeante, los puños en el aire, sorprendido por la fuerza y la velocidad de los golpes de su hijo. Lo miró con ojos desorbitados, enloquecidos, rabiosos, mientras ambos caminaban en círculo alrededor de la habitación, mirándose, midiéndose, recuperando el aliento.

—Voy a matarte —amenazó, apretando los puños con rabia.

—Puedes matarme si quieres —jadeó Scott—. Puedes estrangularme o arrancarme el corazón, pero eso no cambiará lo que eres; un maldito cobarde. Un monstruo abyecto, despreciable y abominable.

—¡Cállate! —rugió Michael, con una mezcla de rabia irracional y miedo.

Golpear y aventar todas sus frustraciones contra su hijo pequeño fue fácil; no podía hacer nada contra él; un hombre adulto, embriagado por la sensación de poder de golpear a quien no puede defenderse. Durante sus años en prisión, nunca pensó en Scott como un adulto. En su mente, seguía siendo aquel niño asustado, lloroso, rebelde, repugnante.

Pero ahora lo tenía frente a él, ensangrentado, jadeante, agotado, dolorido, pero también desafiante, fuerte y confiado. Podía verlo en sus ojos, en los que ya no había ni rastro de miedo.

Sintió pánico.

Se defendió de varios golpes hasta que su hijo, con una fuerte patada en el pecho, lo hizo trastabillar hacia atrás hasta chocar con la pared. Resbaló hasta el suelo, jadeante y se cubrió la cabeza con las manos, asustado, cuando Scott se acercó y se quedó de pie junto a él.

—No quiero volver a verte nunca más —jadeó, limpiándose la sangre que le manaba de la ceja rota y la nariz—. Si vuelves a acercarte a mí, o a mi familia, te mataré.

Se dio media vuelta y, sujetándose con firmeza al pasamanos, bajó las escaleras, conteniendo una mueca de dolor, llevándose la mano al costado. Cuando llegó abajo se dejó caer al suelo, de rodillas, tratando de procesar lo ocurrido. Buscó su teléfono en el bolsillo, para avisar a Jack, hasta que recordó que se lo había dado a Charlotte.

Unos segundos después, con un gemido de dolor, se levantó y, con paso vacilante, salió al jardín.

Michael se levantó despacio, apretando los dientes, los ojos desorbitados por la rabia, la furia y el desprecio. ¿Cómo se había atrevido su hijo a desafiarle de nuevo?, ¿a amenazarle?, ¿a menospreciarle? Él le enseñaría a obedecer, como había hecho cuando era niño. Con un gruñido se limpió la sangre de la nariz y el sudor de la cara y entró en la habitación, para coger el arma que le había quitado al tirador tras emboscarlo.

* * *

Zachary, apostado delante de la casa de la piscina, desenvolvió un chicle y se lo metió en la boca con parsimonia. Poco antes había visto a la niña salir y encerrarse en el coche, pero no marcharse. No se movió entonces. Su encargo era disparar a Jack en cuanto apareciera, para lo cual ya estaba preparado su tirador. Además, Michael ya le advirtió que la niña saldría al poco de entrar el tal Scott. La capacidad del viejo para adivinar los movimientos de los demás le ponía los pelos de punta.

Tampoco se movió cuando Scott salió cojeando de la casa. Había escuchado toda la conversación a través de la ventana abierta y sabía que Korke la había jodido. Además, estaba cabreado, muy cabreado. Korke le había mentido, confirmando toda la suspicacia que sintió hacia él desde el principio.

Le alertó el sonido lejano de sirenas acercándose a toda velocidad. Necesitarían un seguro para salir de allí. Sacó la pistola de su funda y, agazapado entre los arbustos, se acercó al coche, cuidando de moverse fuera del ángulo de los espejos retrovisores.

—¡Corre, Scott! —le acució Charlotte al verle salir de la casa, gesticulando con las manos para que se acercara más rápido.

Él se detuvo, sorprendido de que ella no se hubiera marchado, como le ordenó. Ella gesticuló de nuevo, insistente. Quería alejarse de aquel horrible hombre cuanto antes. Scott aceleró un poco, cojeando ostensiblemente, pero se detuvo en seco cuando estaba a punto de abrir la puerta del conductor.

Maldijo para sus adentros al sentir el cañón de la pistola en su nuca. Debía haber previsto que Zachary estaría en el jardín; esperando a Jack, siguiendo las órdenes de Michael. Pero en estado de shock tras la pelea con su padre y deseando salir de aquella casa cuanto antes, se había olvidado de él.

Levantó las manos, despacio, sopesando sus posibilidades. ¿Pocas? ¿Ninguna? Se le encogió el estómago al pensar en Charlotte, mientras escuchaba un fuerte chirrido de frenos.

—Suelta el arma.

Julia, sabiendo que Zachary no le obedecería, quitó el seguro del arma con la que le apuntaba. Había saltado del coche antes de que Jack frenara del todo, en el momento en que el asesino a sueldo encañonó a Scott.

—No te lo diré dos veces.

Pero Zachary no se inmutó. No era la primera vez que se encontraba en esa situación. Sabía cómo salir de ella.

—Si disparas, mi tirador le habrá volado la cabeza antes de que yo toque el suelo.

La inspectora sonrió, empujando hacia atrás a Jack, obligándole a que permaneciera tras ella.

—Acabamos de detenerle.

—Es un farol.

—Compruébalo tú mismo. —Se hizo ligeramente a un lado, sin dejar de apuntarle, sosteniendo el arma firmemente con las dos manos.

Zachary apretó los dientes con rabia. A unos treinta metros, pudo ver a Jimmy de rodillas en el suelo, las manos en la cabeza, mientras uno de los agentes le esposaba. ¿Cómo le habían atrapado? Su amigo había escapado de cercos policiales mucho más amplios y hubiera sido fácil para él saltar el muro y huir por la casa de al lado.

—Tire el arma.

Todos miraron hacia la ventana del segundo piso de la casa desde la que provenía la voz. Asomado a ella, Michael apuntaba a la inspectora con un rifle semiautomático. Zachary ladeó la cabeza y, al reconocerlo, escupió el chicle, furioso.

La inspectora vaciló unos segundos.

—He dicho que la tires al suelo.

Al ver la luz roja de la mirilla láser apuntando a la frente de Scott, despacio, se agachó para dejarla en el suelo y de una patada se la lanzó hacia Zachary. Oyó a Jack gritar y forcejear con varios agentes un poco más lejos y confió en que serían capaces de retenerlo.

—Saca a la niña de aquí.

Zachary tardó un segundo en darse cuenta de que Scott se estaba dirigiendo a él. Miró de reojo a Charlotte que, desde el asiento del conductor, observaba la escena, paralizada, a menos de dos metros de ellos.

—Por favor, sácala de aquí.

Le sorprendió su tono calmado, aun teniendo el cañón de un arma en su nuca y al viejo a punto de volarle los sesos con el rifle. No quería morir, estaba claro, pero no parecía asustado. Resignado, quizá, pero no asustado.

Hizo un gesto a Charlotte, sin retirar la pistola de la nuca de él.

—Sal del coche.

Ella no se movió.

—¡He dicho fuera del coche!

Dio un respingo y miró a Scott, que asintió. Abrió la portezuela y corrió hacia Julia.

—¿Estás bien? ¿Has...?

Se detuvo al ver la luz de la mirilla laser en la cabeza de la niña. Miró hacia la ventana, y, a cámara lenta, vio el dedo de Michael apretar el gatillo; venganza, sangre, odio, crueldad bañando su rostro y su sonrisa torva. Charlotte tragó saliva y cerró los ojos al comprender el significado de aquella mirada; aterrada, se giró a mirar a su padre.

El disparo retumbó en todo el jardín.

—¡Charlotte! —El grito desgarrador de su padre sonó lejano en sus oídos. Jack, tras zafarse de los agentes, corría hacia su hija, desesperado.

La niña le miró, confusa, mientras se agarraba a Julia, sorprendida de cómo la adrenalina le impedía sentir el dolor y la quemazón del disparo, el shock en el que su cuerpo no tardaría en entrar.

Su padre llegó a ella y le quitó la cazadora, buscando la herida. Parpadeó desconcertado, al no encontrar manchas de sangre en su ropa, pero continuó buscando un orificio de bala; si esta había taponado la herida, podría no sangrar, pero el peligro que correría Charlotte sería aún mayor. Mark corrió hacia ellos y se detuvo cerca de Scott, que estaba de pie, inmóvil, las manos en alto, girado hacia la casa, un gesto en su rostro que no supo definir. Contuvo el aliento, siguiendo la dirección de su mirada hasta la ventana, donde pudo ver el cuerpo de su padre, exánime en el alfeizar, la sangre que manaba de su cabeza goteando por la fachada.

—Está muerto —musitó Mark, tragando saliva con dificultad, el labio inferior temblándole ligeramente—. Ya no puede hacernos daño.

Scott asintió sin desviar la mirada del cuerpo de su padre, temeroso de que no fuera así. Bajó los brazos, mientras su hermano le alborotaba el pelo, de un modo similar al que solía hacerlo cuando era niño, gesto que, como entonces, le hizo sonreír.

Zachary bajó el arma y la dejó caer al suelo. El ruido pareció despertar a la inspectora, que, sacando otra arma de la cinturilla trasera de los vaqueros, se acercó a él, apuntándole.

—De rodillas, las manos detrás de la cabeza —ordenó.

Él obedeció y se dirigió a Scott, intrigado.

—No estabas asustado. —No era una pregunta.

El escritor se encogió de hombros, bajando las manos

—La muerte es una vieja conocida; me acompaña desde niño —explicó.

Lanzó una última mirada al cuerpo de su padre, para asegurarse de que continuaba inmóvil. Jack, que ya se había asegurado de que Charlotte estaba bien, se acercó a él y le abrazó con fuerza. El escritor gimió y él aflojó la presión.

—No vuelvas a hacerme algo así —murmuró, con voz trémula por la preocupación y el

miedo acumulados.

—Me enfrenté a él. —Hundió su cara en el cuello de su marido, llorando quedo, dejando salir el miedo y la angustia, mientras este le mecía suavemente.

—Lo sé. Estoy muy orgulloso de ti.

Charlotte se lanzó hacia ellos, y los tres se abrazaron en silencio. Jack deshizo el abrazo, sabiendo que su marido aún estaba bajo los efectos del shock. Mientras Zachary y Jimmy subían al coche patrulla, Tawny, seguida por Nina e Irene, se acercó a Mark.

—¿Por qué no se ha ido? —preguntó Tawny, observándolos—. Le ha disparado delante de un montón de testigos.

—No le condenarán por ello —afirmó Mark.

Todos se giraron a mirarle, asombrados.

—Legítima defensa de tercero.

—Dios, como odio a los abogados —bufó la inspectora.

Sonrieron, divertidos; el móvil de Julia vibró.

—Han encontrado a Kevin y Johanna. Al parecer, Michael los tenía retenidos en un almacén en los muelles. Y ¿a que no adivináis a quién más han encontrado allí? —Les mostró la foto de Samuel, esposado y escoltado por dos agentes.

—Kevin estaba compinchado con Samuel —afirmó Charlotte—. Estaba allí, en el almacén, con Samuel, Zachary y... —hizo un gesto hacia la ventana y se estremeció—. Él.

Jack se volvió hacia su hija.

—Que sea la última vez que juegas a los detectives sin avisarnos —le regañó, para después volverla a abrazar con fuerza—. Al menos, hasta que tengas la licencia.

—Te lo prometo —sonrió.

Jack se volvió a su marido.

—Nos vamos al hospital, tienen que examinarte.

—Estoy bien.

En lugar de discutir, Jack le presionó ligeramente en la parte inferior de las costillas, y el escritor gimió, dolorido. Ya al abrazarle le había parecido palpar una rota.

Un par de horas después, Johanna entró como una tromba en la habitación del King's College donde Scott se quedaría en observación durante veinticuatro horas.

Se quedó quieta y al verle, sus ojos se llenaron de lágrimas. Pequeñas tiritas cubrían varios pequeños cortes profundos en los labios y un aparatoso vendaje cubría su nariz. Tenía los dos ojos amoratados, uno completamente cerrado por la hinchazón de los párpados debido a los golpes y más pequeñas tiritas cubrían los cortes de sus cejas. El caleidoscopio de moratones visibles desde el hombro hasta la cadera la hizo sentirse físicamente enferma, tanto por el hombre que veía ahora como por el niño de entonces.

—No te preocupes, estoy bien —Scott se obligó a sonreír, a pesar del doloroso tirón que sintió en la cara, tendiéndole la mano y estrechándosela con afecto—. Solo estoy aquí porque Jack se empeña.

Ella le miró, dubitativa. Él asintió.

—Es solo por precaución; sé que es muy aparatoso, pero está bien.

—¿No..., no debería tener las costillas vendadas? —musitó, logrando tragar la bilis que la visión de Scott le había subido a la garganta.

Jack sacudió la cabeza.

—No, hace tiempo que no se hace, para evitar riesgo de infección pulmonar o neumonía. Eso

sí, se acabó el cantar a gritos durante un tiempo.

Ella sonrió, más tranquila, y miró a Charlotte, que ocupaba el brazo del sillón donde estaba sentado su padre.

—Debería darte unos azotes, jovencita.

Sonrió y la abrazó con fuerza. Había pasado unas horas angustiosas, preguntándose qué habría sido de ella desde que Michael se la llevó, temiéndose lo peor. Y saber que habían estado a punto de dispararle no le había ayudado a sentirse mejor. Se sentó en el sofá que compartían Valerie, Nina, Violet e Irene, a la derecha del pequeño sofá donde se sentaban Mark y Tawny.

La puerta se abrió de nuevo y entró la inspectora.

—Vaya, qué bonita estampa familiar —comentó, burlona—. Menuda habitación os ha dado. Estoy planteándome dejar la policía y ponerme a escribir thrillers.

—No te hagas ilusiones —replicó Scott, en el mismo tono—. Esto no tiene nada que ver conmigo. Es por Jack; le están haciendo la pelota al jefe de neurocirugía.

—No es verdad —rebatió este, aún sabiendo que no era del todo cierto.

Los demás rieron.

—El juez, después de interrogar a Zachary, ha declarado prisión preventiva para él. Como bien dijiste, su abogado ha alegado legítima defensa para exonerarlo del cargo por el homicidio de Michael. No tendrá problema en salir absuelto.

—¿Por eso le disparó?, ¿por qué sabía que saldría indemne? —preguntó Irene.

—Así es. Me gustaría decir que vio la luz en aquel momento y quiso pasarse al bando de los buenos, pero no fue así. Hizo un cálculo rápido y se decidió por el mal menor, matar a vuestro padre. Creo que también influyó que fue en la casa de la playa donde se enteró de su verdadera identidad. Ante él se presentó como M. Korke, la identidad que adoptó tras desaparecer, al poco de salir de prisión. Por eso le perdimos. Tenía dinero y contactos para bloquear cualquier acceso a su pasado y crearse su nueva identidad. Zachary supuso, con acierto, que no dudaría en culparle de todo y le eliminó. No le tembló el pulso al hacerlo. Por traicionarle también disparó a quien fue su mentor, Martin O'Connor. Pero traigo algo más interesante. —Tendió una carpetilla a Mark— Adivina quién tuvo tratos con él.

El la abrió y leyó con rapidez. Alzó la mirada, incrédulo.

—¿Carter?

—Le contrató para deshacerse de Romy Aldair, su primera mujer. Y, según parece, volvió a tantearle para que se encargara de Wendy y de ti —hizo un gesto hacia Tawny—. Erais un peligro para su... «negocio».

—Entonces no fue un accidente —afirmó Mark.

—Zachary hizo que pareciera así, y lo hizo muy bien. Cuando se investigó, no encontramos ningún indicio de lo contrario. Y hubiera hecho lo mismo con vosotras si tu defensa no hubiera expuesto sus tejemanejes.

—Ahora ya no puede hacerte daño —aseguró el abogado, apretando con un gesto cariñoso la mano de Tawny, que había palidecido.

Esta asintió, sacudiendo la cabeza, aún sin comprender cómo pudo estar tan ciega y no ver quién era Alex en realidad. Se sentía menos culpable, tras hablar un rato con Nina a su llegada al hospital, mientras examinaban a Scott. La desaparición de Charlotte la había hecho olvidar lo ocurrido en el juicio, pero cuando llegó al hospital los recuerdos volvieron con toda la fuerza. Había sido muy duro contarle, pero hacerlo, expresar el sufrimiento y el miedo de todos aquellos años la había liberado por dentro.

—Pero si no hay pruebas, ¿cómo sabéis que le encargó el asesinato a Zachary? —preguntó

Charlotte.

—Al parecer, Tania quiso dejarle cuando ordenó matar a Romy, pero no lo hizo porque Alex la maltrataba y la amenazaba a ella también. Nos lo está contando todo.

—¿Y qué ocurrirá con Kevin? —preguntó Johanna, preocupada.

—Él no sabía que Samuel estaba en tratos con Zachary quien, a su vez, tampoco sabía que este trabajaba para vuestro padre. El juez le ha tomado declaración, y le ha puesto en libertad sin cargos, tan solo con una multa y horas de servicios a la comunidad —se volvió hacia Scott—. A menos que tú quieras presentar cargos contra él.

—Por supuesto que presentaremos cargos contra él —aseguró su hermano—. Si lo hubiéramos hecho en su momento, nada de esto hubiera ocurrido. Se le hubieran quitado las ganas de...

—Déjalo, Mark. Eso ha prescrito ya —murmuró Scott, incorporándose. Hizo una mueca de dolor y volvió a tenderse.

—¿Qué ha prescrito? —preguntó la inspectora.

Fuera lo que fuese, estaba claro que a ambos hermanos les seguía escociendo, sobre todo al mayor.

Todos miraron de reojo a Johanna.

—Plagió una novela de Scott —explicó Jack, al ver que nadie se decidía a hacerlo.

Se hizo un silencio denso.

—Fue hace mucho tiempo, antes de que Scott comenzara a publicar —explicó la librera en voz baja, jugando con el borde de su chaqueta—. Mi sobrino se ha movido entre escritores desde que nació. Siempre quiso ser uno de ellos, y podría hacerlo porque tiene talento, pero no es constante. No es capaz de sentarse, escribir durante horas, corregir los borradores, soportar rechazos de editoriales, malas críticas... Digamos que le atraía la idea glamurosa de lo que es ser escritor, pero no todas las horas de duro trabajo que hay detrás. No sé realmente lo que se le pasó por la cabeza. El caso es que, una tarde, se coló en casa de Scott y Mark y cogió uno de sus manuscritos; tenía tantos que estaba seguro de que no se daría cuenta. Scott entonces escribía solo a mano y por ello decidió copiarlo a máquina, fingiendo escribirlo, lo encuadernó y me pidió que lo leyera. En aquel momento me alegré mucho de que por fin se hubiera decidido a terminar una novela, de tanta calidad, además. Envié el manuscrito a varios agentes y pronto tuvo varias grandes editoriales pujando por su obra. Firmó un contrato con una de las más grandes por dos libros más, con un anticipo astronómico. Los informes de lectura la ponían por las nubes, al igual que los críticos que tuvieron acceso a ejemplares de muestra de la editorial. Todo fue bien hasta que la novela salió a la venta y trajeron ejemplares a mi librería para su venta. En ningún momento se le ocurrió pensar que Scott se acordaría de ella.

—No le cambió ni el título —rezongó este, dolido—. Cuando le acusé de plagiarla, lo negó, y me exigió que le enseñara el manuscrito original. Sabía que no podría hacerlo porque lo quemó después de transcribirlo —terminó, casi en un susurro.

—¿En serio? —se asombró Tawny, horrorizada.

Scott asintió, entristecido, las lágrimas brillando en sus ojos.

—Pasé años sin ser capaz de escribir después de que mi padre me tirara por las escaleras. Cada vez que lo intentaba, me daba un ataque de pánico. Comencé entonces a hacerlo a mano, porque hacerlo a máquina emporaba los ataques. Lo que Kevin plagió fue el primer manuscrito que logré escribir desde hacía mucho tiempo. Para mí, era muy especial. Gracias a él me reencontré con la escritura, con mi vocación. Era un símbolo y Kevin lo destruyó para siempre.

—Aun así, podría haberle demandado —repuso Mark—; y Scott habría ganado. Hay muchas

preguntas que solo el verdadero autor de una novela puede responder. Si no lo hice, fue solo porque Johanna me lo pidió. Supuse que el plan de Kevin era seguir plagiando los manuscritos de Scott, por lo que le compré un ordenador y escondí los manuscritos para que Kevin no los encontrara. Sin acceso al material de mi hermano, pasaba el tiempo y Kevin no presentó la novela en el plazo acordado, por lo que la editorial le amenazó con demandarle y exigirle la devolución del anticipo. A toda prisa, escribió una segunda, vapuleada por los críticos y el público y la editorial le rescindió el contrato; mientras, la primera novela que publicaba Scott se convertía en número uno.

—¿Por eso discutisteis? —preguntó Tawny.

Scott asintió, enfadado.

—Me pidió ayuda con su segunda novela y me negué. —Se encogió de hombros y siseó de dolor—. Quizá debí hacerlo, pero estaba muy dolido con él por quemar mi manuscrito, y por todo lo que dijo de mí mientras se vanagloriaba de su éxito con la novela que me había robado. La discusión fue subiendo de tono hasta..., y dejamos de hablarnos.

—Pues, desde luego, te la tenía jurada. Él fue, junto con Samuel, uno de los responsables de lo ocurrido en Nueva York. Y quien le permitió instalar la cámara en la librería.

—Nunca creí que te guardara tanto rencor —musitó Johanna.

—Seguramente no, pero Young no dejó de envenenarle, malmeterle y manipularle. Estaba rabioso, viendo cómo su carrera se iba a pique desde que Jack apareció en su programa, mientras Mark le vapuleaba en los tribunales. Como no tenía huevos de ir a por vosotros directamente, se valió del rencor de Kevin para hacer daño a Scott y, por tanto, a vosotros.

—Hijo de puta —murmuró Jack—. Le tenía que haber partido la cara cuando persiguió a Charlotte con las cámaras. ¿Irás a la cárcel?

—No creo. Dado que no tiene antecedentes y que realmente no sabía detrás de lo que andaban Zachary y Michael...; de todos modos, puede dar gracias. Si os hubiera ocurrido algo a ella o a ti, Scott, él ahora tendría un problema muy gordo.

—Creo que os deberíais ir a descansar —intervino Jack, observando el rostro agotado y angustiado de su hija tras la afirmación de Julia.

Sabía que aún se encontraba bajo los efectos del shock por lo ocurrido, y que tardaría en asimilarlo. Debía estar exhausta, porque en lugar de protestar, se limitó a asentir.

Mark asintió, se levantó y se alisó el traje.

—Es lo mejor. Ha sido un día muy largo para todos, y tengo muchas demandas que preparar.

Johanna le miró, angustiada.

—No te preocupes, no demandaré a Kevin. Charlotte me contó que parecía realmente arrepentido.

La librería miró a la niña, sorprendida. La antipatía que sentía por su sobrino era manifiesta. Se encogió de hombros.

—Ya le viste, estaba muy asustado. Parecía arrepentido y..., bueno, me dio pena.

—En el fondo eres una buenaza, como tu tío Mark. —Sonrió, abrazándola.

—Te las estás jugando —replicó este, levantando un dedo, amenazador hacia la librería.

EN MITAD DEL INVIERNO

Tawny dejó los lápices en el borde de la mesa de dibujo, se estiró, haciendo crujir el cuello, y se levantó para alejarse y observar con ojo crítico el dibujo a mano de la portada de la nueva novela de Scott. Ya estaba terminada y camino de la imprenta, pero Valerie había pensado que sería una buena idea llevarla en un dibujo y comenzar la promoción.

El diseño no era muy complicado pero, tal como le advirtió Mark, Scott había sido muy puntilloso: más luz aquí, menos allá, esto más difuminado, más profundidad, ahora menos, pon esto, quita lo otro, esto arriba, cambia la composición, un poco más rojo, un poco menos, la tipografía del título así o asao...; por fortuna, también tenía una visión muy concreta de lo que quería y le explicaba con claridad su idea, lo que le permitió, boceto a boceto, plasmarla cada vez con mayor exactitud, hasta el día que él le dio el visto bueno.

Miró por la ventana, por la que casi se colaban las nubes bajas que cubrían la ciudad en aquel momento, ocultando de la vista los últimos pisos del rascacielos, dándole un aire fantasmagórico. Al principio le costó adaptarse a la altura, pero después de dos meses viviendo allí con Mark, se sentía un poco como un águila, cómoda y confortable en el equivalente a uno de los riscos más altos de la ciudad.

Sonrió al escuchar la música del concierto de violín número cinco de Mozart, interpretado por Anne-Sophie Mutter. Supuso que era ella, porque era una de las intérpretes favoritas de Scott, de la que se estaba convirtiendo en admiradora también, combinada con Queen, Bon Jovi y nuevas adquisiciones que iba añadiendo a su lista de canciones contra la ansiedad, como *Strong Enough*, de Cher, *I Will Survive*, de Gloria Gaynor o *I'm Still Standing*, de Elton John.

Scott, Jack y Charlotte habían llegado pronto por la mañana para, tras reunirse los demás, ir todos juntos al encuentro con los lectores que fue pospuesto tras la muerte de Michael. No porque Mark y Scott necesitaran tiempo para recuperarse de la pérdida, algo que habían hecho hacía mucho tiempo, sino para esperar a que se disolviera la tormenta mediática que la salida a la luz del pasado de los Toren había provocado tras el asesinato de su padre. «Una pena que hubieran despedido a Samuel y no haya podido cubrirlo», pensó con ironía.

Los tres charlaban con Wendy, a la que Tawny había invitado a pasar la noche para que no tuviera que venir directamente desde Luton, donde ahora vivía con su hermana. No era la primera vez que la visitaba; tras el juicio, se habían hecho buenas amigas y acudían juntas a las sesiones semanales de terapia de grupo de víctimas de la violencia de género, además de la terapia individual que hacía cada una, que compaginaban con sus otras reuniones semanales; Wendy de alcohólicos anónimos y ella de comedores compulsivos anónimos, a las que, cuando se le hacía muy cuesta arriba ir, la acompañaba Mark.

La ansiedad por la comida iba desapareciendo. A menudo, cuando algo disparaba el recuerdo de lo vivido con Alex, volvía a refugiarse en ella, pero lo hacía de otro modo, un poco más parecido a lo que le había descrito Mark: siendo consciente de que se estaba dando un atracón, de lo que estaba comiendo y, después escribía las emociones o situaciones que le habían llevado al mismo. Estaba perdiendo peso, y no solo físico. Notaba desvanecerse la pesada carga emocional que había arrastrado desde hacía tanto tiempo, y que no siempre habían sido los kilos físicos lo que le había quitado el aliento, y ahora se sentía más ligera que nunca. Sabía que aún le quedaba

un largo camino por delante, que tardaría en sanar de todas las heridas infringidas por su ex, la mayoría invisibles, pero estaba en proceso de lograrlo.

A veces resultaba tan doloroso que le daban ganas de echarse a atrás, de dejarlo todo, de cerrar la puerta a lo ocurrido, tratar de olvidarlo y esconderlo. Pero gracias a Mark y a Violet, lograba salir de donde se había quedado encallada y seguir adelante.

Miró su reloj. Hora de vestirse. Había elegido una americana azulona estampada en flores naranjas, azules y amarillas y un pantalón azul. No recordaba cuánto hacía que no se vestía con colores. Durante mucho tiempo, todo su armario estuvo teñido de negro y gris.

Tras ducharse, se puso la ropa interior y se miró en el espejo. La terapia le estaba enseñando a volver a amar su cuerpo, el mismo que Alex le había hecho odiar. Todo, excepto las cicatrices de sus muslos. La única parte de su anatomía que evitaba mirar, aquellas horribles cicatrices, recuerdo imborrable de aquellos años y que la perseguirían para siempre. Despacio se pasó el dedo índice sobre una de ellas, la más corta, como su psicóloga le había aconsejado. Eran una parte de ella, pero no conseguía aceptarlas. Ni siquiera cuando hacían el amor dejaba a Mark tocarlas o acariciarlas.

—Pasó mucho tiempo antes que de yo le dejara a Jack ver las de mi espalda.

Se giró, sobresaltada, al escuchar la voz de Scott, que acababa de entrar en la habitación. Cogió una toalla y se cubrió los muslos. Él se quitó la camiseta y le mostró la espalda.

—Me daba miedo que él las encontrara repulsivas, que las rechazara como yo hacía, esforzándome por ignorarlas. Cuando por fin lo hizo, me dijo que no tenía nada de qué avergonzarme porque son cicatrices de guerrero, como las tuyas.

Ella le miró, agradecida, los ojos brillantes de lágrimas. Guerreros, supervivientes. Su psicóloga insistía también en la importancia de no llamarse a sí misma víctima, sino superviviente. Sentirse víctima la volvía indefensa. Ser superviviente le permitía hacer suyas todas aquellas capacidades que, sin ser consciente de ellas, la habían ayudado a sobrevivir a la violencia. Porque eso es lo que eran, ella y todos los demás, supervivientes capaces de sobrevivir al horror, al desamor, al odio, la rabia ciega, la maldad, y seguir adelante. Visibles o invisibles, sus cicatrices eran testimonio de ello.

—Nina dice que cuando sufrimos maltrato, del tipo que sea, físico, psicológico o sexual, nos rompemos en mil pedazos. Después nos vamos recomponiendo y nos hacemos más fuertes allí donde estamos rotos.

A través del espejo observó su rostro agotado, pero tranquilo. Habían sido un par de meses duros para todos.

—Pero duele mucho.

Asintió.

—Es una puta mierda.

Tawny sonrió.

—A Mark le va a dar un ataque al corazón como no salgamos ya. —La voz de Jack llegó hasta ellos a través del pasillo.

Su marido se puso la camiseta y salió de la habitación. Tawny terminó de arreglarse, guardó el diseño en una gran carpeta de dibujo y, juntos, se apretujaron en el coche de Scott, que, sentado al volante, se ocultaba tras unas gafas negras y una gorra, que Jack le quitó al sentarse a su lado en el asiento del copiloto.

—Ya no —afirmó, tirándosela a su hija en el asiento de atrás, que la atrapó al vuelo y la metió en el bolso.

El escritor puso los ojos en blanco y arrancó; media hora después aparcó delante de la

librería, junto a un nervioso Mark que paseaba de arriba abajo, intranquilo, ignorando a varios grupos que permanecían en la entrada, a la espera de que el acto comenzara.

—¿No podíais haber tardado un poco más? —preguntó, irónico.

Tawny saltó del coche y le abrazó, besándole. Él sonrió, relajándose un poco, pero su expresión volvió a ser tensa cuando ella le aflojó un poco el nudo de la corbata; no intentó recolocárselo sin embargo, consciente de que era importante para mejorar su TOC.

Miró de reojo a Scott, que se había encogido en el asiento. Aunque su fobia social había mejorado, aún no se sentía cómodo en actos como aquel, menos aún cuando el vídeo le había privado del anonimato en el que se sentía tan protegido. Pero sabía también que debía enfrentarse a ello. Jack le sonrió, tranquilizador. Salieron del coche y, cogidos de la mano, esperaron a que Charlotte se uniera a ellos y entraron en la librería, seguidos de su hermano y Tawny.

Dentro, Valerie y Johanna daban las últimas instrucciones para que todo estuviera listo. Sentados en las primeras filas de sillas, Tawny reconoció a los amigos de Jack y a las de Charlotte, a quienes esta se acercó a saludar efusivamente y, un poco más lejos, Violet e Irene. Mark se acercó al grupo de periodistas y *bloggers* reunido en una de las esquinas de la sala, todos pertenecientes a revistas y *blogs* literarios. No había acreditado a ningún medio de comunicación generalista, ni mucho menos a ningún tabloide. El recuerdo de lo ocurrido con Samuel aun planeaba sobre ellos.

—Hola, querida —Johanna la abrazó con fuerza—. Me alegro de verte. ¿Dónde has estado escondida? Te veo muy bien.

—Me siento muy bien.

—No sabes lo que me alegra escucharlo. ¿Puedes dejar el dibujo en aquel caballete de allí? Detrás de la segunda estantería.

Asintió y se dirigió allí, un poco decepcionada de que su dibujo fuera a estar tan escondido. Suponía que la colocarían tras la mesa, junto a la foto de la Beretta 92 FS humeante, el arma de Lena Dierre. Suspiró resignada, abrió las cintas azules de la carpeta y, cuando fue a ponerlo en el caballete, dio un respingo al ver la cara que apareció tras él.

—¡Nora! —gritó incrédula, cuando su amiga se lanzó a abrazarla, alborozada—. ¿Cómo...?

Tras ella aparecieron Rose, Steve y Mitch. Se abrazó a ellos, sin poder creer todavía que realmente estuvieran allí, los ojos llenos de lágrimas por la felicidad de estar de nuevo con ellos.

—Mark nos llamó y nos invitó —explicó Nora—. Nos dijo que no teníamos que venir si no queríamos, pero no podíamos faltar. ¡Cómo me alegro de verte!

Se abrazaron de nuevo y Tawny sintió como si el tiempo no hubiera pasado, como si se hubieran visto la semana pasada. A través del abrazo miró a Mark, que, un poco más allá, había dejado de atender a los periodistas para mirarla a ella.

—Gracias —vocalizó.

Por toda respuesta, él levantó la copa de champán que llevaba en la mano. Deshizo el abrazo y miró a sus amigos.

—Siento mucho... —comenzó, la voz queda y avergonzada por los remordimientos.

—¡Nada de dramas!, querida Wendy —la cortó Mitch—. Recuerda lo que le sucedió a la mujer de Lot, que se convirtió en estatua de sal por mirar atrás. Hemos venido aquí a disfrutar, a presumir de amiga y, cuando terminemos, te llevaremos de copas para que nos cuentes en qué has andado en todo este tiempo.

—El capullo de tu ex ya es pasado. Ahora, a vivir el presente y seguir adelante. —Sonrió Rose, y el resto asintió.

—Hecho. —sonrió a su vez, agradecida.

—Hora de ocupar vuestros asientos —anunció Kevin, asomándose tras la estantería.

No lo había visto desde la muerte de Michael. El sobrino de Johanna parecía más relajado, sin aquel sempiterno ceño fruncido y malhumorado que solía lucir. Él y Scott seguían manteniendo las distancias, pero, ahora que Samuel ya no malmetía entre ellos, su relación era menos tensa.

Sus amigos ocuparon su sitio en las sillas. Charlotte y sus amigas, Violet e Irene junto a los amigos de Jack ocupaban las primeras filas. Tras ellos, el resto de los asistentes: los ganadores del sorteo, amigos, conocidos, periodistas... Quienes llegaron más tarde se iban distribuyendo por la librería, apoyándose en las estanterías, o en las mesas, hasta que la sala estuvo completamente abarrotada. Un murmullo excitado se extendía por la sala mientras ella se dirigía a la trastienda, donde Scott, junto a Jack, se relajaba antes de salir.

—¿Listo? —preguntó el segundo.

—No —respondió, pero su tono era tranquilo.

Su marido rio entre dientes, mientras escuchaban a Johanna hacer la presentación, sentada a la mesa junto a Mark y Valerie. Tawny se colocó detrás de ellos, pasándose la mano por la boca, nerviosa. Nunca había estado ante un auditorio así.

—Por cierto. —Scott se volvió hacia ella—. La mujer se salva.

Le miró, desconcertada. Cuando leyó el borrador comprobó que Jack tenía razón; si quería mantener la consistencia del argumento, debería matarla.

—No es posible, ¿cómo?

—Una vecina cotilla —respondió él burlón, saliendo de la trastienda entre aplausos, sin soltar la mano de Jack.

Ella se echó a reír, avanzando hasta sentarse al lado de Mark, que le guiñó un ojo, cariñoso. Miró a Jack, a Charlotte, a sus amigos; su dibujo expuesto a la vista de todos. A Scott, cuya voz, temblorosa al principio se fue volviendo más firme a medida que contaba cómo se gestó su nueva novela; siguió recorriendo con la mirada la librería, hasta detenerse en un cuadro colgado en una de las estanterías de la librería, en el que podía leerse una frase de Albert Camus, la misma que aparecía en la primera página de *No mires atrás*, la misma que ella releía sin descanso, la misma que la había llevado hasta allí:

«En mitad del invierno, aprendí que había en mí un verano invencible».

Agradecimientos

No puedo terminar este libro sin dar las gracias a Ana, fundadora de LETRANA, mi lectora cero y correctora, por sus acertadas observaciones, correcciones y comentarios que han contribuido a mejorar el resultado final.

A Alexia Jorques, mi portadista y maquetadora, por su capacidad para diseñar una portada espectacular que transmite fielmente el espíritu de la novela, su profesionalidad y su paciencia a la hora de lidiar con mis peticiones.

A Claudia Borne, mi sobrina, Community Manager y fotógrafa profesional, por crear mi página web, y ayudarme a superar mi miedo a las cámaras, filmando la entrevista que aparece en el booktrailer.

A Eva Fraile, mi agente literario, por su energía y vitalidad, su pasión por su trabajo, su fe en mí y animarme a presentarme al premio literario Amazon. Mi carrera no sería lo mismo sin ella.

A Javier Arroyo, con quien he colaborado en mis anteriores novelas, por diseño del booktrailer, su simpatía y disponibilidad siempre que le he necesitado.

Y, por supuesto, a ti, lector/a, por elegir y adentrarte en mi historia y llegar hasta aquí. Espero que hayas disfrutado con ella y que nos volvamos a ver mis otros libros, que puedes encontrar en:

<https://www.rachelripley.com/>

ÍNDICE

DIEZ CAJAS

NO LE DES LA ESPALDA

AQUÍ NO HAY NADIE

SUSURROS EN LA OSCURIDAD

UNA IDEA DESCABELLADA

DIEZ POR CIENTO

INOFENSIVO

OBJETIVOS

EL PUNTO DÉBIL

EL ESBOZO

UN ENCUENTRO INESPERADO

QUID PRO QUO

LASAÑA Y PISTOLAS

TAMPOCO HAS DICHO QUE NO

LOS ENEMIGOS DE MI ENEMIGO SON MIS AIGOS

HAFEFOBIA

SESHAT

UN NEGOCIO ÚTIL

NEW YORK

VIVIR EN UN INFIERNO PARALELO

NO TIENES QUE HACERLO SOLO

QUEEN, CUPCAKES Y LÁPICES DE COLORES

CONFESIONES

DÉJÀ VU

UN RELÁMPAGO EN LA OSCURIDAD

VETE DE AQUÍ

OTRA VUELTA DE TUERCA

COMO SI NADA HUBIERA CAMBIADO

BIOQUÍMICA CEREBRAL

UNA PROMESA QUE CUMPLIR

NO, Y LO SIENTO

LA PEQUEÑA CHARLOTTE

¿POR QUÉ, TAWNY?

EN EL ÁTICO

EN MITAD DEL INVIERNO

Agradecimientos

^[1] La operación de la mujer que tocaba el violín mientras le operaban el cerebro es real. Se realizó en el King's College Hospital de Londres.

^[2] ¡Escucha!, ¡Escucha!, ¡Escucha!, ¡Venganza!